Si pudiera estar contigo...

Vol. 2

Andrea Villasmil



Si pudiera estar contigo...

Andrea Villasmil

Derechos de autor © 2024 Andrea Villasmil
Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Diseño de la portada de: Andrea Villasmil

Este libro tiene contenido para adultos.

Para Elianna, Aneli y Gerardo.
También para Vero, y para todos ustedes.

CONTENIDO

1. Inconvenientes
2. Henry
3. Rodeo
4. Dar la cara
5. Realidad
6. Conexión
7. Roces
8. Regalos
9. Boda
10. Dolor
11. Errores
12. Preguntas
13. Confusión
14. Helado
15. Colinas
Epílogo
Si Pudiera Estar Contigo... Vol. 3
Sobre la Autora
Agradecimiento

Capítulo 1

Una ligera lluvia, más bien una neblina, humedecía las ventanas de la cocina. Era raro que lloviera en esta época del año, incluso en Las Colinas, a pesar del frío y el terreno montañoso. Muchos consideraban la lluvia una bendición para las cosechas del pueblo. Pero para Alondra, esa tarde, nada parecía una bendición.

Estaba abrumada por un torbellino de emociones, pero una sobresalía por encima de todas: la decepción. Ver enojo o incluso furia en el rostro de su madre era algo que Alondra podía soportar, pero la decepción le resultaba insoportable.

Cecilia permanecía inmóvil en la puerta, con los ojos muy abiertos, mirando a su hija y al hombre que acababa de sorprender en un momento íntimo—un hombre mayor, al que ahora observaba con disgusto y desprecio.

—Tú —dijo Cecilia, señalando a Ignacio—, sal de mi casa. No te quiero aquí.

—¡Mamá! ¡Por favor! Puedo explicarlo —suplicó Alondra.

—¿Qué podrías explicar? ¡Lo vi con sus sucias y pervertidas manos sobre ti! Y tú, Alondra Blanco, ¡me das asco! —gritó su madre, levantando la voz antes de salir furiosa de la cocina. Alondra la observó incrédula mientras Cecilia se dirigía al pequeño granero en el patio trasero. Su corazón latía violentamente en su pecho, y sentía que le faltaba el aire.

La cocina quedó sumida en un silencio inquietante, una calma que estaba a punto de ser destrozada por una tormenta emocional.

—Alondra, lo siento mucho. Traté de detenerla para que no entrara, pero dijo que necesitaba unas tijeras e insistió —dijo Ana, con una expresión de horror en su rostro.

Ignacio, visiblemente avergonzado, agregó: —Definitivamente, esta no era la presentación que tenía en mente.

Alondra miró a Ignacio, quien se presionaba el puente de la nariz entre el pulgar y el índice. Luego se volvió hacia Ana, colocando sus manos sobre los hombros de su amiga. —Está bien. Hablaré con ella —la tranquilizó.

—Debería ser yo quien hable con ella y le explique —interrumpió Ignacio, con un tono de arrepentimiento.

—No, debo hacerlo yo. Conozco su temperamento —dijo Alondra, haciendo una pausa al encontrarse con los ojos avellana de Ignacio—. Estaremos bien —añadió con una sonrisa, tratando de calmarlo.

Ignacio se acercó un poco más. —Ali, lo siento. Nunca quise que esto sucediera. Yo...

—Oye, está bien. Tarde o temprano, se iba a enterar —dijo Alondra suavemente.

—Sí, pero no así. No con nosotros besándonos y... bueno, ya sabes —dijo Ignacio, visiblemente mortificado.

—¡Papá! —Ana hizo una mueca—. Sí, Alondra es mi mejor amiga y todo, pero sigue siendo mi papá. Lo último que quiero saber es lo que hacen juntos.

—Lo siento, cariño —dijo Ignacio, aún más avergonzado tras el comentario de Ana.

—Tengo que hablar con mi mamá —explicó Alondra—, pero creo que lo mejor será que se vayan por ahora, para que las cosas se calmen mientras intento resolver todo esto. —Suspiró —. En verdad quería pasar la noche con ustedes dos.

—Está bien, entendemos que este no es el momento adecuado —dijo Ana suavemente—. Además, ni siquiera te avisamos que veníamos. —Se adelantó para abrazar a Alondra—. Espero que todo salga bien.

—Yo también —respondió Alondra, antes de volverse hacia Ignacio. Ana rápidamente salió de la cocina, evitando ver a su padre besar a su mejor amiga.

—Lamento mucho todo esto —dijo Alondra, mirando a Ignacio.

—No, yo soy el que debería disculparse —insistió él, abrazándola una vez más—. Solo estoy causando problemas.

—El único problema que estás causando es lo mucho que te deseo —dijo Alondra, con una sonrisa sensual en los labios mientras su mirada se encontraba con sus hipnotizantes ojos color miel. Ignacio gruñó suavemente, visiblemente complacido por su broma.

Se inclinó para besarla profundamente. —Espero de verdad poder verte mañana —murmuró—. Quizás entonces pueda ayudarte con ese problemita tuyo.

—Ya veremos —sonrió Alondra, mordiéndose el labio inferior con picardía—. Solo tengo que convencerla de que te dé una oportunidad. Pero si no, supongo que tendré que ser una chica mala y escapar de casa. —Le guiñó un ojo—. Te lo haré saber, ¿de acuerdo?

Alondra lo besó de nuevo, esta vez pasando sus dedos por su cabello mientras lo hacía.

Reluctante, Ignacio se apartó y siguió a Ana afuera hacia el auto, donde ella estaba distraída tomando fotos en su teléfono. Alondra los observó alejarse, viendo cómo el auto desaparecía por el camino. Con un suspiro pesado, se giró y se dirigió hacia el granero, donde su madre se había refugiado.

Alondra se movió con cautela, tratando de no hacer ruido al acercarse. Podía escuchar a su madre hablando con alguien por teléfono.

—Sí, te veré mañana —dijo Cecilia—. Adiós. Un momento después, colgó.

—Mamá —llamó Alondra, entrando al granero.

Cecilia se giró rápidamente, su rostro aún tenso de ira.

—Quiero disculparme. No sé qué crees que viste...

—Vi suficiente —interrumpió Cecilia fríamente—. ¿Cómo pudiste hacerme esto?

—Mamá, por favor, déjame explicarte... —empezó a decir Alondra con cautela.

—¡Te mandé a Valle del Sol a estudiar, y regresas con un hombre que podría ser tu propio padre! Por Dios, Alondra, ¿en qué estás pensando? ¿Te has vuelto loca? ¡Ese hombre es el padre de tu mejor amiga! —su madre comenzó a caminar de un lado a otro, imitando el mismo nerviosismo que Ignacio mostraba cuando estaba inquieto.

Alondra no pudo evitar sonreír al notar la semejanza, divertida por lo parecidos que eran en sus maneras.

—¿De qué te ríes? —gruñó su madre, oscureciéndose su expresión.

—De nada —respondió rápidamente Alondra—. Es solo que... me recordaste a...

—No digas su nombre —la cortó Cecilia, señalándola con el dedo en advertencia—. No quiero oírlo. De hecho, no quiero escucharte en absoluto ahora mismo. Ya fue bastante malo dejar que te fueras sola a Valle del Sol, y ahora verte con ese hombre... me repugna. Pensé que

eras mejor que esto.

—Mamá, me estás lastimando. Creo que te estás pasando —dijo Alondra, cruzándose de brazos defensivamente.

—¡Qué bien! —respondió Cecilia con un destello en los ojos—. Porque prefiero herirte ahora que verte destrozada por ese hombre. No puedo creer que hace solo unas horas llorabas por él, y yo estaba ahí consolándote. No sabes de lo que es capaz. Es demasiado mayor, te aprovechará. Y no conoces sus verdaderas intenciones. ¿Crees que quiero verte con el corazón roto otra vez, o algo peor?

—Mamá, no me va a pasar nada malo —dijo Alondra, tratando de mantener la calma en su voz—. Es un buen hombre, te lo juro.

—¿Lo juras? No lo conoces, Ali. Estás cegada por... ¿qué, amor? ¿Eso es? ¿O es porque tiene dinero? ¿Lo persigues por eso? —las palabras de Cecilia salieron como un golpe, duras y casi dolorosas.

—¿Qué? No puedo creer que siquiera digas eso —la voz de Alondra se elevó en incredulidad. La acusación la golpeó como una traición, especialmente viniendo de su madre—. ¿De verdad crees que estoy con Ignacio solo por su dinero? Después de todo lo que me has enseñado, ganarme la vida por mí misma es la lección que mejor aprendí. Eres mi madre y te quiero, pero esto... esto es demasiado.

—Bueno, tu padre y yo no éramos precisamente ricos —continuó Cecilia—. Y tú creciste en el campo, así que...

—¿Así que qué? ¿Eso significa que soy una chica necesitada que persigue el dinero? —replicó Alondra, elevando la voz—. Me estás haciendo sentir como si no me conocieras, Cecilia.

El uso de su nombre en lugar de “mamá” envió un escalofrío por el aire. La expresión de Cecilia vaciló.

—Tal vez debería mudarme a Valle del Sol para siempre y fingir que no nos conocemos en absoluto —añadió Alondra con amargura.

—Alondra, deja de ser tan dramática —dijo Cecilia con tono severo—. Eso no es lo que quise decir. Tienes que entender, eres mi única hija, y nunca quiero verte herida ni cometer errores. ¿Realmente crees que fue fácil para mí verte llorar hace unas horas?

—Lo sé, mamá —Alondra suavizó ligeramente su tono—, pero esta es mi vida, y...

—¿Y si solo te está usando para divertirse? No conoces realmente sus intenciones, y sí, puede que sea maduro, es un doctor con todos sus títulos, pero aún así, no lo conoces realmente —Cecilia se sentó, su voz llena de preocupación.

—Por eso estoy conociéndolo. Además, papá era mayor que tú, y aun así te casaste con él —replicó Alondra.

—Sí, pero no era tan mayor. ¿Qué, diez años mayor? ¿Quince? ¿Cuántos años tiene ese hombre? —preguntó Cecilia, elevando la voz.

Alondra tragó saliva con fuerza. Sabía que el número provocaría una reacción. Su madre hizo un gesto impaciente para que contestara.

—Cuarenta y tres —dijo finalmente Alondra, apenas en un susurro.

Los ojos de Cecilia se abrieron de par en par, y su mandíbula se cayó.

—¿Qué? ¿Has perdido completamente la cabeza? —exclamó, poniéndose de pie bruscamente. Alondra la miró, rodando los ojos con frustración.

—¡Ni se te ocurra poner los ojos en blanco, jovencita! ¿Has pensado en las consecuencias? ¿En el futuro? —Cecilia demandó, claramente conmocionada.

Alondra guardó silencio por un momento, sintiendo el peso de las palabras de su madre. Hasta ahora, solo había actuado según lo que sentía, sin considerar el futuro.

—No... realmente no —murmuró, la incertidumbre asomándose en su mente.

Su madre asintió lentamente, como si hubiera estado esperando esa admisión.

—¿Ves? Claro que no. Entonces dime, Alondra Blanco, ¿qué pasará cuando tengas treinta y cinco años y él cincuenta y seis? ¿Has pensado en eso?

Alondra quedó callada, la pregunta golpeando más fuerte de lo que esperaba.

—¿Piensas convertirte en su enfermera cuando tenga setenta y uno? ¿Y qué pasa si quieres hijos, y él no? ¿Has pensado en eso? —la voz de Cecilia era firme, pero había un borde de preocupación en sus palabras.

Todo lo que su madre decía abrió una puerta a preguntas, dudas y problemas futuros que Alondra no se había permitido considerar. Su madre tenía razón: no había pensado en ello.

—¿Sabes qué, mamá? No, no lo he pensado, y no planeo hacerlo. Mientras esté con él, y él conmigo, todo estará bien. En cuanto a los hijos y la edad, ya lo resolveremos —dijo Alondra, cruzándose de brazos, preparándose para otro enfrentamiento verbal.

—Ah, claro, esa es una excelente idea, cariño —dijo Cecilia con sarcasmo, sacudiendo la cabeza—. Dejar que las cosas se desarrollen sin ningún pensamiento para el futuro. ¿Sabes por

qué la gente compra seguros? Para estar preparados en caso de que algo salga mal, en caso de un accidente. Eso es planificar. Y planificar es ser inteligente. —Cecilia comenzó a caminar de un lado a otro nuevamente, frustrada—. Pensé que eras brillante, Alondra. Estaba tan orgullosa cuando mi hija, de este pequeño pueblo, ganó una beca para estudiar en la Escuela de Artes de Valle del Sol. Ahora, me siento avergonzada, porque tal vez eres lista con los libros, pero estás siendo tonta con la vida real.

—Está bien, ahora si te estás pasando, mamá —dijo Alondra, dando un paso atrás—. Te quiero, eres mi madre, pero a veces puedes ser tan ofensiva. ¿Y sabes qué? Me alegré tanto de irme cuando gané esa beca. Eres agotadora, y a veces siento que me absorbes la energía. Desde que papá falleció, te has centrado demasiado en mí. Ya no lo soporto más...

—¡Ni se te ocurra decir eso, Alondra Blanco! —exclamó Cecilia, con el rostro enrojecido mientras la señalaba con el dedo.

—Pues no me llames estúpida, ni me acuses de estar detrás del dinero de alguien, o lo que sea que planees lanzarme ahora. Puedo seguir siendo tu hija y merecer respeto, e Ignacio también lo merece —dijo Alondra, con la voz firme.

Cecilia quedó en silencio, como una niña regañada. Abrió la boca para hablar, pero Alondra la interrumpió, alzando la voz para asegurarse de que su madre la escuchara.

—Sí, estoy saliendo con un hombre mayor que resulta ser el padre de mi mejor amiga. ¿Y qué? No lo decidí yo, ni él. Sí, es veintiún años mayor que yo, y sí, ya ha vivido su vida y tiene una hija que es un año mayor que yo. Sé todo eso. Así que deja de perder mi tiempo y dime algo que no sepa ya.

Después de un momento de silencio, Alondra recogió sus cosas y se dirigió hacia la puerta del granero, con la intención de salir a buscar a Ignacio y Ana. Pero su madre la siguió, deteniéndola en medio del patio trasero.

—Alondra, esto no se trata de lo que ya sabes, sino de lo que aún no sabes. El futuro, tus planes, hacia dónde quieres ir. ¿Y si algún día decides ir a Hawái y él no quiere porque se siente demasiado viejo? ¿Y si quieres tener un bebé y él siente que ya es demasiado mayor para cambiar pañales y hacer todo eso? —El tono de Cecilia se suavizó, tratando de hacer que su hija viera las cosas con más razón.

La verdad era que Alondra no había pensado en nada de eso. La idea del futuro con Ignacio de repente le parecía abrumadora, como si estuviera apresurándose a dar un paso, pero ahora la curiosidad se asentaba en su mente.

—Mamá, no, por favor, es muy pronto para pensar en todo eso. Nuestra relación es nueva, apenas estamos conociéndonos, y no quiero tocar esos temas todavía —dijo Alondra, con la voz tensa.

—Pero tarde o temprano lo harás. Y quiero que pienses en las consecuencias si él no está en la misma sintonía que tú —respondió Cecilia, con la voz baja pero firme—. Y la diferencia de edad, por el amor de Dios, Alondra... —Se pasó la mano por la frente, claramente decepcionada.

—Mamá, si pudieras ver lo que yo veo, más allá de la edad y todas esas etiquetas, él es un gran hombre, te lo prometo. Si le dieras la oportunidad de demostrarlo, lo verías. Además, parecías bastante feliz hablando con él en la cocina y bromeando hace un rato. ¿Entonces, cuál es el problema?

—Sí, pero no tenía idea de que él quería acostarse con mi hija. ¡Oh, Dios! —gritó Cecilia, y su frustración se convirtió en desesperación. Alondra se quedó en silencio, recordando el momento en que perdió su virginidad con él. Captó la mirada de su madre y notó su repentino rubor, al darse cuenta de la reacción de su madre ante su propia vergüenza.

—Mamá, por favor, solo dale una oportunidad. Dale a los dos una oportunidad. Son personas increíbles, e Ignacio es… —La voz de Alondra se quebró, sus ojos brillando de afecto, y Cecilia percibió el cambio.

—Sí, sí, sé lo que vas a decir. Que él es esto y aquello, y bla, bla, bla. Estás siendo tonta, ¿lo sabes? —interrumpió Cecilia, su tono afilado.

Alondra dio un paso adelante y abrazó a su madre con fuerza.

—Te quiero, mamá, de verdad. Y nunca haría nada para hacerte daño —dijo suavemente.

—Lo sé, cariño. Solo no quiero verte sufrir. Espero que no te arrepientas de esto —respondió Cecilia, suavizando su voz mientras rodeaba a su hija con sus brazos.

—¿Pueden venir mañana? Tal vez a cenar, para que los conozcas —sugirió Alondra, con la voz esperanzada. Cecilia se detuvo un momento, pensativa.

—Está bien, pero lo hago por ti, no por él. De hecho, quiero que sepas que odio la idea de que estés con alguien mucho mayor que tú —dijo Cecilia con firmeza, la preocupación tintando su voz.

Alondra besó a su madre en la mejilla.

—Eventualmente lo querrás —dijo sonriendo, luego regresó a la casa, con el corazón aún algo pesado.

Alondra se movía en la cama, incapaz de encontrar el sueño. Las dudas, que antes eran pequeñas y lejanas, ahora crecían rápidamente en su mente. No podía dejar de pensar en la conversación con su madre en el granero.

Siempre se había imaginado siendo madre, con sus propios hijos y tal vez incluso un perro. Cuando era niña, jugaba con sus muñecas como si fuera una madre, alimentándolas, cuidándolas. Ahora, sentía una profunda inseguridad, el peso de las palabras de su madre presionando sus pensamientos.

¿Qué tal si estás sobrepensando esto? ¿Y si todo sale bien, y él quiere lo mismo que tú? Pero ¿y si no? ¿Y si Ignacio no quiere tener hijos? ¿O si muere demasiado pronto? O peor aún, ¿y si no quiere casarse contigo? ¿Y si nunca llegas a ponerte el vestido de novia con el que soñaste desde pequeña?

Alondra se sintió incómoda, sus pensamientos girando sin cesar. Siempre se había imaginado encontrando a alguien, enamorándose, y caminando hacia el altar con un hermoso vestido blanco. Ahora, permanecía despierta, mirando al techo, preguntándose qué estaría pensando Ignacio. *Él te ama, tonta*, se recordó a sí misma. *Te ama tanto.* Pero entonces, otra duda se coló en su mente. *¿Y si no te ama lo suficiente como para casarse contigo? ¿Y si no te ama tanto como tú lo amas a él?*

Después de unos minutos conduciendo, con Ana cantando a gritos en la radio con su voz desafinada y ruidosa, Ignacio sintió un alivio cuando finalmente llegaron a su destino. Estaba más que listo para escapar de la cacofonía del auto y disfrutar de la paz del campo. Alejarse de la necesidad interminable de Ana de tomar fotos le parecía un descanso muy necesario. El sol se estaba poniendo, e Ignacio no estaba seguro de cómo acercarse a la madre de Alondra después de todo lo que había sucedido. Afortunadamente, él y Ana habían trabajado arduamente durante el día, por lo que no llegarían con las manos vacías. Ana había traído cupcakes, e Ignacio había recorrido el pueblo buscando cerveza y vino, aunque todavía no tenía ni idea de qué le gustaba a la madre de Alondra.

Ana deambuló alrededor del auto, sosteniendo los cupcakes en una mano y su teléfono

levantado con la otra.

—¡Ugh, tenía señal hace un minuto! ¿Qué demonios? ¡Ahora mi reel no se sube a Instagram! —se quejó.

Ignacio la observó, divertido pero también agradecido por el silencio mientras ella cerraba el auto y se dirigía hacia la casa con la cerveza y el vino en las manos. Antes de que pudiera tocar la puerta, Alondra apareció en ella, corriendo hacia él. Se lanzó a sus brazos y lo besó en los labios, e Ignacio tuvo que hacer un esfuerzo para no dejar caer las botellas.

Cuando se separaron, Ana, que corría detrás, chocó contra Alondra, haciéndola perder ligeramente el equilibrio. Las dos se abrazaron, la risa llenando el aire. Ignacio sonrió, su corazón calentado por el lazo que ambas compartían. Le encantaba verlas juntas, tan buenas amigas.

—¿Estás lista para una noche de silencios incómodos, miradas tensas y una cena aún más incómoda? —preguntó Alondra, su sonrisa traviesa.

—Creo que empezaré con esta botella —dijo Ignacio, medio en broma, mientras tomaba la botella de vino.

Ana, siempre entusiasta, levantó con emoción la caja de cupcakes para que Alondra los viera.

—Mira lo que traje, pero dejé la parte de decorar para este momento. Realmente quiero decorarlos contigo —dijo, sus ojos brillando de emoción.

Al ver el entusiasmo de Ana, Alondra sonrió y asintió, su propio entusiasmo era contagioso. Mostró una amplia sonrisa antes de volver a dirigirse hacia la casa.

Dentro, Ana no perdió tiempo. Con su habitual exuberancia, entró y abrazó a Cecilia, quien estaba concentrada en preparar el filete en la estufa.

—¡Señora Cecilia, se ve impresionante hoy! Ese verde realmente resalta sus ojos —complementó Ana, su voz llena de sinceridad, haciendo que Cecilia sonriera cálidamente a cambio ante el comentario sobre su atuendo.

Alondra ajustó el cuello de la camisa de Ignacio, asegurándose de que se viera presentable, antes de empujarlo suavemente hacia su madre. Le dio un pequeño empujón hacia Cecilia, que seguía frente a la estufa.

—Señora Cecilia —dijo Ignacio, forzando una sonrisa nerviosa mientras se paraba junto a ella.

Cecilia lo miró de arriba a abajo, desde los zapatos hasta la cabeza, antes de soltar un

bufido despectivo.

—¿Señor Ignacio? —respondió ella con indiferencia.

Ignacio levantó la botella de vino y las cervezas, ofreciéndoselas a Cecilia con una sonrisa educada.

—No estaba seguro de lo que le gustaba, así que traje ambos —dijo, esperando aliviar la tensión.

—Me gusta el whisky —respondió Cecilia con brusquedad, evitando su mirada mientras se concentraba en la carne que chisporroteaba en la sartén. Ignacio sintió una punzada interna, dándose cuenta de lo imprudente que había sido su elección. *Claro que le gustaba el whisky. Qué estúpido.*

—Gracias, Ignacio —dijo Alondra, notando la breve y palpable tensión entre ellos. —Déjame poner esto en la nevera —dijo, tomando las bebidas de Ignacio y caminando hacia la cocina. Rápidamente las dejó a un lado y se unió a Ana, quien ya había sacado los cupcakes para decorarlos.

Por un momento, Ignacio se sintió como un extraño. No estaba acostumbrado a sentirse inútil, y esa incomodidad lo devoraba. Queriendo romper el silencio y calmar el ambiente, decidió acercarse a Cecilia. Dio un paso al frente y atrapó la mirada de Alondra, quien tenía los ojos bien abiertos y movía la cabeza lentamente en advertencia. Pero antes de que pudiera dar un paso atrás, continuó.

—Señora Cecilia, quiero pedir disculpas… —comenzó Ignacio, pero se detuvo a mitad de la frase cuando la advertencia de Alondra quedó clara en sus ojos. Hizo una pausa, luego sonrió nerviosamente, —Quiero reconocer lo hermosa que es su casa.

—Gracias —respondió Cecilia de forma fría, aunque sus palabras tenían peso. —El padre de Alondra construyó esta casa con sus propias manos, solo para nosotras. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por su familia… y yo también lo estoy.

Ignacio notó el filo en su tono: ¿era una amenaza o una advertencia? De cualquier manera, no le sentó bien.

—Dígame algo, doctor Ignacio —continuó Cecilia, con voz firme—. ¿Alguna vez ha construido algo desde cero con sus propias manos, solo para ver cómo alguien más lo destruye?

Ignacio sintió que la pregunta cortaba el aire, pero antes de que pudiera responder, Ana, siempre disruptiva, se acercó a la ventana, interponiéndose entre él y Cecilia.

—¿Qué fue eso? —preguntó Ana, con voz ligera, ajena a la tensión.

—¿Hay alguien en el granero, mamá? —preguntó Alondra, su curiosidad despertada.

De repente, Cecilia sonrió, su actitud cambiando. Se volvió hacia Alondra con un destello misterioso en los ojos.

—Oh, sí, invité a alguien especial para nosotras —dijo, con tono enigmático—. Ya verás quién es cuando él termine de cuidar a las gallinas.

—¿Especial? —preguntó Alondra, intrigada.

—¿Él? —murmuró Ignacio, su incomodidad aumentando. El hecho de que el misterioso invitado fuera un hombre solo profundizaba su malestar.

—¿Gallinas? —preguntó Ana, sus ojos brillando mientras aplaudía. —Nunca he visto gallinas de verdad.

—Las verás más tarde —dijo Alondra con una sonrisa. —Ahora vamos, vamos a terminar de decorar estos cupcakes.

La voz de Cecilia sacó a Ignacio de sus pensamientos. Había estado mirando por la ventana, tratando de ver al misterioso invitado.

—Doctor, ¿podrías ir al granero y traerme un par de huevos? Los necesito para la ensalada.

Ignacio se enderezó, sintiendo una oleada de orgullo al ser finalmente asignado a una tarea. Le dedicó a Cecilia su sonrisa más confiada.

—En seguida, señora Cecilia —dijo, saliendo de la casa con paso firme. Caminó hacia el granero como un héroe a punto de embarcarse en una gran misión. Pero en el momento en que entró al granero, su ego inflado se desinfló rápidamente.

Allí, alimentando a las gallinas, estaba un hombre mucho más joven que Ignacio. Llevaba un sombrero de vaquero, jeans y botas sucias, con una barba ruda y sin afeitar. Su piel brillaba bajo la luz tenue del atardecer, y sus músculos se marcaban mientras trabajaba. Cantaba una canción de Johnny Cash, su voz profunda y rica, una perfecta combinación con el paisaje.

El corazón de Ignacio se hundió. Lo odiaba de inmediato. Ese encanto de chico malo. La forma tan natural en la que se veía bien con el sombrero de vaquero. El talento, esa voz… era demasiado. Antes de que Ignacio pudiera procesar su creciente resentimiento, el hombre se giró y atrapó su mirada.

—Lo siento, amigo, pero no me atraes —dijo el hombre con despreocupación, continuando con su tarea de esparcir semillas. —Ahora, si sigues mirando, tendré que sacarte los dientes.

Ignacio parpadeó, atónito. —¿Qué? —balbuceó, tratando de sacudirse la confusión. —¡No, no! Solo vengo por unos huevos para Cecilia.

—¿Te refieres a la señora Blanco? —corrigió el hombre, con tono firme y directo.

—Sí, señora Blanco —respondió Ignacio rápidamente, aún asimilando el comentario. El hombre lo miró de arriba a abajo antes de acercarse.

—¿Y quién eres tú? —preguntó, evaluando a Ignacio.

—Soy el doctor Ignacio Martínez —dijo Ignacio, enfatizando la palabra "doctor" mientras extendía la mano para un apretón.

El hombre hizo una pausa, levantando una ceja. —¿Doctor, eh? —dijo, dando un paso al frente. —Soy Henry, campeón de rodeo de Las Colinas. —Se infló el pecho antes de escupir en su mano para darle un apretón a Ignacio. —Y el novio de Alondra.

La sonrisa de Henry era perfecta, confiada y casi burlona. Las palabras golpearon a Ignacio como un puñetazo en el estómago, dejándolo atónito, tratando de recuperarse del impacto.

Capítulo 2

El novio de Alondra, las palabras resonaban en la cabeza de Ignacio como un eco burlón mientras Henry apretaba su mano, forzando una demostración de fuerza. Ignacio frunció el ceño al notar esto y apretó sus dedos alrededor de la mano de Henry en respuesta. Pero Henry apretó más fuerte.

—Está bien, está bien —dijo Ignacio de repente, con la voz tensa—. Necesito esa mano para hacer mis cirugías, ¿entendido? —Cuando Henry finalmente soltó su agarre, Ignacio intentó sacudirse la saliva de la palma, completamente asqueado por la sensación.

—El novio de Alondra —murmuró para sí mismo, la frase quedándose en el aire, espesa de irritación.

—¡Sí! —respondió Henry, claramente divertido por la incomodidad de Ignacio—. Hemos estado juntos desde siempre —Comenzó a mover pacas de heno con indiferencia, mostrando deliberadamente sus músculos con cada movimiento. Ignacio odiaba lo perfectamente definido que estaba el cuerpo de Henry en comparación con el suyo. Ignacio no era un fisicoculturista, pero se mantenía en forma corriendo y yendo al gimnasio. Aun así, nunca podría igualar la masa muscular de Henry.

Los brazos musculosos de Henry y su torso en forma de triángulo eran un contraste nítido con la figura más delgada y envejecida de Ignacio. El sombrero de vaquero en la cabeza de Henry solo sumaba a la irritación de Ignacio, especialmente ahora que tenía la audacia de afirmar que era el novio de Alondra.

—Déjame ayudarte con eso —dijo Ignacio, intentando ocultar su incomodidad demostrando que podía ser tan fuerte como él. Luchó para levantar una paca de heno, sus músculos tensándose con el esfuerzo.

—Está bien, amigo, yo me ocupo de esto —dijo Henry con una sonrisa burlona, claramente disfrutando del esfuerzo de Ignacio. Pero Ignacio no iba a dejarlo. Se puso delante de Henry, impidiéndole que tomara la paca, y tropezó en el proceso. Casi perdió el equilibrio, pero logró mantenerse.

Henry no se movió, observando con una expresión divertida. Se quitó el sombrero, se secó la frente y soltó una risita bajo mientras el rostro de Ignacio se enrojecía por el esfuerzo.

—Amigo, en serio, yo puedo hacer esto solo —dijo Henry, todavía sonriendo.

—Está bien, puedo ayudar —insistió Ignacio, su voz teñida de frustración.

Henry levantó una ceja.

—¿No tienes que llevar unos huevos a Cecilia?

—Sí —dijo Ignacio, soltando la paca y dejándola caer con un suspiro—. Y es la señora Blanco.

—Claro —respondió Henry, una sonrisa astuta en las comisuras de su boca.

Ignacio caminó hacia el gallinero, tratando de mantener la compostura. Agarró un par de huevos de un nido y se dio la vuelta para encontrar a Henry preparándose para mover las pacas de heno nuevamente. La frustración de Ignacio hervía mientras regresaba a la casa.

—La comida estará lista pronto, así que no llegues tarde —dijo Ignacio, su voz adoptando un tono de autoridad que esperaba transmitiera su edad y experiencia.

Justo cuando estaba a punto de salir del granero, escuchó la voz burlona de Henry detrás de él.

—Procura no lastimarte esas manos delicadas en el camino a la casa.

Las palabras golpearon a Ignacio como una bofetada. La ira surgió en su interior y regresó hacia la casa, el sonido de sus botas resonando con cada paso. Entró, haciendo que las mujeres levantaran la mirada sorprendidas, sus miradas encontrándose con la suya mientras pasaba. Colocó los huevos junto a la estufa, con la mandíbula tensa.

—Aquí tienes, señora Cecilia —dijo Ignacio, su voz más fría de lo que había planeado—. Espero que esto sea más que suficiente para tu ensalada.

Cecilia sonrió, sabiendo algo.

—Gracias, pero ¿por qué tardaste tanto? —preguntó, su tono ligero, pero con una curiosidad subyacente.

Ignacio la miró, sus ojos entrecerrándose mientras su irritación crecía. Ana y Alondra las observaban de cerca, notando que algo no estaba bien.

—Una gallina fastidiosa se metió en mi camino —respondió él, tratando de sonar casual, aunque las palabras salieron más cortantes de lo que había querido. Agarró una cerveza de la nevera, necesitando algo para calmar sus nervios. Ana y Alondra se intercambiaron una mirada, claramente curiosas, pero Ignacio se negó a encontrarse con su mirada.

—¿Está todo bien? —preguntó Alondra, su tono suave pero inquisitivo.

Ignacio recordó las palabras de Henry, *El novio de Alondr*a,y le golpearon como un puñetazo en el estómago. Su ira hervía, aún cruda.

—Oh, sí, perfecto —murmuró, tragándose la mitad de la cerveza de un solo trago, como si pudiera ahogar la molestia que lo carcomía. Se sentó frente a ellas, luego dirigió su atención a Alondra, su tono cambiando—. Tenemos que hablar. Pero no ahora. Después.

—¿Está bien? —dijo Alondra, confundida, mientras lo miraba, sin saber qué le pasaba.

La voz de Ana cortó la tensión.

—¡Papá! —dijo, su rostro iluminado por la emoción—. ¡Decoré este para ti!

Sostuvo un cupcake con una cara sonriente torpe, sus ojos desalineados y la crema de la boca derritiéndose sobre la superficie.

Ignacio miró el cupcake, luego volvió a mirar a Ana, cuya sonrisa nerviosa suplicaba su aprobación. Intentó calmar su frustración, forzando una sonrisa que se sintió tensa.

—Está precioso, cariño.

Ana sonrió, emocionada por su respuesta.

—¡Genial! ¡Voy a tomar una foto para mi Instagram! —dijo, sacando su teléfono. Justo cuando estaba a punto de tomar la foto, la puerta principal se abrió con un fuerte crujido, llamando la atención de todos.

Allí, en el umbral, estaba Henry, con el torso descubierto, su piel brillando con la luz por el sudor, con su camisa colgada despreocupadamente sobre su hombro. Adoptó una pose, con las manos en las caderas, irradiando la confianza de un dios vaquero.

El estómago de Ignacio se retorció. Rodó los ojos y se acomodó incómodamente en su asiento, incapaz de contener su creciente resentimiento. La mandíbula de Ana se cayó. Los ojos de Alondra se abrieron en sorpresa, y sus labios se curvaron en una pequeña sonrisa divertida. La

expresión de Cecilia se suavizó, adoptando una mirada relajada en comparación con su habitual actitud tensa cuando miraba a Ignacio.

—Perdón por aparecer así. ¿Llego tarde para la cena? —preguntó Henry, su voz suave, encantadora.

—¡Para nada, querido! —dijo Cecilia, sonriéndole ampliamente—. Estás justo a tiempo. Ya casi termino de cocinar, así que la comida estará lista en un minuto.

Henry le dedicó una sonrisa deslumbrante, e Ignacio sintió cómo su sangre hervía mientras Ana suspiraba, con los ojos prácticamente pegados a él, y los labios de Alondra se separaban ligeramente. Ignacio tuvo que mirar hacia otro lado antes de que los celos lo consumieran por completo.

—¿Henry? —la voz de Alondra, dulce y sorprendida, resonó en la habitación. Caminó hacia él, una sonrisa floreciendo en su rostro.

—¡Hola, conejita! ¡Pensé que nunca te volvería a ver! —saludó Henry, con su sonrisa amplia y genuina. Alondra le abrió los brazos, y sin dudarlo, él la abrazó, levantándola del suelo.

—¿Conejita? ¿Qué demonios? —murmuró Ignacio, con un tono de incredulidad. Se giró hacia Ana, perdiendo la paciencia—. Estás babeando sobre los cupcakes —dijo, chasqueando los dedos frente a la cara de Ana para romper su trance.

—Esta es mi mejor amiga, Ana —dijo Alondra, empujando a Henry hacia ellos. Henry, con su confianza desbordante, extendió la mano hacia Ana, quien la tomó casi automáticamente, todavía claramente hipnotizada por él.

—Y este es Ignacio, mi... —comenzó Alondra, pero antes de que pudiera terminar, Cecilia intervino.

—Henry, ¿por qué no vas al baño y te limpias un poco? Estoy a punto de servir la cena —dijo rápidamente, interrumpiendo a Alondra antes de que pudiera terminar de presentar a Ignacio como su novio.

—Enseguida, señora —respondió Henry con esa misma sonrisa encantadora. Al mirar los cupcakes, su sonrisa se ensanchó de manera traviesa—. Ese cupcake está feo como el diablo —dijo, refiriéndose al que Ana había decorado para Ignacio.

La cara de Ana, que antes había estado babeando por el fisico de Henry, cambió instantáneamente a una expresión de pura indignación.

—¡Parece una cara sacada de un manicomio! —añadió Henry, antes de tomar el cupcake de Ana y darle un mordisco mientras caminaba hacia el baño.

La voz de Ignacio fue tajante. —Ese era mi cupcake —dijo, irritado por la despreocupación de Henry hacia el esfuerzo de Ana.

Ana resopló con incredulidad, sus mejillas enrojeciendo de frustración. —¡Dijo que estaba feo! —exclamó. Sus ojos se dirigieron hacia Alondra, quien llevaba una sonrisa tonta en el rostro. —¡Dijo que mi cupcake estaba feo!

—Siempre puedes hacer otro. Hay muchos más para decorar —dijo Alondra suavemente, tratando de calmar a su amiga alterada, pero las palabras no parecían ayudar mucho.

—¡Pero ese era especial! —dijo Ana, tomando otro cupcake para decorar, su frustración aún no se disipaba.

Alondra entonces miró a Ignacio, notando que su mirada había permanecido sobre ella durante varios momentos. Su expresión era indescifrable, pero algo en sus ojos la puso incómoda.

—¿Qué? —preguntó Alondra, levantando las cejas. Antes de que pudiera responder, Cecilia carraspeó, mirando alternativamente a los dos.

—Nada, cariño —dijo Ignacio, su voz tensa mientras forzaba una sonrisa, aunque no alcanzaba sus ojos. Alondra tragó con dificultad, sin saber qué pensar de su respuesta.

—Ana, querida, ¿puedes ayudarme a poner estas bandejas en la mesa? —pidió Cecilia, rompiendo la tensión y haciendo que Ana se moviera rápidamente. Tomó la bandeja de carne de las manos de Cecilia.

La casa se llenó con el rico aroma de la comida, haciendo que a todos se les hiciera agua la boca. Cecilia sonrió ante la distracción momentánea.

—¿No es guapo? —preguntó, su voz llena de afecto orgulloso mientras Ana ponía la comida en la mesa.

—Sí, bastante guapo —respondió Ignacio, sus ojos fijos en Alondra. La tensión entre ellos era palpable, pero él no podía apartar la mirada.

—Oh, recuerdo cuando ese niño se hizo amigo de Alondra —continuó Cecilia, su voz suave y nostálgica—. Eran inseparables. Y tan pronto como Alondra cumplió diecisiete, vino a pedirme permiso para salir con ella. Era un encanto. Estaba increíblemente feliz de saber que mi hija estaba en buenas manos.

Ana e Ignacio se miraron sorprendidos mientras escuchaban a Cecilia. El cariño en su voz era evidente, pero eso hizo que Ignacio se sintiera aún más incómodo, más como un extraño en ese recuerdo. Podía sentir el amargo sabor de los celos subiendo por su garganta, pero mantenía su expresión neutral. Dio un largo trago de cerveza, tratando de ahogar la incomodidad

que lo devoraba por dentro.

—Era tan galante y respetuoso —continuó Cecilia, sus ojos brillando con recuerdos—. Imaginen mi alegría cuando me enteré de que Alondra era oficialmente su novia.

Ana e Ignacio se miraron, atónitos por sus palabras. Luego voltearon a ver a Alondra, quien les dio una sonrisa nerviosa y algo incómoda. Ignacio apretó su cerveza con más fuerza, su mente corriendo a mil por hora. Esta imagen perfecta de Henry comenzaba a devorarlo por dentro, llenándolo de celos e inseguridad, sentimientos que no podía apartar.

Ana dejó caer el tazón sobre la mesa con un ruido estridente, sus ojos bien abiertos de incredulidad mientras miraba a Alondra. Su boca quedó abierta en shock. Ignacio, sorprendido, se atragantó con su bebida, tosiendo violentamente mientras intentaba recuperar el aliento. Alondra rápidamente le dio unas palmadas en la espalda, su toque suave pero urgente, y cuando él se recuperó, Ignacio la miró, su mente era un torbellino. *¿Por qué no me había contado nada sobre Henry antes? ¿Por qué había mantenido esa parte de su vida oculta?* La Alondra que tenía enfrente se sentía como una extraña, alguien a quien apenas conocía. *¿De verdad la conozco?* pensó, su mirada fija en ella con confusión y dolor.

Alondra parecía genuinamente preocupada, su expresión vacilante mientras abría la boca para hablar. Pero antes de que pudiera decir algo, el sonido de aplausos resonó en el pasillo, atrayendo la atención de todos hacia la puerta. Henry apareció nuevamente, quitándose el sombrero de vaquero con una sonrisa despreocupada.

—Entonces —dijo, rompiendo el pesado silencio, su sonrisa brillante y fácil—. ¿Quién está listo para devorar esos platos? ¡Porque yo seguro que sí!

Miró a todos, su mirada confiada barriendo la habitación, ajeno a la tensión en el aire.



Más tarde, mientras estaban sentados alrededor de la mesa, los sonidos de los cubiertos chocando llenaban la habitación. Cecilia notó que el plato de Henry estaba vacío, y con una sonrisa radiante, se levantó, tomando la bandeja con los bisteques.

—Oh, Henry, ¿quieres más carne? —preguntó, su voz dulce y afectuosa—. Necesitas mantener tus fuerzas para la competencia.

—Oh, señora Cecilia, ¡estoy lleno como un pavo en Acción de Gracias! —rió Henry, recostándose en su silla—. Esta comida estuvo increíble, pero podría comer un poco más.

Los ojos de Ignacio se dirigieron a la bandeja, y antes de poder detenerse, levantó su plato.

—Yo también quiero más —dijo, su voz más afilada de lo que había querido. Pero Cecilia ni siquiera lo miró.

—Sírvete tú mismo —le dijo, cortante, sin apartar la mirada de Henry. Las palabras dolieron más de lo que Ignacio quería admitir.

—¿Competencia? —preguntó Alondra, su voz traicionando su curiosidad mientras miraba a Henry.

—Sí, es cierto —respondió Henry, tomando un sorbo de su cerveza—. Este fin de semana hay una competencia de rodeo en el pueblo, y me inscribí. Nunca está de más añadir otro trofeo a la colección —agregó con una sonrisa juguetona.

—Tal vez no un trofeo, pero si deberías añadir una reacción química entre tus circuitos neuronales que sospecho ya llevan un tiempo sin usarse —comentó Ana con tono seco, pincharando los guisantes en su plato.

Alondra no pudo evitar ahogar una risa, una pequeña sonrisa se asomó en la esquina de sus labios mientras intentaba contenerla. Ignacio apretó los labios tratanto de contener la risa.

—¿Reacción química qué? —preguntó Henry, completamente ajeno, frunciendo el ceño de confusión. No tenía idea de que Ana acababa de llamarlo idiota de la manera más intelectual posible.

—Entonces, ¿cuándo será esta competencia? —preguntó Cecilia, con voz casi demasiado dulce mientras miraba a Alondra, quien parecía distraída por la dinámica a su alrededor.

—El fin de semana —dijo Henry, sonriendo ampliamente—. Espero verte allí, Alondra. Me inscribí en todas las categorías, incluso en la de escupir. —Añadió la última parte con un toque de orgullo, como si fuera lo más impresionante de él.

La expresión de Alondra vaciló por un segundo mientras levantaba una ceja, Ignacio casi se ahoga con su bebida, tratando de contener una risa incrédula. Se movió incómodamente en su asiento, sintiendo una mezcla de celos y disgusto.

—¿Acabas de decir "escupir"? —preguntó Ana, su tono cargado de incredulidad y leve repulsión mientras miraba a Henry. Las palabras flotaban en el aire como una mala broma, e Ignacio no pudo evitar sentir cómo el celosismo comenzaba a crecer de nuevo. La actitud despreocupada de Henry, su carisma... todo parecía robarse la atención, dejando a Ignacio sintiéndose más y más como un espectador en su propia casa.

—Oh sí, es algo muy importante en este pueblo, así que he estado practicando mucho

para agregar ese título a mi nombre —dijo Henry, su tono lleno de confianza y seguridad.

—Y lo ganarás, estoy bastante seguro. Has sido campeón en todas las competiciones desde que te conozco —respondió Cecilia, sus ojos brillando con orgullo—. Y para ser honesta, estoy tan orgullosa de tenerte aquí, sentado a mi mesa, comiendo mi comida.

Ana se inclinó hacia su padre, susurrando con un toque de sarcasmo:

—Me siento mal por su circuito neuronal —dijo en voz baja, pero todavía con un tono de burla.

—Yo también —respondió su padre en voz baja, su tono igualmente lleno de desdén.

—Me halagas, señora Cecilia, pero realmente quien es especial eres tú —dijo Henry, mostrando esa sonrisa característica que hizo que Cecilia se sonrojara. Ana puso los ojos en blanco, pero Alondra, sentada en silencio, se concentraba en terminar su comida, sin participar en la conversación.

Mientras tanto, Ignacio observaba a Alondra con una mezcla de anhelo y frustración. No quería nada más que estar sentado a su lado, sujetando su mano, pero el asiento junto a ella había sido tomado por Henry en el momento en que Cecilia le pidió que trajera el vino del refrigerador. No podía evitar sentirse desplazado durante toda la cena, observando cómo Henry entablaba una conversación cálida y fácil tanto con Cecilia como con Alondra.

La envidia de Ignacio burbujeaba por debajo de la superficie, pero intentó apartarla. No soportaba la sensación de ser invisible, como una sombra en el fondo mientras Henry se bañaba en el protagonismo.

Se aclaró la garganta y forzó una sonrisa.

—Oh Alondra, ¿recuerdas esa canción que pusieron en la fiesta del rodeo? —preguntó, intentando dirigir la conversación hacia algo más familiar, con la esperanza de reconectar.

—Creo que era "Making Memories of Us" de Keith Urban —respondió Alondra, terminando el último bocado de su comida, su voz distraída.

—Oh sí, esa era —intervino Henry, con los ojos fijos en Alondra—. La pusieron en el último rodeo en el que estuve, y no podía dejar de pensar en ti. Recuerdo ese vestido rojo que llevabas, y pensé: "Vaya, ¿es realmente mi novia?" Estabas impresionante.

Alondra sonrió y dio un sorbo a su bebida.

—Sí, me encantó ese vestido.

—¿Un vestido rojo, eh? —preguntó Ana, inclinándose hacia adelante con las cejas

levantadas, claramente intrigada.

—Sí, deberías haberla visto —continuó Henry, su voz llena de admiración—. Era la chica más guapa de ese establo. Incluso ganamos como el rey y la reina del rodeo y bailamos esa canción.

—Sí, estuvo bonito —dijo Alondra, su tono plano, como si el recuerdo no tuviera el mismo peso para ella que para Henry.

La espalda de Ignacio se tensó con las palabras de Henry, la calidez y facilidad con la que hablaba sobre Alondra, la manera en que recordaba cada detalle, lo golpearon más fuerte de lo que esperaba. Un repentino malestar se esparció por su pecho, y antes de que pudiera contenerlo, se levantó abruptamente.

—Voy al baño, disculpen —murmuró, con la voz áspera de frustración no expresada.

Todos lo miraron, pero él no encontró sus miradas. Sus pasos sonaban pesados mientras caminaba por el pasillo, su mente girando con pensamientos que no podía controlar. *¿Qué demonios? ¿Reina y rey del rodeo? ¿Un campeón de rodeo? ¿Es eso lo que ella quiere?*

Llegó a la puerta del baño, la cerró con llave detrás de él y se apoyó en ella, dejando que la madera fría presionara su frente. Sus emociones eran un lío dentro de él: celos, dolor y rabia, todo mezclado de una manera que no podía escapar.

—Esto es ridículo —susurró para sí mismo, su voz tensa con frustración—. ¿Un campeón de rodeo? ¿Un baile de rey y reina? —Se sintió como un tonto, como si ya no tuviera lugar en el mundo de Alondra, especialmente no cuando Henry era tan parte de él tan fácilmente.

Se apartó de la puerta, sus ojos buscaban algo de consuelo en las paredes blancas del baño, pero no lo encontró. Se paró frente al espejo, mirando su reflejo, tratando de entender a la persona que lo miraba. *¿Es esto lo que soy ahora? ¿El tipo que se queda atrás?*

Abrió el grifo y dejó que el agua tibia fluyera hacia el lavabo, mirando sus manos mientras el agua giraba alrededor, el sonido del agua cayendo de alguna manera era más reconfortante que cualquier otra cosa en el baño.

—Lo pusieron en el último rodeo, oh señora Cecilia, eres especial, oh miren todos, qué grande la tengo —Ignacio lo imito, haciendo una voz aguda mientras parodiaba a Henry con sarcasmo exagerado—. ¡Qué imbécil!

Se echó agua fría en la cara, una vez, dos veces, tratando de lavar la sensación ardiente en su pecho. Apoyó las palmas contra los ojos, deslizándolas por sus mejillas, antes de mirar de nuevo en el espejo. Su mirada se clavó en su reflejo y, de repente, sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Qué? —murmuró, acercándose al espejo.

Se levantó el cabello desordenado con un movimiento frenético y su corazón dio un brinco cuando vio un racimo de canas alrededor de su oído.

—¿Qué es esto? —susurró, su voz quebrada por la incredulidad—. ¡Oh, mierda, mierda, mierda! —Los signos de envejecimiento eran innegables, y por primera vez, Ignacio sintió el peso de esto en su cuerpo, su mente, su alma misma. Se examinó de cerca, viendo las líneas de expresión alrededor de su boca, la fatiga en sus ojos, y lo peor de todo, ya no se veía como un joven de veinte y tantos años. No como Henry.

—¡Mierda! —escupió amargamente, mirando su reflejo como si fuera un extraño—. Soy un viejo bastardo —Intentó alisar las canas, pero no hubo nada que hacer. No podía ocultar la verdad—. Mírate, Ignacio… viejo y a punto de caducar. Saliendo con una chica de veintidos años y tratando de engañarte a ti mismo pensando que aún eres el mismo. ¿A quién intentas engañar?

Podía escuchar la voz de Henry en su mente nuevamente, burlándose de él. Las palabras resonaban, e Ignacio no podía escapar de ellas. Sus manos temblaban, y dio una risa amarga, antes de deslizarse nuevamente en esa imitación de tono agudo.

—¡Todos miren, soy un campeón de rodeo! Me gusta sudar mientras alimento a las gallinas…

Antes de que pudiera seguir hundiéndose en sus pensamientos, un golpe en la puerta interrumpió su reflexión.

—¿Papá? ¿Estás bien? —La voz de Ana cortó la tensión, pero Ignacio sintió un inesperado dolor de decepción: no era Alondra quien venía a revisarlo. *Alondra...* Le hubiera encantado que ella viniera a su lado, que dejara a Henry atrás y lo pusiera de nuevo en su lugar, junto a ella, tomándole la mano. Pero eso no iba a suceder.

—¿Concurso de escupir? —murmuró entre dientes.

—¿Qué dijiste, papá? —preguntó Ana nuevamente, su voz lo sacó de su autocompasión.

—Sí, cariño, ya vuelvo, ¿vale? —dijo, tratando de estabilizar su voz. Oyó sus pasos desvanecerse mientras se alejaba, y él volvió a mirar el espejo una última vez, suspirando profundamente.

Se secó la cara, tratando de alejar la ira y la tristeza, pero se aferraban a él como un abrigo viejo y gastado. Se pasó las manos por el cabello, tratando de arreglarlo, tratando de salvar lo poco de dignidad que le quedaba.

—Eres un doctor, Ignacio —murmuró para sí mismo, su voz baja pero firme—. Te

graduaste con honores, eres el maldito investigador de Valle del Sol. Así que, pon tu vida en orden. Aún eres atractivo. Eres brillante, y salvas vidas.

Enderezó la espalda, forzando una respiración profunda, y salió. Pero en el momento en que entró al comedor y vio a Henry peinándose el cabello rubio con esa sonrisa engreída y confiada, mirando a Alondra, quien reía ante cualquier cosa ridícula que él había dicho, Ignacio sintió que su recién adquirido sentido de orgullo se desinflaba como un globo.

Pero eres viejo, Ignacio… eres viejo. El pensamiento se repetía en su mente, un veredicto silencioso del que no podía escapar.

Caminó hacia su asiento junto a Ana, que estaba absorta en su teléfono, tratando de encontrar señal. Intentó sacudirse ese sentimiento mientras preguntaba, su voz más tensa de lo que había querido:

—¿Qué es tan gracioso?

—Oh, Henry nos estaba contando sobre la primera vez que montó un caballo —respondió Cecilia, su tono ligero y divertido, tomando un sorbo de su vino.

—Entonces, doctor Martínez —dijo Henry, su voz empapada de curiosidad fingida—, ¿estás casado?

Ignacio se detuvo, sintiendo el peso de la pregunta. Ya no era solo el doctor orgulloso y exitoso. Era el hombre viejo en la sala, el que no podía competir con la juventud y el carisma de Henry.

—Estuve casado, con la madre de Ana, pero ya no más —dijo, sus palabras planas, como si la admisión de sus fracasos pasados flotara en el aire como una disculpa no dicha.

—Oh, lo siento, supongo que no fue fácil para ella cuando saliste del clóset —comentó Henry, su voz casual, casi despectiva.

Ignacio frunció el ceño, su rostro se tensó de confusión. *¿Salir del clóset?* No tenía idea de a qué se refería Henry.

—¿Salir de dónde? —preguntó, su tono teñido de incredulidad.

Henry levantó una ceja, como si la pregunta fuera absurda.

—¿Estás saliendo con alguien o planeas casarte? Sé que ahora es legal en Valle del Sol.

—¿Qué? —La voz de Ignacio vaciló, su mente giraba mientras intentaba comprender lo que estaba pasando. La conversación parecía haber tomado un giro extraño, y él no podía seguir el ritmo. Su incomodidad aumentó cuando notó que Cecilia ahogaba una risa detrás de su mano.

Era como si todos estuvieran en una broma de la que él ni siquiera era consciente.

—¡Ah, sí! ¡Una barra! —de repente dijo Ana, su entusiasmo un giro inesperado en el aire.

Henry la miró, confundido.

—¿Qué tiene de importante ese teléfono?

—¿Perdón? ¡Esta es mi vida! —respondió Ana, claramente sorprendida por su pregunta. Miró brevemente hacia arriba antes de volver a su teléfono—. Han pasado días desde que subí algo a mi Instagram. Mis seguidores necesitan saber que sigo viva —dijo, sus dedos tocando rápidamente la pantalla mientras ignoraba a todos los demás en la sala.

—¿Instaqué? ¿Seguidores? —Henry resopló, su voz llena de desdén—. Eso es una estupidez.

Ana respondió rápidamente, sin perder el ritmo:

—Lo dice el tipo que se inscribió en un concurso de escupir.

Las palabras quedaron flotando en el aire, e Ignacio sintió cómo la tensión aumentaba, como una chispa eléctrica entre ellos. La discusión comenzaba a meterse debajo de su piel, pero antes de que las cosas se desbordaran, Alondra intervino, su voz tranquila cortando la creciente fricción.

—¿Alguien quiere postre? —preguntó ella, su sonrisa una sutil súplica por la paz.

La sonrisa de Ignacio se suavizó al mirarla. Siempre sabía cómo calmar la situación, cómo traer algo de equilibrio cuando todo parecía estar fuera de lugar. Asintió, respondiendo, —Sí, por favor —al mismo tiempo que Henry. Pero en el momento en que sus miradas se cruzaron, algo pasó entre ellos, un desafío competitivo y silencioso. Ninguno de los dos parpadeó, cada uno intentando afirmar su dominio en el breve e incómodo silencio.

Alondra regresó con los cupcakes, sus ojos parpadeando entre ellos, como si no supiera cómo navegar la corriente subterránea de tensión en la habitación.

—¿Todo bien…? —dijo, dudando.

Sin decir palabra, Ignacio y Henry ambos se lanzaron hacia los cupcakes, casi ahogándose en el proceso mientras intentaban metérselos en la boca al mismo tiempo.

—Oh, Ana, estos cupcakes te quedaron muy ricos —dijo Alondra a la chica rubia, su intento de suavizar la incomodidad.

—Gracias, pero no los hice yo. Los compré —respondió Ana, su sonrisa tensa, claramente consciente de las sutiles indirectas en el aire.

—Por supuesto que los compraste —dijo Henry, su tono tajante, como si todo lo relacionado con Ana lo irritara. Ana, siempre perspicaz, entrecerró los ojos al mirarlo, el desdén claro en su mirada mientras levantaba su iPhone para mantener su frágil conexión. No se dejó distraer, permaneciendo firme en su mundo.

Luego, Cecilia se levantó, recogiendo los platos. El suave tintinear de la porcelana llenó el silencio mientras se movía, intentando mantener una apariencia de normalidad.

—Oh, señora Cecilia, déjame lavar los platos —dijo Henry, levantándose de su silla con una cortesía exagerada, como si él fuera el único que ofreciera ayudar.

—No, eres mi invitado —insistió Cecilia, pero Henry la ignoró, ya recogiendo los platos.

—Es lo justo —dijo—, tú cocinaste todo esto para nosotros.

Qué hijo de puta, pensó Ignacio, su irritación burbujeando mientras observaba a Henry caminar casualmente hacia el fregadero para lavar los platos. Qué cara tenía.

—¿Podemos hablar? —preguntó Ignacio, su voz densa de frustración, su mirada fija en Henry.

Alondra no dudó.

—Sí, claro. —Se levantó y caminó hacia afuera, con Ignacio siguiéndola, el peso de sus pensamientos presionando sobre él.

Una vez afuera, Ignacio comenzó a caminar de un lado a otro, su mente girando en una tormenta de confusión y enojo. Apenas podía quedarse quieto. Su frustración necesitaba un desahogo.

—¿Por qué no dijiste nada sobre este tipo? —exigió, su voz subiendo con cada paso.

La respuesta de Alondra fue calmada, demasiado calmada.

—Nunca preguntaste, y no creo que él sea importante de todos modos.

—¿No importante? —Ignacio dejó de caminar, girándose hacia ella, sus ojos abiertos de incredulidad—. Entonces, ¿por qué te abalanzaste sobre él cuando lo viste de nuevo? —Sus palabras flotaron pesadas en el aire frío.

—Bueno, él era un buen amigo mío, y han pasado tres años desde la última vez que lo vi —explicó, aunque su tono era cauteloso, como si eligiera sus palabras con precisión.

Pero Ignacio no estaba dispuesto a dejarlo pasar. Sus movimientos se hicieron más erráticos, caminando más rápido ahora, sus pensamientos acelerados.

—No puedo creerlo... Nunca dijiste una palabra sobre él.

Alondra dio un paso hacia adelante, tratando de captar su atención, pero él seguía caminando.

—Escucha, te amo, Ignacio. Eres todo para mí —Sus palabras parecieron suavizar los bordes de su ira, pero su mente estaba demasiado nublada para aceptarlas por completo.

—Salí con Henry un tiempo —admitió, su voz incierta, como si el mismo recuerdo le causara incomodidad—, pero ya no más. Terminamos cuando supe que me iba a Valle del Sol, y ya han pasado años de eso.

Ignacio se detuvo, su pecho apretándose.

—¿Cuánto tiempo saliste con él? —preguntó, su tono tenso de sospecha.

—Un par de meses —respondió rápidamente, pero luego dudó, retrocediendo como si reconsiderara algo—. Y un par de años.

La revelación golpeó a Ignacio como un puño en el estómago.

—¿Qué? ¿Años? —Su voz se quebró por la incredulidad y el enojo—. ¡No puedo creer que nunca lo mencionaste antes! Y por la cara de Ana cuando lo vio, no creo que ella lo supiera tampoco.

Alondra suspiró, la frustración comenzando a colarse en su voz.

—Como dije, nunca preguntaste. Y no es importante, Ignacio.

—¿Entonces por qué demonios está aquí? —La voz de Ignacio se rompió, una mezcla de dolor y confusión en sus palabras—. ¿Por qué tu madre está tratando de emparejarte con él otra vez?

—No está intentando nada —dijo Alondra, pero sus palabras se sintieron débiles para Ignacio, como si estuviera tratando de tranquilizarlo cuando ella misma no estaba completamente convencida.

Ignacio sintió que su pecho se apretaba nuevamente, sus inseguridades volviendo a surgir.

—¿Qué? ¿Estás ciega, Alondra? Es obvio. Ella me odia. Si el asesinato fuera legal, probablemente me mataría. Y ahora trae a este maldito vaquero aquí para generar problemas

entre nosotros. —Sus palabras salieron disparadas, su frustración desbordándose mientras finalmente se permitía confrontar lo que lo estaba carcomiendo.

—Y estás permitiendo que suceda —dijo Alondra, su voz suave pero firme mientras colocaba sus manos suavemente sobre sus hombros—. Te estás molestando por algo que pertenece al pasado. Yo te amo, Ignacio. ¡A ti! No a Henry. ¡A ti!

Ignacio guardó silencio, su mirada fija en la de ella, su mente dando vueltas con dudas. Sus ojos marrones tenían una calidez que hacía que todo pareciera un poco menos pesado. Poco a poco, envolvió sus brazos alrededor de ella, acercándola a su cuerpo. Esta es la mujer que amo, pensó, sintiendo el latido constante de su corazón contra su pecho.

—Lo siento —murmuró en su cabello—. Es solo que cuando lo vi, me sentí… —Su voz se desvaneció, tragada por su incertidumbre.

—¿Inseguro? —Alondra completó por él, su voz como una suave caricia.

—Viejo —admitió en voz baja, las palabras dejando un sabor amargo en su boca.

Alondra se apartó ligeramente, sus manos buscando su rostro, inclinándolo para que sus ojos se encontraran.

—Está bien —dijo, su voz tranquila pero firme—. Sé que este es un tema difícil para nosotros. Y sí, eres mayor que yo. Pero no eres viejo, cariño. Eres un hombre guapo. Tuve suerte de enamorarme de ti.

Ignacio sonrió débilmente, su corazón latiendo un poco más rápido. Pero, al acercarla a él, sus inseguridades seguían allí, como un invitado no deseado.

—¿De verdad me encuentras atractivo? —preguntó, su voz baja, casi vulnerable.

—Oh sí —respondió ella, sus dedos trazando los cabellos alrededor de su oído—. Muy atractivo. Me estás poniendo caliente ahora mismo.

Su toque le envió un escalofrío por la espalda, pero de repente, sin pensarlo, él agarró su mano y pasó los dedos por las canas alrededor de su oído, su mente nublada por la ansiedad.

—¿Qué pasa? —preguntó Alondra, notando su cambio repentino.

—Nada —dijo Ignacio rápidamente, tratando de restarle importancia—. No es nada.

Pero Alondra no se dejó engañar. Detuvo su mano, sus ojos suaves pero decididos. Sus dedos recorrían con ternura las canas alrededor de su oído.

—No te avergüences de ti mismo —dijo, su voz calmante—. Además, creo que esas

canas muestran experiencia, y eso me parece tan malditamente atractivo.

El corazón de Ignacio dio un brinco, una sonrisa apareció en sus labios mientras se inclinaba hacia ella, besándola profundamente, como si sus palabras borraran todo rastro de duda en él.

—Ahora solo tengo que convencer a tu madre —murmuró contra sus labios, su mirada desviándose hacia la ventana. A través del cristal, vio a Henry aún lavando los platos, sus movimientos lentos y deliberados, mientras Cecilia admiraba al vaquero con una mirada que hizo que el estómago de Ignacio se retorciera.

Entonces, un pensamiento le golpeó, agudo y repentino, como un rayo.

—¡Eso es! —dijo, con los ojos muy abiertos al darse cuenta.

La puerta se abrió de golpe y Ana salió corriendo de la casa, su rostro retorcido por la frustración.

—¡No! —gritó, su voz llena de drama—. ¡Acabo de perder la maldita señal! —Se giró y vio a Ignacio y Alondra juntos, su rostro suavizándose un poco—. Perdón si los asusté, pero no aguantaba ni un minuto más dentro con ese vaquero idiota —resopló Ana—. ¡En serio, no sabe lo importante que es tener una vida social, y si eso no fuera suficiente, se ha estado burlando del cupcake que hice para ti, papá!

Ignacio se rió, un poco aliviado por el sonido familiar de la irritación de Ana.

—Que también se comió —añadió, sonriendo—. Pero está bien, Ana. Le voy a dar una lección.

Los ojos de Ana brillaron con emoción.

—¿Qué? ¿Qué vas a hacer? —preguntó, ansiosa por ver qué acción tomaría Ignacio.

Alondra, sin embargo, parecía preocupada.

—No quiero peleas, Ignacio —dijo, su voz suave pero firme, con un tono protector.

—No te preocupes, cariño —dijo Ignacio suavemente, besando su frente con ternura. Pero había algo en su voz, una determinación que hizo que el corazón de Alondra se acelerara, tanto por preocupación como por admiración—. Voy a golpear a este tipo donde más le duele: su ego. Por eso me voy a inscribir en el rodeo, y voy a ganar esa maldita competencia.

Los ojos de Alondra se abrieron de par en par, su estómago se apretó por la preocupación. Se apartó ligeramente, su mano descansando en su pecho mientras buscaba alguna señal en su rostro de que estaba bromeando.

—Tienes que estar bromeando —dijo, con una mezcla de sorpresa y preocupación en su voz.

Pero antes de que Ignacio pudiera responder, Ana dio un paso al frente, su habitual sonrisa juguetona reemplazada por una feroz confianza.

—Claro que sí —dijo, su voz fuerte y decidida mientras ponía sus manos sobre el hombro de su padre—. Vamos a mostrarles a estos del campo de qué están hechos los Martínez.

Capítulo 3

—¿Estás realmente seguro de esto? —la voz de Alondra temblaba de preocupación mientras sus ojos permanecían fijos en Ignacio, que luchaba por ponerle la silla al caballo, con movimientos torpes y poco acostumbrados.

—Tan seguro como sé que te amo, cariño —respondió Ignacio con una sonrisa que no llegó del todo a sus ojos—. Además, ¿qué tan difícil puede ser? —Le dio un último ajuste a la silla, solo para que esta se deslizara hacia un lado y cayera al suelo con un estrépito.

Alondra suspiró, con el corazón pesado.

—Entonces, si te digo que te amo y quiero que sigas entero… ¿considerarías dejar el rodeo? —Su voz se suavizó, casi suplicante.

Ignacio se giró hacia ella, y por un momento, el peso de su preocupación lo alcanzó. Pudo ver el miedo en sus ojos, pero forzó una sonrisa tranquilizadora.

—Cariño, estaré bien. Además… ya me inscribí. —Su tono era casual, pero la confesión cayó como una bomba.

—¿Qué? —La mandíbula de Alondra se abrió, la incredulidad y la frustración inundando su expresión.

Desde la entrada, Ana sonrió radiante, ajena a la preocupación de su amiga. —¡Ese es mi papá! —dijo con orgullo palpable.

Alondra negó con la cabeza, su ansiedad creciendo.

—No puedo ver esto —murmuró, dirigiéndose hacia Ana—. ¿Quieres sentarte conmigo afuera del salón?

—Claro —respondió Ana con un encogimiento de hombros, aunque su atención oscilaba entre su teléfono y los intentos obstinados de su padre por ensillar al caballo… otra vez. Mientras salían, ambas miraron hacia atrás; Ignacio seguía batallando, intentando por décima vez sin éxito.

El Blue Moon Arena vibraba con la anticipación de la competencia nocturna. Alondra y Ana encontraron un banco fuera del salón principal, la tensión entre ellas era tan densa como el aire de la noche.

—Desearía que Ignacio no sintiera que tiene que hacer esto —admitió Alondra, su voz cargada de preocupación.

Ana levantó la vista de su teléfono, incrédula.

—¿Hablas en serio? Tiene que hacerlo. Necesita demostrarle a ese vaquero idiota que no es mejor que nosotros.

Justo en ese momento, el sonido de cascos galopando se acercó, y Ana rodó los ojos.

—Uf, hablando del diablo… me voy adentro. —Se levantó, ya irritada—. No soporto a ese tipo, y no olvides que llamó a mi obra maestra “una cara salida de un manicomio”.

—Estoy segura de que estaba bromeando —intentó aliviar el ambiente Alondra con una suave sonrisa.

Ana le lanzó una mirada. —Deberías estar de mi lado, no excusando al “vaquero del manicomio” —dijo, haciendo comillas exageradas con los dedos.

—Hey, ¿a dónde vas? —la voz de Henry resonó desde el otro lado de la arena mientras trotaba hacia ellas, sus cascos levantando polvo.

—Tan lejos como sea posible de ti —espetó Ana, rodando los ojos dramáticamente.

Henry esbozó una sonrisa, lleno de arrogancia y bravura. —Vamos, admítelo. No puedes resistirte a mí —Su sonrisa se amplió mientras sacaba pecho, mostrándose.

Ana no perdió ni un segundo. —Es cierto, no puedo resistirme a lo molesto que eres —replicó, su voz goteando sarcasmo mientras abría de un tirón la puerta y desaparecía en el salón, dejando a Henry mirándola, medio divertido, medio herido.

Henry miró hacia Alondra desde lo alto de su caballo negro, sujetando las riendas con facilidad. —¿Quieres dar un paseo? —preguntó con ese tono familiar y encantador.

Alondra lo miró, ofreciendo una pequeña sonrisa, aunque no alcanzaba a sus ojos. —Esos días ya pasaron, Ryry —dijo suavemente, con un dejo de nostalgia en su tono.

El rostro de Henry se iluminó, un destello del pasado en sus ojos. —Hace mucho tiempo que no me llamas así —dijo, ajustando su sombrero de cowboy con un movimiento fluido de la muñeca, como si intentara recapturar un pedazo de lo que alguna vez tuvieron.

—Es cierto —respondió ella, pero su mirada se dirigió al establo, la preocupación grabada en su rostro mientras claramente pensaba en Ignacio.

Notando su distracción, Henry frunció el ceño.
—No entiendo por qué te esfuerzas tanto en encajar con esos engreídos de la ciudad —dijo, su tono cargado de desdén.

—Son mi familia —suspiró Alondra, sus palabras suaves pero resueltas.

Henry soltó un bufido. —Que yo sepa, tu apellido es Blanco, no Martínez.

Los ojos de Alondra se entrecerraron, pero se mantuvo tranquila. —La familia es más que un apellido, Henry. Ignacio y yo… estamos juntos —dijo, su voz firme, sin dejar lugar a dudas.

Henry se quedó en silencio, claramente lidiando con sus palabras, con el ceño fruncido en confusión. —¿Juntos, como… apoyando a tu amiga rubia, o…?

—Juntos como en él es mi novio —lo interrumpió, aclarando sin titubear—. Estamos saliendo, Henry.

Henry parpadeó, el asombro cruzando su rostro. —¿Qué? ¿Están saliendo? No me digas que ahora te gustan las cosas raras… ese tipo es gay —dijo, su sorpresa convirtiéndose en una incredulidad desbordante.

Alondra giró la cabeza hacia él, su voz elevándose. —¿Qué? ¡No! ¡No es gay! Estamos saliendo —repitió con firmeza.

La confusión de Henry se profundizó.
—Pero es viejo —soltó, como si eso lo explicara todo.

Alondra sostuvo su mirada, su voz inquebrantable. —Sí, lo es.

—¿Estás loca? No puedo creer que me dejaste para irte a Valle del Sol y regreses con un tipo que podría ser tu padre —dijo Henry, su voz subiendo, la frustración burbujeando en la superficie.

Alondra finalmente se giró completamente hacia él, su mirada inquebrantable. —Pues lo hice. Ahora es parte de mi vida —respondió, su tono definitivo.

El rostro de Henry se endureció, una mezcla de enojo y dolor destellando en sus ojos. —

Has cambiado —dijo en voz baja, casi amarga—. Ya no eres la Ali de la que me enamoré, pero te voy a recuperar —declaró con una determinación feroz—. Te lo prometo, Ali, voy a recuperarte, y esta vez no te dejaré ir.

—Henry, yo no... —intentó explicar Alondra, pero antes de que pudiera terminar, Henry azuzó su caballo en un galope completo hacia el establo, levantando polvo a su paso mientras se alejaba a toda velocidad.

—Maldita sea —murmuró Alondra entre dientes, su frustración evidente mientras entraba al salón apresurada, con la mente acelerada por la ansiedad. Necesitaba encontrar a Ana, y rápido.



Ignacio estaba a punto de rendirse, luchando con la testaruda montura por lo que le parecía la centésima vez. Gruñó frustrado, intentando ajustarla de nuevo en su lugar, cuando el sonido de cascos al galope resonó en el establo. Se giró justo a tiempo para ver a un caballo negro cargando dentro, su jinete sosteniendo su sombrero vaquero en alto mientras el animal se encabritaba, relinchando con fuerza. Toda la escena era innegablemente impresionante, e Ignacio se odiaba a sí mismo por pensarlo.

Detestaba lo fácil que Henry hacía que todo pareciera. Había una seguridad, un aire de arrogancia en él que Ignacio no soportaba, especialmente porque lo hacía sentirse como un extraño en un mundo que no era suyo. Lo odiaba por eso.

Henry desmontó con gracia, acariciando el cuello de su caballo con afecto.

—¿Quién es un buen chico? —murmuró al caballo, tomando un cepillo para limpiar su pelaje. Ignacio observaba en silencio, fulminándolo con la mirada, pero justo cuando estaba a punto de girarse, su propio caballo marrón sacudió la cabeza, haciendo que la ya terca montura cayera al suelo una vez más.

—Carajo —maldijo Ignacio en voz baja, inclinándose para recoger la montura con frustración.

Henry se giró hacia él, sus ojos brillando con diversión mientras se quitaba los guantes y descansaba las manos en su cinturón. Se acercó con esa misma sonrisa autosuficiente.

—Así que escuché que competirás en el rodeo, doctor —dijo, su tono goteando con condescendencia.

Ignacio se enderezó, encontrándose con la mirada de Henry. —Sí, así es —respondió, firme.

Henry dio un paso más cerca, su voz teñida de burla. —Dime algo —dijo, rodeándolo lentamente—. ¿Dónde entrenaste para ser jinete? Porque hasta donde sé, Valle del Sol no grita precisamente 'tierra de vaqueros'.

Los ojos de Ignacio se entrecerraron mientras fijaba su mirada en Henry. —No entrené —admitió, pero su voz no vaciló.

Henry sonrió burlonamente, escupiendo al suelo con desdén. —Entonces estás cometiendo un error —se burló.

—Hasta donde sé, el rodeo está abierto para todos —respondió Ignacio con calma, antes de escupir más lejos que Henry en un acto desafiante de superación infantil.

Henry levantó una ceja, indiferente. —No para los que no están entrenados —respondió, escupiendo aún más lejos, sin apartar sus ojos de Ignacio.

—Voy a ganar esto —dijo Ignacio, su voz dura, escupiendo aún más lejos en respuesta —. Entrenado o no.

Henry se rió oscuro, dando un paso más cerca. —¿Es eso una invitación a bailar, doc? Porque estoy más que listo para el tango —dijo, escupiendo una vez más, empujando el desafío infantil aún más lejos.

—Ustedes dos son absolutamente repugnantes —sonó una voz. Ambos hombres se giraron para ver a Ana y Alondra paradas ahí, sin aliento de correr hacia el establo. El rostro de Ana estaba torcido en una repugnancia absoluta mientras observaba el infantil espectáculo.

—Henry, basta —dijo Alondra firmemente, dando un paso hacia él, su frustración palpable—. Deja a Ignacio en paz.

Henry sonrió, levantando las manos en rendición simulada. —Como desees, cariño —dijo, su voz goteando dulzura falsa. Tomó las riendas de su caballo y lanzó una mirada hacia Ignacio, una sonrisa malvada extendiéndose por su rostro—. Nos vemos en el evento de caballos salvajes, doc —dijo, su voz llena de desafío. Sus ojos brillaban con una confianza arrogante mientras inclinaba su sombrero vaquero hacia las mujeres.

—Señoritas —dijo con un ligero asentimiento antes de girarse hacia Ana, quien lo miró fijamente con puro desdén. Sus ojos se encontraron por un momento, su sonrisa se ensanchó. En un último acto de arrogancia, Henry escupió una vez más, esta vez tan lejos como pudo, y la expresión de Ana se endureció, su desaprobación evidente. No necesitaba decir una palabra; su desprecio silencioso lo decía todo.

Henry sonrió con desfachatez hacia Ana, masticando su chicle con irritante despreocupación, y se alejó pavoneándose.

—¡Ugh! ¡Lo odio! —gritó Ana, su voz resonando con pura rabia mientras fulminaba con la mirada la figura en retirada de Henry.

Alondra se acercó a Ignacio, su voz suave pero cargada de preocupación. —Tiene razón, ¿sabes? No deberías hacer esto... Podría ser peligroso —Sus ojos buscaban los de él, esperando que escuchara.

Pero Ana no estaba de acuerdo. Se acercó pisando fuerte hacia su padre, sus ojos ardiendo de furia.

—¡Tienes que hacerlo, papá! ¡Ese tipo es un completo imbécil y alguien necesita ponerlo en su lugar! —Sus puños se apretaron, como si estuviera lista para la batalla ella misma.

—¡Ana! —protestó Alondra, sacudiendo la cabeza con exasperación hacia su amiga—. ¡Tu padre nunca ha montado un caballo salvaje! ¿Estás loca?

—Siempre hay una primera vez para todo —respondió Ana, una sonrisa traviesa asomándose en sus labios.

Ignacio suspiró, pero asintió, girándose hacia Alondra. —Cariño —dijo suavemente—, está decidido. Lo voy a hacer, y no hay vuelta atrás ahora.

El corazón de Alondra se apretó por el miedo. —La gente se lastima haciendo esto, a veces se lastiman gravemente. Yo quiero que estés bien —dijo, envolviéndolo con sus brazos con fuerza, como si pudiera protegerlo del peligro. Su voz estaba teñida de ansiedad.

Ana cruzó los brazos, de pie junto a ellos. —Papá estará bien —dijo, con orgullo brillando en su voz—. Es un hombre fuerte.

Ignacio besó la coronilla de la cabeza de Alondra, susurrando: —No me va a pasar nada, te lo prometo.



Más tarde, sentada en las gradas, la preocupación de Alondra no la dejaba en paz. No podía sacarse esa sensación enfermiza en el estómago. Cecilia, notando la tensión de su hija, se inclinó hacia ella y trató de tranquilizarla.

—Relájate, hija. Henry es un profesional, sabe cómo darles una lección a todos —dijo.

Pero Alondra negó con la cabeza. —No se trata de Henry —murmuró, sus ojos recorriendo nerviosamente la arena.

Justo en ese momento, Ana subió corriendo por las gradas, su rostro iluminado por la emoción, con un cubo de palomitas en una mano y un gran refresco en la otra. Se dejó caer junto a Alondra, casi sin poder contener su entusiasmo.

—¡Oh Dios mío, estoy tan emocionada! ¡Este es mi primer rodeo! —exclamó, sonriendo de oreja a oreja. Extendió los snacks hacia ellas. —¿Quieren refresco? ¿O palomitas? —ofreció alegremente.

Cecilia tomó algunas palomitas, sonriendo ante la energía de Ana, pero Alondra solo la miró, el peso de su preocupación demasiado grande para ignorarlo.

—¿No tienes algo más fuerte? Creo que lo voy a necesitar —murmuró Alondra, su voz tensa por la ansiedad.

De repente, las luces se atenuaron, sumiendo la arena en una suave oscuridad. Un foco iluminó a una vaquera que salió montando un hermoso caballo, haciendo su entrada triunfal con una gracia tan natural que provocó suspiros entre el público. Era preciosa, su presencia imponente, y los ojos de Ana brillaban mientras la observaba, asombrada.

Alondra, sin embargo, no tenía tiempo para admirar. Sus labios se movieron en una oración silenciosa, sus manos apretadas con fuerza sobre sus piernas, la ansiedad amenazando con ahogarla.

La jinete levantó la bandera y cantó el himno nacional mientras comenzaba el desfile de los jinetes, cuyas siluetas se recortaban como figuras orgullosas bajo la luz del foco. La voz de la presentadora sonó a través de los altavoces, llena de emoción.

—¡Y aquí están! ¡Los héroes de este campeonato de rodeo!

Alondra apenas lo escuchó. Su corazón latía demasiado rápido, el sonido retumbando en sus oídos.

Entonces, la voz del payaso de rodeo, fuerte y resonante sobre la multitud, se oyó. —¡Oh sí, Henry Santiago está de vuelta, listo para defender su título de campeón! —gritó, y el público estalló en vítores.

El estómago de Alondra se retorció en nudos más apretados. Esto no se trataba de Henry. Sus ojos recorrieron la arena, buscando a Ignacio, su pulso acelerándose con cada segundo que pasaba. No había vuelta atrás ahora.

—¡Y tenemos sangre nueva entrando al rodeo! ¡Ignacio Martínez, directamente desde Valle del Sol! —la voz de la presentadora resonó por la arena, sus palabras recibidas con anticipación por la multitud.

—¡Ahora veremos si el lado soleado del país tiene lo que se necesita para conquistar el Campeonato de Rodeo de Las Colinas! —el payaso de rodeo se paseó por la arena, animando a los espectadores mientras los jinetes se preparaban para montar. El público vibraba con energía.

El primero en entrar fue Henry, el campeón reinante, con el pecho hinchado mientras su botón y su título brillaban bajo la luz. Montó su caballo negro con arrogancia y confianza, galopando ante la multitud con facilidad. Al pasar junto a las gradas donde estaban las mujeres, se detuvo el tiempo suficiente para lanzarles un beso, su arrogancia palpable.

—¿No es increíble? —suspiró Cecilia, admirando a Henry, mientras Ana hacía una mueca como si estuviera a punto de vomitar.

—¡Ahí está! —exclamó Alondra, señalando hacia el caballo marrón. Sus ojos se abrieron en sorpresa al verlo. Ignacio llevaba puesto un sombrero de vaquero negro, una camisa a cuadros verdes que destacaba contra el polvo de la arena, y chaparreras de cuero negro con flecos que se movían a los lados. Los guantes de montar combinados con su silla completaban el conjunto. Al verlo, fuerte y preparado, el corazón de Alondra comenzó a latir con más fuerza. Se llevó una mano al pecho, sintiendo el golpeteo intenso de su corazón mientras sus ojos lo seguían.

A lo lejos, Ignacio le devolvió la mirada. Se quitó el sombrero en su dirección y su rostro se iluminó con una sonrisa cálida y confiada. Los labios de Alondra se curvaron en una sonrisa propia, su miedo anterior olvidado momentáneamente.

—¿Pero qué demonios lleva puesto? —preguntó Cecilia, su voz llena de curiosidad.

Ana se recostó, completamente indiferente ante la escena. —¿Te gusta? Yo lo llamo el estilo 'vaquero de Valle del Sol'. —Dijo, tomando un sorbo largo de su refresco, tranquila.

—No sabía que él también fuera vaquero —comentó Cecilia, aún sorprendida.

—Ahora lo sabes —respondió Ana con un guiño, completamente segura de las habilidades de su padre.

El primer evento comenzó con el lanzamiento de soga en equipi, pero ni Henry ni Ignacio participaron, ya que era estrictamente para equipos. Alondra sentía sus nervios crecer lentamente mientras observaba, su cuerpo tenso por la ansiedad. Ana, en cambio, estaba llena de energía, animando a su padre a gritos. Luego llegó el evento de lucha con novillos, el que Alondra había estado temiendo. La peligrosa prueba requería que los jinetes persiguieran un novillo a caballo, saltaran sobre él, agarraran sus cuernos, hundieran los talones en la tierra y volcaran al animal al suelo.

El estómago de Alondra se retorcía al pensar en todas las cosas que podrían salir mal: aterrizar sobre los cuernos, quedar atrapado en la silla, ser lanzado al suelo por completo. Sus manos temblaban mientras el anunciador pronunciaba el nombre de Ignacio. Su respiración se detuvo cuando lo vio, sentado detrás de las rejas, preparándose para montar. A pesar de su miedo, la mirada de calma y determinación en los ojos de Ignacio le transmitió una oleada de tranquilidad. Se veía tan seguro, tan firme.

Pero antes de que pudiera recomponerse, sonó el cuerno y las rejas se abrieron de golpe. Ignacio cargó hacia adelante, galopando tras el novillo. Alondra apenas podía respirar mientras él saltaba de su caballo, extendiendo las manos hacia los cuernos del animal, pero entonces, ocurrió. Su agarre falló y cayó al suelo con un golpe seco, aterrizando de espaldas.

—¡Oh, mierda! —gritó Alondra, levantándose de un salto, su corazón golpeando contra sus costillas. Ana se puso de pie junto a ella, el pánico cruzando su rostro.

Pero entonces, Ignacio se movió, levantándose lentamente, quitándose el polvo. Tanto Alondra como Ana exhalaron aliviadas, sintiendo la calma invadirlas mientras se dejaban caer nuevamente en sus asientos.

La risa de Cecilia rompió la tensión, despreocupada y ajena a la situación.

—Oh, este va a ser el rodeo más divertido al que he ido —dijo entre risas, completamente ajena a la gravedad del momento.

Los ojos de Ana se entrecerraron, lanzando una mirada fulminante a Cecilia, mientras Alondra se hundía en su asiento, aún temblorosa.

El evento continuó, y finalmente llegó el turno de Henry. La multitud rugió cuando salió, con una sonrisa arrogante en su rostro. Se movió con precisión, ejecutando la hazaña de la manera más impecable. Cuando se levantó, la arena estalló en vítores. Para colmo, Henry había roto el récord del evento, para el deleite de sus seguidores.

—Está haciendo trampa —murmuró Ana por lo bajo, su voz cargada de desdén. Pero Cecilia no escuchaba. Ya estaba de pie, aplaudiendo y vitoreando fuertemente por Henry, su admiración por el campeón inquebrantable.

Los eventos que siguieron fueron un desastre para Ignacio. Con cada concurso, quedaba dolorosamente claro que no estaba preparado para la exigencia física y mental que requería el rodeo. Henry, por otro lado, brillaba sin esfuerzo, acumulando altas puntuaciones y haciéndolo todo parecer fácil. Cada victoria veía a Henry sumar un botón a su pecho, hasta que se paró orgulloso con tres medallas brillantes por el primer lugar en los eventos principales, su confianza disparada.

—¡Ahora, damas y caballeros! —gritó el payaso del rodeo, llamando la atención del público—. ¡El concurso más importante de todos: el concurso de escupitajos!

Los vaqueros se alinearon hacia el centro de la arena, listos para la ridícula pero entrañable tradición. Ignacio, sin embargo, parecía haber pasado por una guerra. Su ropa estaba cubierta de tierra, sus brazos y rostro mostraban rasguños, y su postura, que antes era erguida, ahora se hundía bajo el peso de las múltiples caídas. Alondra lo observó, la preocupación marcando su rostro. A pesar de su estado maltrecho, no se podía negar que verlo en su atuendo de vaquero, tan rudo y decidido, hizo que su pulso se acelerara. Se mordió el labio, sintiendo un calor inesperado en su rostro.

—¡Vamos, papá! —gritó Ana, silbando y levantando el puño al aire, completamente metida en la próxima jugada de su padre.

Alondra se unió a ella, su voz fuerte y llena de ánimo. —¡Vamos, Ignacio! ¡Escupe eso tan lejos como puedas, cariño!

Su repentina exclamación sorprendió a Cecilia, que la miró con shock, pero a Alondra no le importó. Ahora estaba completamente a favor de Ignacio. Henry, al escuchar el grito de Alondra por su rival, les lanzó una mirada. Ver a Ignacio sonreír y saludarles a pesar de la humillación y la suciedad sólo avivó su ira. ¿Cómo podía Ignacio seguir sonriendo después de haber perdido tanto? Eso volvía loco a Henry.

El concurso comenzó, con vaquero tras vaquero lanzando escupitajos impresionantes. Finalmente, llegó el turno de Ignacio. Dio un paso adelante, con determinación brillando en sus ojos. Recogió la mayor cantidad de mucosidad que pudo, se concentró y luego *¡plaf!* lanzó su escupitajo por el aire. Voló, aterrizando firmemente en primer lugar.

—¡Ese es mi papá, idiota! —gritó Ana, su voz cortando la multitud mientras dirigía sus palabras directamente a Henry. Alondra explotó en carcajadas, saltando de emoción.

—¡Te amo, Ignacio! —exclamó, su voz rebosante de orgullo. Su madre rodó los ojos, pero a Alondra no le importó. En ese momento, era su mayor fan.

Cuando Henry se acercó para su turno, deliberadamente golpeó el hombro de Ignacio, dejando claro su desdén. Se preparó, siguiendo los mismos pasos, pero cuando su escupitajo salió disparado, aterrizó aún más lejos que el de Ignacio. La multitud rugió de aprobación cuando Ignacio cayó al segundo lugar, y Henry sonrió con arrogancia mientras regresaba hacia las chicas, sus ojos sobre ellas con una sensación de triunfo.

—Te dije que estaba listo para bailar, doctor —dijo Henry con desdén, su voz impregnada de condescendencia, mientras el payaso del rodeo le colocaba otro botón en el pecho, añadiendo a su colección.

El siguiente evento fue el más peligroso de todos: el evento de caballos salvajes. Ignacio se encontraba detrás de las rejas, la piel pálida, aferrándose a la silla y las riendas con fuerza mientras observaba a los demás vaqueros ser lanzados de sus caballos como muñecos de trapo.

Algunos apenas escapaban de ser pisoteados. Los caballos salvajes y descontrolados se sacudían furiosos, y los gritos de la multitud añadían caos a la escena. Ignacio conocía el peligro; se cernía sobre él como una sombra en la arena, pero estaba decidido. Sin importar el riesgo, sin importar el miedo que le carcomía el estómago, estaba listo para enfrentarlo.

Henry, que ya había completado su rodeo y asegurado la más alta puntuación, estaba ahora al margen, con los brazos cruzados, observando a los demás vaqueros luchar. Ignacio respiró profundamente, apretando los dedos sobre la silla. Su mente corría mientras calculaba cómo lograría mantenerse sobre esa bestia que pateaba, el tiempo que tendría que aguantar. La arena rugía a su alrededor, la presión aumentando.

Pero de repente, como si fuera un grito desgarrador, un chillido cortó el ruido.

—¡Ayuda! ¡Por favor, alguien ayude! ¡Ayuda!

La cabeza de Ignacio se giró hacia las gradas, y sus ojos se fijaron en una mujer arrodillada junto a un hombre inconsciente. El pánico en su voz heló el aire.

Sin pensarlo, Ignacio soltó la silla, abandonando el evento. Subió rápidamente por las rejas, saltando hacia las gradas y corrió hacia la escena. Su voz fue clara y autoritaria cuando gritó: —¡Soy doctor!

Se arrodilló junto al hombre inconsciente, la adrenalina corriendo por su cuerpo. Todos los ojos estaban sobre él ahora, el rodeo momentáneamente olvidado, mientras Ignacio evaluaba al hombre. Sus manos se movieron con precisión, revisando su pulso, su respiración, sus ojos. El tiempo parecía ralentizarse mientras la multitud observaba en silencio, asombrada.

Alondra saltó de su asiento, el corazón en la garganta, pero no podía alcanzarlo. La distancia se sentía insoportable mientras intentaba ver qué estaba ocurriendo.

—¡Su garganta está hinchándose, está pasando demasiado rápido! —La voz de Ignacio resonó con urgencia en cada palabra. Se giró hacia la mujer frenética a su lado—. ¡Necesito un tubo y alcohol, ahora!

Su voz se elevó por encima de la multitud, que aún procesaba el brusco cambio de rodeo a emergencia de vida o muerte.

—¿Va a estar bien? —La voz de la mujer temblaba, sus ojos desorbitados de miedo.

—Si conseguimos ese tubo, sí —respondió Ignacio rápidamente, su tono calmado pero urgente—. Su tráquea se está hinchando, necesito intubarlo lo antes posible. Ya ha perdido el conocimiento.

Un payaso de rodeo corrió hacia ellos, entregando a Ignacio un tubo y una botella de alcohol. Ignacio no perdió tiempo, vertió el alcohol sobre el tubo para esterilizarlo y luego lo

echó rápidamente sobre sus manos. El aire alrededor de ellos parecía contener la respiración mientras se arrodillaba junto al hombre, trabajando con enfoque preciso.

—Sujeta su boca abierta.

Con manos firmes, Ignacio guió el tubo hacia la vía aérea del hombre, sus movimientos delicados pero seguros. La multitud permaneció en silencio, observando al doctor realizar un acto que parecía casi un milagro en medio de un polvoriento rodeo. Cuando el tubo encajó en su lugar, el pecho del hombre subió, un aliento tembloroso llenó sus pulmones. Luego otro. Su pecho subía y bajaba rítmicamente, la vida regresando lentamente a su cuerpo.

Una ola de aplausos estalló, vítores surgieron de las gradas mientras Ignacio se ponía de pie, el sudor brillando en su frente. La mujer se lanzó a sus brazos, sollozando de alivio.

—¡Lo salvaste! ¡Salvaste a mi esposo! ¡Dios mío, gracias!

Ignacio sonrió levemente, cepillándose el polvo de las rodillas. El ruido de la multitud, la gratitud de la mujer, era abrumador. Sin embargo, en su corazón, sentía un tranquilo orgullo. Había hecho lo que tenía que hacer.

Desde las gradas, Alondra observaba con una mezcla de asombro y alivio. El rodeo ya no era necesario para Ignacio, él ya había ganado algo mucho más importante. Sonrió, su corazón se llenó de orgullo por el hombre que amaba. Pero antes de que el momento pudiera asentarse, una mano se cerró con fuerza sobre su muñeca. Se giró bruscamente y encontró a Henry mirándola con furia, su agarre apretado.

—¿Qué demonios, Henry? —exclamó Alondra, tratando de soltarse, pero él la arrastró fuera de la arena, sus dedos clavándose dolorosamente en su piel.

—¡Me estás lastimando! —gritó Alondra, su voz elevándose por encima del rugido de la multitud.

Henry se detuvo, pero solo para darle la vuelta y sujetar sus brazos, acercándola. Sus ojos ardían de rabia, su voz baja y amenazante.

—¿Cómo puedes estar con alguien como él? ¿Un viejo? ¿Un tonto que ni siquiera puede montar un caballo? ¿Lo ves, verdad, Alondra? Soy yo quien soy el adecuado para ti. Venimos del mismo pueblo, nos conocemos toda la vida. ¿Cómo puedes escogerlo a él sobre mí?

—Suéltame, Henry —demandó Alondra, con su voz firme, aunque su corazón latía desbocado. Lo miró directamente a los ojos, decidida a no mostrar miedo.

Pero Henry no había terminado. Su voz rebosaba malicia mientras se acercaba más, su agarre apretándose.

—¿Qué, lo encontraste en el geriátrico? ¿Es este el primer viejo con el que te acuestas? —Su voz estaba llena de veneno, sus palabras mordían—. ¿O ya se te olvidó cómo te hice sentir? ¿Cómo te toqué?

El rostro de Alondra se retorció de asco y empujó su pecho, su voz tajante con rabia.

—Nunca fui tuya, Henry. Nunca dormí contigo porque nunca me sentí bien siendo tu novia, era como si fueses mi hermano. ¡Por eso siempre dije que no! ¡Y ahora me da asco pensarlo!

Los ojos de Henry se oscurecieron, su rostro torciéndose de ira.

—No me importa lo que digas, eres mía, Alondra. No lo olvides nunca —siseó antes de forzar sus labios sobre los de ella en un beso violento y posesivo.

Alondra luchó contra él, empujándolo con todas sus fuerzas. Tras un momento de desesperada resistencia, finalmente se liberó, limpiándose la boca con asco. Mientras giraba para alejarse de él, sus ojos se encontraron con una visión desgarradora, Ana, de pie a lo lejos, congelada.

El vaso de refresco en las manos de Ana se deslizó, cayendo al suelo, pero ella no se movió para recogerlo. En su lugar, su rostro se retorció de confusión y dolor. Luego, sin decir palabra, Ana giró y corrió de regreso hacia la arena.

—¡Ana! —gritó Alondra, estirando la mano, pero era demasiado tarde. Ana ya desaparecía entre la multitud.

Henry intentó nuevamente agarrarla, pero la furia de Alondra estalló.

—¡Aléjate de mí, Henry! —replicó, empujándolo con fuerza. Sin esperar su reacción, giró sobre su talón y corrió hacia la arena, su corazón latiendo con fuerza mientras seguía a Ana.

Capítulo 4

Alondra hizo su camino entre la multitud de personas que salían de la arena, su corazón latiendo con fuerza en su pecho.

—¡Ana! —llamó, su voz temblorosa pero decidida—. ¡Ana! —gritó nuevamente, su desesperación creciendo mientras escaneaba los rostros a su alrededor. Pero la multitud seguía moviéndose, y Alondra se encontró sola en las gradas vacías, el eco de su propia voz retumbando en sus oídos.

Las luces intermitentes de la ambulancia afuera de la arena lanzaban un brillo distraído, dificultando su concentración. Se sentó, su mente a mil por hora, el peso del malentendido presionaba fuertemente en su pecho.

—¡Ni siquiera me gusta Henry, por el amor de Dios! ¿Cómo pasó esto? —La ira comenzó a burbujear dentro de ella—. ¿Por qué pasó esto?

Una voz cortó sus pensamientos en espiral.

—No puedo creer lo que hiciste —dijo la voz.

Alondra se giró rápidamente.

—¡Ana! —exhaló, un alivio inundando su cuerpo, hasta que vio la furia en los ojos de su amiga.

Ana no dudó. La empujó con fuerza, haciéndola tambalear hacia atrás.

—¿Por qué lo estabas besando? —La voz de Ana estaba llena de acusación, y sus manos la empujaron nuevamente.

—¡Ana, no fue así! —protestó Alondra, su voz elevándose en pánico mientras trataba de mantenerse firme.

—¿Ah, sí? ¿Entonces me estás diciendo que no vi lo que acabo de ver? ¿Ahora soy ciega? —La voz de Ana era cortante, cargada de traición. La empujó de nuevo, más fuerte esta vez—. ¡Confié en ti! ¡Mi papá confía en ti! ¡Te ama, Alondra! Y luego te encuentro... ¡besando a esa basura de Henry!

—¡Ana, no es lo que piensas! ¡Por favor, escúchame! —suplicó Alondra, levantando las manos en defensa, pero Ana no la escuchaba.

—¡Escuché lo que dijo, Alondra! ¡Escuché lo que dijo de mi papá! ¡Y tú... te quedaste ahí! ¡No dijiste nada! —Ana la empujó otra vez, haciendo que Alondra chocara contra la valla de metal que rodeaba la arena.

Algo dentro de Alondra se rompió. Había intentado explicar, había intentado mantener la calma, pero ahora su paciencia se había agotado. Se levantó, cuadrando los hombros, y enfrentó a Ana con determinación.

—¡Ya basta! —La voz de Alondra sonó con autoridad—. ¡Vas a escucharme, te guste o no! ¡Aparté a Henry! ¡No lo quiero, nunca lo he querido! ¡Es como un hermano para mí y lo quiero solo de esa forma, Ana, pero él no parece entender eso! ¡Él piensa que le pertenezco, pero no es así! ¡Nunca lo fue!

Los ojos de Ana seguían duros, su ira todavía ardiendo.

—¿Lo quieres? ¿Eso es lo que estás diciendo? ¿Que quieres a ese idiota que insulta a mi papá en tu cara?

Alondra dio un paso más cerca, su voz temblando ahora por la emoción.

—¡No, Ana! ¡Amo a Ignacio! ¡Haría cualquier cosa por él! ¡Cualquier cosa! ¿No te queda claro? Después de todo lo que hemos vivido, ¿cómo no vas a saber eso? ¡Ignacio es el hombre de mi vida, y no haría nada para lastimarlo! ¿No lo ves?

Alondra puso sus manos sobre los hombros de Ana, tratando de hacerla entender, de transmitirle la sinceridad en sus palabras. Pero Ana la empujó, su rostro seguía torcido de enojo y dolor.

—¿Cómo puedes pararte ahí y decir eso? —La voz de Ana bajó, baja y cortante—. Escuchaste cómo Henry insultó a mi papá... lo insultó... y no dijiste ni una palabra. No lo defendiste. ¿Cómo puedes decirme que lo amas y harías cualquier cosa por él si no pudiste defenderlo cuando más lo necesitaba? —Las palabras de Ana fueron como cuchillos, cada una cortando más profundo que la anterior—. ¿Qué clase de persona eres, Alondra? ¿Una mentirosa? ¿Una hipócrita?

Alondra sintió la punzada de esas palabras en lo más profundo de su alma, y por un momento, no pudo hablar. Se quedó congelada, su mente repasando la escena con Henry, sus manos sobre ella, sus palabras resonando en su cabeza. *¿Por qué no defendiste a Ignacio? ¿Por qué dejaste que Henry dijera esas cosas horribles sobre él?*

La cruel voz de Henry volvió a su mente: *Inútil. Geriátrico. Viejo.*

—¿No vas a decir algo? —La voz de Ana cortó el silencio, con los brazos cruzados fuertemente sobre su pecho. Sus ojos ardían de frustración—. Este es el problema que tengo contigo, Alondra. Estás saliendo con mi papá, ustedes dos han pasado por un infierno, pero cuando las cosas se ponen difíciles de nuevo, solo te congela. Te sientas allí y no haces nada, y eso me enoja.

Ana se dejó caer en las gradas, su rostro duro por la ira.

—Hiciste lo mismo con mi mamá —continuó, su voz goteando resentimiento—. Viste todo lo que pasaba. Sabías que nos estaba lastimando a los dos, pero nunca tomaste una postura, nunca intentaste detenerla. ¿Y qué hiciste? Dejaste a mi papá sin ni siquiera darle una explicación. Él fue detrás de ti, Alondra. Te persiguió para arreglar las cosas. ¿Y qué encontró? A tu madre alabando a ese imbécil vaquero que claramente está obsesionado contigo.

La mirada de Ana era afilada, clavando a Alondra en el lugar.

—Nunca me contaste de él, y por ese beso que vi, es obvio que Henry haría cualquier cosa para recuperarte... y hacer quedar mal a mi papá en el proceso.

Alondra abrió la boca para hablar, pero Ana no había terminado.

—Y mientras yo estoy aquí, animando a mi papá para que demuestre que es lo suficientemente bueno para ti, ¿qué estás haciendo? Te sientas allí, mirando cómo mi papá se hunde por culpa de Henry y de tu madre, dejándolo hacer el ridículo. ¿Te traigo una soda y unas palomitas mientras disfrutas del espectáculo? Quiero decir, ¿por qué no? No lo defiendes, no lo proteges mientras él está fuera rompiéndose el lomo por ti... montando caballos y toros solo para demostrar que es digno.

—Ana, yo...

—¿Sabes qué? Debí haberlo sabido mejor —interrumpió Ana, su voz quebrándose con ironía. Una sonrisa amarga curvó sus labios—. Debí haber sabido que no pelearías por mi papá de la misma manera que él pelea por ti.

Alondra estaba helada, el peso de las palabras de Ana golpeándola con fuerza. Sintió su garganta apretarse, tratando de encontrar las palabras correctas, pero no salían. Ana dejó escapar un fuerte suspiro, sus hombros tensos.

—No quiero verte ahora —dijo fríamente antes de girarse sobre sus talones y caminar hacia la salida.

Alondra la siguió rápidamente, su corazón acelerado.

—¡Está bien! —gritó detrás de ella, alcanzándola—. ¡Sí, tienes razón! No lo voy a negar, tienes razón en todo. Pero, Ana, estamos hablando de mi madre. He intentado... tantas veces... razonar con ella. Le he suplicado que le dé una oportunidad a Ignacio, pero no lo hará. Se niega. No puedo tomar esa decisión por ella. No puedo hacer que le guste Ignacio, y tienes que entender que está fuera de mi control.

—¡Entonces, di algo! ¡Por el amor de Dios, di lo que sea! —replicó Ana, su voz quebrándose.

—Y Henry... Le he dicho una y otra vez que se acabó, que ya no estamos juntos, que Ignacio es mi novio. Pero es como si no me escuchara, como si se negara a creerlo —dijo Alondra, su voz temblando de frustración.

—¡Entonces haz que lo entienda! —le espetó Ana, sus palabras mordaces—. No te atrevas a esperar que mi padre cargue con el peso de esta relación el solo. Ya tiene suficiente mierda con la que lidiar. Necesitas decidir quién demonios eres, Alondra. ¿Eres la chica que vive a la sombra de su madre, haciendo todo lo que dice? ¿O eres la independiente de Valle del Sol que arrasa en el Insituto de arte? Porque ahora mismo, no eres más que una espectadora pasiva, dejando que los demás dicten tu vida.

Los ojos de Ana se clavaron en los de Alondra con una intensidad que la atravesó.

—Ah, y antes de que empieces a pensar que no tienes que tomar consejos de una adicta a Instagram como yo, déjame decirte algo: puedo pasar mucho tiempo en las redes sociales, pero al menos no juego con los corazones de las personas.

Por un momento, las dos se quedaron allí, la tensión palpable entre ellas. Alondra notó una lágrima deslizarse por la mejilla de Ana antes de que se diera la vuelta y se marchara, dejando a Alondra parada en la entrada del rodeo, su mente daba vueltas.

Alondra la observó alejarse, las palabras de Ana resonando en su cabeza. Su corazón se sentía como si lo estrujara un tornillo, cada palabra de Ana repitiéndose en su mente, más aguda que la anterior. *Sabes que tiene razón*, pensó Alondra amargamente, su pecho apretándose con culpa. *Ignacio ha hecho todo por ti, ¿y tú qué has hecho?*

Se quedó allí, apoyada contra las frías puertas metálicas de la entrada de la arena. El frío del acero se filtraba a través de su ropa mientras el polvo giraba a su alrededor. A lo lejos, Alondra vio a Ignacio, su figura imponente mientras daba instrucciones a los paramédicos que atendían al hombre inconsciente. La culpa la devoraba mientras se daba cuenta de lo desagradecida que había sido, sintiéndose más indeseable para él con cada segundo que pasaba.

Ignacio estaba en el establo, cepillando la melena del caballo con movimientos deliberados. Aunque no había ganado nada la noche anterior, una satisfacción silenciosa se hinchaba dentro de él. Haber salvado a ese hombre lo había llenado de un orgullo que ningún trofeo podría igualar. El caballo resopló suavemente.

—Lo sé, no ganamos —dijo con una risita, agitando la melena del caballo—. Pero ¿qué importa? Nos vimos bien ahí afuera, ¿verdad? Salvé la vida de alguien —Sonrió para sí mismo, el recuerdo del evento todavía fresco.

Se agachó para recoger heno, alimentando al caballo con una sensación de finalización, como si estuviera despidiéndose de un viejo amigo. El establo estaba en silencio, el olor a paja y cuero llenaba el aire mientras Ignacio seguía cepillando. Luego, el suave eco de unos pasos detrás de él rompió el silencio. Se giró y vio a Alondra de pie en la puerta, su figura enmarcada por la luz del atardecer.

Su respiración se detuvo en su garganta cuando sus miradas se encontraron. La vista de ella fue suficiente para hacer que todo lo demás se desvaneciera. Sus ojos marrones profundos, su cabello negro y ondulado cayendo sobre sus hombros, la piel pálida brillando sobre su blusa sin hombros... todo eso le hizo estremecerse. En ese instante, Ignacio se perdió por completo en ella.

Alondra caminó hacia él lentamente, sus ojos nunca dejaron los de él. Ignacio dejó caer el cepillo a un lado, limpiándose las manos con los jeans antes de cerrar la distancia entre ellos. La abrazó, atrayéndola hacia él. El contacto de su cuerpo contra el suyo, su aliento en su piel, debería haberle asegurado que todo estaba bien, pero la tristeza en sus ojos contaba otra historia.

—Cariño —murmuró, su voz suave por la preocupación.

—Te amo —soltó ella, abrazándolo con más fuerza—. Te amo de verdad.

—Sé que si. ¿Qué pasa? —preguntó él suavemente. Alondra se apartó lo suficiente como para mirar sus ojos. Su mano fue a su mejilla, sus dedos rozando el rasguño justo debajo de su ojo, ya en proceso de curarse.

Su expresión se puso aún más triste mientras sus dedos permanecían sobre la pequeña herida. Ignacio vio el destello de culpa en sus ojos cuando los cerró, su rostro tensándose con emoción. Le levantó la barbilla con el pulgar, animándola a mirarlo de nuevo. Sus ojos estaban

brillando ahora, y él aún no entendía por qué.

—¿Por qué lo hiciste? —su voz salió en un susurro, llena de algo que Ignacio no pudo identificar.

—¿Hacer que? —preguntó él, frunciendo ligeramente el ceño.

—Inscribirte en la competencia de anoche —dijo ella suavemente, su voz quebrándose un poco al final.

—Cariño, tenía que hacerlo —dijo Ignacio, su mirada fija en la de ella.

—¿Por qué? Nadie te presionaba, tal vez excepto Ana, pero ella no fue tan intensa contigo. ¿Por qué lo hiciste? —insistió Alondra, su voz temblando de frustración.

Los brazos de Ignacio cayeron, liberándola de su abrazo. Dio un paso atrás, sus ojos evitando los de ella.

—Es cosa de hombres. No creo que lo entiendas.

—¿Cosa de hombres? —la voz de Alondra se alzó incrédula mientras ponía su mano suavemente sobre su mejilla—. ¡Mírate! Estás cubierto de rasguños, moretones por todo el brazo. ¡Pudo haber sido peor! ¡Te dije que era peligroso!

—¡Pero no lo fue, ¿vale?! —explotó él, su enojo aflorando. Inmediatamente se quedó en silencio, intentando recuperar el control, su pecho apretándose con todo lo que había guardado dentro desde que llegaron a Las Colinas. —Mira, Ali, nada de esto es fácil para mí. Estoy esforzándome mucho.

—¿Qué no es fácil para ti? —preguntó ella, la confusión y la preocupación inundando su voz.

—¡Esto! —dijo Ignacio, haciendo un gesto con la mano entre ellos—. ¡Nosotros! No somos fáciles. No somos una pareja común. La gente nos mira como si fuéramos un circo. Y cuando vi a ese tipo, y dijo que era tu novio, perdí completamente el control. Perdí la cabeza. Lo siento, es que simplemente… —se detuvo, las palabras ahogándose en él—. Pero tienes que entenderlo, cariño, tengo miedo.

—¿Asustado? ¿Asustado de qué? —preguntó Alondra, acercándose a él, el ceño fruncido por la preocupación.

—Me asusta perderte —dijo él, su voz cruda por la vulnerabilidad. Hizo una pausa, mirándola mientras el peso de sus miedos caía sobre él—. Me asusta no ser lo suficientemente bueno para ti. Me asusta ser demasiado viejo para ti. Tengo canas, arrugas. Ya no soy joven. Y me asusta que un día aparezca alguien como Henry, y decidas que no valgo tu tiempo.

—Eso no va a pasar —dijo Alondra rápidamente, su voz firme pero sus ojos titilando con incertidumbre.

—Bueno, no lo sé —murmuró él, su voz ahora más baja—. Tienes historia con él. Y tu madre… ella lo prefiere a él. Y honestamente, lo entiendo.

El corazón de Alondra se apretó.

—Ignacio, ¿qué estás tratando de decir? —Su voz vaciló mientras las lágrimas comenzaban a caer—. ¿Me vas a dejar porque esto es demasiado difícil? ¿Porque Henry está aquí, aunque yo no lo quiera de esa manera? ¿De verdad me vas a dejar por lo que piensa mi mamá?

—¿Qué? ¡No! ¡Cariño! —Ignacio la abrazó nuevamente con rapidez, su voz desesperada —. Eso no es lo que quiero decir. Solo estoy diciendo… la gente siempre nos va a juzgar. Y me vuelve loco que tu mamá sea una de esas personas. Solo estoy tratando de demostrar que soy digno de ti, que puedo cuidarte, que soy lo suficientemente bueno para estar a tu lado, sin importar mi edad, mi carrera o cualquier otra cosa.

Alondra se apartó un poco, secándose las lágrimas de la cara.

—Amor, no tienes que probarle nada a nadie —dijo suavemente, su voz temblando—. No importa si mi mamá te quiere o no. Lo único que importa es que yo te amo y tú me amas a mí. ¿A quién le importa Henry? ¿A quién le importa lo que piense mi mamá? Lo único que importa somos nosotros y lo que pensamos el uno del otro. Y lo siento por dejar que todo esto me afectara, por no ser lo suficientemente fuerte.

—Ali, eres fuerte, siempre lo has sido —dijo Ignacio, su voz cargada de emoción—. Pero me importa lo que ella piense. Quiero que tu mamá esté feliz por ti, por nosotros. No quiero que te alejes de ella solo porque no me apruebe. Sabes lo importante que es la familia para mí. Lo último que quiero es destruir la tuya. Ella es todo lo que te queda.

Alondra dio un paso más cerca, su mirada fija en la de él, sintiendo el peso de sus palabras.

—Yo te tengo a ti —susurró, su voz temblando ligeramente.

La sonrisa de Ignacio titubeó, su corazón apretándose por sus palabras. Sus manos instintivamente fueron hacia ella, envolviéndola en un abrazo, sus dedos acariciando su rostro mientras rozaba sus mejillas sonrosadas. El mundo a su alrededor se sentía distante, como si nada importara excepto la conexión entre ellos.

Sus ojos se suavizaron, y por un momento, todo pareció detenerse. No pudo evitarlo, cerró el espacio entre ellos, y antes de que él pudiera pensar, Ignacio se inclinó, sus labios

presionando suavemente contra los suyos. El beso fue tierno, lleno de todas las emociones que habían estado acumulándose entre ellos, y Alondra cerró los ojos, dejando que la suave y cálida sensación en sus labios viajara hasta su interior. Alondra lo besó de vuelta, aferrándose a él como nunca antes. Ignacio inclinó su cabeza, hundiendo su lengua dentro de su dulce boca.

Se besaron un rato mientras sus cuerpos comenzaban a calentarse. Alondra apartó los labios y lo miró, bajó sus brazos y tomó su mano, arrastrando a Ignacio detrás de los fardos de heno en el granero. Él la siguió; habían pasado días desde que la sintió tan cerca de él.

—Oh, te extrañé, Ali —dijo tomándola en sus brazos de nuevo, empujando su duro bulto contra su centro. Ignacio enjauló a Alondra contra la pared mientras ella apasionadamente comenzaba a desabrocharle la camisa.

—Yo también te extrañé, mi amor —susurró, mirándolo fijamente antes de agarrar el cabello de su nuca y besarlo de nuevo. Ignacio besó y lamió su camino hacia abajo por sus orejas, pasando por su cuello y deteniéndose en su pecho semidesnudo. Agarró la tela de su camiseta de hombros descubiertos, bajandola. Sus pezones se endurecieron instantáneamente bajo su hambrienta vista.

Tomó uno de sus pezones en su boca mientras acariciaba el otro. —Oh, sí —siseó Alondra, agarrando más fuerte su nuca y delineando la forma de su pene en sus jeans. Su piel se incendió con cada caricia que ella le daba. Luego desabrochó sus jeans lo más rápido que pudo, empujándolos hacia abajo por sus caderas junto con su panti.

Ignacio gruñó al ver su jugosa hendidura; no podía esperar para probarla. Sus pliegues rosados estaban húmedos, hundió instantáneamente su cabeza entre sus piernas, pasando su lengua por todos sus dulces labios. Levantó la mirada, fijando su mirada en ella, admirando sus deliciosos gemidos mientras seguía chupando y lamiendo su resbaladiza raja.

Sus jugos inundaron la boca de Ignacio, pensó que era lo más sabroso que había probado nunca, no podía tener suficiente de eso. Su miembro palpitaba tan fuerte dentro de sus pantalones, que se sentía a punto de explotar. Ignacio se puso de pie cuando Alondra golpeó sus labios con los suyos, saboreándose a sí misma en su lengua mientras bajaba sus jeans.

Alondra salió de sus jeans e Ignacio la levantó, se sintió ligera como una pluma. Mientras la sostenía contra la pared, Ignacio alineó su pene contra su entrada inundada, y dejándola caer un poco, la penetró, deslizándose hasta el fondo.

Ignacio gruñó de placer cuando la boca de Alondra se abrió en un gemido silencioso, la sensación de sus paredes presionando contra su pene era increíble. Cuando llegó al fondo de su sexo, sintió que iba a correrse allí mismo. Nada lo excitaba como Alondra, su pene encajaba perfectamente dentro de ella, y quería quedarse allí para siempre.

Mientras se alejaba, sus respiraciones se sincronizaban, Alondra movía sus caderas al mismo ritmo que Ignacio, se movía lentamente, sintiendo su orgasmo allí mismo en la punta de

su miembro. El canal de Alondra estaba resbaladizo y húmedo, se apretaba a su alrededor, haciendo que todo se sintiera aún mejor.

Entonces Ignacio aumentó la velocidad, Alondra se aferró a él, cerca de su torso mientras él sostenía sus piernas y nalgas y la deslizaba por toda su longitud. —Ignacio —gimió una y otra vez mientras sus ojos comenzaban a rodar hacia atrás. El ligero temblor en la parte interna de sus muslos era la advertencia de un orgasmo a punto de estallar.

Entonces empezó a disminuir la velocidad, prolongando su necesidad de correrse. A Ignacio le encantaba eso, la expresión de su rostro, su cabello cayendo sobre su pecho, su espalda arqueada y sus tetas rebotando contra su pecho, su boca ligeramente abierta y sus ojos apretados mientras absorbía cada rayo de energía que explotaba en su piel. La vista de ella estaba más allá de las palabras, y luego, sus ojos se abrieron de golpe, mientras todo se congelaba a su alrededor, su respiración se detuvo, su agarre se apretó alrededor de su nuca y hombros mientras jadeaba de placer entre la pared y el cuerpo de Ignacio.

Tan pronto como la sintió temblar, su sexo se apretó más fuerte alrededor de su pene, haciendo que el vaivén fuera aún más placentero. Ignacio luchó contra su necesidad de correrse tanto como pudo, la vista de Alondra lujuriosa y gimiendo su orgasmo lo estaba llevando a su propio abismo.

Siguió moviéndose, más lento, tratando de no alcanzar su clímax. Alondra le sonrió al volver de su clímax, lo besó profundamente. Ignacio se detuvo solo para besar sus sensuales labios, se apartó, colocando a Alondra nuevamente en el suelo. No se molestaron en quitarse el resto de la ropa.

Alondra se arrodilló y colocó la masculinidad de Ignacio dentro de su boca, lamiendo el eje y luego chupando su cabeza. Ignacio inclinó la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos, disfrutando de la sensación de hormigueo que sintió dentro de su boca. —Tu boca es… gloriosa —gimió mientras acariciaba su cabello.

Alondra le masajeó los testículos mientras chupaba con entusiasmo toda su longitud, saboreando sus propios jugos combinados con su sabor salado pero adictivo. Le encantaba la piel suave y sedosa de su pene y la textura de malvavisco de su glande. No podía dejar de pasar la lengua alrededor de la pequeña membrana que conectaba la cabeza de su pene con el eje.

Ignacio ronroneó como un tigre mientras la cabeza de Alondra subía y bajaba sobre su miembro. Ella observó la reacción de su cuerpo, sus manos se cerraron y se relajaron varias veces, su mandíbula se tensó mientras balbuceos sin sentido salían de su boca. Su rostro comenzó a ponerse rojo mientras sostenía su cabello como una señal para que Alondra bajara el ritmo o perdería el control.

Alondra se puso de pie e Ignacio la besó de inmediato. La giró, colocándola contra la pared. Alondra sacó su trasero, alineando su generosa curva contra la entrepierna de Ignacio. Sintió su pene retorciéndose contra su clítoris, ansioso por estar dentro.

Ignacio la lamió y la besó de vuelta, dejando suaves mordiscos alrededor de ella mientras tomaba su pene en su puño y en una sola embestida fuerte, la entró una vez más, pero esta vez yendo rápido y duro. Ignacio no podía parar, había estado luchando contra su orgasmo durante demasiado tiempo. Su miembro golpeando el fondo de su canal hizo que Alondra gimiera en voz alta, ambos olvidaron dónde estaban y no les importó.

Su cuerpo comenzó a caer en las llamas del placer nuevamente, el calor se concentró en su núcleo. Ignacio se movió rápido, agarrando sus caderas y empujándolas con fuerza contra su pelvis. El sonido de aplausos que producía su acto llenaba el espacio del granero.

— ¡Oh, mierda! ¡Alí! —gimió cuando su vagina se apretó con fuerza a su alrededor de nuevo. Su cuerpo comenzó a convertirse en gelatina cuando su nuevo orgasmo alcanzó su punto máximo. Su pecho rebotó en el aire mientras Ignacio continuaba follándola sin descanso, pero no duró demasiado.

Una, dos, tres embestidas e Ignacio ya estaba disparando toda su carga dentro de ella. —¡Oh, mierda! —gimió mientras sus testículos se vaciaban, liberando una gran energía alrededor de su cuerpo, sus ojos se nublaron y sintió que estaba a punto de desmayarse. Sus rodillas estaban débiles, pero sostuvo sus caderas contra él, empujando cada centímetro de su sexo dentro.

—Oh, Dios mío —gimió Alondra lentamente mientras sus ojos volvían a su órbita. Su cuerpo todavía temblaba por el intenso orgasmo que acababa de tener. Alondra se apoyó contra la pared e Ignacio encontró refugio en la espalda de Alondra. Se quedaron así un rato, jadeando y sudando, medio vestidos, con sus partes palpitantes aún conectadas.

Luego se miraron, sonriendo, reconociendo la complicidad de lo que acababan de hacer. Ignacio nunca lo había hecho en un granero antes, y era la primera vez que Alondra lo hacía en un espacio público.

Luego ella se rio cuando él sacó su suave miembro de ella. Él se unió a su risa mientras la envolvía con sus brazos, besándola profundamente. —Te amo tanto —dijo.

—Te amo, mi amor —respondió ella.

—¿Adivina qué? Te tengo algo —dijo Ignacio, con voz juguetona, mientras se subía los jeans y la bragueta.

—¿Qué es? —preguntó Alondra, su curiosidad despertada.

Ignacio la acarició suavemente la mejilla, sus dedos rozando su piel antes de sacar un trozo de heno que se había quedado en su cabello, su sonrisa cálida y juguetona.

—Bueno, señorita, tienes que adivinar.

Alondra levantó una ceja, una chispa de intriga en sus ojos mientras alisaba su ropa. Se miraron antes de salir del granero, sus manos entrelazadas.

—¿Un vestido? —preguntó, su voz llena de esperanza.

—No —respondió él, una sonrisa traviesa tirando de las comisuras de sus labios.

—¿Es un pony, papi? —bromeó, las palabras ligeras y llenas de diversión mientras caminaban hacia el salón principal de la Arena.

Ignacio le lanzó una mirada juguetona, su voz bajando con una confianza juguetona.

—¿Por qué querrías un pony cuando podrías montar a este semental?

La risa de Alondra brotó, seguida de un suave rubor en sus mejillas, una mezcla de diversión y el calor que aún quedaba de lo que acababan de compartir.

—Sabía que dirías eso —dijo, su voz suave y afectuosa.

—¿Soy tan predecible? —preguntó Ignacio, su tono lleno de suave burla.

Antes de que Alondra pudiera responder, se detuvieron frente al salón principal. Ella se congeló, sus ojos se abrieron de par en par, su mandíbula cayó de asombro al ver lo que tenía frente a ella.

—¿Y bien? —preguntó Ignacio, su voz baja y llena de anticipación mientras miraba hacia abajo, observándola.

Alondra permaneció inmóvil, sus ojos brillando con emoción, abrumada por la vista que tenía ante ella. Era un regalo pensado solo para ella, algo que no esperaba, y la dejó sin aliento. Sus ojos castaños brillaron con lágrimas de felicidad y gratitud.

—¿Aún soy predecible? —preguntó Ignacio de nuevo, su voz suave y tierna mientras la guiaba hacia adelante, ansioso por que ella viera todo el alcance del regalo.

Capítulo 5

—Eres muchas cosas, pero predecible definitivamente no es una de ellas —dijo Alondra, su voz llena de admiración. Dio una vuelta alrededor del auto, sus dedos rozando ligeramente el acabado lacado rojo, sintiendo la suavidad mientras medía su tamaño con la mirada. Una flamante Toyota Tundra estaba orgullosamente frente al salón principal de la Arena, su brillante cinta azul resplandeciendo bajo el sol.

Alondra quedó en silencio, abrumada por una mezcla de emociones que no lograba identificar. Su corazón latía con fuerza, la respiración le faltó mientras permanecía frente al vehículo, todavía procesando lo que veía. Después de un largo momento de silencio, la voz de Ignacio la sacó de su trance.

—¿Te gusta? —preguntó, su tono suave pero lleno de expectación.

—Cariño —respondió finalmente, las palabras saliendo con incredulidad—, esto es… ¡guau! No puedo… nunca pensé que podría permitirme algo como esto. Ni siquiera sabía que podía soñar con algo así. —Se giró hacia él, aún asombrada, con los ojos bien abiertos mientras se daba cuenta de que era real.

—Bueno, ahora es tuyo —dijo Ignacio con una sonrisa, acercándose a ella. Tomó suavemente su mano y la colocó en la suya. Sacó las llaves brillantes del auto de su bolsillo y las puso en su palma—. A veces los sueños realmente se hacen realidad.

Alondra estaba completamente muda, sobrepasada de alegría, con el corazón latiendo a mil por hora en su pecho. Saltó hacia arriba y abajo como una niña, su emoción desbordándose. Le dio un beso en la mejilla, un beso espontáneo y apasionado, luego corrió hacia el auto, las manos temblorosas al presionar el botón de desbloqueo en el control remoto.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —repetía una y otra vez, su voz llena de excitación mientras las

puertas se abrían con un clic.

Ignacio se rió, nunca antes la había visto tan animada. Quitó la cinta azul del auto y subió al asiento del pasajero junto a ella. La observó cautivado mientras Alondra pasaba sus manos sobre el volante, explorando la novedad del vehículo con los ojos grandes y emocionados. Ajustó el espejo retrovisor, sus dedos delicados rozando el cristal como si saboreara cada momento.

Se inclinó hacia adelante, intentando entender el panel de control.

—Ni siquiera sé cómo ajustar los espejos —exclamó, su voz llena de asombro—. ¡Todo esto es tan electrónico!

Ignacio no pudo evitar sonreír, acercándose un poco más. Tomó su mano, guiando sus dedos hasta los botones correctos para ajustar los espejos. La observaba, su mirada intensa mientras ella se concentraba en ajustar todo perfectamente.

—Bueno, ahora tienes suficiente espacio para llevar a Ana y a tus amigos por un café y unas galletas —bromeó Ignacio, tratando de mantener las cosas ligeras.

—Y puedo llevarte a ti a una cita. Tal vez incluso a nuestros hijos —respondió ella con una sonrisa traviesa, los ojos brillando de esperanza.

—¿Hijos? —preguntó Ignacio, su voz titubeando un poco, repentinamente incómodo con la dirección de la conversación.

—Sí, un par de ellos —dijo ella, su mirada desviándose hacia los asientos traseros—. Mitad tú, mitad yo, riendo atrás, jugando con sus juguetes. Este auto es más grande que mi habitación en la universidad. Honestamente, podría vivir aquí.

Ignacio soltó una risita nerviosa, incómodo, y rápidamente se movió en su asiento, evitando por completo el tema de los niños. La intensidad repentina de la conversación lo tomó por sorpresa, pero estaba decidido a cambiar el tono hacia algo más relajado.

—Entonces... ¿estás lista para montar esta bestia? —preguntó, su voz ahora más ligera, intentando desviar su atención.

—Siempre estoy lista para montarte, cariño —respondió ella con una sonrisa que podría derretirlo, su expresión amplia y juguetona. Sus palabras fueron una declaración audaz, provocándolo a reír en voz alta.

—¡Acabas de decir eso! —exclamó él, sin poder esconder su diversión.

—Y no te veo molesto por ello —dijo Alondra, su voz una mezcla de desafío y diversión, mientras introducía las llaves en el encendido y arrancaba el motor.

—No me importa si lo haces otra vez —respondió Ignacio, abrochándose el cinturón con una sonrisa confiada.

Alondra le lanzó una sonrisa juguetona mientras cambiaba la palanca de cambios. El auto rugió al arrancar, y ella lo condujo fuera de la Arena, concentrándose ahora en el camino por delante, en dirección a la casa de su madre.



Cuando giraron a la derecha hacia el camino de entrada, Alondra notó que los ojos de Ignacio brillaron con interés. Había visto a Ana y a Cecilia sentadas en el porche delantero, inmersas en una animada conversación. Frunció el ceño al darse cuenta de que Ana estaba haciendo un trabajo mucho mejor que él para ganarse la aprobación de Cecilia.

Su mirada se desvió hacia Cecilia, quien observaba curiosa el Toyota rojo que se acercaba. Cuando el auto se detuvo frente a la casa, los ojos de Cecilia se entrecerraron al reconocerlo, y sin decir palabra, se levantó y entró rápidamente, con un gesto firme y decidido.

Ana, ajena al cambio en el ambiente, saltó de inmediato y corrió hacia el auto. Alondra abrió su puerta y, sin pensarlo dos veces, ambas se lanzaron a un abrazo desbordante de alegría, gritando y riendo al unísono.

—Estaba tan asustada de que no te gustara —confesó Ana, su voz llena de alivio y emoción.

—¿Estás bromeando? ¡Me encanta! —gritó Alondra, con la cara iluminada por una felicidad genuina mientras seguían saltando de un lado a otro.

Ignacio no pudo evitar sonreír mientras se recargaba en las escaleras del porche, su corazón hinchado de cariño por las dos mujeres de su vida. Eran momentos como ese los que hacían que todo se sintiera en su lugar.

—Ahora tendrás que llevarme a tomar café y galletas todos los días —declaró Ana con una sonrisa traviesa, dándole una palmada al capó rojo del auto—. ¡Podríamos meter toda la tienda en este auto!

Alondra soltó una risa aliviada, sintiendo cómo se desvanecía la tensión de la noche anterior. Por primera vez en lo que parecía una eternidad, todo estaba bien. Los eventos de la noche pasada eran un recuerdo lejano, enterrado en su subconsciente, olvidado en el despertar de este momento perfecto.

—Está bien —dijo con una sonrisa—. Ahora podemos regresar a Valle del Sol... con estilo.

Ignacio se levantó, estirando los brazos.

—¿Y tu auto? —preguntó Alondra, mirándolo con una ceja levantada.

—No te preocupes por eso —interrumpió Ana rápidamente—. Encontramos un servicio que lo llevará. Y ya tenemos todas nuestras cosas dentro de tu nuevo bebé, ¡así que estamos listos para el mejor viaje por carretera de la historia!

—Mientras no cantes —bromeó Ignacio, con la voz llena de advertencia juguetona.

—¡Papá! —exclamó Ana, con voz llena de indignación.

—Me refiero a que no cantes tan fuerte —aclaró Ignacio, riendo—. Mientras no cantes tan alto, no quiero que arruines esa bonita voz que tienes.

Alondra rió suavemente, observando el juego entre ellos. Su corazón se hinchó de amor por la manera en que encajaban juntos, y se sintió verdaderamente afortunada de formar parte de esta familia.

—En ese caso —dijo con una sonrisa—, deberíamos entrar y despedirnos.

Ana, llena de energía, corrió hacia la puerta sin dudarlo. Pero Ignacio pareció dudar, sus ojos fijos en algo en la distancia, con una expresión inexpresiva.

Alondra percibió la chispa de preocupación en sus ojos. Se detuvo en seco y se giró hacia él, intuyendo que algo no estaba bien.

—¿Qué pasa? —preguntó suavemente, su voz llena de preocupación.

—Tal vez sea mejor si no le digo nada —murmuró Ignacio, con voz cargada de amargura.

—¿Por qué? —preguntó Alondra, frunciendo el ceño, confundida.

—Sabes por qué —respondió él, con tono pesado de frustración—. Me odia. Honestamente creo que preferiría que me cayera un rayo antes que estrecharme la mano por cortesía.

Alondra negó con la cabeza, tratando de razonarlo.

—No seas tonto. No puedes pensar que preferiría que no hicieras nada. ¿De verdad quieres que ella diga que ni siquiera te despediste, que eres grosero?

Ignacio dejó escapar un suspiro pesado, claramente dividido.

—Supongo que tienes razón —dijo con algo de renuencia, como si las palabras le dolieran. Tomó su mano y la condujo hacia adentro, el sonido de sus pasos resonando en la casa silenciosa. Al entrar, Ana estaba en medio de una conversación animada con Cecilia, haciéndola reír hasta que le salieron lágrimas de la cara. Ignacio sintió un pinchazo de envidia por el vínculo que compartían, una relación que no podía evitar desear.

—¡Cariño, me has hecho el año! —dijo Cecilia, limpiándose una lágrima de risa, aún sonriendo—. ¡No tenía idea de que los cuervos pudieran hablar!

—¡Sí, lo hacen! —respondió Ana emocionada, mostrando un video en su teléfono—. Mira, échale un vistazo.

Alondra las observaba, su corazón hinchándose de ternura al verlas compartir ese momento tan genuino. Pero, de repente, la calidez se convirtió en tristeza. Un dolor profundo se asentó en su pecho. Anhelaba ese tipo de relación con su propia madre, una basada en la amistad y el entendimiento mutuo, no en la dinámica fría y transaccional de empleador y empleada.

—Mamá —dijo ella suavemente, con la voz vacilante al interrumpir la escena. La mirada de Cecilia pasó de Alondra a Ignacio, y luego de nuevo a ella, con una expresión difícil de descifrar—. Nos vamos en unos minutos —continuó Alondra, con los nervios traicionándola en la voz—. Así que...

La expresión de Cecilia se endureció.

—Supongo que no te veré de nuevo, entonces —dijo, su tono serio y definitivo.

Ana intercambió una mirada incómoda con Cecilia antes de mirar a Ignacio. El aire parecía pesado con una tensión no dicha. Ana, al percatarse de la incomodidad, se levantó y salió con Ignacio sin decir más.

—Mamá, me verás de nuevo. A menos... que no quieras —dijo Alondra, sintiendo el peso de sus palabras.

La mirada de Cecilia recorrió a Ignacio y Ana, luego volvió a Alondra, con una mezcla de preocupación y algo más en sus ojos.

—¿Puedo hablar con mi hija? ¿A solas? —la petición de Cecilia llegó con una tensión que hizo que Ana saliera inmediatamente de la habitación.

Alondra dudó por un momento antes de hablar.

—Sé que no te gusta...

Cecilia la interrumpió bruscamente.

—¿Cómo no voy a pensar que estás con él por su dinero, cuando llegas aquí manejando ese... cosa? —dijo, con la voz fría, señalando el auto nuevo estacionado frente a la ventana.

El estómago de Alondra se retorció, pero se mantuvo firme.

—No lo pedí, si es lo que estás insinuando —respondió, su tono firme, aunque su corazón latía rápidamente en su pecho.

—No lo entiendo, Alondra —dijo Cecilia, con un tono melancólico y triste—. Pensé que esas cosas no te importaban.

—No me importan —respondió Alondra, su voz tranquila pero llena de determinación. Podía ver la expresión dolorosa en el rostro de Cecilia mientras hablaba—. Me importa Ignacio, y yo le o a él.

Los ojos de Cecilia se endurecieron, y Alondra continuó.

—Dime algo, mamá, ¿papá te daba regalos?

—Claro que sí —respondió Cecilia, con tono defensivo.

Alondra curvó sus labios en una pequeña sonrisa cortante.

—Pensé que esas cosas no te importaban —dijo, sus palabras como una flecha directa hacia su madre.

Cecilia se giró, sorprendida por su respuesta.

La voz de Alondra se volvió más intensa.

—No es su dinero lo que odias. No es su edad. No es ni siquiera su profesión. Sé que, en el fondo, hasta te cae bien. Lo que realmente odias es que no es el hombre que elegiste para mí. Por primera vez, estoy tomando mis propias decisiones, y prefieres hacer imposible esta relación antes que aceptar que soy feliz. No puedes soportarlo.

El rostro de Cecilia se torció en incredulidad, y dio un paso hacia adelante, elevando su voz llena de frustración.

—Eso no es cierto —chilló—. Siempre querré lo mejor para ti, Alondra. Pero este hombre es demasiado viejo para ti, y ahora te está comprando la conciencia con autos, joyas y viajes caros, haciéndote creer que el amor tiene un precio. Pensé que eras mejor que esto. Has cambiado. Ya ni siquiera te reconozco.

Alondra sintió las palabras como un golpe, pero contuvo las lágrimas que amenazaban con escapar. Su corazón se sentía como si se rompiera en pedazos.

—Entonces supongo que esto lo hace más fácil —dijo, con la voz temblorosa pero desafiante. Tragó saliva con dificultad, conteniendo el dolor que quería estallar—. Adiós, Cecilia Blanco.

Y con eso, se giró hacia la puerta, su corazón latiendo con fuerza mientras la abría.

Antes de que pudiera bajar las escaleras, Cecilia estaba allí, sujetando la muñeca de Alondra con sorprendente fuerza. Alondra se quedó inmóvil, atrapada en la tensión.

—No seas tonta —dijo Cecilia, tirando de ella para abrazarla con fuerza—. Te quiero. Más que a nada en el mundo, incluso si haces cosas que no me gustan.

Alondra se quedó allí, inmóvil por un momento, antes de rodear a su madre con los brazos, el dolor de sus palabras aún fresco.

—Lo sé —susurró, con la voz quebrada—. Yo también te quiero, mamá.

Cuando Alondra comenzó a bajar las escaleras, intentando recomponer las piezas de su ánimo destrozado, notó a alguien acercándose desde el granero. Ana puso los ojos en blanco y murmuró.

—Genial, aquí viene la realeza de Las Colinas.

Henry sonrió de lado, su voz llena de sarcasmo. —Qué dulce. No puedo decir que me entusiasme verte, nunca me han gustado las chicas de la ciudad.

Ana ni siquiera levantó la vista de su teléfono, pero sus palabras fueron afiladas. —Qué bueno saber que el sentimiento es mutuo.

Los ojos de Henry se entrecerraron, luego se posaron sobre el Toyota rojo, estacionado con un poco de demasiada ostentación. —Vaya. Mira eso —dijo, con un tono exagerado de asombro—. Un auto nuevo.

Ana no apartó la mirada de la pantalla, sus dedos desplazándose rápidamente. —Algo que nunca conocerás, me temo —respondió con una sonrisa burlona.

Antes de que Henry pudiera disparar otra ofensa, Ignacio dio un paso al frente, su voz fría y firme. —Fue un regalo para Alondra —dijo con indiferencia.

Henry miró hacia él, tomando detalles del auto con una sonrisa en las comisuras de los labios. —Ya veo —dijo, su tono cambiando a uno de falsa comprensión—. Entonces, dime, Doc,

¿esto es una oferta de paz? ¿Una disculpa por llevarla a funerales en lugar de a fiestas?

—Henry —interrumpió Alondra, su voz cortando la tensión como un cuchillo. Podía ver la furia en los ojos de Ignacio, la forma en que sus puños se apretaban como si estuviera listo para golpear a Henry en cualquier momento. Alondra se apresuró a ponerse a su lado, rodeando su cintura con los brazos y sosteniéndole la mano para calmarle—. Me lo dio porque le preocupaba mi auto viejo. Solo quería ayudar —explicó, sus palabras firmes pero intentando calmar el conflicto creciente.

—¿Ayudar? —Henry se rió con sarcasmo, su voz impregnada de desdén—. Así lo llaman ahora, ¿verdad? —Miró a Cecilia con una sonrisa exagerada. —Sra. Blanco, las gallinas ya están alimentadas, pero ¿tiene usted muchos pájaros carpinteros por aquí? Hay agujeros en las paredes, se los arreglo.

—Sí, los pájaros carpinteros van y vienen todo el tiempo, pero gracias, querido —respondió Cecilia desde el porche, su tono tenso pero educado.

Los ojos de Henry se posaron en Ignacio, su sonrisa ampliándose. —Los pájaros carpinteros destruyen todo lo que te ha costado construir con tus propias manos —se burló, como si las palabras mismas estuvieran hechas para herir.

—¡Ugh, ya cállate! —exclamó Ana, adelantándose con una mirada de desprecio puro. Fijó sus ojos en los penetrantes ojos azules de Henry, sin inmutarse—. Estás empezando a sonar como una película muy mala, por favor. ¡Qué aburrido!

Henry la fulminó con la mirada, una mezcla de confusión y furia parpadeando en sus ojos. —Al menos no tengo la cabeza hueca —respondió, su voz mordaz.

Ana hizo una expresión de dolor fingido. —Oh, mira, el cachorrito tiene garras —dijo con exagerada inocencia—. ¿No tienes agujeros que arreglar en el granero?

El aire se tensó, y entonces Alondra finalmente explotó. —¡Basta, chicos! —su voz fue tajante, exigiendo su atención. Todos se congelaron y se giraron hacia ella, mientras suspiraba pesadamente, el peso de la situación presionando sobre ella. Miró directamente a Henry—. Nos vamos a Valle del Sol ahora. Así que quería despedirme.

La mirada de Henry osciló entre Ignacio y Ana, luego volvió a Alondra. Su mano salió disparada, tomando la suya y atrayéndola hacia él con fuerza, envolviéndola con sus brazos en un apretado abrazo. El aliento de Alondra se detuvo en su garganta, y el rostro de Ignacio se volvió frío, sus músculos tensándose. La mandíbula de Ana se apretó, observando la escena.

—Ojalá pudieras quedarte más tiempo, conejita —murmuró Henry, su voz cargada de una clase de afecto inquietante mientras pasaba su mano por el cabello negro de Alondra.

Alondra se congeló por un momento, sintiendo su abrazo apretándose a su alrededor,

pero logró mantener la compostura. —Yo también, pero tengo que regresar —dijo, con la sonrisa tensa, sus palabras más nerviosas de lo que quería que sonaran. Lo empujó suavemente. —Las clases comienzan la próxima semana. Trataré de regresar el año que viene... espero.

Ignacio, claramente incómodo pero tratando de mantener la paz, dio un paso al frente. Extendió la mano hacia Henry, una oferta silenciosa de tregua. Hubo una larga pausa mientras Henry la miraba, evaluando. Finalmente, con una sonrisa renuente, aceptó la mano de Ignacio.

—Por ahora —dijo Henry, su voz llena de un desprecio apenas disimulado. Le lanzó una mirada significativa a Ignacio, como si dijera que Alondra no volvería a ponerse en contacto con él por mucho tiempo, si es que alguna vez lo hacía.

Henry se giró hacia Ana, su expresión oscureciéndose. —Ni te atrevas a tocarme con esas manos sucias —le escupió, su voz baja y llena de veneno.

Henry dio un paso más cerca de ella, obligándola a retroceder hasta que su espalda estuvo pegada al costado del Toyota. Él se cernía sobre ella, su presencia era asfixiante. Levantó lentamente la mano, y los ojos de Ana se entrecerraron en advertencia, con sus mejillas sonrojandose por la cercanía de Henry, pero él no se detuvo.

Extendió el dedo, acercándolo a su mejilla, pero se detuvo a solo milímetros de distancia. Su mirada se encontró con la de ella, su expresión una sonrisa cruel, como si saboreara el poder del momento.

—¿Te estás sonrojando porque estás muriendo por que te toque? —mofó, rozando su piel con una calma casi depredadora.

Los ojos de Ana brillaron con furia, y lo empujó con toda su fuerza. —¡Ahhh, qué pesado eres! —gritó, frotándose frenéticamente la mejilla, repugnada por su toque.

—¿Ya ves que no te puedes resistir? —Henry se burló, sus labios curvándose en una sonrisa arrogante—. Bueno, como dije, rubiecita, no me gustan las cabezas huecas.

Se limpió el dedo en sus jeans, su condescendencia era palpable. Cecilia y Alondra no pudieron evitar reír, su diversión clara mientras observaban la escena.

Ana, claramente irritada pero tratando de mantener la compostura, subió las escaleras y envolvió sus brazos alrededor de Cecilia.

—Espero verte pronto, señora Blanco —dijo, con un tono de dulzura forzada, la ironía de las palabras no pasó desapercibida para nadie.

Cecilia sonrió cálidamente, devolviendo el abrazo.

—Claro, cariño. Siempre serás bienvenida aquí. Mi jardín puede ser un desastre, pero me

encantaría compartir algunos secretos de jardinería contigo —dijo, su voz llena de amabilidad, aunque la tensión flotaba en el aire entre las dos mujeres.

La sonrisa de Ana vaciló mientras bajaba las escaleras, pasando junto a Henry con una mirada fulminante que podría haber derretido acero. Caminó directamente a su lado sin decir una palabra, su desdén tan denso que casi goteaba.

—Tú también deberías despedirte, cariño —dijo Alondra, su voz ligera pero con un toque de diversión. Ignacio suspiró pesadamente y comenzó a subir las escaleras.

Cecilia lo miró fijamente, sus ojos entrecerrados, una tormenta detrás de su expresión tranquila. Ignacio intentó hablar, su voz suave pero incierta.

—Sé que no soy lo que esperabas, pero... —Antes de que pudiera terminar, Cecilia le agarró la mano con sorprendente fuerza, su rostro endureciéndose mientras se inclinaba cerca de su oído. Su voz fue baja, mortal.

—Si alguna vez escucho o veo que mi niña está llorando por tu culpa, te encontraré y te mataré. ¿Lo entiendes, doctor? —Sus dedos apretaron su muñeca, haciendo que toda su mano palpitara dolorosamente.

El cuerpo de Ignacio se tensó, su respiración se detuvo en su garganta mientras quedaba paralizado bajo su mirada.

—Sí, señora. Eso no volverá a pasar. Lo prometo —dijo, su voz apenas un susurro, su miedo palpable.

—Espero que así sea —respondió Cecilia, sus palabras pesadas de advertencia. Soltó su brazo, su expresión de hierro sin vacilar. A diferencia de la calidez que mostró hacia Ana, no hubo ni una pizca de sonrisa para Ignacio. Él dio un paso atrás rápidamente, sus piernas inestables, y bajó las escaleras, saltando al asiento del copiloto sin decir una palabra más.

Alondra, mirando a su madre una última vez, le dio un abrazo rápido pero fuerte. Luego se deslizaba al asiento del conductor, sus movimientos precisos, enfocados. Bajó la ventana, su dedo presionando el botón con una sensación de conclusión.

—Entonces, ¿están listos para un par de horas de pura diversión? —preguntó con una sonrisa, su tono animado, aunque la tensión de la casa aún se sentía en el aire—. ¡Ya tengo la lista de reproducción en Spotify para el camino!

—Solo espero que también tengas tapones para los oídos —masculló Ignacio, lanzándole una mirada cómplice. Alondra sonrió en respuesta, sus ojos volviendo hacia él.

Sin previo aviso, Ignacio puso su mano sobre la de ella, sus dedos rozándola ligeramente mientras la acariciaba suavemente, como si quisiera protegerla del mundo exterior. Su toque era

un gesto sutil, tranquilo, pero la anclaba al momento.

En el asiento trasero, Ana saludó a la señora Blanco, su rostro retorcido en una falsa alegría. Henry le devolvió el saludo, su gesto intencionalmente exagerado, un claro intento de provocarla. Los ojos de Ana se entrecerraron, su irritación iba creciendo hasta que de pronto, a lo lejos, Henry le mostró su dedo medio.

Indignada, Ana le devolvió el gesto.

—De verdad estoy feliz de alejarnos de este imbécil —dijo Ana en voz baja, subiendo la ventana con un movimiento rápido, cortando cualquier interacción futura con Henry.

Alondra rió suavemente mientras encendía el motor, el sonido del auto rugiendo a la vida y rompiendo la tensión. La condujo fuera del camino de su madre, y tras unos minutos, dejaron Las Colinas atrás.



Alondra llevaba unos días en Valle del Sol, y se encontraba viviendo más en la casa de Ignacio y Ana que en su propia habitación en el campus. De hecho, pasaba más tiempo en su casa, y cada vez era más difícil ignorar lo cerca que se estaban volviendo Ignacio y ella. Una mañana, despertó desnuda a su lado, sus brazos y piernas entrelazados en un nudo que parecía haber sido hecho a medida. Cuando fue al baño, notó que Ignacio había colocado su cepillo de dientes junto al suyo, en el vaso justo al lado del lavamanos, y por primera vez se dio cuenta de lo serio que se estaba volviendo todo esto.

Todo parecía encajar; se había desarrollado un ritmo que resultaba cómodo para todos. Iban a hacer las compras juntos por la mañana, y si Ignacio tenía trabajo, Alondra y Ana estudiaban lado a lado, riendo, tratando de recordar todo lo que habían aprendido en las clases. Luego, de vez en cuando, veían una película en la sala, y la cena se compartía como una familia. Hacía tanto tiempo que Alondra no se sentía como si perteneciera a algún lugar, como si perteneciera a alguien.

Ana parecía feliz, contenta de tener a su mejor amiga tan cerca, con su padre tan permisivo, e Ignacio volvía a cantar y bailar por la casa, incluso haciendo sándwiches para las chicas. *Su chica*, pensó Alondra mientras caminaba por el pasillo lleno de estudiantes en el campus, buscando a Ana. Se suponía que debían ir a por galletas antes de ir a la sala a estudiar, pero al moverse por el laberinto de estudiantes, la vio de repente. El cabello dorado de Ana brillaba a lo lejos, y alguien alto estaba con ella. Alondra reconoció al instante a la persona a su lado: Carlos.

A medida que se acercaba, notó que algo no iba bien. Ana parecía molesta, gesticulando con las manos, claramente agitada, mientras Carlos se quedaba allí, riendo como si todo fuera una broma. Alondra pensó que tal vez Ana solo estaba contando una de sus típicas bromas sarcásticas, pero cuando se acercó, escuchó la voz de Carlos, aguda y burlona.

—Entonces, nena, ¿ella ahora es como tu madre? —preguntó, con un tono cargado de condescendencia.

—No, no lo es, así que por favor, ¡para ya! —respondió Ana, claramente luchando por mantener el control. Alondra pudo ver en los ojos de Ana que estaba a punto de perder los nervios. —Si te lo estoy diciendo, es porque confío en ti, no porque quiera que te burles de mí —añadió, tratando de mantenerse en pie, pero su voz temblaba con furia apenas contenida.

Carlos, sin embargo, no se detuvo.

—No puedo creerlo, Alondra acostándose con el doctor papá —se burló, levantando la voz. —¿Escuchas a tu papá gruñendo como un viejo oso por la noche? Me pregunto si se toma un montón de pastillas o si aún puede mantener al hombre pequeño en pie por sí mismo.

Las manos de Ana temblaban de rabia, pero antes de que pudiera responder, apareció Jessica, una chica popular con la que Ana había estado intentando acercarse, en la conversación. El estómago de Alondra se retorció. No le gustaba nada Jessica: era superficial, egocéntrica y llena de juicios.

—¿Mantener qué? —preguntó Jessica, mirando a Ana, claramente intrigada y disgustada a la vez.

—¡Nada! —interrumpió Ana de inmediato, pero Carlos, el idiota de siempre, siguió hablando.

—Su papá se enganchó con Alondra Blanco —dijo, con voz llena de risa burlona. —¿Qué tan gracioso es eso? —rió como si fuera la broma más graciosa del mundo. El rostro de Jessica se retorció de repulsión mientras miraba entre Ana y Alondra, su emoción más palpable que el disgusto.

—Qué asco. ¿Cómo puedes permitir eso? —dijo Jessica, con voz afilada, las palabras llenas de juicio. —¿Tu amiga y tu papá? Ella podría ser su hija, sería como si él estuviera durmiendo contigo, Ana. —Rió fríamente, como si todo fuera una broma retorcida.

El rostro de Ana se volvió pálido, su rabia y humillación claras. Intentó salvar la situación, su voz temblorosa pero firme.

—No es así, Jessica. No sabes de lo que hablas. Alondra es una gran persona.

—Sí, tan genial que tu papá decidió recompensarla con su pene muerto y un auto nuevo.

Vi ese Toyota hoy, y no hay forma de que esa chica del campo pueda permitírselo —dijo Jessica, con una mirada entrecerrada, observando la reacción de Alondra. —Lo que me hace preguntarme, ¿es realmente tan genial, o solo está buscando el dinero de tu papá?

Alondra se quedó congelada. Las palabras golpearon más fuerte de lo que había esperado. Podía sentir cómo su corazón aceleraba, su estómago se revolvía con náuseas, pero estaba paralizada. ¿Qué podía decir para que esto se detuviera? ¿Cómo podría proteger a Ana de su veneno?

—Apuesto a que también le llama "papi" —intervino Carlos, su risa cortando la tensión como un cuchillo. —¡Papi! Dame un auto nuevo y dejaré que me chupes las tetas! —su voz era aguda y burlona, imitando a Alondra de la forma más degradante. Soltó una carcajada, y Jessica se unió a él, ambos riendo en la cara de Ana, como si fuera lo más gracioso del mundo.

El rostro de Ana se retorció de horror y su mandíbula cayó, la humillación clara en sus ojos.

—¿En serio, Ana? —escupió Jessica, su voz llena de desprecio—. Tú y toda tu familia son asquerosos. —Sacó su teléfono y comenzó a escribir rápidamente—. Voy a contárselo a mis amigas. ¡Esto es un escándalo!

Cada palabra fue como una bofetada en la cara y, en cuestión de segundos, la risa se detuvo, y todas las miradas se dirigieron hacia Ana. El poder que Jessica tenía sobre la universidad era innegable. Un solo post de su cuenta podía arruinar vidas en un instante. Ana se quedó allí, convertida en blanco, expuesta e indefensa.

Alondra trató de bloquear los susurros y las miradas. Pero luego, su estómago se hundió al darse cuenta de que no solo miraban a Ana, sino que también la miraban a ella. Los susurros, las miradas de juicio, parecían atravesarla, perforando su alma.

Ana fue la primera en romper el silencio. Con los ojos llenos de lágrimas, giró bruscamente y corrió pasando junto a Alondra, ignorándola por completo. El corazón de Alondra latía con fuerza y, antes de que pudiera pensar, salió corriendo tras ella.

—¡Ana! —gritó, su voz ronca de desesperación.

Ana siguió corriendo, más rápido ahora, como si las palabras la hubieran herido más profundamente que cualquier otra cosa. Alondra se abrió paso entre la multitud, llamando su nombre una y otra vez hasta que, finalmente, Ana se detuvo.

—¡Déjame en paz! —gritó Ana, su voz desgarrada por la emoción. La ira en su tono era una tormenta perfecta: lágrimas y rabia mezcladas.

Las palabras de Ana resonaron en la mente de Alondra mientras observaba a su amiga huir. El dolor crudo en su voz era insoportable, pero Alondra no podía seguirla más lejos, no

cuando todo el campus los observaba, con sus teléfonos levantados, grabando cada momento. El juicio en sus ojos era sofocante.

Alondra se dio vuelta y salió corriendo del edificio, con el corazón en la garganta. No sabía qué estaba haciendo, no le importaba. Necesitaba irse, despejar su mente, así que cruzó el campus en un borrón, sin detenerse hasta llegar al estacionamiento. Sin dudarlo, arrancó el motor y salió disparada, apenas notando el chirrido de los neumáticos mientras aceleraba. El complejo médico donde trabajaba Ignacio estaba cerca, y en medio de su angustia emocional, era el único lugar en el que su mente podía concentrarse.

Alondra estacionó el Toyota cerca de la entrada, sus manos temblando mientras bajaba. Corrió por el edificio, sus pasos resonando en los pasillos vacíos mientras evitaba a los pacientes con una urgencia frenética. Su mente estaba dando vueltas, consumida por la escena que acababa de presenciar, pero sabía que necesitaba ver a Ignacio.

—¡Valeria! —jadeó, sin aliento al llegar al mostrador de recepción.

—¿Alondra? —La sorpresa de Valeria era evidente al mirarla. Había pasado un tiempo desde que vio a la chica de Las Colinas, pero rápidamente notó el pánico en su rostro—. ¿Está todo bien?

—Sí, estoy bastante preocupada, honestamente —dijo Alondra, su voz temblorosa pero urgente.

Valeria se levantó de inmediato, notando la angustia en los ojos de Alondra. Le hizo un gesto para que la siguiera.

—Tienes suerte de que Ignacio no esté tan ocupado hoy. No tiene pacientes ahora, aunque su investigación es otra historia —dijo Valeria, guiándola. Cuando llegaron a la oficina de Ignacio, Valeria abrió la puerta.

—Está justo aquí.

—Gracias —dijo Alondra rápidamente, pasando junto a Valeria. La puerta se cerró detrás de ella, y se quedó allí por un momento, observando a Ignacio con intensidad. Estaba tan absorbido en su laptop que ni siquiera levantó la vista para reconocerla. Alondra permaneció congelada, su mirada deslizándose hacia la camilla de examen en la esquina, la misma camilla donde todo entre ellos había cambiado. El recuerdo de ese momento—la primera vez que se entregó a él—se sintió como una marca quemada en su piel. Sus mejillas se sonrojaron, y no pudo evitar pensar en cómo su amor, antes puro, por él se había convertido en este desastre, esta fuerza destructiva.

—¡Cariño! —La voz de Ignacio interrumpió sus pensamientos—. ¿Cuándo entraste? No te escuché.

Alondra parpadeó, tratando de recuperar la compostura a pesar de la avalancha de emociones. Estaba sonrojada, pero lo mantenía bajo control.

—Tenemos que hablar —dijo, su voz firme a pesar de la tormenta de emociones que se agolpaba dentro de ella.

Capítulo 6

—¿Qué pasa? —La voz de Ignacio fue inmediata, su preocupación nítida mientras dejaba todo de lado para concentrarse en Alondra. La tensión en el aire era palpable en cuanto ella entró en la habitación.

Alondra dudó por un momento, pero avanzó, sacando una silla y sentándose con un pesado suspiro.

—Es sobre Ana —dijo en voz baja, su tono tenso de emoción.

La preocupación de Ignacio creció, sus cejas se fruncieron.

—¿Qué pasó?

Alondra luchaba por encontrar las palabras adecuadas, sus manos retorciéndose en su regazo.

—La están acosando en la universidad... por nosotros.

Ignacio parpadeó, tratando de procesar lo que acababa de escuchar.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Cómo lo saben?

—Sabes que ella ha estado saliendo con Carlos, ¿verdad? —Alondra comenzó, e Ignacio asintió, aún confundido. —Aparentemente, le contó sobre nosotros, y... no lo tomó bien. Empezó a burlarse de ella, a ridiculizar la situación, y ahora... sabes lo rápido que se propagan los rumores, como un incendio forestal.

Ignacio se frotó la sien, su mente corriendo a mil por hora.

—La verdad no entiendo cómo funciona la vida social universitaria ahora —murmuró, recordando sus propios días en la escuela de medicina, cuando todo parecía menos cruel, menos... público.

—Bueno, ahora es bastante jodido. La gente puede ser muy despiadada, y esta vez... cruzaron la línea —dijo Alondra, su voz llena de frustración. El peso de la situación se hacía cada vez más pesado en el aire.

—Maldita sea… —suspiró Ignacio, llevándose una mano a la frente como si intentara evitar el dolor de cabeza que se avecinaba—. Pero, ¿qué dijeron exactamente?

La garganta de Alondra se apretó al pensar en repetir las cosas viles que había escuchado. Sus labios se apretaron, y negó ligeramente con la cabeza.

—No quiero decirlo, amor. Fue... realmente malo.

Ignacio se acercó más, sus ojos buscando los de ella.

—Cariño, necesito saber si voy a ayudar. Lo que sea, lo enfrentaremos juntos, pero tengo que escucharlo.

La indecisión de Alondra era palpable, sus ojos nublados por la preocupación. Después de un momento, respiró hondo.

—No lo diré... pero te lo mostraré.

Sus dedos se movieron rápidamente mientras desbloqueaba su teléfono y abría el perfil de Instagram de Jessica. La publicación seguía allí, fresca y llena de reacciones, tanto crueles como sorprendidas. El corazón de Alondra se hundió nuevamente al mirar la avalancha de comentarios, cada uno más cruel que el anterior. Era como ver un accidente de auto en cámara lenta, sabiendo que no podías detenerlo.

Le entregó el teléfono a Ignacio lentamente, sus ojos fijos en su rostro mientras él leía. Su expresión pasó de la confusión a la incredulidad, luego a la ira mientras absorbía las palabras en la pantalla.

La publicación era una foto de Alondra y Ana, abrazadas, sonriendo cálidamente a la cámara. Sin embargo, el pie de foto estaba impregnado de veneno:

El brillante ejemplo de amistad del Instituto Superior de Artes de Valle del Sol: Ana Martínez y Alondra Blanco. No solo comparten un lazo cercano, sino también al papá de Ana. Sí, amigos, Alondra Blanco está saliendo con nada más y nada menos que el Dr. Ignacio Martínez, y se ha ganado un auto nuevo en el proceso. ¿Cuánto tiempo pasará hasta que Ana empiece a llamarla ‘mamá’? Entonces, ¿qué opinamos? ¿Es Alondra una chica del campo necesitada o simplemente una aprovechada? Y Ana, ¿será tan tonta que los unió por sus

problemas con la mamá?

La mandíbula de Ignacio se apretó mientras leía los comentarios que seguían. Cada uno dolía más que el anterior: llamándolas perras, especulando sobre la reputación de Ignacio, degradando a Ana y a Alondra con insultos crueles. Las palabras daban vueltas en su mente, cada una un golpe a su dignidad, a su relación, a la inocencia de Ana. Su estómago se retorció de asco, la rabia comenzaba a burbujear en su interior.

Miró la pantalla, sus manos apretando el teléfono.

—Esto... esto es asqueroso —murmuró, su voz baja pero llena de ira. Sus ojos volvieron a Alondra, quien lo miraba con una mezcla de miedo y culpabilidad.

—Y Ana y tú... son las que están pagando por esto —susurró Ignacio, su corazón doliendo por ambos. No podía creer la crueldad, la maldad pura en esa publicación y los comentarios. Le devolvió el teléfono a Alondra, su mente ya corriendo con lo que harían a continuación.

—Tenemos que arreglar esto. No voy a dejar que esto pase —dijo con firmeza, sus ojos ardiendo con determinación—. Nadie debería pasar por esto, especialmente no tú ni Ana.

—¿Cómo pueden ser tan crueles? —murmuró Ignacio, la incredulidad pesada en su voz. Volvió a mirar a Alondra, notando cómo estaba mirando sus manos, su expresión difícil de leer.

—¿Estás bien? —preguntó suavemente, la preocupación filtrándose en su voz.

Alondra inhaló lentamente, levantando la vista para encontrar la de él.

—Estaré bien. Nunca me ha importado mucho lo que la gente diga de mí aquí, desde que llegué a Valle del Sol, la gente ha hablado —explicó, su tono firme a pesar de la tensión en sus palabras—. Pero Ana... ella es diferente. Ella se esfuerza tanto por encajar. Toma todo ese asunto de las redes sociales demasiado en serio. —Dudó por un momento, sus ojos oscureciéndose con culpa—. No sé qué hacer, Ignacio. Siento que... esto es toda mi culpa. En muchos sentidos.

Ignacio se inclinó hacia adelante, su voz firme y reconfortante.

—No, no digas eso. No es tu culpa, ni la de Ana. Nadie tiene la culpa aquí, excepto esas personas que están propagando esta mierda. —Suspiró, tratando de encontrar las palabras adecuadas—. No podemos controlar lo que otros piensan. Quiero decir, he tenido pacientes a los que personalmente les dije que son intolerantes a la lactosa, y aún así piden pasta con crema. No puedes cambiar la mentalidad de las personas, por más que intentes.

Los ojos de Alondra brillaron con frustración.

—¿Entonces qué? ¿Dejamos que destrocen a Ana, y no hacemos nada? —Sus brazos se

cruzaron defensivamente sobre su pecho, su postura rígida con desafío.

Ignacio sintió la tensión entre ellos, pero su voz permaneció tranquila.

—Podría presentar una queja ante el consejo de la universidad —sugirió, aunque la falta de convicción en su tono traicionaba sus propias dudas.

Alondra soltó una ligera risa, levantando las cejas con escepticismo.

—¿Y crees que eso realmente cambiará algo? —La pregunta quedó en el aire, y por un largo momento, ambos se quedaron mirándose en silencio, la incertidumbre llenando el espacio.

Finalmente, Alondra rompió el silencio, su voz suave pero resoluta.

—Tenemos que hablar con Ana. Lo que hagamos, la afectará. No podemos tomar decisiones sobre esto sin ella... también es su vida.

Ignacio asintió lentamente, el peso de la situación cayendo sobre él.

—Tienes razón. Tenemos que involucrarla en esto.

Hizo una pausa, la confusión nublando su rostro por un momento.

—Pero... ¿por qué los chicos hacen esto? ¿Por qué tanta crueldad?

Alondra se encogió de hombros, la tristeza en su expresión mezclada con resignación.

—No lo sé. La popularidad... es un juego que nunca entendí —dijo, sus palabras llevando una mezcla de amargura y aceptación.

Ignacio se levantó de repente, cerrando su laptop y quitándose la bata blanca con un movimiento decidido.

—¿Qué haces? —preguntó Alondra, sus ojos muy abiertos. —Aún te quedan dos horas.

—Lo sé —respondió Ignacio, organizando rápidamente los papeles en su escritorio—. Pero Ana es más importante que cualquier investigación que esté haciendo. Ella nos necesita.

Juntos, salieron de su oficina y caminaron hacia el pasillo. Mientras esperaban el ascensor, Ignacio no pudo evitar mirar a Alondra. La vista de su minifalda vaquera y esa blusa amarilla con los hombros al descubierto le llamó la atención. Sus piernas lo distrajeron, enviando un destello de calidez a través de él.

El suave brillo de su piel, ese tono cremoso que parecía brillar con la luz, despertó algo dentro de él. Intentó concentrarse, pero su presencia, tan hermosa sin esfuerzo, hizo que su

corazón se acelerara de una manera que no tenía nada que ver con el caos que los rodeaba.

Alondra lo miró, notando la lujuria en sus ojos, levantó la mano y acarició su hombro hasta la línea que formaba su pecho, de manera provocadora. Ignacio tragó saliva, tratando de controlar los latidos en su pelvis. Mientras caminaban en el ascensor, otras personas entraron y los empujaron juntos, por lo que Alondra se paró frente a él, presionando su trasero redondo contra su duro bulto.

Ella sonrió burlonamente al sentirlo, e Ignacio gruñó por lo bajo tratando de distraerse con los números del panel del ascensor. Entonces Alondra respiró hondo y deslizó su culo por toda su entrepierna, provocando que se endureciera aún más. Ignacio estaba sonrojado y unas gotas de sudor se asomaban en su frente. Sintió que el ascensor tardaba una eternidad en llegar al primer piso, quién sabe qué hubiera hecho si estuviera solo allí con Alondra, pero tener gente alrededor definitivamente no era lo suyo.

Tan pronto como las puertas se abrieron y la gente salió, Ignacio respiró hondo, tratando de ocultar su evidente erección. Alondra lo miró y luego bajó la mirada hacia su bulto, sonriendo con deseo. Caminó frente a él hasta que llegaron al estacionamiento.

—¿Tu auto o el mío? —preguntó.

—El tuyo, tiene más espacio —respondió él, caminando detrás de ella y mirando su culo dentro de esa falda ajustada.

—¿Espacio? ¿Para qué? Solo vamos a tu casa —respondió ella en tono burlón mientras miraba por encima del hombro, pavoneándose hasta que llegaron a su auto. Tan pronto como Alondra estaba a punto de entrar, Ignacio la giró y la empujó contra el auto, enjaulándola y apoyando todo su cuerpo contra el de ella, presionando su erección en su estómago.

Alondra se mordió los labios mientras la mano de Ignacio acariciaba el costado de su pierna, justo debajo del dobladillo de su falda. —Tenemos cosas que hacer, cariño, además, ¿no crees que este estacionamiento es demasiado público para esto? —dijo en tono burlón mientras su mano caía sobre su bulto y lo sujetaba con fuerza. Ignacio gruñó de placer; su actitud burlona solo lo estaba poniendo más duro.

—No me importa, te quiero ahora mismo —dijo gruñendo en su oído, pero Alondra lo apartó.

—Tengo que conducir —le dijo mientras abría la puerta y entraba. Ignacio se sentía como un león hambriento, caminó alrededor de la camioneta y se sentó en el asiento del copiloto. Luego se abrochó el cinturón de seguridad mientras Alondra salía del estacionamiento. Ignacio comenzó a fijar su duro miembro en una posición cómoda, pero sus movimientos distrajeron un poco a Alondra.

Comenzó a acariciar la parte interna de sus muslos, sintiendo que el calor dentro de ella

crecía. —Si estás demasiado ocupado, espero que no te importe que juegue con él, entonces —dijo Ignacio, bajándose la bragueta de sus pantalones.

Alondra lo miró, se le hizo agua la boca mientras tenía la vista entre la carretera y su pene. —En serio quieres que provoque un accidente —dijo mientras conducía por el bulevar.

—Para nada, solo quiero que te concentres en conducir mientras yo me encargo de esto, quiero decir, estás demasiado ocupada para jugar con él de todos modos —dijo en tono burlón mientras apretaba su pene y movía su mano lentamente hacia arriba y hacia abajo por su longitud.

—Te odio tanto ahora mismo —dijo ella, sus mejillas se sonrojaban salvajemente y el calor entre sus piernas era intenso.

—¿Pero por qué? —preguntó sonriéndole.

Alondra lo miró por un segundo, luego volvió a mirar la carretera mientras se mordía el labio inferior. La tentación era demasiada y la sensación de hormigueo en la palma de su mano la estaba volviendo loca. Al instante movió su mano y la colocó sobre su pene, sus ojos nunca dejaron la carretera, pero su mente estaba concentrada en mover su mano sobre su sedosa masculinidad.

Arriba, abajo, arriba, abajo, apretando lo suficiente para simular la estrechez de su canal a su alrededor. Ignacio cerró los ojos, gruñendo de placer mientras Alondra lograba conducir con una mano y masturbarlo con la otra.

—Mmm sí, amor, justo así —dijo, pasando la mano por su longitud. Alondra sintió que su vértice inferior se inundaba por completo, nunca pensó en hacer algo así, nunca tan público, y el hecho de que pudieran ser descubiertos era emocionante.

Luego se detuvo en un semáforo en rojo y aprovechó la preciosa oportunidad para agacharse y hundir todo su miembro dentro de su boca, subiendo y bajando durante unos segundos antes de sentarse de nuevo derecha y seguir conduciendo. Ignacio estaba extasiado, ella lo sorprendió con ese movimiento, haciendo que su pene palpitara más fuerte y dejándolo con ganas de más.

—Maldición, eso estuvo tan bueno —dijo mientras ella seguía moviendo la mano y conduciendo.

—Sabes tan bien —dijo lamiéndose los labios. Ignacio la miró, pensó que era la cosa más caliente que había visto en su vida, y no pudo resistirse. Cuando Alondra giró a la derecha para subir a Lomas del Rey, su mano se deslizó debajo de su falda de mezclilla y comenzó a frotar su entrada por encima de la fina tela de sus bragas.

Alondra se agachó un poco en el asiento, empujando sus caderas hacia adelante,

buscando más contacto. La rodeó a través de su braguita mientras ella movía su mano a lo largo de su longitud, su líquido pre-seminal salado ya estaba lubricando la fricción en su piel.

—Mierda —dijo Alondra en un gemido, mordiéndose el labio con fuerza para evitar que su mente se alejara del placer y se concentrara en la carretera.

—¿Qué te pasa, nena? ¿No se siente bien? —preguntó, tirando de sus bragas a un lado y frotando su entrada goteante. —Vaya, pero mira esto, goteando —dijo mientras su pene se movía en su mano.

En el segundo en que sus dedos entraron en ella, su mano se apretó alrededor de su miembro, moviéndose más rápido. —Oh, mierda —gimió mientras él movía sus dedos dentro y fuera de ella. —Nunca podría tener suficiente de ti, nena —gimió.

Habían pasado años desde que Ignacio se sentía atrevido, y nunca hubiera pensado en hacerlo en un auto mientras ella conducía, pero Alondra provocó tantas cosas que prácticamente despertó un lado de Ignacio que nunca antes había experimentado. No le importaba lo público que fuera, lo peligroso que pudiera ser, mientras sus gemidos siguieran llegando, no iba a detenerse.

—Oh, mierda, Ignacio —dijo, luchando contra la necesidad de cerrar los ojos, se esforzó por concentrarse en la carretera y casi choca contra una señal de límite de velocidad. Afortunadamente, para ella, estaban bastante cerca de su casa. Ignacio movió sus dedos más rápido y sin descanso, admirando la forma en que ella luchaba con fuerza contra el placer que le producía.

Sabía que cuando se sintiera muy bien para Alondra, su mano sería gratificante, apretándose alrededor de él y moviéndose más rápido. Finalmente, Alondra llegó a la puerta principal de su casa, y mientras esperaba que se abriera, Alondra levantó la pierna, colocando sus pies en el panel de control de la camioneta, lo que le dio a Ignacio más espacio para mover su mano.

Aprovechó la oportunidad para mover sus dedos más rápido, frotando sus paredes húmedas y haciéndola gritar. Tenía los dedos cubiertos de sus jugos. Tan pronto como se abrió la puerta, Alondra aceleró a través de la entrada, estacionó de inmediato y apagó el motor.

Ella bajó la cabeza desesperadamente y tomó todo su pene dentro de su boca, saboreando su pre-semen salado y trabajándolo a lo largo de sus manos. —Oh, mierda, sí —gruñó él, colocando su mano sobre su cabeza y observándola chuparla con fuerza. Ella jugó con la membrana alrededor de la cabeza, lamiendo su eje hasta llegar a su boca y chupando sus testículos dentro de su boca.

Nunca había chupado su miembro con tanta hambre, y quería más. Alondra lo tomó profundamente en su boca, haciendo que sus ojos rodaran de placer. —¡Oh, mierda! Eso se siente tan bien, nena, no pares —gruñó mientras la veía comer cada centímetro de su palpitante

miembro.

De repente, se sentó derecha, empujando sus caderas hacia arriba para deshacerse de sus bragas, Alondra no podía esperar más, la necesidad de sentirlo dentro de ella, de estar sobre él, se estaba apoderando de ella, y en un abrir y cerrar de ojos, se montó a horcajadas sobre Ignacio, tomando su masculinidad para posicionarla y empalándose en ella. Ella tomó a Ignacio por sorpresa, él estaba tan metido en su mamada que cuando ella se detuvo en ese segundo, le costó mucho volver a la tierra, y cuando lo hizo, ella lo recibió con su sexo deslizándose sobre toda su longitud.

—¡Oh mierda! —gimió ella al llegar a la base de su pene, él estaba completamente dentro de ella, llenando cada espacio y estirándola. La boca de Ignacio estaba abierta, respirando agitadamente y tratando de contener su gruñido. Entonces ella se levantó, meneando su trasero mientras lo hacía.

De repente todo se volvió a cámara lenta, Ignacio observó cómo ella se bajaba lentamente sobre él, abriendo la boca en un gemido silencioso, deslizándose desde la punta de su pene hasta la base, llevándolo hasta el borde mismo. Ignacio agarró su camisa y la deslizó hasta su cabeza, y bajando las copas de su sujetador, las tomó en su boca, chupando sus pezones y mordiéndolos suavemente.

Alondra hundió los dedos en su cabello, moviéndose un poco más rápido, mientras la combinación del dolor de sus mordidas y el placer que se acumulaba en su interior la hacía gemir más fuerte. Su sexo se apretó contra él, y allí, todavía vestida, lo montó más rápido y más fuerte.

Ignacio inclinó la cabeza hacia atrás, —Oh Alondra —gruñó mientras ella tiraba de su cabello y hundía las uñas en sus hombros. El movimiento de sus caderas era similar al de un barco en un mar agitado, se balanceaba y daba vueltas, y se deslizaba hacia arriba y hacia abajo. Su boca, tentándolo con cada gemido, se abrió para decir su nombre.

—Ignacio —dijo, su cuerpo no podía detenerse. Él la atrajo hacia abajo, besándola apasionadamente, mientras la sostenía fuerte contra su pecho. Luego comenzó a mover sus caderas, penetrando más profundo con cada movimiento de su cuerpo. El olor de su cabello, el sabor de su boca pecaminosa, la sensación placentera debajo de su cintura; era demasiado para él, la sentía sobre él y era increíble.

—Alondra, te amo —gimió mientras ella rebotaba sobre él. Sus manos alcanzaron sus nalgas y las agarraron. La fijó en su lugar y comenzó a moverse, aumentando la velocidad e intensidad de su acto. Alondra abrió la boca, jadeando de emoción, sus profundos ojos marrones brillaron hacia él, la sensación de felicidad que se expandía por su cuerpo estaba más allá de las palabras.

Alondra nunca se sintió tan amada, tan querida y deseada como en ese momento. Había tenido momentos íntimos con Ignacio, pero allí mismo, era como si realmente estuvieran desnudos a pesar de tener la ropa puesta, era como si ella pudiera mirar dentro de su alma y él

pudiera verla como realmente era. Nada se sentía tan íntimo y profundo como la forma en que se miraban en ese momento.

Ignacio pensó que estaba en el cielo; cada movimiento de sus caderas lo acercaba a un final glorioso. Se equilibraron juntos como uno solo mientras el calor aumentaba dentro de ellos. Alondra colocó su frente contra la de él, sus miradas se encontraron y sus bocas jadearon y gimieron. Entonces sucedió lo extraordinario.

Ignacio la abrazó con fuerza, empujando sus caderas hacia arriba y yendo tan profundo como pudo; comenzó a liberar su orgasmo mientras el cuerpo de Alondra se estremecía de placer, su núcleo explotó en un millón de rayos de energía, recorriendo todo su cuerpo, sus dedos de los pies se curvaron dentro de sus zapatos y sus ojos se apretaron.

—Ignacio —gimió en voz alta. Ignacio observó su orgasmo mientras se liberaba, nada se sentía tan bien como ese momento. En su orgasmo, yendo al cielo, la abrazó con fuerza, apretando sus nalgas. Alondra alcanzó su punto máximo, nada se sentía tan intenso, todo su cuerpo reaccionó a la sensación recorriendo su piel. Su mente estaba perdida en un nirvana del que no quería salir.

Entonces sintió su cabeza aterrizar entre sus pechos, jadeando por el fuerte orgasmo que tuvo Ignacio. Mientras volvía lentamente al presente, le sonrió y apoyó su cabeza sobre la de él, acariciando su cabello y rizando sus mechones castaños entre sus dedos.

Su barba de 3 días le hacía cosquillas alrededor de la piel, haciéndola reír. Alondra nunca se había sentido tan feliz, e Ignacio nunca se había sentido tan amado. Entonces ella sostuvo su rostro entre sus manos. —Te amo Ignacio Martínez, y te amaré por siempre —dijo mirando sus profundos ojos color miel. Siguieron conectados de la manera más íntima mientras se recuperaban de sus placenteros viajes.

—Te amo Alondra Blanco —dijo mirando con felicidad.

Después de un rato, ambos se ajustaron la ropa, el silencio en el auto solo fue interrumpido por el suave zumbido del aire acondicionado. Alondra se estiró para apagarlo, el aire fresco desapareció cuando salieron del vehículo. De la mano, se dirigieron a la casa de Ignacio, un silencio cómodo se instaló entre ellos.

—Nena, Tomás se casa la semana que viene —dijo Ignacio casualmente, buscando las llaves de su casa en su bolsillo.

Alondra sonrió, sus ojos vagando por el cuerpo tonificado de Ignacio, su mirada deteniéndose en sus jeans ajustados. —¡Oh, eso es genial! Me alegro por ellos —respondió ella con voz cálida.

—Envió las invitaciones hace un mes, pero yo estaba desbordado con la investigación y supongo que se me olvidó decírtelo —explicó Ignacio, insertando la llave en la puerta—. Habrá

algunos colegas, comida, todas esas cosas buenas. ¿Quieres venir conmigo?

—¡Por supuesto, amor! ¿Tú de esmoquin y alcohol gratis? No hay forma de que diga que no —sonrió Alondra con un tono juguetón.

Entraron, la atmósfera entre ellos era ligera y llena de risas. Pero tan pronto como cruzaron el umbral, un ruido repentino y agudo cortó el aire, destrozando su felicidad.

Ignacio se quedó paralizado, dándose la vuelta justo a tiempo para ver el teléfono de Ana estrellado contra la pared, la pantalla rota en pedazos irregulares que brillaban en el suelo. Su corazón se aceleró cuando sus ojos se dirigieron a Ana, desplomada en el suelo, con su rímel, que alguna vez fue perfecto, esparciéndose por su rostro, mezclándose con el flujo constante de lágrimas. Sus rizos dorados estaban enredados, salvajes mientras los agarraba con fuerza, sus gritos crudos y llenos de rabia.

—¡Ana! —gritó Ignacio, corriendo hacia ella. Su voz temblaba por la sorpresa; nunca la había visto así, tan completamente rota—. ¿Qué está pasando? —Sus manos flotaban cerca de ella, sin saber cómo acercarse a ella en este estado.

Alondra estaba justo detrás de él, moviéndose para consolar a Ana, tratando de envolverla con sus brazos. —Ana, por favor, estamos aquí —susurró, desesperada por consolarla.

Pero Ana la empujó con una fuerza violenta, su grito atravesó el aire. —¡No me toques! ¡Te odio! ¡Los odio a ambos! —sollozó, con la voz quebrada y cada palabra impregnada de dolor —. ¡Han arruinado mi vida!

Capítulo 7

—¡Ana! ¿Por qué estás diciendo eso? —La voz de Alondra se quebró mientras intentaba acercarse a su amiga, extendiendo las manos para ofrecer consuelo, pero Ana la empujó hacia atrás con una fuerza que sorprendió a Alondra. Sus ojos estaban hinchados de lágrimas, su mandíbula apretada con tal fuerza que parecía que podría estallar.

—¡Aléjate de mí! —gritó Ana, su voz rasgada por la rabia.

—Ana, no seas así —dijo Ignacio, su tono suave pero desesperado, tratando de intervenir, sintiendo que algo estaba muy mal. Notó un leve olor a alcohol que se le pegaba. —Alondra quiere ayudarte.

—¿Ayudarme? —escupió Ana, sus palabras rebosando veneno—. ¿Estás seguro de eso? —Se secó la cara llena de lágrimas con las manos temblorosas, mirando a ambos con furia—. Porque lo último que recuerdo de Alondra es verla ahí parada, viendo cómo todos se reían de mí, como una cobarde. ¡En vez de decir algo!

—Ana, yo... —comenzó Alondra, pero su voz vaciló bajo el peso de la furia de Ana.

—Oh, ahí viene... la excusa patética —interrumpió Ana, su mirada afilada y fría, atravesando a Alondra.

—¡No es una excusa! ¡Ni siquiera sabes lo que iba a decir! —replicó Alondra, dando un paso hacia ella, su frustración desbordándose.

—Lo que sea que sea, ¡no quiero escucharlo! —La voz de Ana volvió a quebrarse, esta vez con un dolor más profundo—. Ya me demostraste lo que eres, una amiga de mierda, de esas que no aparecen cuando todo se derrumba. —Se dio la vuelta hacia su padre, clavando el dedo en el aire entre ellos—. ¿Y tú? ¿De todas las mujeres en el mundo, tenías que elegir a la más

cercana a mí? ¡A la única persona que no diría ni una palabra para protegerte! ¡No lo puedo creer!

Sus hombros temblaron mientras se alejaba, arrastrándose hacia donde su teléfono destrozado yacía en pedazos en el suelo. Lo miró, como si la pantalla rota reflejara el caos dentro de ella. Levantando los fragmentos, murmuró amargamente:

—Genial. Rompí mi estúpido teléfono para nada.

—Cariño, sabes que podemos reemplazarlo —dijo Ignacio suavemente, acercándose con cautela.

—Qué bien —respondió Ana, sin mirarlo—. Porque sería muy injusto si no lo hicieras, considerando cómo decidiste acostarte con mi "amiga" —hizo comillas con los dedos—. Quiero el iPhone más nuevo, si no puedo tener una vida social porque ustedes dos no pudieron controlarse, entonces merezco un maldito teléfono de gama alta.

Ignacio suspiró, tratando de mantenerse calmado.

—Está bien, te conseguiré el teléfono, pero, cariño —dijo, arrodillándose junto a ella—, podemos arreglar esto. Podemos solucionarlo juntos.

La expresión de Ana no se suavizó. Lo miró con ojos fríos, el labio retorcido en incredulidad.

—¿Qué vas a hacer, papá? ¿Recuperarme mis cinco mil seguidores y su admiración? Porque eso no va a pasar.

Ignacio intentó ofrecer una solución, su voz suave.

—Podría quejarme al consejo estudiantil mañana y...

—¿Qué? —Los ojos de Ana se abrieron, todo su cuerpo retrocedió como si la hubiera abofeteado—. ¿Estás loco? ¡Eso sería suicidio social! —Prácticamente hiperventilaba ahora, sus palabras apresuradas—. ¡Si te quejas, todos sabrán que fui llorando a la directora, y entonces sería la chica patética que no pudo con unos rumores! ¡Todo el mundo se burlaría de mí aún más! —Empezó a sollozar nuevamente, su voz ronca—. Si alguien aún me respeta, me dejarán después de eso. Por favor, papá, no te quejes. Moriría si lo haces.

Ignacio la observó romperse, completamente impotente, su corazón destrozado por su hija.

—Cariño, no crees que estás exagerando, ¿verdad? Quiero decir... ¿a quién le importa cuántas personas te siguen? —dijo suavemente, tratando de razonar con ella.

—¡A mí me importa! —gritó Ana, su voz quebrándose mientras desataba toda la ira que había estado conteniendo—. ¡Me importa lo que piensan de mí, papá! ¡Esto es el maldito Instituto de Artes de Valle del Sol, por el amor de Dios!

—Ana, esas personas no te admiran; no te conocen como nosotros —dijo Alondra, su voz tratando de cortar el caos, adelantándose, esperando llegar a ella.

Los ojos de Ana ardieron al responderle.

—¡No sabes una mierda, Ali! Ni siquiera tienes derecho a hablar después de lo que hiciste hoy. —Alondra se quedó allí, mirando las negras corrientes de rímel correr por la cara de Ana como ríos de rabia—. De hecho, déjame corregir eso... después de lo que no hiciste hoy.

Alondra apretó los puños, su paciencia a punto de romperse como una cuerda vieja. Respiró profundamente, arrodillándose frente a Ana, su voz firme pero tensa.

—Escúchame, Ana —dijo, mirándola a los ojos—. Instagram, Facebook, YouTube y esa porquería de TikTok, todo es una mierda. ¿Ir tras la aprobación de desconocidos? Eso solo demuestra que te falta algo en la vida. ¿Quieres ser amada? ¿Admirada? Entonces haz algo que valga la pena. Ayuda a las personas, marca la diferencia. Deja de subir porquerías que no le importan a nadie. —Sus palabras fueron tajantes, cortando el aire—. Y para que lo sepas, la razón por la que no hablé hoy es porque también estaban hablando de mí. Pero adivina qué... no me importa. Porque sus opiniones no importan.

Alondra se levantó, imponente sobre Ana mientras el silencio llenaba la habitación. La expresión de Ana se congeló, su furia reemplazada momentáneamente por un destello de sorpresa. Ignacio, de pie entre ellas, quería intervenir pero sabía que era mejor no hacerlo; meterse entre dos mujeres en medio de una discusión era como caminar desarmado en un campo de batalla.

—No me importa si me hablas o no —continuó Alondra, su voz endurecida—, pero si hay algo que necesitas aprender, es esto: llenar tu vida de "me gusta" y comentarios no es amor. Es vacío. Tu papá y yo... te amamos de verdad. —Le lanzó una mirada a Ignacio, su expresión indescriptible—. Me voy. Es obvio que no me quiere aquí, ¿entonces cuál es el punto?

Ignacio se sintió como si estuviera en medio de un tiroteo, atrapado entre dos mujeres que le importaban, pero sin saber qué hacer. Alondra estaba junto a la puerta, su postura tensa, mientras el rostro de Ana se retorcía en una mezcla de ira y vergüenza, sabiendo en el fondo que lo que Alondra había dicho era cierto.

—¿Qué miras? —Ana le espetó a su padre—. Es obvio que ella es más importante para ti que yo. Así que vete con ella. No me importa. —Cruzó los brazos, su voz llena de sarcasmo mientras recurría a un mecanismo de defensa infantil.

—Yo... yo... —tartamudeó Ignacio, pero la mirada penetrante de Alondra lo detuvo.

Sintió sus ojos sobre él, instándolo a tomar una decisión. La tensión en el aire era palpable mientras él dudaba un momento de más, luego nervioso siguió a Alondra hacia afuera. Su mente divagó mientras observaba el vaivén de sus caderas con esa falda ajustada, recordando la pasión que compartieron antes de que el caos estallara en la casa.

Una vez estuvieron afuera, Alondra se giró hacia él, su expresión endurecida, aunque había un atisbo de vulnerabilidad en sus ojos. Ignacio, todavía alterado por todo lo ocurrido, no quería que la noche terminara de esa forma tan amarga. Quería más tiempo con ella, aunque solo fuera para hablar.

—Alondra, déjame llevar a Ana a su habitación, ayudarla a calmarse. Necesita dormir, que se le pase —dijo con voz baja, buscando una manera de quedarse con ella—. Después de eso, podemos sentarnos y hablar, si quieres. Solo no te vayas aún. Por favor.

Alondra suspiró, su frustración evidente, pero su voz se suavizó.

—Lo siento si esto te está incomodando —dijo, mirando hacia abajo, algo avergonzada por la situación—. Esperaré. Tómate tu tiempo. Estaré aquí cuando termines.

—Gracias, mi amor —murmuró Ignacio, inclinándose para besarla. Las manos de Alondra se deslizaron en su cabello mientras sus labios se encontraban, un beso breve pero eléctrico que duró apenas cinco segundos, cada momento cargado con la tensión de todo lo no dicho. Luego, a regañadientes, Ignacio se apartó y se dirigió hacia el interior.

Encontró a Ana derramada en el suelo donde la había dejado, aún hirviendo de ira.

—¿Qué? —respondió ella, con los ojos encendidos otra vez—. Pensé que te ibas con ella.

—No, quiero cuidar de ti —dijo Ignacio suavemente, acercándose—. Déjame ayudarte.

Le pasó el brazo por encima y la levantó, su cuerpo pesado por el cansancio y el alcohol. Ella resistió al principio, pero finalmente dejó que la levantara.

—Estás mintiendo. Todos mienten. Y tú, papá, no eres la excepción —balbuceó Ana, intentando caminar junto a él, dando pasos vacilantes, sus palabras agrietadas por la frustración. Tropezó nuevamente, pero se negó a detenerse—. Quiero ser reconocida de una vez, ser popular. Me merezco un poco de crédito por ser una estudiante ejemplar en el Instituto de Artes de Valles del Sol, y eso, querido padre, no es nada fácil.

Su voz se quebró al enfatizar cada palabra. —Yo... Ana Martínez, hija de Ignacio Martínez... tengo un récord impecable en el maldito Instituto de Artes.

—Lo sé, mi amor —respondió Ignacio suavemente, sujetándola del brazo mientras ella se tambaleaba—. Sé que eres increíble.

La guió con cuidado hacia las escaleras, sosteniéndola mientras luchaba por mantenerse erguida.

Cuando llegaron al piso superior, Ignacio condujo a una Ana ebria y desordenada hasta su habitación. La recostó con delicadeza en la cama, su cuerpo inerte y pesado por el cansancio. Al quitarle los zapatos y cubrirla con las mantas, sus ojos permanecieron entreabiertos, vidriosos y perdidos.

Se inclinó hacia ella, dándole un suave beso en la frente.
—Descansa, mi amor.

Pero cuando empezó a alejarse, la voz de Ana, apenas un susurro, lo detuvo.

—Todos me dejan... eventualmente.

La crudeza en su voz hizo que se detuviera. —¿De qué hablas? —preguntó, sentándose a su lado, preocupado.

—Mamá me dejó —musitó Ana, sus ojos llenos de lágrimas no derramadas—. Nunca me quiso de verdad, ¿verdad?

El corazón de Ignacio se apretó. —Ana, claro que te quería. Te ama. Te llama todos los días, ¿no? Pregunta por ti porque le importas —dijo suavemente, secando una lágrima de su mejilla con el dorso de la mano.

—Se fue, papá —dijo Ana, su voz quebrada mientras las lágrimas nuevas caían por su rostro—. Ahora mis amigos me están dejando de seguir, y pronto... pronto tú también me dejarás por Alondra.

El pecho de Ignacio se apretó al escuchar sus palabras.

—¿Qué? —exclamó, una mezcla de incredulidad y tristeza en su voz—. Ana, mi amor, nunca te voy a dejar por nadie. Te amo demasiado, más de lo que te imaginas. Eres mi todo.

Su mirada se suavizó mientras observaba su rostro lleno de lágrimas, sus ojos color avellana... tan parecidos a los suyos. —Ana, eres mi niña. El amor de mi vida. Nunca te voy a dejar.

Ana parpadeó entre las lágrimas, su voz temblando. —Solo... tengo miedo, papá. Tengo miedo de que un día me despierte y todos se hayan ido. Que me quede sola porque no soy lo suficientemente buena para nadie. Nunca he sido lo suficientemente buena para nadie.

Sus palabras salieron entre sollozos, su dolor derramándose como un dique que finalmente se rompió.

El corazón de Ignacio se rompió al escucharla, y la abrazó con fuerza, acercándola a él, sintiendo el peso de su tristeza. Le acarició suavemente el cabello rubio, susurrando: —Mi amor, eres más que suficiente. Eres más que suficiente para mí, para Alondra, para tu mamá. Siempre serás perfecta para mí. Siento mucho todo lo que te ha pasado, pero confía en mí, eres perfecta tal como eres.

—Pero entonces... ¿por qué no dijo nada, papá? —la voz de Ana volvió a quebrarse, su respiración entrecortada—. Ali me dejó enfrentando todo eso... me dejó sola.

Ignacio tragó saliva, sintiendo el peso de sus palabras.
—No lo sé, mi amor. Tal vez tenía sus razones. Pero escucha, Alondra te quiere mucho. Sé que nunca haría nada para lastimarte. Los dos te queremos.

Ana lo miró, su rostro enrojecido, sus ojos pesados de agotamiento. —Te quiero, papá —susurró, su voz pequeña y frágil—. Siempre te querré. Incluso si te vas...

El corazón de Ignacio dio un vuelco al escucharla llamarlo "papá". Hacía años que no lo decía tan lleno de amor.

—Yo también te quiero, mi amor —respondió suavemente, con la voz cargada de emoción—. Y te prometo que nunca me iré. Nunca.

Mientras observaba, los ojos de Ana se cerraron lentamente, su respiración se fue calmando mientras el sueño finalmente la vencía. Él se quedó allí, pasando los dedos por su cabello, sintiendo el profundo e incondicional amor que sentía por su hija. Incluso mientras ella babeaba sobre la almohada, no pudo evitar sonreír, reconociendo tanto de él mismo en ella.

Después de un largo momento, Ignacio se levantó, apagando suavemente la luz. Miró a Ana una última vez antes de salir de la habitación, cerrando la puerta con suavidad detrás de él.

Al bajar las escaleras, Ignacio escuchó el leve sonido de vidrio en la cocina. La casa estaba tranquila, las luces apagadas, pero el ruido lo atrajo hacia la cocina. Cuando llegó, encontró a Alondra, bañada por la suave luz de la luna que entraba por la ventana, vertiéndose silenciosamente un vaso de agua. Dio un sorbo lento, su silueta apenas iluminada.

—¿Estás bien? —preguntó él, su voz rompiendo el silencio mientras se acercaba.

Alondra levantó la vista, sus ojos captando la tenue luz.
—Sí… ¿cómo está ella? —preguntó, su tono suave pero preocupado.

—Estará bien —respondió Ignacio, recostándose sobre la barra.

—Pero… ella cree que la vamos a abandonar.

Su mirada permaneció sobre ella, observando cómo, distraída, se metía un mechón de

cabello detrás de la oreja. Incluso en la penumbra, sus ojos parecían brillar. Alondra dejó el vaso sobre la mesa, cruzando los brazos sobre su pecho de manera defensiva.

—Ana puede ser algo dramática —dijo Alondra con un pequeño suspiro—, pero lo entiendo. No fui exactamente la amiga que necesitaba hoy. Me quedé callada cuando necesitaba que alguien hablara.

Ignacio inclinó la cabeza, estudiándola.

—¿Por qué no dijiste nada?

Alondra exhaló con suavidad, su postura tensa.

—Tenía miedo… miedo de empeorar las cosas. Sabes lo crueles que pueden ser estos chicos con este tipo de cosas. —Su voz titubeó un poco, dejando escapar una pizca de culpa.

—Lo entiendo —dijo él en voz baja, acercándose a ella. Con suavidad, colocó su mano sobre sus brazos cruzados, sintiendo la tensión en su cuerpo. Con un gesto delicado, soltó sus brazos, tomó su mano y la acercó, envolviéndola en su abrazo. Sintió la resistencia en su cuerpo, cómo sus músculos se tensaban cuando ella lo abrazó de vuelta. No estaba completamente relajada, pero tampoco se apartó.

—¿Por qué no te quedas esta noche? —susurró Ignacio en su cabello, sosteniéndola contra su pecho. Su cuerpo encajaba perfectamente contra el de él, pero el suspiro que escapó de ella le dijo todo lo que necesitaba saber.

—No lo sé… —respondió Alondra, su voz suave y conflictuada—. Ana no está contenta conmigo. No quiero agitar más el drama entre nosotras. —Levantó la mirada hacia él, sus ojos detenidos brevemente en su mandíbula fuerte—. Tal vez debería irme —Se detuvo, sus dedos se enroscaron brevemente alrededor de su brazo antes de soltarlo.

—Solo… asegúrate de que beba mucha agua.

—Lo haré —prometió él, su voz baja. Con pesar, la dejó deslizarse de sus brazos mientras ella se dirigía hacia la puerta. Ignacio la siguió, sus ojos recorriéndola mientras caminaba, admirando la curva de sus caderas mientras las sombras jugaban sobre su figura—. ¿Estás segura de que no quieres quedarte y abrazarme esta noche? —bromeó, su tono juguetón pero esperanzado mientras se acercaba, su voz un suave murmullo.

Una pequeña sonrisa tiró de la esquina de los labios de Alondra. Se detuvo frente a la puerta, echando un vistazo por encima del hombro. Se puso de puntillas, se inclinó y rozó sus labios suavemente contra los de él en un breve y suave beso.

—Tal vez mañana —susurró contra su boca—. Dejemos que Ana tenga algo de espacio para superar lo que pasó hoy.

Ignacio asintió, su corazón se hundió un poco, pero lo entendió. La besó nuevamente, esta vez más despacio, saboreando el calor de sus labios. Cuando finalmente se separaron, la sensación persistente de su beso permaneció.

—Llámame cuando llegues a casa —dijo ella en voz baja.

—Lo haré —respondió él, observando cómo ella abría la puerta y salía al exterior. La siguió hasta la entrada, quedándose quieto mientras ella subía a su Toyota, el suave zumbido del motor rompiendo el silencio de la noche. Sus ojos la siguieron hasta que desapareció por la calle, la memoria de los momentos vividos juntos aún vívida en su mente.



La universidad se había convertido en una pesadilla para Alondra. Lo que antes se sentía como una rutina, aunque a veces aburrida, ahora era un interminable calvario. Dondequiera que iba, los ojos la seguían, los murmullos la perseguían, y las voces más audaces lanzaban insultos. Hizo lo posible por mantener la cabeza baja, enfocándose en sus calificaciones, pero ni ella misma era inmune al peso de esos crueles comentarios. Al fin y al cabo, Alondra no estaba hecha de piedra.

Ana, antes el centro vibrante de atención, ahora se había refugiado en sí misma. La chica que solía contar cada detalle de su vida ahora se escondía en los baños entre clases, evitando a cualquiera que pudiera mirarla. Comenzó a pasar más tiempo en los cubículos aislados de la biblioteca, donde Alondra a menudo la encontraba, con la cabeza enterrada en gruesos libros, su rostro una máscara de silencio y evasión. Finalmente, Ana rompió el silencio entre ellas, disculpándose por lo que había dicho. Alondra también se disculpó, pero ningún "lo siento" podía borrar el dolor de los susurros y el acoso que ahora las seguía a ambas.

Carlos se había convertido en otra fuente de tormento para Ana. Aparecía en la biblioteca, actuando dulce al principio, solo para clavar la daga con comentarios hirientes sobre ella, sobre Alondra, sobre su relación. Ana llegó a su punto de quiebre, y Carlos la empujaba lentamente hacia él. Pero aún así, ella se aferraba a sus palabras, dejándose creer cada vez que él decía amarla después de una pelea. Se estaba rompiendo, pedazo por pedazo, y a Alondra le mataba verla.

Para Alondra, Carlos no era más que un manipulador, arrastrando a Ana, presumía de sus conquistas mientras nunca dejaba claras sus verdaderas intenciones. Su burla, su acoso, no era solo una broma, y estaba empujando a Ana más y más hacia una espiral. La frustración de Alondra hervía al ver cómo Carlos jugaba con las emociones de Ana, y su ira crecía cada día.

—Ana, ya no eres la misma —dijo Alondra en voz baja, apenas audible sobre el murmullo de la biblioteca llena. Cruzó los brazos bajo su pecho, sus ojos buscando el rostro de Ana mientras se apoyaba en una estantería, tratando de hacerle ver—. Pareces una persona completamente diferente ahora.

Ana no levantó los ojos del libro que tenía entre manos.

—¿De qué hablas? —murmuró antes de empujarse contra la estantería y caminar hacia las mesas de estudio. Alondra la siguió, acelerando el paso para alcanzarla, pero era claro que Ana estaba tratando de escapar de la conversación.

—Esto… todo esto —insistió Alondra, ahora con la voz más urgente—. El acoso, cómo te escondes de todos, y Carlos… está siendo un imbécil contigo, Ana.

Pero Ana le lanzó una mirada aguda y furiosa mientras se sentaba.

—No te atrevas a hablar de Carlos —dijo, su voz fría mientras se sumergía de nuevo en el libro.

La frustración de Alondra estalló.

—Estás dejando que todo esto te destroce, y sí, tengo que hablar de Carlos porque él te está lastimando. No es bueno para ti, Ana. Te mereces algo mejor. —Su voz tembló levemente mientras se inclinaba hacia ella, con la esperanza de que sus palabras llegaran.

Pero el rostro de Ana se endureció, su mandíbula se tensó.

—Cállate, Alondra —susurró entre dientes—. De todos los que podrían decirme esto, tú no tienes derecho. ¿No te he dicho yo que dejes a mi papá? Jamás, a pesar de todo el desorden y el dolor que me ha causado. —Con un golpe, cerró el libro, el sonido resonando en el tenso silencio entre ellas—. A veces me pregunto si realmente eres mi amiga.

El corazón de Alondra se hundió al escuchar las palabras de Ana, el dolor de la herida cortándole profundamente. Abrió la boca para responder, pero antes de que pudiera, la mirada de Ana se desvió, como si ya no pudiera soportar mirarla.

—Ana, yo...

De repente, Ana se levantó de su silla, el sonido estridente de esta arrastrándose por el suelo resonó en la biblioteca, atrayendo las miradas curiosas de los demás.

—¡Basta! —dijo, su voz baja pero cortante, sus ojos duros—. Si todavía quieres pasar tiempo conmigo, nunca más toques ese maldito tema.

Con un giro abrupto, sus rizos dorados se movieron con fuerza mientras daba media

vuelta y se dirigía hacia la salida, empujando la puerta de la biblioteca con una palmada fuerte que la hizo cerrarse con estrépito detrás de ella.

Los murmullos comenzaron casi de inmediato, recorriendo las mesas cercanas mientras las personas intercambiaban miradas y susurraban sobre lo que acababa de suceder. Alondra sintió sus ojos sobre ella, el malestar asentándose en su pecho como un peso familiar. Suspiró para sí misma.

—Aquí vamos de nuevo —murmuró, metiendo su cuaderno en la mochila con las manos temblorosas. Se colgó la mochila al hombro y siguió el mismo camino que había tomado Ana, con el corazón pesado. Justo cuando llegó a la salida, su teléfono vibró en su bolsillo. Miró a través de la ventana y vio a Ana tomando un desvío, claramente evitando al grupo grande reunido cerca, con Jessica, la reina de sus acosadoras, al frente.

—¿Hola? —dijo Alondra, su voz aún tensa por la confrontación, mientras respondía la llamada y salía al aire fresco.

—¡Hola, amor! ¿Cómo va todo? —la voz de Ignacio era cálida, familiar, y usualmente una distracción bienvenida. Pero hoy, ni siquiera escucharla era suficiente para aliviar la presión en su pecho.

Alondra suspiró.

—Pues... Ana no está muy bien en este momento, y creo que pude haber empeorado las cosas —se pasó la mano por la frente, sintiendo el peso del día presionar más fuerte.

—No te preocupes, amor. Dale algo de tiempo, estará bien. Yo intentaré hablar con ella la próxima vez que la vea —respondió Ignacio, su voz calmada y reconfortante.

—Gracias —respondió ella, sus ojos siguiendo a Ana a lo lejos, observando cómo desaparecía al doblar la esquina. Sentía que lo mejor que podía hacer era dejarla en paz por ahora, aunque le dolía ver a Ana tan afectada.

—Entonces —continuó Ignacio, su tono volviéndose más juguetón—, estaba pensando... ¿qué te parece si cocino la cena esta noche? Solo nosotros, un poco de vino, buena comida... ¿qué dices? Podríamos tener algo de tiempo a solas.

Alondra se detuvo, la culpa inundándola. Ignacio había sido tan paciente, tan comprensivo, pero en este momento su corazón estaba tan pesado con todo lo que había sucedido.

—Oh, cariño —dijo con voz suave y llena de arrepentimiento—, me encantaría, de verdad, pero tengo mucho que estudiar. Y sinceramente, después de lo que dijo Ana, no creo que debería estar cerca de ella esta noche. Está muy molesta conmigo.

—Hace tiempo que no tenemos tiempo para nosotros —insistió con suavidad, pero Alondra pudo escuchar la decepción en su voz.

Cerró los ojos por un segundo, sintiendo el peso de su decisión.

—Lo sé, lo siento, amor. Prometo que te lo compensaré. Es solo... no es el momento adecuado esta noche. —La tristeza en su propia voz la sorprendió; no se había dado cuenta de cuánto necesitaba ese tiempo con él también.

—Está bien —respondió Ignacio después de un instante, aunque su tono estaba ligeramente desinflado—. Ya veremos qué se nos ocurre pronto. Oye, tengo un paciente ahora, así que te llamo luego, ¿vale?

—Sí, claro —dijo rápidamente, no queriendo detenerlo. Pero justo cuando estaba a punto de colgar, añadió suavemente—: Te quiero.

Hubo una breve pausa en el otro extremo, el silencio más ruidoso que cualquier cosa que Ignacio hubiera podido decir. Luego, la llamada terminó. No hubo respuesta. Ningún "yo también te quiero". Solo el sonido del clic al desconectarse la línea.

Por un momento, Alondra se quedó congelada, el teléfono aún presionado contra su oído, mirando vacíamente la pantalla. El dolor de no escuchar la respuesta, de que él no lo dijera, fue como un golpe en el estómago. Un torrente de dudas surgió en su interior. ¿Estaba molesto porque lo rechazó? ¿Se estaba cansando de ella? El pensamiento la carcomía, añadiendo tensión a sus ya frágiles nervios.

Sacudió la cabeza, intentando apartar esa sensación, pero la inquietud persistió, mezclándose con la culpa por Ana. Todo parecía estar fuera de lugar, y de repente, era demasiado.

Alondra empujó las puertas de la biblioteca, saliendo a la luz del sol. Se suponía que debía sentirse cálido, reconfortante, pero hoy solo parecía resaltar el peso de todo lo que la aplastaba. Caminó hacia el estacionamiento, sus pies pesados, como si cada paso la hundiera más en el suelo.

Al caminar por los pasillos del Residencial del Instituto, el familiar murmullo de los chismes la siguió de nuevo. Esta vez, las palabras llegaron a sus oídos, crueles, burlonas. Había aprendido a ignorarlas antes, a dejarlas resbalar por su espalda. Pero no hoy. Hoy, cada comentario cortaba más profundo, cada observación maliciosa parecía meterse debajo de su piel y asentarse allí, cavando en las grietas donde solía estar su fortaleza.

—¡Eh! Cuando el pene que estás montando expire, puedes montar el mío! —comentó una voz vulgar que retumbó por el pasillo mientras Alondra corría hacia su dormitorio, cerrando la puerta de golpe tras ella. Se apoyó en ella por un momento, dejando que las palabras hirientes se desvanecieran en el silencio que tanto anhelaba. Finalmente, quietud. La dulce calma de su

cuarto la envolvió como una manta reconfortante, protegiéndola del caos afuera.

Alondra exhaló, dirigiéndose hacia su escritorio. Abrió el cajón y sacó su libro, el peso familiar de este le dio una sensación de anclaje. "Introducción a la Música y el Arte en el Mundo Occidental", leyó en voz baja, sacudiendo la cabeza. —Alondra, eres una nerd —murmuró para sí misma con una pequeña sonrisa. Su examen aún estaba a dos semanas de distancia, pero sentía que era bueno concentrarse en algo que tuviera sentido en un mundo que parecía desmoronarse.

Se estiró sobre su cama, su cuerpo hundiéndose en la comodidad del colchón, mientras el estrés del día comenzaba a desvanecerse al perderse en las historias de Van Gogh y Debussy. Su pasión por el arte, la manera en que veían el mundo de forma distinta, le resultaba inspiradora, llevándola a un mundo alejado de los comentarios crueles y las duras realidades de la vida universitaria.



Un fuerte golpe en la puerta despertó a Alondra. Su libro yacía abierto sobre su pecho, la sección sobre Picasso mirándola como un pensamiento inconcluso. Parpadeó, desorientada por la oscuridad que se había cernido fuera. *Debo haberme quedado dormida un buen rato*, pensó, frotándose los ojos. El golpeteo se repitió, más insistente esta vez, grosero y sin descanso.

Quienquiera que estuviera afuera no iba a rendirse. Intentó ignorarlo, volviendo a concentrarse en su libro, pero el martilleo continuó, rasgando sus nervios ya tensos. *Que se vayan ya*, pensó, su irritación creciendo con cada golpe.

Cuando el golpeteo se dio por tercera vez, más fuerte que antes, Alondra explotó.

—¡Ya dejen de joder! —maldijo, lanzando el libro sobre el escritorio con un estruendo mientras se dirigía a la puerta, su paciencia agotada.

La abrió con fuerza, igual de intensa que su frustración, y su voz ya estaba alzándose.

—¡Dejen de ser unos idiotas! —gritó, su ira desbordándose antes de darse cuenta de quién estaba allí.

Y entonces se congeló.

Un par de ojos color miel, sorprendidos y ligeramente alzados en medio del golpe, la miraron. El aire se le atascó en la garganta. La ira se desvaneció de su rostro tan rápido como había surgido, reemplazada por una oleada de vergüenza. Sus ojos se agrandaron, sus mejillas se tiñeron de rosa cuando reconoció a la persona que tenía enfrente.

Ignacio.

Una sonrisa lenta y tranquila se dibujó en su rostro, y fue como si toda la tensión se desvaneciera. La mano levantada, que había estado golpeando la puerta, bajó, pero antes de que lo hiciera, levantó una bolsa de plástico a la altura de sus ojos, con una chispa juguetona en su mirada.

—Ignacio —susurró, su voz más suave ahora, el corazón dándole un vuelco mientras se quedaba allí, aún intentando procesar su repentina aparición. El mundo fuera de su dormitorio, todo lo que la había agobiado, desapareció en el fondo mientras lo miraba, sorprendida y sonrojada.

—Sorpresa —dijo él con un guiño, su voz cálida y familiar, enviando una ola de consuelo a través de ella.

Capítulo 8

—¿Puedo pasar? —la voz de Ignacio fue suave, pero segura, mientras echaba un vistazo por el pasillo, buscando a alguien que pudiera estar observando.

—Sí, claro —respondió Alondra, su corazón latiendo con rapidez por la visita inesperada. Abrió la puerta, apartándose para dejarlo entrar, sus ojos recorriéndolo por primera vez en la tenue luz de su habitación. —¿Cómo entraste? ¿Y cómo evitaste la recepción?

Ignacio le lanzó una mirada juguetona, sus ojos brillando con picardía.

—Me llaman Bond, nena —dijo, su sonrisa ampliándose mientras la abrazaba, el calor de su cuerpo contra el de ella. —James Bond.

Alondra no pudo evitar reír, el sonido escapando antes de que pudiera contenerlo. Su encanto era irresistible—. Sí, eso es lo que quería —añadió él, su voz suave y burlona. —Esa curva en tus labios puede enderezar mi día entero.

El cumplido hizo que sus mejillas se sonrojaran, y trató de esconder su sonrisa, pero esta solo creció cuando Ignacio dejó la bolsa de plástico llena de comida sobre su escritorio.

—Olvidé que nunca habías estado aquí —dijo ella, aún tratando de asimilar el hecho de que él estuviera allí, en su habitación, con comida. —Así que... esta es mi habitación, y habitación, este —gesticuló hacia él con una sonrisa juguetona— es Ignacio.

Ignacio miró alrededor, su mirada suave mientras observaba su cuarto—. Está bien —dijo, sentándose en su cama y rebotando un poco, probando la comodidad. —Pequeño, pero acogedor.

Alondra se sentó junto a él, su mente aún acelerada por su entrada sorpresiva—. ¿Qué

haces aquí? —preguntó, una mezcla de curiosidad y admiración en su voz.

Ignacio sonrió, deshaciendo el nudo de su corbata con un movimiento rápido y sin esfuerzo—. Bueno —dijo, bajando un poco la voz, adoptando un tono más serio—, noté que no te sentías bien por teléfono, y ya sabes lo que dicen... —Hizo una pausa, sus labios curvándose en una sonrisa juguetona—. Si la montaña no va a Mahoma, entonces Mahoma debe ir a la montaña. O era al revés?

Los labios de Alondra se abrieron en diversión, y ella negó con la cabeza, sonriendo mientras se acercaba—. ¿Y trajiste comida para nosotros?

Los ojos de Ignacio brillaron de orgullo—. De hecho, quería sorprenderte aún más —dijo, su voz baja y cálida—. Hacerte ver que soy el partido perfecto. Así que fui a casa, cociné una comida genial para nosotros y la traje justo aquí.

La mandíbula de Alondra se dejó caer en incredulidad—. ¿Estás bromeando, verdad?

Él negó con la cabeza, su sonrisa ampliándose—. No. Te dije que quería cocinar para nosotros, tener una cena romántica... y eso es exactamente lo que vamos a hacer.

Con un gesto teatral, tomó la bolsa de plástico y comenzó a sacar los recipientes de pasta recién hecha. La habitación se llenó con el rico y sabroso aroma de la comida, y el estómago de Alondra gruñó de agradecimiento.

—Oh, cariño, esto huele increíble —murmuró, tomando con ansias uno de los recipientes y abriéndolo.

Ignacio rió, tomando un tenedor y una cuchara, rápidamente enrollando un poco de fettuccine en el tenedor antes de acercarse a ella—. Ten, pruébalo —dijo, sus ojos suaves de afecto mientras le ofrecía el primer bocado.

Alondra colocó sus labios alrededor del tenedor, saboreando la salsa cremosa y la pasta perfectamente cocida. Cerró los ojos mientras masticaba, los sabores bailaban en su lengua. Murmuró de placer, una sonrisa expandiéndose por su rostro.

—Oh —susurró, su voz llena de asombro. —Si esto no es el paraíso, no sé qué lo es —dijo, extendiendo la mano para más.

La mirada de Ignacio se intensificó mientras la observaba, su voz era un susurro ronco—. Bueno, tengo algunas ideas de que más podría ser el paraíso —dijo, sus palabras enviaron un escalofrío por su espalda.

Alondra se inclinó, besándolo suavemente antes de ofrecerle un bocado de pasta—. Le agradeceré al chef como se debe cuando terminemos de comer —dijo, guiñándole el ojo.

—El chef no puede esperar —murmuró él, sonriendole antes de tomar la pasta que ella le ofrecía, saboreándola con una sonrisa satisfecha.



Los dedos de Ignacio acariciaban suavemente el cabello de Alondra, su toque apenas era más que una caricia contra su piel. Notó la suave línea de luz que se reflejaba en su espalda, filtrándose a través de la cortina detrás de la cama. Alondra estaba dormida sobre su pecho, su mano descansando suavemente sobre su estómago, sus labios ligeramente separados en un sueño tranquilo. A él le encantaba verla así, su forma relajada, un silencioso recordatorio de lo mucho que significaba para él. Era en esos momentos, cuando ella no se daba cuenta, que él podía apreciar las pequeñas cosas: su perfecta quietud, la suave respiración que tomaba, la tranquila confianza que le ofrecía simplemente durmiendo tan pacíficamente a su lado. A menudo se preguntaba con qué estaba soñando, pero el misterio solo hacía que el momento fuera más hermoso.

Su piel, tan suave que parecía brillar a la luz, era increíblemente aterciopelada, y su cabello tenía el delicado aroma de flores y frutas; todo en ella lo encantaba. Podía perderse en los detalles más pequeños, la forma en que su espalda se ensanchaba con cada respiración, la suave curva de sus rasgos. Ella se movió levemente, un pequeño gruñido escapó de sus labios mientras su mano se movía, frotándose instintivamente los ojos. Él sonrió y continuó pasando sus dedos por su cabello, imaginando la gran aventura a la que sus sueños la habían llevado.

—Buenos días —susurró, su voz, un murmullo tranquilo que rompió la quietud de la habitación.

Los ojos de Alondra se abrieron, la luz de la mañana besó suavemente su rostro, haciendo que sus ojos marrones brillaran aún más. El corazón de Ignacio dio un vuelco, como siempre lo hacía cuando los miraba. Su mirada era como una atracción gravitatoria de la que no podía escapar, y francamente, no quería hacerlo. Había algo hipnótico en la forma en que lo miraba, un poder silencioso que lo hacía sentir como el hombre más afortunado del mundo. Estaba más que feliz de estar bajo su hechizo, de existir en este hermoso momento robado con ella.

Ella gruñó de nuevo, el sonido era entrañable, mientras colocaba perezosamente su mano sobre su pecho y giraba la cabeza, fijando su mirada en la de él. Una pequeña sonrisa soñolienta tiró de las comisuras de sus labios y, en ese instante, Ignacio sintió que podía gritarle a los cielos lo increíblemente afortunado que era de tenerla, lo mucho que la amaba. Era un sentimiento tan puro, tan profundo, que lo hizo querer compartirlo con todo el mundo.

—Se siente raro tenerte en mi habitación —dijo, con la voz aún cargada de sueño—, pero

en el buen sentido.

Ignacio se rió suavemente, su corazón se hinchó ante la honestidad de sus palabras. —Se siente bien estar contigo —dijo, con voz baja y sincera—, sin importar dónde estemos.

Ella arqueó una ceja, su naturaleza juguetona todavía presente a pesar de su aturdimiento. —¿Acaso estar aquí en mi habitación no te hace sentir como un chico universitario de nuevo? —bromeó, con una sonrisa traviesa extendiéndose por su rostro.

Ignacio dudó por un momento, sus ojos buscando los de ella. —Mmm… —comenzó pensativamente—. Supongo que sí, pero ya no me siento tan joven —añadió con una leve sonrisa, su voz teñida con una mezcla de humor y afecto.

Alondra se sentó, se subió las sábanas hasta el pecho y lo miró. Su piel desnuda brilló brevemente cuando las sábanas se movieron, y la mirada de Ignacio se desvió hacia un lado, distraído momentáneamente por la vista. Pero fue la forma en que lo miró, seria, lo que hizo que su corazón doliera de afecto.

—¿De qué estás hablando, amor? —dijo, con voz suave pero firme—. Eres joven. La edad es solo un estado mental —Se inclinó ligeramente hacia adelante, su expresión se volvió más seria—. Escucha, si piensas que tienes 26, entonces te sentirás como si tuvieras 26. ¿Entiendes?

Ignacio se rió, el sonido era rico en calidez, mientras admiraba cómo ella podía hacerlo sentir vivo en todos los sentidos. —Realmente no creo que lo necesite —respondió, con voz baja y burlona—, ya haces eso por mí.

Sus ojos se abrieron de sorpresa por un breve momento, y luego, en un instante, se inclinó hacia adelante, sus labios rozando los de él con suave ternura. El beso fue ligero al principio, una exploración silenciosa, pero se profundizó rápidamente cuando ella lo acercó más, su boca invitándolo con una suave urgencia. Él respondió sin dudarlo, su mano deslizándose hacia la nuca de ella para guiarla hacia él. El beso se profundizó, sus labios moviéndose con los de ella en un ritmo que se sentía tan natural como respirar.

Ignacio la probó, saboreando el calor de su boca, la dulzura de su aliento y la sensación embriagadora de su cuerpo presionado contra el suyo. Su lengua trazó la curva de sus labios antes de besarla de nuevo, esta vez con más pasión, más hambre, como si el mundo fuera de este momento no existiera.

Podía sentir su hombría ya endurecida con la sensación. Su aroma, tan embriagador y dulce, mezclado con la suave calidez de su piel, todo cautivó a Ignacio de maneras que no podía describir. Cada centímetro de ella hizo que su corazón se acelerara, su sola presencia lo excitaba más que cualquier otra cosa en el mundo.

—¿Qué… vas… a… usar… para la… boda de Tomás… la semana que viene? —Alondra

preguntó, su voz sin aliento, entre los suaves besos que presionaba en sus labios. Pero de repente, Ignacio se apartó, sus ojos se abrieron mientras la miraba, la comprensión se hizo presente en él.

—¡Oh, mierda! Me olvidé por completo de eso —maldijo en voz baja, su tono lleno de pánico. Luego se corrigió rápidamente, su voz mezclada con incredulidad—. ¡Y eso no es la próxima semana, es hoy!

Alondra se congeló, su expresión cambió de juguetona a alarmada. —¿Qué? —preguntó, la sorpresa se extendió por su rostro—. ¡Mierda! ¡Todavía no tengo un vestido! ¡Pensé que era el próximo fin de semana!

Ignacio se rió entre dientes, una mezcla de frustración y diversión en su voz. —No te preocupes por eso —dijo rápidamente, tratando de aliviar su pánico—. Te daré mi tarjeta, puedes ir con Ana y comprarte un lindo vestido.

Pero para su sorpresa, el rostro de Alondra se endureció, un destello de irritación cruzó sus rasgos. —¡No! No hay manera de que acepte tu tarjeta —espetó, levantándose de la cama con una mirada feroz en sus ojos. Su cuerpo desnudo era cautivador e intimidante a la vez, con los brazos cruzados sobre el pecho mientras echaba humo—. Puedo comprarme mi propio vestido.

Ignacio no pudo evitar admirarla al verla; su feroz desafío solo la hacía aún más hermosa para él. La forma en que estaba allí, enojada y expuesta, hizo que su corazón se hinchara con una especie de reverencia. Su voz se suavizó, llena de asombro mientras daba un paso hacia ella. —Si muriera ahora mismo —murmuró, con los ojos fijos en ella, con admiración—, moriría siendo el hombre más feliz de la tierra. Tú, Alondra, eres la cosa más hermosa que he visto en toda mi vida.

Ella no esperaba que él dijera eso, y por un momento, la ira pareció desvanecerse de ella, reemplazada por un destello de sorpresa. Ignacio se acercó a ella, descruzando suavemente sus brazos y acercándola más. Sus manos se deslizaron por sus brazos, sosteniéndola suave, pero firmemente mientras la atraía hacia él. Ella no se resistió, la tensión entre ellos pasó de la frustración a algo más íntimo, más vulnerable.

Se sentó a horcajadas sobre él, pero todavía estaba enojada. —En serio no quiero que la gente piense que estoy contigo por…

—¿A quién le importa? Además, la gente no tiene por qué enterarse, te amo y si quiero comprarte un vestido, cualquier vestido que quieras, lo haré —le dijo, depositando besos en su pecho y bajando por sus pezones—. Lo sé… puedes comprar… cualquier cosa que quieras… por tu cuenta… pero si quiero… darte un regalo… déjame hacerlo —dijo, chupando y lamiendo sus pezones y hablando cada vez que tenía la oportunidad.

Los colores fluyeron sobre el rostro de Alondra cuando sintió sus labios presionando sus pezones y su lengua moviéndose sobre ellos. Su núcleo se estaba calentando bastante rápido y no

pudo evitar la sensación de hormigueo en su clítoris. El ligero roce en su entrada de su miembro duro la hizo babear.

—Está bien —dijo ella tomando su masculinidad en su mano y acariciándola—, te dejaré comprarme un vestido, siempre y cuando me dejes… —dijo soltando un gemido, alineó su pene contra su entrada goteante mientras una de sus manos agarraba su cabello—, … llevarte al cielo.

Luego se empaló en él, llevándolo profundamente dentro de su calor húmedo, Ignacio soltó un gruñido de placer cuando sintió la estrechez y el latido de sus paredes a su alrededor, sus ojos se pusieron en blanco mientras casi sentía que perdía el control en ese segundo.

—Iré a cualquier lugar que quieras —gruñó mientras ella comenzaba a montarlo profunda y lentamente, perdiéndose en su lujuria y amor.



—¿Y qué tal este? —preguntó Ana, levantando un vestido negro de corte sirena, con un diseño ceñido y una tela elegante que resultaba indudablemente sexy. Alondra lo examinó, sintiendo la atracción por la forma, pero algo en él no le convencía del todo.

—Me encanta el corte y la forma, pero es negro —explicó Alondra, su voz incierta mientras miraba a Ana—. No quiero llevar negro a una boda.

Ana suspiró, devolviendo el vestido al perchero con un ligero fruncimiento del ceño.

—Supongo que tienes razón —dijo, la tensión tácita entre ellas aún flotando en el aire. Las cosas seguían raras entre las dos, pero había un entendimiento silencioso, uno que ambas habían elegido respetar. Ninguna mencionaría el acoso que había sucedido en el pasado, a menos que quisieran pasar otra semana sin hablarse.

Mientras caminaban por la tienda, Ana rompió el silencio.

—No puedo creer que papá te haya prestado su tarjeta de crédito. Si yo le pidiera como 500 dólares, se volvería loco.

Alondra sonrió con incomodidad, sin saber muy bien cómo responder.

—Pero no voy a gastar 500 dólares en un vestido —aclaró, sus ojos se detuvieron en Ana, una pequeña chispa de culpa asomándose detrás de sus palabras. Ana lo notó, y su mirada se suavizó con un destello de comprensión.

—Creo que lo entiendo —dijo Ana, su voz más baja ahora, casi resignada—. Eres su novia, así que claro, quiere consentirte. Pero en mi caso, soy solo su hija, ¿verdad? —Se encontró con los ojos de Alondra, su expresión una mezcla de amargura y aceptación.

El corazón de Alondra se apretó ante las palabras de su amiga.

—Le dije a Ignacio que podía comprar mi propio vestido, pero él insistió... si eso te hace sentir mejor —añadió, tratando de suavizar el dolor en la voz de Ana.

—No, no realmente —respondió Ana con un encogimiento de hombros, su sonrisa más sarcástica que juguetona—. Pero bueno, ahora tenemos su tarjeta, así que creo que puedo escoger algo bonito para mí. Me lo debe, después de todo. —Hizo una pausa antes de añadir, casi como una reflexión—: Me alegra tener mi propio acompañante para esta noche. No creo que hubiera soportado ser una lampara con ustedes dos en esta boda.

Alondra parpadeó, sorprendida.

—Se me había olvidado que traías a Carlos —dijo, pero un dejo de escepticismo se asomó en su voz mientras pensaba en cómo Carlos solía burlarse de Ana. Sabía que no era el momento de mencionarlo, así que no lo dijo.

Ana, notando el cambio en la conversación, sacó un brillante vestido azul de entre los percheros. La parte superior estaba cubierta de lentejuelas, la luz reflejándose tan intensamente que casi cegaba a Alondra. Ana lo sostuvo frente a su pecho, girando hacia el espejo con una sonrisa juguetona, como imaginándose en una noche glamorosa.

—Ese es... wow —dijo Alondra, su voz teñida de admiración.

—Lo sé, ¿verdad? —respondió Ana, admirándose en el espejo—. Esta belleza es mía.

Alondra soltó una suave risa, observando cómo Ana se arreglaba frente al espejo. Por un momento, Ana le recordó a una niña pequeña, fingiendo ser una princesa que bailaría toda la noche con un principe encantador. Estaba perdida en la fantasía, sonriendo a su propio reflejo como si estuviera imaginando una velada encantadora. Alondra se rió ante la escena: la niña interna de Ana era una de las cosas que más adoraba de ella.

Se dio la vuelta, lista para seguir buscando su vestido, caminando entre los estantes de ropa organizada por colores. Al adentrarse más en la tienda, sus ojos se posaron en la sección de rojo. Normalmente, Alondra evitaba el rojo, pensaba que era muy audaz, confiado, algo para lo que nunca se sentía lista. Pero algo sobre ese vestido en particular llamó su atención. Era simple pero elegante, de un rojo profundo con un escote en forma de corazón y tirantes finos. El vestido ajustaba perfectamente en la cintura y caderas, y caía en una falda tipo sirena, suelta.

Sin pensarlo dos veces, Alondra sacó el vestido del perchero. Era perfecto: elegante pero no llamativo, sutil pero atractivo. Su corazón dio un vuelco al imaginarse usándolo. Verificó la

talla y, convencida de que era el indicado, corrió a buscar a Ana.

Cuando llegó al lugar donde había dejado a Ana, el espacio parecía vacío. Un destello de pánico cruzó el pecho de Alondra, pero entonces, como si fuera una señal, sintió un ligero toque en su hombro. Se dio vuelta rápidamente, y ahí estaba Ana, con una chispa traviesa en los ojos.

Ana llevaba el ajustado vestido azul brillante, y le quedaba como un guante. La tela suave se adhería a sus curvas, el color vibrante acentuaba su piel bronceada, y su cabello rubio enmarcaba su rostro como un halo. Estaba impresionante, y Alondra no pudo evitar mirarla, quedándose sin palabras por un momento.

—Vaya... Ana, eso te queda increíble —finalmente logró decir, su voz llena de admiración.

Ana puso una mano en su cadera y adoptó una pose, una sonrisa confiada curvando sus labios.

—Oh, me llevo este vestido a casa —dijo, girando ligeramente para admirarse en el espejo.

Alondra inclinó la cabeza, los ojos aún abiertos de par en par mientras observaba la escena.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó, genuinamente curiosa, pero sintiéndose un poco fuera de lugar en la atmósfera glamurosa de la boutique.

—Mmm, unos cuantos cientos —respondió Ana de manera casual, su tono despreocupado.

Las cejas de Alondra se levantaron.

—¿Qué? —preguntó, sorprendida, con la voz teñida de incredulidad—. ¿Cuánto, Ana?

Ana vaciló por un momento, encogiéndose de hombros, luego admitió:

—Está bien, unos 700...

Los ojos de Alondra se abrieron con sorpresa.

—¡No me digas eso! —exclamó, casi dejando caer el vestido que estaba sosteniendo—. Eso es demasiado...

—¿Barato? —interrumpió Ana con una sonrisa, su voz casi burlona—. Lo sé, ¿verdad? Nunca había encontrado un vestido tan bonito y bien hecho por menos de cinco mil.

Alondra parpadeó, sintiendo que su rostro se sonrojaba.

—Yo iba a decir... caro —murmuró, dándose cuenta de lo desconectada que estaba del mundo de Ana. Ana, después de todo, venía de Lomas del Rey, un vecindario rico. Alondra, en cambio, era solo una chica de Las Colinas, acostumbrada a comprar en tiendas de segunda mano donde todo costaba menos de quince dólares.

Miró la etiqueta del precio del vestido rojo que sostenía, su corazón se hundió un poco. —¿550 dólares? Maldición —susurró, claramente abrumada. Ana ya estaba frente al espejo, luciendo el vestido azul con una sonrisa satisfecha, ajena a la incomodidad de Alondra.

—Eso es demasiado —murmuró Alondra, mordiendo su labio.

Ana la miró, una chispa juguetona en sus ojos. —¿Qué? No, esto es una de las mejores tiendas en Valles del Sol, ¿y me estás diciendo que quieres irte? ¿De qué hablas? —preguntó, quitándole el vestido rojo de las manos con un movimiento de cabeza. —¿Encuentras este tesoro y ahora quieres irte? ¿Estás loca?

Alondra parpadeó, sorprendida por la reacción de Ana. Ana levantó el vestido y lo sujetó contra su cuerpo, examinándolo con mirada crítica. —¡Te hace resaltar los ojos, Ali! —exclamó, con emoción burbujeando en su voz. Colocó el vestido sobre el pecho de Alondra, dándole una mirada de arriba abajo. —¿Con un peinado recogido, unos pendientes largos dorados y un bolso negro? Estás lista para matar, amiga. ¡Oh! Y tacones altos, negros y elegantes, claro.

Alondra permaneció congelada por un momento, sin saber cómo responder. Ana siempre tan segura de sí misma, y parte de Alondra deseaba poder ser como ella. Pero sus inseguridades y su necesidad de ser práctica interferían. —Pero Ana, es… —empezó, su voz desvaneciéndose.

—¿Caro? ¡Para nada! —la interrumpió Ana, su voz rebosante de entusiasmo. Agarró los hombros de Alondra, girándola y llevándola frente al espejo. —Deja de ser una modesta niña de campo y empieza a ser una perra poderosa de una vez —dijo, su tono juguetón pero firme.

Ana empezó a simular un peinado, recogiendo el cabello oscuro y rizado de Alondra con sorprendente destreza. —Imagina esto —continuó Ana, su voz adoptando un toque dramático—. Entras a esa boda, caminando del brazo de mi papá, luces esas curvas sexys que tienes, y sigues barriendo el piso con esa hermosa cola, usando…

Hizo una pausa, sus ojos recorriendo la tienda hasta que su mirada se posó en un par de tacones negros. Se apresuró hacia el mostrador y los levantó con un gesto dramático. —¡Oh là là, mon dieu! Estos son Jimmy Choo —dijo Ana, imitando un acento francés, sosteniendo los zapatos frente a Alondra como un trofeo—. Vas a usar estos, tus pies nunca querrán otro par de tacones.

Alondra miró los zapatos, con los ojos muy abiertos, y sintió cómo su rostro se sonrojaba. —Pero Ana, ¡estos zapatos son mucho más caros que el vestido! No puedo comprar esos,

simplemente no puedo —dijo, con la voz teñida de vergüenza. De repente, se sintió fuera de lugar, como si estuviera jugando en un mundo que no le pertenecía.

—Cállate. No me extraña que papá me haya advertido de esto —soltó Ana, su tono más agudo de lo usual—. Mi trabajo aquí es conseguirte lo que quieras, y sé que quieres este maldito vestido, así que vamos a conseguir el maldito vestido. Fin de la discusión. ¿Está claro? —Por primera vez, fue Ana quien empujaba, tomando el control, un papel que usualmente Alondra asumía.

Alondra permaneció en silencio, sus manos jugueteando con la tela del vestido rojo entre sus dedos. Estaba acostumbrada a ser cuidadosa con el dinero, algo que le habían inculcado desde pequeña. La idea de gastar tanto en ropa le revolvía el estómago. —Es un regalo de él, ¿verdad? —preguntó, su voz vacilante, buscando en el rostro de Ana algo de consuelo, tal vez una manera de justificar la compra tan extravagante.

—Sí, es un regalo —respondió Ana rápidamente, levantando tanto el vestido como los zapatos con un gesto teatral, sus ojos brillando de picardía—. Así que no te atrevas a rechazarlos, porque te patearé el trasero.

—Como si pudieras —dijo Alondra con una ligera risa, tratando de ocultar su incomodidad, pero una chispa de diversión se encendió en su pecho por lo absurdo de la confianza de Ana.

—Puedo patearte el trasero incluso si llevo un Dior —respondió Ana, ampliando su sonrisa. Con un movimiento juguetón, levantó el vestido azul de lentejuelas y, en un momento de dramatismo, pateó ligeramente el trasero de Alondra con el pie, lo justo para hacerle saber que podía.

Alondra no pudo evitar reír, la tensión se rompió por un segundo mientras ambas caían en su dinámica habitual. Ana siempre había sido así: ruidosa, segura de sí misma, un poco extravagante, pero hoy sus payasadas parecían más un escudo para algo más.

Pasaron horas buscando accesorios, joyas y bolsos de mano. La pila de cosas que acumulaban era abrumadora para Alondra, pero se mantuvo callada, sabiendo que no había forma de detener a Ana una vez que se proponía algo. Aun así, cada vez que la tarjeta de crédito de Ignacio pasaba, la incomodidad de Alondra crecía. Nunca había visto tanto dinero cambiar de manos con tanta facilidad, y con cada pasada, sentía como si estuviera alejándose más de su mundo y adentrándose en el de Ana.

Finalmente, llegaron a casa. Alondra se puso el vestido, y Ana lo subió por su espalda, rozando ligeramente su piel. El momento se sintió irreal. Cuando ambas se pararon frente al espejo para mirarse por última vez, Ana ya se dirigía hacia las escaleras, ansiosa por mostrar su último look. Alondra permaneció un instante congelada, ajustando la tela alrededor de su cintura, sintiendo el peso del vestido: las lentejuelas, la estrechez de la prenda. Era la mujer más elegante que jamás había sido. Pero aún así, algo en su interior no estaba del todo seguro.

Mientras bajaba las escaleras, cada paso era una elección cuidadosa. Colocaba un pie delante del otro, tratando de que su caminar coincidiera con la elegancia del conjunto. El vestido abrazaba sus curvas de una forma que le resultaba extraña, pero cuando cruzó la mirada con Ana, sonriendo desde el fondo de las escaleras, un torrente de confianza brotó en su pecho. Casi podía escuchar la música, como en la gran entrada a un baile, un momento digno de la realeza.

Pero cuando llegó al final de las escaleras, no fue solo Ana quien la miró: Ignacio estaba allí, con un vaso de agua en la mano. Se quedó paralizado, los ojos abiertos como platos mientras Alondra descendía. Su mandíbula casi tocó el suelo, y apenas logró mantener el vaso en la mano, con la mirada fija en ella, como si hubiera olvidado cómo respirar.

El corazón de Alondra dio un vuelco lleno de incertidumbre. Nunca había sido el centro de atención de esa manera. Se quedó allí, con la mirada fija en Ignacio, esperando una respuesta. —¿Entonces? —preguntó suavemente, su voz teñida de timidez—. ¿Cómo me veo?

Silencio. Ignacio no se movió, no habló. Abrió la boca, pero no salieron palabras, su mirada seguía fija en ella. El silencio se alargó, y Alondra pudo sentir el peso de ese momento presionando sobre ella. Poco a poco, su corazón se hundió. Tal vez no se veía tan bien como pensaba.

Entonces Ana, que había estado observando el intercambio con los ojos entrecerrados, se adelantó. Le dio un ligero golpe en el hombro a Ignacio, sus ojos de color miel brillando con molestia. —¿No te parece que se ve preciosa? —demandó, cruzando los brazos y mirándolo fijamente.

—Bueno… eh —Ignacio vaciló, frotándose la nuca, claramente buscando las palabras correctas—. No, lo siento, pero no se ve bonita.

Capítulo 9

A Alondra se le cayó la mandíbula, e Ignacio pudo ver la tristeza en sus ojos. Ana, por otro lado, estaba indignada.

—¿Cómo puedes decir eso? —dijo Ana, llevándose una mano al pecho.

—Lo siento mucho, cariño, pero es verdad. No te ves bonita —dijo, colocando sus manos sobre los hombros de Alondra—. Te ves increíblemente hermosa.

Sonriendo, le tomó la mano, cubriéndola con sus dedos. Los ojos de ella volvieron a brillar, y una enorme sonrisa se dibujó en su rostro.

—Creo que ni siquiera "hermosa" te hace justicia. Te ves absolutamente impresionante.

—Me alegra mucho que te guste —dijo Ana, sonriendo y mirando a Alondra, lanzándole un guiño juguetón—. Me costó una eternidad convencerla de que se lo pusiera.

—No fue tanto, tonta. Ya estaba enamorada del vestido —rió Alondra.

Ignacio se inclinó hacia adelante, apoyando su frente contra la de ella, y le dio un suave beso en los labios. Fue un momento perfecto para Alondra; se sentía hermosa, apreciada... ¿qué más podría desear?

Pero de repente, el momento fue interrumpido.

—¡Ew! —dijo Ana con burla—. Me doy la vuelta un segundo para ver cómo está Carlos, ¡y ustedes ya están besándose! En serio, consíganse una habitación.

Alondra se rió mientras Ignacio se limpiaba el lápiz labial de los labios, sus mejillas

ruborizándose bajo las bromas de su hija.

—Creo que deberíamos irnos —dijo Alondra con una sonrisa.

—Sí, no queremos perdernos la ceremonia —coincidió Ignacio, sacando las llaves del auto—. ¿Estás segura de que no vienes con nosotros? Podríamos pasar por la casa de Carlos y vamos todos juntos.

Ana, que estaba inmersa en escribir mensajes, salió de su trance al oír la voz de su padre.

—Ehm, no, está bien. Dijo que vendría a recogerme, así que lo esperaré.

Alondra notó el leve cambio en el tono de Ana, y la forma en que los miraba dejaba claro que algo no estaba bien.

—Vayan ustedes. Llegaré después con Carlos.

—Está bien —dijo Ignacio.

—¡Esperen, vamos a tomarnos una selfie! Nos vemos demasiado guapos como para no capturar este momento —Ana sonrió, sacando su teléfono.

Se juntaron, sonriendo mientras la cámara destellaba. Cuando la foto apareció en la pantalla, Ana tenía razón: se veían increíbles.

Ignacio caminó hacia la puerta, y Alondra se quedó un momento.

—Oye, ¿está todo bien? —le preguntó en voz baja a Ana.

—Sí, todo cool. Solo diviértanse, ¿okey? Los veo más tarde —Ana abrazó a Alondra con fuerza.

Alondra salió de la casa un poco preocupada, pero ver a Ignacio esperándola afuera, de pie bajo la luz de la luna, hizo que sus pensamientos se desvanecieran. Se veía increíble con su traje negro, que complementaba perfectamente su vestido y resaltaba su piel bronceada y sus ojos color avellana.

Su peinado de pompadour, perfectamente peinado, junto con su sonrisa deslumbrante y el brillo en sus ojos, tenían a Alondra completamente encantada. Se veía irresistiblemente atractivo. Su corazón se calentó cuando él le tomó la mano, guiándola por las escaleras de la entrada. En ese momento, su toque era todo lo que necesitaba.

—¿Ana estará bien? —preguntó él, rompiendo sus pensamientos.

—No dijo mucho, pero estará bien —respondió Alondra, encontrándose con su mirada—.

Tu hija es fuerte, ¿sabes?

—Lo sé, es solo que... a veces aún la veo como ese bebé frágil durmiendo en mis brazos —dijo con un toque de nostalgia.

Cuando llegaron al auto, Ignacio abrió la puerta para ella. Su caballerosidad nunca dejaba de encantarla, siempre haciéndola sentir como una reina.

—Gracias —dijo, dándole un suave beso mientras recogía la falda de su vestido para entrar. Ignacio le lanzó un guiño juguetón antes de cerrar la puerta y dirigirse al asiento del conductor, encendiendo el motor.

—Ojalá hubieras usado un labial color piel —bromeó, echando un vistazo al tono rojo en sus labios.

—¿Por qué? —preguntó ella, sonriendo.

—Porque me da miedo que la gente se dé cuenta de que te he estado besando toda la noche —respondió, haciendo que Alondra riera mientras se alejaban de la casa rumbo a la recepción.



—¿Nombres? —preguntó el anfitrión, que al parecer también era el organizador de la boda, en la entrada de la capilla de la iglesia. Desde afuera, parecía un lugar bastante modesto.

—Dr. Martínez y mi acompañante, la Srta. Alondra Blanco —dijo Ignacio al hombre, cuyos ojos parecían atravesar el rostro de Alondra. El hombre bajó la mirada a la lista en su mano y, después de unos segundos de pasar las páginas, sonrió a la pareja.

—Muy bien, ¿vienen de parte de la novia o del novio? —preguntó.

—Del novio —respondió Alondra de inmediato, devolviéndole la sonrisa al planificador, que parecía juzgarla.

Después de mirarla de pies a cabeza, el planificador dijo:

—Por supuesto, síganme —con una sonrisa tensa en sus labios.

Alondra e Ignacio lo siguieron al interior de la capilla. Mientras caminaban por el pasillo

principal, Alondra admiraba el interior. La capilla, ubicada fuera de la ciudad, tenía un aire muy rústico, campestre, algo que le resultaba familiar.

Filas de sillas de madera bordeaban ambos lados del pasillo, cada una con Biblias y libros de cantos. Grandes vitrales mostraban escenas religiosas, y el cálido resplandor de la luz de las velas se mezclaba con los arreglos florales, creando una atmósfera romántica. Al final del pasillo estaba el altar, adornado con flores silvestres, rosas y suaves luces de velas. A la derecha, un pequeño cuarteto se preparaba para tocar tan pronto como la novia estuviera lista para hacer su entrada.

La gente estaba buscando sus asientos, y apenas lo hicieron, Ignacio tomó la mano de Alondra.

—Dame un minuto, voy a saludar a Tomás —dijo.

Alondra asintió y lo observó mientras él se dirigía hacia el altar, donde estrechó la mano de Tomás y compartió una risa antes de que comenzara la ceremonia.

Alondra estaba encantada; todo parecía sacado de un cuento de hadas. Pero mientras miraba a Ignacio, una sensación de inquietud la invadió. Se dio cuenta de que nunca había hablado con Ignacio sobre sus creencias. Como chica de campo, ella creía en Dios; no era la cristiana perfecta, pero creía en la fe, el matrimonio y todo lo que venía con ello.

Entonces se preguntó si Ignacio creía, aunque fuera un poco, tal vez lo suficiente como para pedirle a Alondra que se casara con él en la iglesia, como Tomás estaba haciendo con Amanda. Rápidamente desechó ese pensamiento, decidiendo que era un poco tonto. Aun así, la idea de casarse con un vestido blanco, caminar por el pasillo hacia el altar y recibir una bendición junto al hombre que amaba era algo que Alondra había soñado desde niña. Era el sueño de toda chica.

Sus pensamientos fueron interrumpidos cuando notó que Ignacio la miraba, y Tomás le hizo un saludo. Rápidamente intentó disimular su repentina preocupación y sonrió de vuelta, saludando al novio con la mano. Ignacio regresó a su lado, y todos sus pensamientos previos volvieron cuando él se sentó junto a ella en el banco de madera.

—¿Todo bien? —preguntó Ignacio, tomando su mano nuevamente.

—Sí, todo está bien —respondió ella—. ¿No te parece que este lugar se ve hermoso?

—Oh, sí. También caro —respondió él, mirando a su alrededor—. Tomás me dio una pista de cuánto le costó hacer feliz a Amanda.

—Pero la ama. Eso es lo que le importa a él —dijo Alondra, con la voz suave.

—Sí, pero yo ya hice esto una vez, y cuando lo pienso, me parece una gran pérdida de

tiempo y dinero. No estoy seguro de que lo haga de nuevo —dijo él.

—¿Ni siquiera por alguien que amas? —preguntó ella. Ignacio la miró a los ojos, y justo en ese momento, el cuarteto comenzó a tocar la marcha nupcial. Sus ojos se llenaron de tristeza, pero rápidamente se levantó al sonido de la música, girando hacia la entrada con una sonrisa, apartando sus propios sentimientos.

Ignacio se dio cuenta de lo que había dicho y se sintió mal. Pero no era el momento adecuado para hablar de algo así. Y, sinceramente, no quería hablar de ello en absoluto. Su divorcio había sido traumático, y temía fracasar nuevamente en algo tan grande e importante como el matrimonio.

Él cumplió con su papel, girándose y forzando una sonrisa mientras observaban a la impresionante Amanda caminar por el pasillo, el brazo de su padre entrelazado con el suyo. Alondra notó lo feliz que se veía, con lágrimas de alegría cayendo por sus mejillas mientras avanzaba hacia el altar. Su vestido era un sueño, de corte sirena con una cola fluida que se ajustaba a cada centímetro de su cuerpo como un guante. Amanda era una mujer deslumbrante, y en su vestido, parecía una princesa salida de una historia maravillosa. Cada pieza de encaje, bordada con piedras y lentejuelas, brillaba bajo la luz de las velas.

Por un momento, Alondra sintió un pinchazo de celos. La voz de las palabras de Ignacio resonó en su mente: *Una boda tan hermosa, algo quizá nunca tendré.*

Toda la ceremonia llevaba un matiz agridulce. A pesar de no haberse dirigido una palabra durante todo el evento, Ignacio seguía sosteniéndole la mano, aunque Alondra no la apretaba con la misma fuerza que antes. Estaba agradecida de que la atención estuviera centrada en la ceremonia, dándole un momento para apartar sus incómodos sentimientos por un momento. Quería disfrutar de la fiesta, y no iba a permitir que su comentario la arruinara. Pero Ignacio sabía que había metido la pata.

La recepcion era en un salón, y la decoración reflejaba la del altar, elegante pero sencilla. El aroma de la comida flotaba en el aire, tentando sus sentidos. Las copas de champán se pasaban de mano en mano, y la gente levantaba sus copas en brindis por los recién casados. Alondra e Ignacio estaban sentados en su mesa en silencio, intercambiando solo algunas sonrisas forzadas.

El peso del comentario de Ignacio aún colgaba entre ellos, dejándolos incómodamente conscientes de la presencia del otro, pero sin saber qué decir. Alondra bebió un sorbo de su champán, su mirada fija en Tomás y Amanda mientras bailaban en el centro de la sala,

sonriéndose el uno al otro, irradiando felicidad.

Ignacio los observaba también, pero no de la misma manera. Sus ojos estaban distantes, pensando que todo el espectáculo le parecía excesivo. Creía que gastar ese dinero en un gran viaje, sin ataduras, hubiera sido mucho mejor. Luego su mirada se desvió hacia Alondra, y la forma en que sus ojos brillaban mientras miraba a los recién casados. *¿Estaría dispuesto a hacer todo esto otra vez solo para hacerla feliz?* pensó.

—¡Dr. Martínez! ¿Eres realmente tú? —exclamó una mujer morena con un vestido de terciopelo verde mientras se acercaba, sujetando su clutch y una copa de champán—. Estuve tan confundida cuando te vi en la capilla. Pasé toda la ceremonia preguntándome si eras tú —añadió.

—¿Dra. Bracho? —preguntó Ignacio.

—¡Oh! Llámame Lucy —dijo ella con una sonrisa mientras Ignacio se levantaba. Lo abrazó fuertemente, y el abrazo llamó la atención de Alondra—. ¡Cuánto tiempo sin verte! ¡No te reconocí porque luces tan joven! Dime, ¿cuál es tu secreto?

Ignacio rió mientras Lucy seguía palmeando sus hombros.

—Oh, solo una buena dieta y ejercicio —explicó él—. Lo mismo de siempre, una rutina aburrida.

Pero en ese momento, Alondra aclaró la garganta, atrayendo su atención.

—¿Oh, esta es tu hija Ana? ¡Qué linda está! —comentó Lucy, dirigiéndose a Alondra como si fuera solo una niña.

—Eh, no. Esta es Alondra Blanco, mi novia —corrigió Ignacio.

—Oh —exclamó Lucy—. ¿Tu novia? —repitió, con un tono que sugería que era algo inusual. Pero, ¿a quién trataba de engañar Alondra? Salir con alguien mucho mayor que ella definitivamente no era lo común.

—Mucho gusto —dijo Alondra, alisándose el vestido y extendiendo la mano. Lucy la miró de la misma manera en que lo había hecho el organizador de la boda, pero tras un momento, aceptó la mano de Alondra y la estrechó.

—Claro —respondió Lucy, y luego se volvió hacia Ignacio—. ¿No te parece hermoso esto? Estoy tan feliz de que nuestro estudiante se haya casado con una mujer tan buena. Tomás siempre ha sido un poco imprudente con las citas, pero me alegra que Amanda haya logrado ponerlo en su lugar.

Ignacio sonrió a Lucy y luego respondió:

—¿Te acuerdas de esa clase de criminalística? Me divertí tanto en esa época.

—¡Oh, por supuesto! ¿Cómo podría olvidar la cara del profesor Jiménez? ¡Fue el hombre más gracioso que he conocido! —dijo Lucy. Rápidamente comenzaron una conversación que parecía una broma privada solo para ellos. Con risas y sonrisas ocasionales, Alondra los observó completamente ignorándola durante lo que le pareció una hora.

No encajo aquí, pensó Alondra, y sin que Ignacio se diera cuenta, se dirigió al bar y pidió una copa de vino. Cuando se giró, el organizador de la boda estaba a su lado, supervisando a todos y escuchando a su asistente a través del auricular.

—¡Sí, te dije que mantuvieras ese pastel cerca! Si lo perdemos, te juro que te mato, ¡en serio, Karen! —rió, luego sus ojos se posaron en Alondra.

—¿Demasiado trabajo? —preguntó ella.

Él le lanzó una mirada agotada antes de poner los ojos en blanco.

—Escucha, chica, nunca te hagas organizadora de bodas a menos que realmente te encanten los cuentos de hadas —respondió—. Lo único que te digo es que hacer feliz a la gente es un trabajo duro —añadió, cruzando los brazos de una manera casi cómica y femenina—. ¿Por qué esa cara larga? —De repente, su mirada cambió, y vio a Ignacio conversando con su amigo y una persona nueva que acababa de unirse a la charla—. Ah, ya veo qué pasa.

—¿De verdad es tan difícil hacer feliz a alguien? —preguntó Alondra.

—Mira, he planeado miles de bodas, y siempre es una pesadilla. ¿Sabes por qué? Porque estos idiotas se casan pensando que pueden hacer feliz a su pareja, cuando en realidad no pueden. La felicidad es algo individual; solo tú puedes hacerte feliz, ¿entendido? Estudia algunas estadísticas, chica. Esa es la principal razón del divorcio. Sé que no es asunto mío, pero esto no va a terminar bien, cariño —dijo, señalando a Ignacio.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Alondra, dando un sorbo a su bebida.

—He visto parejas como ustedes entrar y salir de mi oficina más veces que una celebridad a rehabilitación, cielo, y nunca dura. Siempre son demasiado diferentes, pasan demasiado tiempo separados, demasiados malentendidos, especialmente porque crecieron en épocas diferentes. ¿Y ustedes dos? No son la excepción —presionó el auricular y se quedó en silencio por un momento.

Alondra miró hacia Ignacio. Por muy duras que fueran sus palabras, tal vez el organizador de la boda tenía razón: parecían pertenecer a tiempos diferentes. Hasta ahora, Ignacio no se había dado cuenta de que ella llevaba un rato lejos de él, y eso la hundió.

—¡Karen, por el amor de Dios! ¡Te dije que dejaras los regalos de boda en la habitación

de la novia, no en la del novio! —gritó el organizador, luego se giró hacia Alondra—. Disculpa, querida, tengo trabajo que hacer. Que te diviertas y buena suerte —le sonrió y rápidamente desapareció entre la multitud.

Alondra se quedó allí, viéndose deslumbrante y completamente sola. *Esto es una estupidez. ¿Qué esperaba? ¿Que Ignacio estuviera a tus pies toda la noche?* Terminó su copa de vino mientras lo observaba. Parecía estar pasándola muy bien, y no quería arruinarle el momento, pero los sentimientos que había tenido en la ceremonia volvieron con fuerza. La recepción había adquirido ese sabor amargo que conocía demasiado bien.

Después de un momento, Ignacio miró a su alrededor, con una expresión preocupada, hasta que finalmente la vio en el bar. Le sonrió, y ella le devolvió el gesto con la mano. Luego, él hizo un ademán, pidiéndole que se acercara. Alondra suspiró y sacó su mejor sonrisa. Después de todo, tenía que cumplir su papel, no quería arruinar el evento para él.

Caminó hacia donde estaba Ignacio, aún sosteniendo su copa de vino.

—Cariño, ¿dónde estabas? Te estaba buscando —dijo Ignacio.

—¿De verdad? —respondió ella, con ironía evidente—. He estado en el bar todo este tiempo.

Ignacio notó el sarcasmo en su voz, pero decidió ignorarlo.

—Quería presentarte a algunos de mis colegas y viejos amigos —dijo, colocando una mano en su espalda y acercándola al grupo—. Ya conoces a Lucy, pero estos son mis viejos amigos Matías Sandoval y Javier Ocando.

Alondra les estrechó la mano y forzó una sonrisa.

—Es muy bonita, Ignacio. ¿Dónde la encontraste? —preguntó Matías.

—Alondra es la mejor amiga de mi hija —respondió Ignacio.

Alondra no pudo evitar sentirse incómoda al escuchar cómo hablaban de ella como si no estuviera presente.

—¿Y le compraste un auto? Vaya, ¿quién lo diría? Ignacio Martínez saliendo con alguien tan joven —comentó Lucy.

—Bueno, no se le puede decir que no a una mujer tan hermosa —respondió Ignacio con una sonrisa, mirando a Alondra.

—Es, de hecho, muy hermosa —dijo Javier, dándole una palmada en el hombro a Ignacio —. Tienes suerte de haberla encontrado.

—Perdón, señorita, ¿le gustaría bailar conmigo? —preguntó Matías a Alondra.

Ella se quedó desconcertada por la audacia del hombre.

—Oh, no estoy segura de que Ignacio esté de acuerdo —dijo vacilante.

—Cariño, por supuesto que estoy de acuerdo, ¡es Matías! —sonrió Ignacio.

—Está bien, entonces —Alondra tomó la mano de Matías, y él la guió hacia la pista de baile, llena de gente. Una pieza de vals sonaba, y él inmediatamente la atrajo hacia sí, colocando su mano en la espalda desnuda de Alondra. Comenzaron a bailar, y pronto ella notó cómo su mano empezaba a deslizarse hacia abajo, peligrosamente cerca de su trasero.

Rápidamente agarró su mano y la subió de nuevo.

—Señor, cuide su mano —advirtió.

—Oh, lo siento, es que tu piel es tan suave que mi mano se resbaló —respondió, acercándola aún más, demasiado para alguien a quien acababa de conocer. Alondra intentó poner distancia, pero él era fuerte.

—Dime, ¿Ignacio te está pagando bien, o tienes algún acuerdo de sugar daddy?

—¿Qué? —estaba confundida—. Ignacio no me paga nada. Creo que estás confundido.

—Entonces, ¿qué es? ¿Autos? ¿Lujo? ¿Viajes en primera clase por el mundo? Estoy seguro de que puedo pagar todo eso y más. Los cirujanos plásticos ganamos mucho más que los alergólogos. Así que, ¿cuánto cobras?

—Sueltame. Ahora —exigió, con la voz firme.

—Tal vez deberías probar mi verga primero, tal vez eso te convenza de venir conmigo —susurró, intentando besarla.

Alondra lo empujó con fuerza, haciendo que tropezara con otra pareja que bailaba.

—¡Aléjate de mí, maldito enfermo! —gritó, y rápidamente huyó de la pista de baile. Corrió al baño y se encerró en uno de los cubículos. Fue entonces cuando todos sus sentimiento le llegaron de golpe, y las lágrimas comenzaron a fluir incontrolablemente, estaba desconsolada.

Después de lo que pareció una eternidad, mientras intentaba calmarse, escuchó a dos mujeres entrar al baño.

—Ay, Sara, en serio no lo puedo creer —dijo una de ellas. Alondra reconoció la voz de inmediato.

—Para alguien tan respetable como Ignacio, entiendo perfectamente cómo te sientes —dijo la mujer, a quien Alondra asumió que se llamaba Sara. *¿Están hablando de mi Ignacio?* Intrigada, Alondra miró a través del pequeño espacio en la puerta del cubículo del baño y vio a Lucy Bracho junto con otra mujer que no reconoció, ambas retocando su maquillaje.

—¡Es como si estuviera saliendo con su propia hija, qué asco! —exclamó Lucy—. ¿Y le compró un auto?

—No cualquier auto, un Toyota Tundra nuevo —añadió Sara, aplicándose lápiz labial rojo en sus labios delgados—. Solo me pregunto si esa chica no está tras su dinero. Ya sabes cómo son estas zorras hoy en día.

—¿De verdad crees que está tras su dinero? —preguntó Lucy, con un tono casi reflexivo —. Ahora que lo mencionas, no me sorprendería. Él dijo que ella es de un pueblito. Pero, ¿la gente puede ser tan codiciosa?

—Vivimos en Valle del Sol, el lugar más codicioso del mundo. La única razón por la que una fulana como ella vendría aquí desde Las Colinas es por dinero. Y justo Ignacio fue el primer idiota que encontró —dijo Sara con suficiencia—. Cuando lo deje por alguien más rico, recordarás esta conversación, Lucy. Te lo digo, esa zorra lo dejará en cuanto encuentre una billetera más grande.

—Qué horror, de verdad. Es un comportamiento asqueroso, de ambos —añadió Lucy mientras las dos mujeres salían del baño.

Alondra se quedó inmóvil, con el corazón pesado. En una sola noche, la habían ignorado, llamado prostituta y cazafortunas, y el comentario insensible de Ignacio en la capilla la había destrozado.

Salió del cubículo y se miró en el espejo. Su rímel se había corrido en sombras oscuras alrededor de sus ojos, con líneas negras de lágrimas bajando por sus mejillas. Algunas de esas lágrimas habían manchado su vestido, un vestido que había comprado con el dinero de Ignacio. En ese momento, se sintió como una cazafortunas, una farsante. Todo lo que llevaba puesto, todo lo que la hacía lucir deslumbrante, era gracias al dinero de Ignacio. Y esa no era ella.

La mujer que la miraba desde el espejo, en el caro vestido, no se sentía como ella misma.

Alondra se limpió las lágrimas y el rímel corrido de su rostro. Soltó su cabello rizado, dejándolo caer naturalmente sobre sus hombros, agarró su bolso y salió del baño.

Encontró a Ignacio sentado en una mesa y se acercó a él. Él la vio y, de inmediato, se sorprendió por la expresión en su rostro.

—Ali, ¿qué te pasó?

—Se acabó. Ya no puedo más con esto —dijo con firmeza, aunque sus ojos empezaban a llenarse de lágrimas.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó, levantándose e intentando abrazarla, pero Alondra dio un paso atrás, fuera de su alcance.

—Estoy diciendo que me voy, Ignacio —explicó, su voz firme—. Ya no puedo más con esto —una lágrima escapó, deslizándose por su mejilla.

Ignacio se quedó helado, no tanto por sus palabras, sino por la certeza en su tono.

—Lo nuestro... se acabó —su corazón latía con fuerza, pero finalmente lo había dicho. Sus palabras, su tono, resonaban en la mente de Ignacio mientras la veía alejarse, dejando atrás la recepción de la boda.

Capítulo 10

Ignacio salió corriendo de la recepción, su pecho subiendo y bajando con dificultad mientras escaneaba el estacionamiento. El aire fresco de la noche lo golpeó, pero todo lo que podía pensar era en encontrarla. Sus ojos se movían frenéticamente, buscando el conocido resplandor del vestido rojo que le quedaba tan perfecto. Las únicas personas a su alrededor eran unos rezagados que bebían y fumaban cerca de la entrada, pero Alondra no estaba por ninguna parte.

Siguió caminando, su corazón latiendo con fuerza, sin querer rendirse. Entonces, finalmente, la vio. Estaba de pie en medio del estacionamiento, descalza, luchando por quitarse los tacones en una ráfaga de frustración y emoción, como una especie de Cenicienta moderna.

—¡Alondra! —gritó, apresurándose hacia ella, su voz urgente. Ella lo miró, y en la luz tenue, vio el rastro brillante de lágrimas en sus mejillas. Sus miradas se cruzaron por un segundo, pero ella apartó la vista, deslizándose para quitarse un tacón y tropezando con el otro, acelerando su paso.

Ignacio la alcanzó justo cuando ella se quitaba el segundo tacón. Ella se enderezó, con los zapatos en la mano, y reanudó su caminata, sus pies descalzos golpeando el concreto frío, dirigiéndose hacia la calle. Había una especie de determinación obstinada en su caminar, como si intentara escapar no solo del estacionamiento, sino de todo, de él, de la noche, del lío en el que se encontraban.

Sin pensarlo, Ignacio la tomó de la muñeca, pero ella la retiró agresivamente, su ira estallando. Él la alcanzó de nuevo, esta vez agarrándola con más fuerza, casi dolorosamente, atrayéndola hacia él. El cuerpo de Alondra se tensó, sus ojos se entrecerraron en desafío mientras luchaba por zafarse, pero antes de que pudiera empujarlo otra vez, los labios de Ignacio se estrellaron contra los suyos.

El beso fue repentino, áspero y desesperado. Ella luchó, sus puños golpeando sus brazos y costillas, tratando de liberarse. Pero Ignacio no la soltó. La sujetó más fuerte, sus labios presionados con fuerza contra los de ella, negándose a dejar que el momento se desvaneciera. Lentamente, a pesar de su resistencia, sintió cómo ella comenzaba a suavizarse. Los golpes se convirtieron en débiles agarres, y su cuerpo, que antes estaba tenso por la ira, empezó a derretirse en el de él. Los labios de Alondra, que antes estaban rígidos e inflexibles, se abrieron ligeramente, permitiendo que su lengua entrara en su boca.

Ella no quería ceder, su mente le gritaba que se detuviera, pero su cuerpo la traicionó. El calor de su abrazo, la forma en que sus manos sujetaban sus brazos y la mantenían tan cerca, envió una ola de deseo a través de ella que era imposible de negar. Su piel se erizó, su respiración se entrecortó, y sus manos encontraron el camino hasta la nuca de él, enredándose en su cabello. Un gemido escapó de sus labios mientras lo acercaba más, besándolo con una pasión que no podía suprimir.

Ignacio podía sentir su rendición, la forma en que su cuerpo se presionaba contra el suyo, la manera en que sus manos lo aferraban desesperadamente. Sabía cuánto lo deseaba, cuánto necesitaba esa conexión. Pero mientras su beso se profundizaba, algo oscuro y vacío lo carcomía. Su propio dolor, su propio miedo al abandono, empañaban el momento. Quería perderse en ella, dejar que el beso borrara el dolor, pero no podía. Había demasiado entre ellos, demasiado por decir, demasiado roto.

Se besaron durante lo que pareció una eternidad, perdidos el uno en el otro, de pie allí en medio del estacionamiento, ajenos al mundo que los rodeaba. El tiempo parecía detenerse, como si el universo se hubiera doblado sobre sí mismo, dejando solo a los dos en ese momento. Pero, eventualmente, Ignacio se separó, rompiendo el beso. Ambos estaban sin aliento, sus rostros sonrojados, sus corazones latiendo con fuerza.

Él dio un paso atrás, poniendo distancia entre ellos, su mandíbula apretada con fuerza, su expresión dura.

—No te voy a detener —dijo, su voz baja, casi un gruñido—. Si quieres irte, entonces vete. Pero no voy a dejar que te vayas sin recordarte cuánto te amo. Y lo que estás dejando atrás.

El aliento de Alondra se detuvo en su garganta, el peso de sus palabras golpeándola como un puño en el estómago. Sus labios temblaron mientras las lágrimas volvían a brotar en sus ojos, derramándose incontrolablemente.

—Ese es el problema, Ignacio —susurró, su voz quebrándose mientras movía lentamente la cabeza, las lágrimas corriendo por su rostro—. Es lo mucho que estamos dejando atrás.

Hizo una pausa, las palabras colgando pesadas en el aire entre ellos. Su voz tembló al hablar de nuevo, sus emociones crudas y expuestas.

—Ignacio, te amo —dijo, su voz apenas audible—. Pero no puedo seguir siendo tratada

así. Como si no fuera nada. Como si fuera alguna... prostituta que compraste en la calle cada vez que estamos juntos.

—¿Quién te trató así? —La voz de Ignacio cambió en un instante, su calma desapareciendo mientras su ira comenzaba a surgir. Alondra pudo verlo, sus ojos se oscurecieron y su mandíbula se apretó, la ira familiar burbujeando dentro de él. Sus puños se cerraron a los lados, y ella sabía que estaba listo para explotar.

—No te lo voy a decir —dijo Alondra, suave pero firme, tratando de evitar que la situación se descontrolara—. Es la boda de tu amigo. La noche ya está arruinada para nosotros, no voy a dejar que la arruinemos para todos los demás también.

La mirada de Ignacio se desvió hacia la entrada, donde el pequeño grupo de personas junto a la puerta los miraba abiertamente, su curiosidad evidente. Exhaló con fuerza, pasando una mano por su cabello mientras trataba de calmarse.

—Hablemos en el auto —dijo, su voz más calmada, pero aún con un tono urgente—. No podemos hacer esto aquí, no donde la gente pueda escucharnos. Por favor.

Alondra dudó, pero luego asintió, sus ojos aún húmedos de lágrimas no derramadas. Lo siguió en silencio hasta su auto, sus pasos pesados, como si el peso de la noche presionara sobre sus hombros. Ignacio abrió la puerta del pasajero para ella, sus movimientos rígidos y contenidos, y una vez que estuvo dentro, él se deslizó al asiento del conductor junto a ella.

El silencio entre ellos era espeso, opresivo. Alondra se secó los ojos, tratando de recuperar la compostura.

—Es extraño —murmuró, su voz temblorosa—. Cómo algo tan feliz como una boda puede sacar lo peor de nosotros.

Las manos de Ignacio apretaron el volante con fuerza, sus nudillos volviéndose blancos.

—¿Por qué pasó esto? —murmuró, mirando al frente—. Se suponía que íbamos a pasar un buen rato. Beber, bailar, y... tal vez escondernos en algún lugar y besarnos toda la noche. Su voz estaba baja, casi hueca, como si no pudiera creer cómo se había desarrollado la noche.

—Todo salió mal desde el principio —dijo Alondra suavemente, mirando por la ventana —. Tal vez... tal vez no somos tan buenos juntos como pensamos. Las palabras salieron a regañadientes, como si las estuvieran arrancando del lugar más profundo de su corazón. Una lágrima fresca resbaló por su mejilla, y rápidamente la limpió, pero Ignacio lo notó.

Tragó con dificultad, su garganta apretada por la emoción.

—No puedes estar hablando en serio —dijo, su voz temblando ligeramente. Se giró hacia ella, sus ojos abiertos en desesperación—. Me niego a pensar eso, Alondra. Todo se desmorona

cuando no estamos juntos. No recuerdo ni quién era antes de que llegaras a mi vida.

Alondra mordió su labio, el sabor amargo de sus propios sentimientos subiendo por su garganta.

—Hay una cosa que sí recuerdo —dijo, su voz cargada de amargura silenciosa—. No me sentía como la novia trofeo de alguien en ese entonces.

Sus palabras lo golpearon como un puñetazo en el estómago. La respiración de Ignacio se detuvo, y por un momento no pudo hablar. —¿Soy yo? —preguntó, su voz rasposa, apenas un susurro—. ¿Te hago sentir así? —Buscó su rostro, el dolor en sus ojos inconfundible.

La mirada de Alondra se suavizó, y suspiró. —No cuando estamos a solas —dijo, su voz tierna, como si deseara no tener que lastimarlo de esa manera.

—¿Pero? —insistió Ignacio, el silencio que siguió a sus palabras pesando entre ellos.

Alondra dudó, sus manos descansando en su regazo, sus dedos retorciéndose nerviosamente. No pudo mirarlo a los ojos, la verdad demasiado dolorosa para decirla en voz alta. —Pero cuando estamos con otras personas —admitió finalmente, su voz apenas un susurro —, todo cambia.

Ignacio la miró fijamente, su corazón hundiéndose mientras sus palabras se posaban sobre él. —Alondra, mírame —pidió, su voz quebrándose. Pero ella no pudo. Su mirada permaneció fija en sus manos, como si pudiera evitar el peso de lo que estaba diciendo sin mirarlo.

—No eres un trofeo para mí —dijo después de una larga pausa, su voz baja y sincera—. Eres todo.

Alondra movió la cabeza ligeramente, las lágrimas volviendo a llenarle los ojos. —Tal vez tú creas eso, Ignacio. Tal vez cuando estamos a solas, yo también lo crea. Pero allá afuera... con ellos... es diferente. Me siento como un premio que has ganado, algo para presumir. No alguien a quien amas.

—Por favor explícamelo, porque no entiendo nada —dijo Ignacio, su frustración saliendo a la superficie.

Alondra respiró entrecortadamente, sus lágrimas dificultando hablar. —Esta noche, por ejemplo... Hablaste de mí como si ni siquiera estuviera allí, como si fuera invisible. Te jactaste del auto que me diste, como si fuera un premio, y la gente te juzgaba, pero me juzgaron aún más a mí —su voz vaciló mientras otra lágrima se deslizaba por su mejilla, y hizo una pausa, intentando tranquilizarse.

El ceño de Ignacio se frunció. —Pero me gusta hablar de ti. Alondra, eres increíble. Has

cambiado toda mi vida, ¿cómo no voy a hablar de ti si eres todo para mí? ¿No es obvio cuánto te amo? —Extendió la mano para tomar la suya, su agarre cálido pero urgente.

—¿Pero la gente...? —comenzó ella, solo para ser interrumpida por Ignacio.

—¿La gente? Sí, sí, 'la gente esto y la gente aquello', ¿A quién le importa lo que piense la gente? ¡Solo me importas tú! —su voz se elevó en irritación, sin entender por qué esto le importaba tanto a ella.

—¡Pues a mí sí! —gritó ella, sorprendiendo incluso a sí misma con la fuerza de sus palabras—. ¡A mí sí me importa lo que piensen de ti! ¿Y no te importa lo que piensen de mí? ¡Matías pensó que era una prostituta! Incluso me preguntó cuánto me pagabas, para poder ofrecerme el doble. —La voz de Alondra se quebró, el dolor derramándose—. Y esa mujer, Lucy Bracho, me llamó interesada. Dijo: '¿Cómo puedes salir con alguien que podría ser tu hija?' ¿No lo ves, Ignacio? Esos son tus amigos, tus viejos amigos, y esto es lo que piensan de tí y de mí. Así que sí, me importa demasiado. Y no solo es a mí, Ana está siendo acosada por culpa de nosotros.

A medida que el peso de sus palabras caía sobre él, Alondra se dio cuenta de que su voz había subido más de lo que había querido. Se giró, su respiración entrecortada, el ardor de todo demasiado crudo.

Ignacio permaneció en silencio un momento, sus manos aferrándose al volante. —¿Matías te preguntó eso? —dijo, su voz baja y temblorosa por la ira apenas contenida. Sus ojos brillaron de furia—. Voy a matar a ese maldito imbécil.

Se levantó para abrir la puerta del auto, listo para salir, pero Alondra le agarró el brazo, deteniéndolo.

—¡No! Ignacio, no. No vamos a arruinar la boda de Tomás por esto —suplicó, deteniéndolo—. Esto no se trata solo de ellos. Se trata de nosotros. De lo que estamos perdiendo.

—Yo no pierdo nada —dijo Ignacio con firmeza, sus ojos todavía encendidos—. No me importa lo que digan, no voy a rendirme contigo.

Los ojos de Alondra se suavizaron, su agarre en su brazo aflojándose mientras el peso de sus emociones caía sobre ella. —Pero lo estás haciendo, Ignacio. Estás renunciando a tu reputación por mí. Y solo va a empeorar. Va a empezar a afectar tu trabajo, tu carrera. Y no quiero eso. ¿Y qué hay de Ana? ¿No te importa cómo le está afectando esto?

—Claro que me importa Ana —respondió Ignacio, su voz más suave ahora pero aún cargada de emoción—. Pero no me importa mi reputación. No me importa lo que digan. Te quiero, Alondra. Eso es todo lo que me importa. —Tomó su mano, su toque lleno de desesperación, sus ojos buscando los de ella en busca de comprensión.

—¿Qué hay de mis sueños? ¿O de las cosas que quiero en la vida? —preguntó Alondra, su voz temblando. Pero el rostro de Ignacio estaba vacío, perdido—. En la capilla dijiste que no te casarías otra vez. Pero yo sí quiero. He estado soñando con mi vestido de novia y con todo desde que era niña. Quiero casarme algún día, con un hombre al que ame y que comparta ese sueño.

Ignacio no respondió. El peso de sus palabras se instaló entre ellos, y permaneció en silencio, incapaz de encontrar algo que pudiera arreglar esta creciente grieta.

—¿Y los hijos? —continuó ella, su voz suave pero insistente—. Quiero tener hijos, uno o dos. La mitad yo, la mitad tú, corriendo por la casa, jugando, riendo. ¿Tú quieres tener hijos otra vez, Ignacio? —La pregunta de Alondra colgó en el aire como un desafío. Pero, una vez más, el silencio de Ignacio le dio respuesta. Miraba hacia adelante, su rostro tenso, su cuerpo rígido. No sabía cómo responder a sus sueños, sueños que él ya había vivido y no estaba seguro de querer revivir.

Su silencio fue como una bofetada fría en su rostro. La verdad que temía estaba ahora clara: todo lo que ella quería, él ya lo había vivido, y tal vez no quería pasar por eso otra vez. Un suspiro amargo escapó de sus labios.

—No quiero renunciar a mis sueños —dijo Alondra suavemente, su corazón rompiéndose con cada palabra—. Estar contigo es lo mejor que me ha pasado en la vida, pero ¿debo olvidar mis sueños solo para quedarme contigo? ¿Con alguien que me usa para presumir ante sus amigos y follarme cuando quiere? —Su voz se quebró, pero siguió adelante, empujando a través del dolor—. Porque hasta ahora, eso es todo lo que hemos hecho, Ignacio.

Los ojos de Ignacio brillaron de ira. —¿Es eso lo que realmente piensas, Alondra? ¿Que eso es todo lo que hemos hecho? —Su voz estaba cargada de frustración, apenas controlando su temperamento—. Estoy sin palabras, porque todo lo que he hecho, desde el primer día, es amarte, Alondra Blanco. Amarte. ¿Y ahora me dices esto? ¿Que para ti solo es follar y presumir? —Su voz se alzó, temblando de emoción, y en un momento de ira incontrolada, estampó su puño contra el volante—. ¡Maldita sea! —gritó, su ira desbordándose—. ¡Fui a Las Colinas por ti! ¡Monté un maldito toro solo por ti! ¿Eso fue mostrarte como un trofeo? ¿Y cuando tu madre se burló de mí, yo di la otra mejilla por ti? ¿Crees que lo merecía? ¡Lo hice por ti!

Alondra se estremeció al escuchar el sonido de su mano golpeando el volante, el aire se le fue del pecho. El miedo brilló en sus ojos y se alejó de él.

—Abre la puerta —dijo en voz baja, con tono firme pero lleno de dolor—. Por favor. No puedo hablar contigo así.

El pecho de Ignacio se agitó al darse cuenta del miedo en sus ojos. Su rabia se desvaneció en algo más: arrepentimiento, vergüenza.

—Alondra, lo siento —susurró, con la voz quebrada. Estiró la mano hacia ella,

desesperado por su toque, por una señal de tranquilidad. Pero ella se apartó, su miedo más fuerte que su disculpa.

—Abre la puerta —repitió Alondra, con la voz quebrada. Ignacio permaneció inmóvil, respirando de manera irregular, sintiéndose al borde de las lágrimas.

—¡Abre la puerta! —gritó ella, rompiendo el pesado silencio entre ellos. En el momento en que escuchó el clic, Alondra empujó la puerta y salió tambaleándose, cayendo al suelo, respirando con dificultad entre sollozos.

Ignacio inmediatamente salió del auto, corrió hacia ella, que se encontraba encogida en el suelo, temblando con cada respiración agitada. Extendió la mano y tocó suavemente su hombro, pero ella se estremeció y le apartó la mano.

—Alondra, por favor, lo siento. De verdad lo siento —susurró, desesperación en su voz. Lentamente, con cautela, la rodeó con sus brazos, temiendo que ella lo rechazara por completo. Pero esta vez, ella no se apartó.

Los sollozos de Alondra rompieron la quietud de la noche mientras enterraba su rostro en su pecho, con las lágrimas empapando su camisa y dejando rastros de rímel. Ignacio la abrazó con fuerza, sus propias lágrimas amenazando con salir, pero las contenía, negándose a desmoronarse. Aún no.

—No quiero que te vayas, Alondra —murmuró en su cabello, pero en el fondo temía que ya fuera demasiado tarde—, ya te he perdido.

—Yo tampoco quiero —susurró ella, temblando—. Pero, cariño, no puedo perderme a mí misma —Se apartó un poco para mirarlo, con los ojos rojos e hinchados—. Todas esas cosas que me has dado, el auto, este vestido, los zapatos, el maquillaje, no soy yo. No soy esta chica glamorosa, bronceada de Valle del Sol, esperando que algún príncipe azul me lleve. Soy una chica de campo de Las Colinas. Trabajo duro, monto a caballo, me ensucio las manos. Hago crecer cosas del suelo. ¿Esto? —dijo, señalando el elegante vestido que llevaba, la viva imagen de una vida que no era la suya—. Esto no soy yo.

El pecho de Ignacio se apretó mientras las palabras de Alondra calaban hondo. Miró el vestido que le había comprado, un símbolo de la vida que él pensaba que la haría feliz.

—Nunca quise cambiarte, Alondra —dijo, con la voz quebrada. Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras luchaba por hablar—. Te amo por lo que eres. Siempre lo he hecho. Y entonces, por primera vez, Ignacio permitió que se rompiera. Lágrimas silenciosas recorrieron su rostro, el peso de sus emociones finalmente lo abrumó. Alondra nunca lo había visto llorar antes, y verlo ahora, tan desnudo, tan vulnerable, solo profundizó su propio dolor.

—Sé que lo haces —dijo suavemente, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano —. Y yo también te amo, Ignacio —Se quedaron allí, abrazados, como si el mundo hubiera desaparecido a su alrededor. En el silencio, encontraron un breve momento de paz, la tormenta

de emociones calmándose solo por un instante.

Después de lo que parecieron horas, Ignacio finalmente habló, su voz apenas más que un susurro.

—Entonces... ¿realmente esto ha terminado? —No la miró, estaba demasiado temeroso de enfrentar sus ojos, demasiado temeroso de escuchar las palabras que podrían destrozarlo por completo.

El corazón de Alondra latía con fuerza mientras hablaba, temerosa de la verdad en sus propias palabras.

—No lo sé... solo necesito tiempo, necesito respirar —susurró, con la voz temblorosa—. Te amo tanto, Ignacio, más de lo que puedo decir, pero necesito encontrarme a mí misma de nuevo. Necesito sentirme como Alondra Blanco, no esta princesa fabricada —El aire entre ellos estaba cargado de palabras no dichas mientras se sentaban en silencio junto al auto.

—Debería irme —dijo finalmente, rompiendo el silencio.

—Te llevo a casa —ofreció Ignacio rápidamente, desesperado por mantenerla cerca, aunque fuera un poco más.

—No —respondió ella firmemente, moviendo la cabeza—. Llamaré un Uber. Solo... necesito estar sola —Luego se volvió hacia él, su mirada suavizándose mientras se acercaba a borrar las lágrimas que recorrían su rostro—. Necesito respirar. Espero que lo entiendas.

Ignacio se inclinó lentamente, presionando sus labios contra los de ella en un suave beso. Podía saborear la sal de sus amargas lágrimas, que se mezclaban con las suyas mientras profundizaba el beso, aferrándose al último momento de conexión.

—Te amo —murmuró, mirando sus intensos ojos marrones, buscando algún tipo de respuesta, alguna señal de tranquilidad.

—Yo también te amo, Ignacio —respondió suavemente, con la voz temblorosa por la emoción antes de levantarse y alejarse, desapareciendo en la noche. Su presencia perduró mucho después de que se fuera, su voz, su toque, su rostro acechando sus pensamientos mientras él permanecía en el suelo, perdido en el momento.

Ignacio se levantó y volvió al auto, cerrando las puertas detrás de él. Su instinto era correr tras ella, protegerla, mantenerla a salvo. Pero en el fondo sabía que tenía que dejarla ir. El espacio silencioso y cerrado del auto se sintió reconfortante, ofreciendo un pequeño refugio mientras la realidad de la situación comenzaba a asentarse. A sus 46 años, pensó amargamente, allí estaba, llorando como un niño. Pero se permitió llorar, dejando que las lágrimas cayeran libremente. No había vergüenza en ello. *Los hombres también pueden llorar.*

El silencio dentro del auto rápidamente se volvió insoportable, presionando sobre él como un peso en el pecho. Bajó las ventanas, desesperado por aire fresco. El suave murmullo de la música que venía de la fiesta de bodas cercana rompió la quietud, pero solo lo irritó. Ignacio quería apagarlo todo, no oír, no sentir, no existir en ese doloroso momento.

Buscando las llaves, encendió el motor y comenzó a conducir lentamente hacia Bel Air, dejando que la cálida brisa nocturna fluyera por las ventanas abiertas, acariciando su cabello y refrescando su rostro cubierto de lágrimas. Pero mientras conducía, Valle del Sol de repente se sintió apagada y sin vida. ¿Cómo podría caminar por estas calles sin Alondra a su lado? ¿Cómo podría disfrutar de esta ciudad sin su mano en la suya?

—¿Tiempo? —murmuró amargamente para sí mismo—. Si amas a alguien, ¿por qué necesitarías malditamente tiempo? Las palabras se sintieron vacías al salir de su boca, incapaces de responder las preguntas que carcomían su corazón.

En lugar de ir directamente a casa, Ignacio condujo sin rumbo por la ciudad, no listo para enfrentar el vacío de su casa. Finalmente, se detuvo en una gasolinera, llenando el tanque más por costumbre que por necesidad. Entró a la tienda y agarró un paquete de cigarrillos antes de reanudar su camino.

Una vez dentro del auto, Ignacio encendió un cigarro. Hacía años que no fumaba, pero ahora lo necesitaba. El familiar sabor de la nicotina se instaló en su lengua, y el humo que quemaba su garganta le brindó una extraña sensación de consuelo. Le recordó sus días universitarios, ofreciéndole una breve distracción del dolor y vacío que Alondra había dejado atrás. El acto de fumar se sintió extrañamente centrador, algo en lo que concentrarse aparte del caos de sus emociones.

Después de conducir sin rumbo por un rato, disfrutando del cigarro hasta que la última ceniza se desmoronó, Ignacio finalmente llegó a su casa. La casa, la que había construido con años de esfuerzo, estaba en la penumbra de la noche con solo una luz encendida en el interior. Estacionó frente a la entrada principal, apretando la caja de cigarrillos en la mano, y abrió la puerta con un profundo suspiro.

Las llaves cayeron con estruendo sobre la pequeña mesa junto a la entrada mientras él avanzaba, dirigiéndose hacia la sala. Allí, sentada en la base de las escaleras, estaba Ana. Seguía con su vestido azul brillante, el cabello medio suelto, el maquillaje corrido sobre su rostro. Estaba claro que no solo él había tenido una mala noche.

—¿Qué pasó? —preguntó Ignacio suavemente, notando la quieta miseria grabada en la cara de su hija.

Ana levantó la vista lentamente, con los ojos hinchados por las lágrimas, el rímel cayendo por sus mejillas. —Carlos nunca apareció —murmuró, su voz llena de amargura—. Ese cabrón me dejó plantada.

Ignacio suspiró profundamente, sintiendo que el peso de la noche presionaba aún más sobre su pecho. Se dirigió a la cocina y comenzó a buscar el bourbon que había estado guardando para una ocasión especial. Esta noche, sin embargo, parecía el momento adecuado para abrirlo. Regresó a las escaleras con la botella y dos copas, y se sentó junto a Ana. Sirvió una cantidad generosa de bourbon en cada vaso y le entregó uno a ella.

Ana le ofreció una débil sonrisa, sus labios apenas curvándose mientras tomaba un sorbo. Ignacio hizo lo mismo, dejando que el ardor del bourbon coincidiera con el dolor sordo que sentía por dentro.

—¿Dónde está Ali? —preguntó Ana, con voz tímida.

—Me dejó —respondió Ignacio, sus palabras cargadas de amargura—. Al parecer, necesita algo de espacio —agregó, tomando otro trago largo y dejando que el alcohol le quemara la garganta, con la esperanza de que adormeciera el dolor.

Ana dejó escapar una risa vacía, levantando su copa en un brindis irónico. —Esta noche es una mierda para los Martínez, supongo.

Chocaron sus copas, la ironía de la situación flotando en el aire. Durante un momento, se quedaron en silencio, ambos tomando sus tragos y sus corazones rotos.

—¿Qué nos pasó? —preguntó Ignacio finalmente, su voz suave, teñida de arrepentimiento—. Recuerdo que solías ser esa chica brillante y divertida que siempre tenía una sonrisa en el rostro, siempre animando a la gente. Y ahora, te encuentro así... —Colocó su mano suavemente sobre la parte posterior de la cabeza de Ana, acercándola hacia él. Su brazo pasó sobre su hombro mientras ella apoyaba la cabeza en su pecho, buscando consuelo en el abrazo.

—Lo sé —respondió Ana en voz baja. Su voz temblaba mientras continuaba—. Pensé que alguien me quería. Le creí, pero... obviamente, no era verdad —Una lágrima solitaria resbaló por su mejilla, traicionando la vulnerabilidad que intentaba contener. Miró a Ignacio, sus ojos reflejando el dolor—. ¿Y tú? ¿Qué te pasó? Solías ser tan serio, tan metido en tu propio mundo que prácticamente olvidaste que tenías una vida.

—Alondra pasó —respondió Ignacio, su voz suave, casi distante—. Y ahora... no sé cómo amarla de nuevo. Supongo que he estado tan solo por tanto tiempo que olvidé cómo amar a alguien... cómo estar con alguien —La confesión colgó en el aire una cruda admisión de su propia soledad.

Ambos levantaron sus copas y bebieron en silencio, con el peso de su miseria compartida hundiéndose en ellos. Ignacio tomó la botella y volvió a llenar el vaso de Ana antes de sacar un cigarro de su bolsillo.

—Pensé que no fumabas —comentó Ana, observándolo de cerca.

—No fumo —respondió él, encendiendo el cigarro y dando una lenta calada, el humo envolviéndolo—. Pero mira cómo estamos. ¿Cómo terminamos así? ¿Tan... miserables? ¿Qué demonios nos pasa?

—Nos enamoramos —dijo Ana, las palabras amargas en su lengua. Pero después de una breve pausa, sacudió la cabeza—. No... tú te enamoraste de Alondra. Yo, por otro lado, dejé de enamorarme de mí misma.

Ignacio dejó que las palabras calaran, exhalando una nube de humo y observando cómo se formaban anillos perfectos en el aire.

—Entonces, el amor es la fuente de todos nuestros problemas, ¿verdad? —preguntó, su voz cargada de una irónica vacuidad.

—Sí —respondió Ana, bebiéndose su copa de un solo trago—. El amor siempre traerá problemas.

Un silencio se instaló entre ellos, ambos perdidos en sus propios pensamientos. Luego Ignacio se giró hacia Ana, ofreciéndole un cigarro de su paquete.

—¿Quieres uno? —preguntó, la pregunta casual, pero su tono cargado de un entendimiento tácito.

Ana dudó por un momento, una chispa de confusión cruzó su rostro. Pero luego, con un suspiro, cedió.

—¿Por qué no? —dijo, tomando el cigarro entre los dedos.

—Te voy a regañar si esto se convierte en un hábito —advertió Ignacio, encendiéndolo para ella.

—Mira quién habla —respondió Ana con una leve sonrisa—. Solo por esta noche. Y eso te incluye a ti también, papá —Levantó el cigarro en un brindis irónico.

Ignacio sonrió con desdén, chocando su copa contra la de ella mientras compartían el momento, el amargo ardor de la nicotina y el alcohol uniéndolos en su dolor compartido. Ana dio una calada cautelosa, tosiendo inmediatamente, el humo fuerte atorándose en su garganta. Ignacio se rió, dándole una palmada en la espalda suavemente.

—Solo para que lo sepas —dijo suavemente, su voz llena de una ternura que rara vez mostraba—, te quiero. Si eso te hace sentir mejor —Se inclinó y le besó la frente, el simple gesto un bálsamo para las almas heridas de ambos.

—Te quiero también, papá —dijo Ana suavemente, su voz llena de calidez. Lo miró, sus ojos aún brillando con lágrimas no derramadas—. No importa lo que pase, siempre nos

tendremos el uno al otro, ¿verdad?

Ignacio asintió, una leve sonrisa curvando las comisuras de sus labios. El vínculo entre ellos, aunque desgastado por el dolor de la noche, se sentía inquebrantable en ese momento. Pero justo cuando el peso de su silencio compartido comenzaba a sentirse reconfortante, el teléfono de Ignacio vibró ruidosamente, rompiendo la frágil paz.

—No —respondió Ignacio al ver la pantalla, levantando su vaso y tomando otro sorbo de bourbon, como para ahogar la persistente vibración.

La curiosidad de Ana creció. —¿Quién es? —insistió, y el zumbido llenó la habitación de una tensión no deseada.

Ignacio dudó, apretando un poco más el vaso con la mano. —Es Alondra —admitió finalmente, con la voz baja y tensa, como si el simple hecho de decir su nombre fuera suficiente para reabrir una herida fresca.

Ana lo miró, notando cómo observaba la pantalla pero dudaba en responder.

—¿Vas a contestar eso? —preguntó, el ceño fruncido—. Podría ser importante.

Capítulo 11

—Por favor, contéstame —susurró Alondra, con la voz apenas audible mientras presionaba su celular contra la oreja.

Estaba sentada en la cama de su dormitorio, aún con el caro vestido que había usado esa noche, un contraste evidente con el vacío que sentía en el pecho. Podía sentir su corazón temblar, como si pendiera de un hilo con cada tono sin respuesta. A pesar de la decisión que había tomado de darse un tiempo, extrañaba terriblemente a Ignacio. La forma en que se había ido, precipitada, incompleta, la atormentaba cada instante.

Tras varios intentos, las llamadas cesaron. Apartó el teléfono de su oído, dejando que la frustración y la añoranza se asentaran como un peso sobre sus hombros. *Quizá está dormido,* pensó, intentando convencerse a sí misma. *Tal vez dejó el teléfono en otro lado.* Con un suspiro, colocó el celular a su lado y se levantó, dirigiéndose hacia el armario.

El aire fresco de la habitación rozó su piel cuando abrió la puerta y empezó a revolver entre las perchas. Pero, al alcanzar una de ellas, su reflejo en el espejo la sorprendió. Se quedó inmóvil. El maquillaje arruinado manchaba la piel bajo sus ojos; su cabello, meticulosamente peinado horas antes, ahora caía en ondas desordenadas alrededor de sus hombros. Sus pies estaban sucios, después de haber caminado descalza por el caos de la noche.

—¿De verdad soy así de... desastrosa? —murmuró, observándose detenidamente.

Llevó una mano a su cabello, retirando las horquillas una por una. Tomó una coleta y se lo recogió en una simple cola de caballo, sintiéndose como una versión de sí misma que le era tanto familiar como ajena.

Miró sus propios ojos en el espejo, su mirada suave, pero cargada de arrepentimiento. Empezó a quitarse las pestañas postizas, mientras la irritación en sus ojos por el llanto hacía que el dolor no dicho creciera con cada movimiento. *Así es como me he estado escondiendo,* pensó,

mientras limpiaba su rostro en un gesto que parecía casi simbólico. *Estoy limpiándome de las mentiras, intentando ver lo que hay detrás de todo esto.*

Conforme el maquillaje desaparecía, su piel pálida reapareció, recordándole quién era en realidad: la chica que solía conocer antes de las pretensiones.

—Lo siento —susurró a su reflejo, mientras una lágrima rodaba por su mejilla—. Por todo lo que te he hecho pasar.

Otra lágrima la siguió, y sintió el peso de su propia disculpa.

—Lo siento por haberte encerrado... por haberte ocultado.

Con manos temblorosas, alcanzó el cierre de su vestido. Era caro, un símbolo de la vida que había tratado de abrazar, pero se deslizó por sus hombros hasta el suelo sin más importancia que la del momento que representaba. El vestido se acumuló a sus pies, y se quedó ahí por un momento, observando su reflejo: su cuerpo delgado, su vulnerabilidad. Se quitó los pendientes, dejándolos caer sobre el vestido como pequeños símbolos de la fachada que había construido a su alrededor.

Se puso algo más cómodo, un suéter holgado cuya suave tela pareció calmar su alma cansada. Se metió en la cama, subiendo la colcha hasta la barbilla, pero el calor de las mantas no logró apaciguar la tormenta dentro de ella. Su mente seguía volviendo a Ignacio.

Sus ojos se abrieron de golpe. El teléfono en la mesita de noche parecía burlarse de ella, silencioso e inmóvil. Lo alcanzó, sus dedos rozaron la pantalla y su corazón latió con fuerza en el pecho. No había mensajes nuevos. Miró la pantalla vacía, con el pulgar flotando sobre el ícono de WhatsApp. Lo abrió y entró a su conversación con Ignacio. Esperó a que apareciera la palabra En línea bajo su nombre, como si ese pequeño indicador pudiera decirle todo lo que necesitaba saber.

Nada ocurrió.

—Déjalo en paz —se dijo a sí misma—. Él también necesita tiempo, solo déjalo ser.

Un suspiro pesado escapó de sus labios.

Ignacio, solo quería que supieras que estoy bien, escribió. E*stoy en mi dormitorio y todo está bien, supongo. Te amo, y espero que podamos hablar pronto.*

Se detuvo. Su pulgar titubeó sobre el botón de enviar, el peso de su decisión oprimiendo su pecho. *¿Debería enviarlo? ¿Debería dejarlo respirar?* La incertidumbre revoloteó en su cabeza. Presionó el botón, y las dos marcas de verificación aparecieron casi de inmediato.

Bloqueó el teléfono y lo lanzó a un lado, dándose la vuelta en la cama. Miró al techo, sus

ojos trazando las pequeñas grietas que marcaban su superficie.

—¿Qué pasa con estas grietas? —murmuró, sus pensamientos divagando entre fragmentos de su vida: recuerdos de sus cuerpos entrelazados, la pelea que había dejado su corazón en pedazos, el vestido caro que seguía sintiéndose demasiado ajustado para su alma, y la idea absurda de que el techo se derrumbara sobre su cabeza por culpa de esas grietas.

—Qué estupidez, Alondra —se dijo, soltando una risa amarga y sacudiendo la cabeza—. Duérmete de una vez.

Empezó a contar.

—Un techo roto en mi cabeza. Dos techos rotos en mi cabeza. Tres techos rotos en mi cabeza...

Era un juego infantil, una forma de distraerse del caos en su mente. Pero, en algún punto entre lo absurdo y el ritmo de sus pensamientos, una pequeña sonrisa rompió su agotamiento. La cuenta continuó, y poco a poco sintió que sus párpados se volvían más pesados. Su respiración se estabilizó, y se quedó dormida.



El sueño llegó como una ola, estrellándose en su mente con una fuerza implacable.

La piel de Alondra era suave bajo sus dedos, su mano deslizándose lentamente por la curva de su espalda. Podía sentir el calor de su cuerpo contra el suyo, el ritmo de su respiración sincronizándose con el propio.

—Ignacio... —susurró ella en su oído, su voz llena de calor y promesas.

Sus ojos, marrones y profundos como un abismo, se clavaron en los de él mientras se movía contra su cuerpo. Su aroma era embriagador, envolviéndolo como una droga de la que no podía escapar.

—Ignacio... —repitió ella, su voz cargada de deseo.

No pudo resistirse. Sus labios encontraron el cuello de ella, besando y mordiendo suavemente, dejándose llevar por las sensaciones que lo consumían. Pero algo cambió.

Una imagen terrible y discordante irrumpió en la neblina de la pasión. Parpadeó, y de

repente, la hermosa visión frente a él desapareció. En su lugar, vio un agujero desgarrador en su pecho, la piel rota y en descomposición, con gusanos arrastrándose en el oscuro vacío. Su piel había adquirido un tono azulado antinatural, sus ojos estaban vacíos y sin vida. La mujer que amaba, la vida que conocía, se desmoronaba frente a él.

Miró hacia abajo, y su mano se cerró alrededor de su corazón... *su corazón*. La imagen lo golpeó como un rayo.

—¿Qué demonios...? —balbuceó, mientras el pánico lo invadía al aferrar el órgano sin vida.

La voz de ella, antes llena de vida, volvió a escucharse, pero esta vez era hueca.

—Ignacio... —dijo, con un tono cargado de tristeza y pérdida.

Su voz resonó en el espacio entre ellos, cada repetición como una daga que se clavaba más profundo en su pecho. El horror de la imagen, la pérdida, lo abrumó. Intentó gritar, pero ningún sonido salió de su boca. La desesperación lo consumió.

Y entonces, de repente, abrió los ojos de golpe. Su cuerpo se incorporó en la cama, empapado de sudor. Su corazón latía con fuerza contra su pecho, el sueño aún aferrándose a los rincones de su conciencia.

Parpadeó, desorientado, intentando sacudirse los restos de la pesadilla.

—Solo fue un sueño —murmuró para sí mismo, su voz temblorosa—. No era real.

Se dejó caer hacia atrás, cerrando los ojos por un momento, pero la imagen seguía allí, grabada en su mente como una cicatriz que se negaba a desaparecer.

—Solo fue un sueño —susurró para sí mismo, su voz rota por el terror persistente.

Durante los últimos días, la misma pesadilla lo había estado acechando. No importaba cuántas veces despertara, esa inquietante sensación de desasosiego permanecía. La luz del sol comenzaba a filtrarse en su habitación, colándose por los bordes de la cortina como un intruso silencioso. Ignacio se levantó, arrastrándose hasta la ventana y apartando las cortinas para dejar que la luz inundara el espacio. El mundo exterior, bañado en la calidez de la mañana, le ofreció una fugaz sensación de calma.

Pero junto con la luz, llegó la fría realización del tiempo. Su mañana ya se le escapaba de las manos. Se apresuró al baño, moviéndose de manera mecánica, como un reloj que marca su rutina sin pensamiento alguno. Era como si alguien hubiera puesto su vida en "automático", y ahora solo se limitaba a cumplir con el ciclo: trabajar, volver a casa, repetir.

Habían pasado semanas desde la boda, desde la última vez que había visto a Alondra.

Tomás seguía fuera, en su luna de miel, dejando a Ignacio solo la mayor parte del tiempo. No estaba completamente solo, claro. Ana estaba cerca, pero incluso con su compañía, había una profunda sensación de vacío. El peso de su soledad lo oprimía, lo asfixiaba, pero no lograba que le importara.

El agua caliente caía sobre él en la ducha, el ritmo reconfortante hacía poco por calmar la tormenta en su cabeza.

—¿Qué significa todo esto? —murmuró, mientras las gotas golpeaban su piel.

La pesadilla se aferraba a él, persistente como una sombra. Y Alondra... su rostro, su voz, eran un eco constante en su mente. Cada vez que intentaba apartarla, olvidarse del peso de sus últimas palabras, su voz regresaba, más suave que antes, pero más punzante con cada recuerdo.

—¿Soy yo la razón por la que no está bien? —se preguntó, con un nudo en la garganta.

La duda lo consumía, negándose a desaparecer. Se suponía que lo de ellos era algo hermoso, algo especial... pero tal vez no lo era. Tal vez no eran tan buenos juntos como pensaban. La idea le dolió, y cerró los ojos, dejando que el agua caliente quemara su piel, con la esperanza de que las dudas se desvanecieran con el calor.

Después de la ducha, se vistió rápidamente, aún perdido en sus pensamientos. Tomó su teléfono y bajó las escaleras, sus pasos tan automáticos como el resto de su rutina matutina. Sobre la encimera de la cocina, Ana había dejado una nota para él, un pequeño gesto que, aunque sencillo, era reconfortante.

Te quiero.
PD: sonríe

Las simples palabras lo hicieron detenerse. Miró la carita sonriente junto a ellas, y por un breve momento, una pequeña sonrisa se dibujó en las comisuras de sus labios.

—Sonríe... —repitió en un murmullo, como si eso pudiera arreglarlo todo, como si pudiera hacer que el dolor en su pecho se desvaneciera.

Los panqueques que Ana le había dejado tenían un aspecto... sospechoso. La amaba, claro, pero su cocina no era precisamente de primera. Ya podía imaginar el sabor aguado, ese intento de dulzura que nunca terminaba de funcionar. Aun así, los tomó y los guardó, sabiendo que un plato vacío la haría feliz. Era un pequeño gesto, pero suficiente. Por ahora, tenía que ser suficiente.

El resto de su día continuó con el mismo ritmo monótono. Cada tarea se fundía con la siguiente, convirtiéndose en una sombra de sí mismo: trabajo, pacientes, casa. Nada era vibrante. Nada se sentía vivo.

En el complejo médico, Ignacio pasó junto a Valeria, que hablaba animadamente por teléfono, su risa elevándose por encima del bullicio del pasillo concurrido. Ni siquiera la miró. Al entrar a su oficina, fue directamente a su escritorio, encendiendo la computadora y fijando la vista en el montón de papeles que esperaban su firma. Estar a cargo de un grupo de investigación… Había parecido tan emocionante cuando solo era una idea, algo por lo que había trabajado tanto. Ahora se sentía como un peso, una carga que apenas podía soportar.

Lanzó una mirada a los papeles, pero su mente estaba en otra parte.

—Es emocionante —pensó de repente, sintiendo un tirón en el pecho—. Alondra…

Alondra le había devuelto la vida. Había traído color a su existencia gris, encendido algo en él que ni siquiera sabía que tenía. Y ahora, sin ella, todo parecía apagado. Las páginas frente a él se desdibujaron mientras cerraba los ojos por un momento, dejando que una profunda pena se asentara en su pecho.

—¿Cómo pude dejarla escapar? —murmuró en voz baja, con los ojos clavados en el escritorio.

La extrañaba cada día. A veces era solo un anhelo leve, una punzada silenciosa en el fondo de su mente, pero hoy... hoy lo golpeaba con fuerza. La vista de la camilla de exámenes era como un recordatorio cruel de todo lo que había perdido. La memoria de la primera vez que la vio inundó su mente: el rubor en sus mejillas cuando se sentaba, la suavidad de su piel durante aquella prueba de alergias, y la forma en que siempre aparecía, pícara y llena de vida, lista para arrastrarlo a un rato inolvidable sobre su escritorio. Esos recuerdos eran como llamas, cálidas pero también abrasadoras.

Su cuerpo lo traicionó en ese momento. Sintió un tirón de deseo en el pecho, y luego más abajo. Un apretón incómodo en sus pantalones. Rió amargamente para sí mismo.

—Lo siento, amigo, pero ella no está aquí —murmuró a la habitación vacía, su voz una mezcla de arrepentimiento y burla hacia sí mismo.

Obligó su atención de vuelta a la pantalla de la computadora, sumergiéndose en su trabajo como si fuera el mejor anestésico para adormecer el dolor en su pecho. Por un momento, funcionó. El mundo exterior se desvaneció, y el flujo de trabajo se convirtió en su único enfoque. No se dio cuenta de cuánto tiempo había pasado hasta que la luz del exterior se había apagado, y la oficina a su alrededor se tornó silenciosa. El zumbido de su computadora era el único sonido, sus pensamientos encerrados en un rincón distante de su mente.

Con un suspiro suave, apagó la computadora y recogió algunos papeles para llevar a casa. Al salir de su oficina, el silencio se sentía más pesado, casi asfixiante. Valeria, su secretaria, ya se había ido, dejándolo solo en el edificio vacío. Caminó hacia el elevador, sus pasos resonando en la quietud.

Entonces, una voz lo llamó desde atrás.

—¡Martínez! ¡Espera, amigo!

Ignacio se dio vuelta, sobresaltado, y vio a Tomás, bronceado, sonriente y luciendo más relajado que nunca.

—¡Hombre, estaba pensando si ya te habías ido, pero qué bueno que sigues aquí! —dijo Tomás, con un entusiasmo casi contagioso.

La sorpresa de Ignacio debió ser evidente en su rostro. Pensó que Tomás no regresaría hasta la próxima semana. Los días habían pasado tan rápido que ya ni sabía en qué día vivía.

—¡Tomás! Pensé que aún estabas de viaje —dijo Ignacio, estrechando la mano de su amigo y tirando de él para un breve, inesperado abrazo.

Tomás soltó una carcajada. —Amigo, te dije que volvía hoy. ¿No viste mis mensajes?

El rostro de Ignacio se ruborizó de vergüenza. —No, perdón. He estado tan enterrado en el trabajo que apenas sé en qué día vivo.

Tomás arqueó una ceja, con una sonrisa burlona en los labios. —Pensé que era Alondra quien te tenía ocupado —dijo con ligereza.

Pero en cuanto las palabras salieron de su boca, el rostro de Ignacio se ensombreció. El comentario, que pretendía ser juguetón, lo golpeó como una ola helada, y Tomás notó de inmediato el cambio en su ánimo.

—¿Qué pasa? —preguntó Tomás, su tono tornándose más serio—. ¿Todo bien, Martínez?

Ignacio soltó un suspiro pesado, dejando que su frustración y confusión se filtraran en una sola palabra.

—No lo sé, hombre. Dijo que necesitaba un tiempo, pero… no sé si creerle. Creo que es una mierda —dijo mientras se frotaba las sienes. El peso de sus emociones amenazaba con abrumarlo, pero lo reprimió. *No ahora, no frente a Tomás.*

—En fin, no arruinemos el ánimo con esto —añadió, tratando de cambiar de tema—. ¿Qué tal tu luna de miel?

Tomás se quedó en silencio por un momento, su expresión cambiando. —No fue tan buena —dijo lentamente.

—¿Qué? —preguntó Ignacio, frunciendo el ceño en confusión.

—Mira, esta conversación definitivamente necesita una cerveza, amigo. ¿Roger's? —propuso Tomás, una sonrisa extendiéndose por su rostro mientras miraba a su amigo.

—Claro, por supuesto —respondió Ignacio, sintiendo cómo la tensión en su pecho comenzaba a aliviarse con la idea de desconectarse un rato de sus pensamientos, aunque fuera por un momento.

Ambos entraron al elevador, charlando casualmente sobre pacientes mientras descendían al primer piso. El zumbido rítmico del elevador reflejaba el silencio que había llenado la mente de Ignacio antes, ahora reemplazado por un ruido cómodo, una distracción. Poco después, estaban estacionados frente a su bar favorito.

El ambiente dentro era perfecto: tranquilo, sin demasiada gente, y sus taburetes favoritos estaban disponibles. Ese tipo de lugar que se sentía como en casa. Rápidamente reclamaron sus lugares, y Tomás llamó al camarero.

—Dos cervezas, y que sigan llegando, amigo —dijo con un guiño, y el camarero asintió en señal de entendimiento.

Cuando las frías y espumosas cervezas fueron colocadas frente a ellos, Ignacio respiró hondo, tomó su vaso y lo vació de un trago.

—¡Tranquilo, hombre! —lo regañó Tomás, con una mezcla de diversión y preocupación en su voz—. Sabía que necesitabas una, pero no así.

Ignacio dejó el vaso en la barra, ahora vacío. Se limpió la boca con el dorso de la mano. —Amigo, si no puedo tenerla a ella, al menos déjame tener esto —dijo, con la voz baja, casi derrotada.

Tomás levantó una ceja, percibiendo la amargura subyacente en el tono de su amigo, pero decidió no insistir. En su lugar, trató de cambiar el ánimo, inclinándose hacia él.

—Entonces, ¿qué pasó con Amanda? ¿Problemas en el paraíso?

El rostro de Tomás se endureció un poco, y suspiró mientras se frotaba la nuca.
—Se supone que una luna de miel es todo sexo increíble y turismo —dijo, dejando escapar una risa amarga.

—Se te nota, hermano —respondió Ignacio con tono seco, esbozando una ligera sonrisa mientras daba otro sorbo a su bebida—. Yo solo tuve una luna de miel, y sí, hubo sexo, pero no todo fue color de rosa, ¿sabes?

Tomás asintió, tomando un largo trago antes de lanzarse con la historia.

—Te juro, hombre, tuvimos esta discusión ridícula sobre en qué lado de la cama iba a dormir. Siempre duermo del lado derecho, pero Amanda empezó a hablar de Feng Shui y energías, diciendo que no podía dormir del lado izquierdo porque su energía se escaparía por la ventana. Simplemente perdí la paciencia y le dije que estaba siendo ridícula. Terminamos discutiendo un buen rato por eso.

Ignacio lo miró, tratando de procesar lo que acababa de escuchar.

—¿Qué? —dijo, incapaz de ocultar su sorpresa. Luego, no pudo evitarlo: estalló en carcajadas.

—¡Hombre, esto es serio! —insistió Tomás, con los ojos abiertos de frustración—. Amanda está loca, amigo.

—Pero la amas, ¿verdad? —preguntó Ignacio, esta vez con un tono más serio.

Tomás guardó silencio, dejando que las palabras flotaran entre ambos como un peso. Luego, Ignacio notó cómo una ligera sonrisa curvaba las comisuras de los labios de su amigo.

—La amo como un loco —admitió Tomás, con una voz suave y vulnerable.

—¿Entonces cuál es el problema? El amor es lo único que importa —respondió Ignacio, con un tono firme, como si realmente lo creyera.

Tomás contempló su cerveza por un momento, sumido en sus pensamientos.

—Tal vez debí haberle pedido que se mudara conmigo antes de casarnos —dijo con un suspiro, tomando un sorbo de su cerveza mientras el mesero servía otro vaso a Ignacio.

—Quizá —musitó Ignacio, tranquilo—. O tal vez no. Vivir con alguien siempre va a ser complicado. Siempre habrá pequeñas cosas que te molesten o que le molesten a ella. Pero tienen que hablarlo. Decirlo con amor, no desde la frustración. Y dime, ¿en serio fue tan malo el viaje de luna de miel?

—No, no tanto —reconoció Tomás, suavizando la expresión—. Tuvimos un par de discusiones tontas, sí. Pero también tomamos el sol, nos metimos al mar, hicimos un montón de cosas divertidas... y claro, hubo sexo.

Ignacio asintió pensativo, manteniendo la mirada fija en su amigo.

—Entonces, ¿valió la pena arruinar todo el viaje por una discusión tonta? A veces es mejor dejar pasar las cosas pequeñas. Hazla feliz, hombre. ¿Quiere el lado derecho de la cama? Déjaselo. ¿Quiere practicar yoga contigo? Hazlo. ¿Quiso cocinar y se le quemó todo? Bueno, pasa. Lo importante es que la amas. Eso es lo que hará que todo esté bien.

Tomás arqueó una ceja y soltó una carcajada.

—¿Eres alergólogo o psicólogo? —bromeó.

Ignacio le dedicó una sonrisa seca.

—Es mi superpoder, amigo —respondió, alzando ligeramente su vaso—. Doy consejos, pero mi vida es un desastre.

Tomás lo miró con una expresión que mezclaba diversión y genuina preocupación.

—¿Y ahora qué hiciste?

Ignacio suspiró profundamente, sintiendo cómo sus propias palabras lo golpeaban con más fuerza de lo que esperaba.

—Aparentemente, la trato como a una novia trofeo —admitió, con una voz baja y cargada de arrepentimiento.

—Espera —dijo Tomás de repente, frunciendo el ceño—. ¿Por eso se fueron los dos de mi boda?

Ignacio apretó la mandíbula, recordando el momento como si acabara de ocurrir.

—El imbécil de Matías le preguntó cuánto cobraba —murmuró, sacudiendo la cabeza—. Ese idiota pensó que Alondra estaba conmigo por dinero. Luego todo explotó. Ella salió corriendo, y la encontré en el estacionamiento. Discutimos, y se fue.

Tomás tomó un sorbo lento de su bebida, mientras su rostro se oscurecía.

—Siempre supe que Matías era un imbécil.

—No fue solo él —continuó Ignacio, con un tono tenso y frustrado—. Bracho también dijo cosas. Ya sabes cómo pueden ser las mujeres... muy mezquinas con esas cosas. —Hizo una pausa, encontrando la mirada de Tomás—. Lo siento mucho por irme sin avisar. Pensé que íbamos a pasar un gran rato celebrándolos a ti y a Amanda, pero... todo se vino abajo.

Tomás se frotó la sien, dejando que una ola de culpa lo invadiera.

—Está bien, hombre. Lo entiendo. Ni siquiera sé por qué invité a esa gente. Ni me caen bien.

Ignacio agitó la mano con desdén.

—Solo estabas siendo educado. No fue tu culpa. —Tomó un gran trago de su cerveza—.

En fin, ella dijo que necesitaba tiempo... para encontrarse a sí misma, o algo así. Dijo que no estaba siendo la chica de campo que solía ser. Y lo culpó al vestido que le compré.

Tomás asintió, pensativo.

—Tal vez no está acostumbrada a que le den tantos regalos. Le compraste un auto, y apuesto a que eso fue demasiado para ella.

Ignacio bajó la mirada, su voz apenas un susurro.

—Recuerdo lo sorprendida y feliz que estaba. Pero también dijo que nunca podría permitirse algo así... ni en un millón de años. El problema es que quiero darle todo. Pero no sé si eso es lo que realmente quiere.

—Tal vez no lo sea —dijo Tomás con suavidad—. Tal vez lo que le estás ofreciendo no es lo que necesita. Quizá sus sueños no tienen nada que ver con cosas materiales.

Ignacio dejó escapar un pesado suspiro, sintiendo cómo su corazón se hundía.

—Quiere casarse. Quiere hijos.

Tomás parpadeó, visiblemente sorprendido.

—¿Ahora? ¿Así, de inmediato?

—No, no ahora. Pero algún día. —Ignacio mantuvo la mirada fija en su amigo, con una voz cargada de incertidumbre—. Me conoces, Tomás. Ya pasé por Luisa. Tuve a Ana. No sé si quiero volver a pasar por eso.

—¿Pero la amas? —preguntó Tomás, con seriedad.

—Claro que sí —respondió Ignacio de inmediato, sin titubear—. Con todo lo que soy.

—Entonces dale lo que quiere. Haz feliz a la mujer —dijo Tomás, con palabras simples pero sinceras.

Ignacio arqueó una ceja, dejando que una ligera sonrisa curvara sus labios.

—¿Estás intentando usar mis propios consejos en mí?

Tomás se encogió de hombros, esbozando una sonrisa juguetona.

—Oye, sé cuándo aprovechar un buen consejo. Por cierto, eres un pésimo psicólogo —le soltó Ignacio.

—Por eso soy alergólogo, igual que tú —rió Tomás, con un tono ligero—. Pero en serio, piénsalo. Sé que no es tan fácil como elegir mantas o decidir qué cenar, pero ¿no crees que dolerá más estar sin ella que simplemente darle lo que quiere?

Ignacio suspiró, con la mirada perdida.

—Me asusta, Tomás. No sé si puedo seguirle el ritmo. Tengo 43 años, hombre, ya viví mi vida. Ella es tan joven, tan llena de energía, tan llena de sueños...

Tomás lo interrumpió, negando con la cabeza.

—Eso es una tontería. ¿Ya viviste tu vida? Es una excusa barata, Ignacio. Estás usando tu edad como pretexto para no esforzarte más. ¿De verdad quieres perderla? Entonces sigue diciéndote que tienes 43 años y que tu vida ya terminó.

Ignacio guardó silencio, las palabras de Tomás aún resonaban en su mente como un eco imposible de ignorar. Tomás terminó su cerveza de un trago, con la mirada fija en su amigo.

—Mira —dijo con un tono suave pero firme—, todo se reduce a lo que realmente quieres. ¿Quieres a Alondra? ¿Es importante para ti? Entonces ya sabes la respuesta, y sabes lo que tienes que hacer.

El bar quedó en silencio por un momento, solo interrumpido por el sonido del bartender sirviendo otra cerveza para Tomás. Ignacio finalmente rompió el silencio con una risa baja.

—Carajo, Tomás, serías un excelente psicólogo.

—Lo sé —respondió Tomás, dejando que una sonrisa amplia se dibujara en su rostro—. Soy demasiado genial para ser solo un alergólogo.

Ignacio puso los ojos en blanco mientras tomaba un sorbo de su cerveza.

—Por favor, cállate —murmuró, aunque su voz tenía un toque de afecto.



El trayecto a casa se sintió como una montaña rusa. Ignacio evitaba tomar taxis, pero después de siete cervezas con Tomás, sabía que no estaba en condiciones de manejar. Su mente era un torbellino, entre dar instrucciones al conductor y contener su estómago, rezando por no vomitar en el asiento trasero.

Cuando el taxi se detuvo frente al portón de su casa, Ignacio pagó con manos torpes.

—Gracias por el viaje, quédate con el cambio —dijo antes de cerrar la puerta de golpe.

Se quedó viendo cómo el taxi se alejaba y luego comenzó a tambalearse hacia el portón, con pasos inestables. La brisa nocturna parecía no ayudar a despejar su cabeza.

Al llegar al panel de control, frunció el ceño, intentando enfocar. Su visión estaba borrosa, pero tras varios intentos logró introducir el código. El portón chirrió al abrirse y, aunque sus rodillas amenazaban con ceder, logró pasar.

Subió zigzagueando por el camino hasta llegar a la fuente decorativa que marcaba la entrada. Exhausto, se sentó en el borde y salpicó su rostro con agua fría, buscando despejarse. El frío lo sacudió ligeramente, y dejó que el agua le escurriera por la camisa y la chaqueta mientras respiraba profundamente.

Más lúcido, se levantó y caminó hacia la puerta principal. En las escaleras de entrada, comenzó a buscar sus llaves en el bolsillo. Sus dedos temblorosos agarraron la llave equivocada y trató de forzarla en la cerradura, sin notar que se giraba en el sentido opuesto hasta que la dejó caer al suelo.

Cuando se agachó para recogerla, escuchó voces provenientes del interior.

—No olvides el ensayo —dijo una voz femenina.

—No lo haré, nos vemos mañana —respondió otra voz, una que él conocía demasiado bien.

El corazón de Ignacio comenzó a latir con fuerza, como un tambor dentro de su pecho. Se quedó congelado, incapaz de decidir qué hacer. Y entonces, la puerta se abrió lentamente.

Sus ojos avellana se encontraron con un par marrón brillante que lo hacían soñar despierto desde hacía demasiado tiempo. El mundo pareció detenerse cuando sus miradas se cruzaron, y sintió cómo el aire se atoraba en su garganta. Allí estaba ella, con los ojos abiertos de sorpresa, los labios ligeramente entreabiertos. El sencillo suéter de hombros descubiertos y los jeans que llevaba no hacían justicia a su belleza, pero en ese momento, eran perfectos.

El tiempo pareció ralentizarse mientras admiraba cada detalle de su rostro. Su piel tenía ese aspecto de porcelana que tanto le gustaba, sus labios rosados y carnosos parecían hechos para ser besados, y sus ojos brillaban con una luz que lo hipnotizaba. Su cabello negro, ondulado y suelto sobre los hombros, caía con una naturalidad que siempre la hacía ver espectacular.

Para Ignacio, Alondra era más que perfecta; era todo.

—Ignacio —dijo ella, y él se quedó embelesado viendo cómo sus labios pronunciaban su

nombre. Su voz era una melodía que calmaba su tormenta interna.

—¿Papá? —escuchó de pronto detrás de Alondra.

El tiempo recuperó su velocidad, y la visión de Ana, su hija, lo golpeó como un balde de agua fría. El mareo volvió con fuerza, acompañado de una abrumadora náusea. *Maldito Tomás*, pensó, lamentando las cervezas.

Ignacio no pudo contenerse más. Su espalda se arqueó, y todo lo que tenía en el estómago terminó en los zapatos y la ropa de Alondra.

—¡Papá! —gritó Ana con horror.

Capítulo 12

Después de vaciar todo lo que tenía en el estómago, Ignacio intentó ponerse de pie, pero su cuerpo se negó a cooperar. Se apoyó pesadamente contra la pared, cerrando los ojos con fuerza, mientras Alondra permanecía congelada, con la mirada fija en sus pies. Ana, igualmente atónita, no sabía cómo reaccionar.

—Ana, trae agua... y un balde grande, por favor —ordenó Alondra, con la voz tensa y urgente. Mientras Ana corría hacia la cocina, Alondra se acercó a Ignacio, intentando evitar que se desplomara. Pasó el brazo de él por encima de su hombro y lo sostuvo por la cintura con firmeza—. Vamos, te ayudaré a llegar a la cama.

—Lo siento... Estás aquí —murmuró Ignacio, con la voz arrastrada. Repitió esas palabras una y otra vez, con los ojos apenas abiertos, mientras subían lentamente las escaleras.

—Ya casi llegamos —respondió Alondra en un tono suave, mientras la cabeza de Ignacio descansaba sobre la suya, su respiración cálida acariciando su cabello. Aunque olía ligeramente a alcohol, para él, su presencia lo era todo.

—Eres un ángel —susurró él, con una mezcla de gratitud y agotamiento en su voz.

—Y tú un borracho —replicó ella, con un toque de ironía. Abrió la puerta de la habitación y lo guió hacia la cama. Una vez sentado, lo ayudó a recostarse, sus manos ya ocupadas desabrochando los botones de su camisa.

Ignacio la miró, con la vista nublada pero el deseo ardiendo en su interior.

—¿Estoy muerto? —preguntó con voz baja, insegura.

—No —respondió Alondra rápidamente, esbozando una leve sonrisa—, pero acabas de

arruinar mis zapatos favoritos, así que estoy haciendo un gran esfuerzo por no matarte ahora mismo.

Le quitó la camisa empapada, y sus ojos recorrieron brevemente su pecho. La línea de vello que cruzaba sus pectorales atrajo su mirada hacia abajo, hasta perderse en el borde de su pantalón.

Ignacio la observaba, sus ojos intensos, ardientes con algo más que el alcohol.

—La verdad, me encantaría que me mataras. Si pudieras quitar este maldito dolor, preferiría morir en tus manos —dijo con una mezcla peligrosa de deseo y vulnerabilidad, mientras su mirada atravesaba la piel de Alondra, encendiéndola desde dentro.

Alondra tragó saliva, intentando controlar el calor que comenzaba a invadirla.

—Cállate, estás diciendo tonterías —respondió, apenas logrando mantener la compostura. Intentó desabrocharle el cinturón, pero antes de que pudiera hacerlo, Ignacio se enderezó de repente y tomó el control. Él mismo lo desabrochó, deslizando los pantalones por sus caderas con un movimiento fluido y deliberado.

El aire se espesó entre ellos, cargado de algo peligroso e irresistible. Alondra contuvo el aliento, sus mejillas ruborizadas, mientras lo observaba casi completamente desnudo. Había extrañado esto, extrañado verlo así: vulnerable, expuesto, de una manera que la hacía sentirse abrumada. Su mirada intensa parecía atravesarla, leyendo cada pensamiento y emoción que luchaba por ocultar.

—Alondra —murmuró él, con una voz baja, casi un susurro que acarició su piel erizada. Entonces, Ana aclaró la garganta desde la puerta. Estaba ahí, sosteniendo un vaso de agua y un balde en las manos.

Ambos se giraron hacia ella, e Ignacio, como si el hechizo se rompiera, tensó el cuerpo al sentir una nueva arcada. Alondra reaccionó rápidamente.

—¡Rápido! —exclamó mientras Ana se apresuraba hacia ella. Alondra tomó el balde y lo colocó frente a Ignacio, que se dejó caer sobre la cama, temblando.

—Papá, ¿condujiste hasta aquí? —preguntó Ana, mezclando preocupación con exasperación mientras lo miraba. Alondra, entretanto, buscaba algo en la mesita de noche, probablemente pastillas para el dolor de cabeza.

Ignacio soltó un bufido, esbozando una sonrisa torcida.

—Por supuesto que no. ¿Quién crees que soy? No soy un ciudadano irresponsable. Soy un maldito doctor.

—Lo que digas, papá —Ana rodó los ojos, inmune a sus bromas—. ¿Dónde dejaste el auto?

Ignacio hizo una mueca y luego sonrió juguetón.

—Mmm, ya sabes, Ana, en ese lugar al que siempre voy con Tomás. ¿Te acuerdas de Roger's?

—¿Estuviste con Tomás en Roger's? ¿Cómo pudo dejarte beber tanto? Esto no es típico de ti —lo reprendió Ana, cruzándose de brazos.

—Hicimos una apuesta estúpida —confesó con una risa, mirando de reojo a Alondra—. Ni siquiera planeaba llegar tan lejos.

Alondra seguía confundida. Ignacio no era de los que bebían en exceso, así que verlo en ese estado no tenía mucho sentido.

—Sé que es incómodo, pero ¿puedes quedarte con él? —pidió Ana, mirando a Alondra con sinceridad—. Voy a buscar su auto.

—Sí —respondió Alondra, con un tono firme pero cálido—. Claro, me encargo de él.

—Gracias —dijo Ana, su expresión suavizándose. Se acercó para buscar las llaves del auto en los pantalones de su padre—. ¿Estarás bien?

—Sí, sé dónde está el botiquín y qué hacer, por si acaso —la tranquilizó Alondra con una pequeña sonrisa.

—Bien, vuelvo en un momento —dijo Ana, cerrando la puerta detrás de ella.

Alondra la vio salir y luego giró la vista hacia Ignacio, quien no había apartado la mirada de ella en ningún momento. Su mirada era intensa, fija, como si estuviera viendo algo más allá de lo evidente.

Alondra inhaló profundamente, tratando de calmarse mientras Ignacio le dedicaba una sonrisa débil.

—Vamos, métete en la cama —le ordenó con firmeza, aunque su corazón latía acelerado ante la cercanía. Finalmente encontró el ibuprofeno y dejó el frasco sobre la mesa de noche, pero él no se movió. En su lugar, tomó su mano con fuerza, un agarre firme e inquebrantable.

Sus ojos se fijaron en los de ella, y su voz, baja pero cargada de sinceridad, pronunció:

—Daría cualquier cosa por recuperarte.

Alondra sintió un dolor punzante en el pecho, pero rápidamente se recompuso.

—No lo harías. Ahora métete en la cama o también vas a resfriarte —insistió, pero la terquedad de Ignacio permaneció intacta.

—Lo digo en serio. Te di tiempo, ¿no? —insistió, con una mezcla de súplica y arrepentimiento en su voz.

La mandíbula de Alondra se tensó, pero no cedió.

—Eso no es algo que se pueda dar —replicó con dureza. Retiró su mano del agarre de Ignacio y puso las suyas sobre sus hombros, empujándolo suavemente para que se recostara. De pronto, Ignacio la sujetó con más fuerza y, con un tirón inesperado, la atrajo hacia él.

Ella tropezó y cayó contra su pecho, su cuerpo presionándose contra el de él en un choque desordenado. El vómito seco que aún manchaba su ropa se impregnó en ella, y Alondra se apartó de inmediato, horrorizada.

—¡Ignacio, basta! Estás haciendo un desastre asqueroso —espetó, intentando liberarse.

Pero él no la soltó.

—No me importa —dijo, su voz gruesa por la emoción—. Cásate conmigo.

Alondra se quedó helada. Las palabras flotaron entre ellos, pesadas y absurdas. Sus ojos se abrieron de par en par, incrédulos.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó, con la voz temblorosa, sin saber si reír o llorar.

—Hablo en serio —insistió, con la mirada fija en ella, llena de intensidad.

—Estás borracho. Suéltame —dijo, forcejeando contra él mientras su frustración crecía. Pero antes de que pudiera soltarse, Ignacio se inclinó hacia el balde, donde volvió a vomitar de manera violenta.

Cuando terminó, se limpió la boca y levantó la mirada hacia ella, aún con una expresión de esperanza.

—Entonces, ¿qué dices? —preguntó, con una voz más suave, casi vulnerable.

El rostro de Alondra se encendió, una mezcla de ira y desconcierto. Sus ojos chispeaban mientras lo fulminaba con la mirada.

—¡No! Ni siquiera recordarás esto mañana. Estás borracho, eres un desastre, y sé que esto no es lo que quieres —respondió con firmeza, aunque sentía un fuego arder en su pecho—.

No, Ignacio Martínez.

El rostro de Ignacio se desmoronó al instante, la sombra de la tristeza cruzando sus facciones. Y entonces, como si fuera en respuesta a su negativa, volvió a inclinarse sobre el balde para vomitar.

Alondra se dirigió al armario, su frustración creciendo al verlo derrumbarse de esa manera. Sacó una camisa limpia y se dirigió al baño, necesitaba un momento para sí misma.

Frente al espejo, dejó la camisa limpia sobre el lavabo y miró su reflejo. Su mirada estaba vidriosa, y el pensamiento la golpeó con peso: *Ahora soy un maldito chiste para él*. Su corazón se hundió mientras comenzaba a quitarse la ropa, dejando caer al suelo el suéter manchado junto con sus jeans, arruinados por el vómito de Ignacio. Justo cuando estaba a punto de terminar, la puerta se abrió de golpe.

Alondra giró bruscamente, sobresaltada.

Ignacio estaba en el umbral, su mirada recorriéndola. Sus ojos se detuvieron en su pecho, donde sus senos se marcaban bajo la tela ajustada de su brasier deportivo. El contorno de sus caderas atrajo su atención, y el efecto en él fue inmediato y evidente. Alondra pudo sentirlo; el modo en que sus ojos brillaron con deseo.

—Yo solo... no sabía... —balbuceó, sus palabras cayendo torpemente. Sin decir nada más, caminó hacia el inodoro, tomó papel y comenzó a limpiar los restos de vómito de su cuerpo.

Alondra lo observó, el aire atrapado en su garganta mientras él se movía. Su cuerpo tonificado contrastaba con el desastre que intentaba limpiar. Rápidamente se abotonó la camisa limpia, cubriéndose, pero su mente no podía escapar de la imagen de él, ahora más expuesto que nunca. Cuando notó la inconfundible protuberancia en sus pantalones, un calor intenso recorrió su piel. *Eso está tan mal, Alondra. Detente,* pensó, mientras una ola de culpa se mezclaba con un deseo inesperado.

Ignacio, aparentemente ajeno a su mirada, la observó de reojo. Luego se giró con rapidez, como si de repente recordara su propia incomodidad.

—Lo siento. No debí decir nada. Tienes razón. Soy un bruto. Un bastardo egoísta, y no te merezco —murmuró, sus palabras cargadas de un dejo de autodesprecio.

Alondra sintió un pinchazo en el pecho. Dio un paso adelante, su voz ahora más suave.

—No digas eso —dijo, extendiendo la mano. Sus dedos rozaron el brazo de Ignacio—. Eres una gran persona. Generoso. Bondadoso.

Pero mientras hablaba, los ojos de él cayeron nuevamente a su escote, y Alondra vio la tensión en su cuerpo mientras su erección se hacía más evidente. Ignacio se giró rápidamente,

pero ella ya lo había notado. Su rostro se ruborizó, y desvió la mirada, insegura de cómo manejar la situación.

—¿Cuál fue la apuesta que hiciste con Tomás? —preguntó, tratando de cambiar el tema, aunque su voz sonó un poco forzada. Encendió el grifo del lavabo, dándole espacio para que se calmara.

Ignacio soltó una breve risa, su voz ronca.

—Tomás es un hijo de puta, pero amo a ese maldito bastardo. —Negó con la cabeza, una sonrisa asomándose a las comisuras de sus labios—. Había una mujer hermosa al otro lado de la barra, y Tomás me retó a conseguir su número.

La idea de Ignacio coqueteando con otra mujer hizo que la mandíbula de Alondra se tensara, un repentino brote de celos la invadió. No era lo que quería escuchar. Se obligó a concentrarse en el sonido del agua corriendo.

—Entonces miré a Tomás y le pregunté: "¿Y si no lo hago?" —continuó Ignacio, imitando la voz de su amigo con una entonación burlona—. “Entonces tendrás que beberte diez cervezas seguidas” —añadió, sus ojos brillando al recordar el momento.

Ignacio se giró, sus ojos encontrándose con los de ella mientras Alondra secaba su pecho con una toalla.

—Me levanté de la silla, listo para hacerlo, pero no pude —dijo con una sonrisa ladeada, avanzando un paso más cerca.

Su cuerpo atlético era imposible de ignorar, y Alondra sintió cómo su corazón se aceleraba, distraída por la atracción magnética de su presencia.

—Me volví a sentar y le dije al barman: "Amigo, tráeme diez cervezas, no me dejes con las manos vacías".

Alondra frunció el ceño, aún procesando sus palabras. La sonrisa de Ignacio se ensanchó.

—¿Por qué no lo hiciste? ¿Qué te detuvo? —preguntó, su voz cargada de curiosidad y un leve rastro de frustración.

Ignacio dio otro paso hacia ella, mostrando esa sonrisa que siempre desarmaba sus defensas.

—Tomás me preguntó lo mismo —respondió, suavizando el tono al hablar—. Solo había una cosa en mi mente que me detenía. Y entonces Tomás dijo: "Martínez, no me digas qué es, ya sé el nombre de lo que te está deteniendo, así que bebe esas malditas cervezas, porque no tienes remedio con esto".

Soltó una carcajada ligera, cálida, un sonido que Alondra no le había escuchado en mucho tiempo.

—Ya llevaba dos cervezas encima cuando Tomás lanzó el reto, así que realmente lo intenté.

Antes de que Alondra pudiera responder, Ignacio se giró de repente, su cuerpo estremeciéndose mientras otra oleada de náuseas lo atacaba. Corrió al baño, arrodillándose frente al inodoro. Alondra lo siguió de inmediato, arrodillándose junto a él. Pero, tras un momento tenso, no vomitó; solo se recostó contra la pared, respirando profundamente.

Alondra notó su mirada fija en ella y se dio cuenta de que el sujetador negro que se asomaba bajo su camisa había captado su atención.

Su pulso se aceleró al verlo intentar disimular su creciente deseo, doblando las piernas para ocultarlo.

—¿Qué te detenía entonces? —preguntó Alondra, en un susurro apenas audible. Sentía el calor entre ellos, sus ojos ardiendo con pasión.

—Es obvio —respondió él suavemente, su voz cargada de emoción—. Eres tú.

Por un instante, sus miradas se entrelazaron, compartiendo un entendimiento silencioso. Pero, tan rápido como llegó, su expresión se desmoronó, nublándose de tristeza. Ignacio suspiró profundamente, poniéndose de pie y rompiendo el frágil momento.

—Y ahora soy un idiota otra vez. Te pedí que te casaras conmigo, y me dijiste que no.

Ignacio se dirigió hacia la puerta, su voz llena de frustración.

—A la mierda con esto. Me voy a dormir.

Cerró la puerta de un portazo, dejando a Alondra sola en el baño, con el peso de sus palabras flotando en el aire.

Alondra se quedó allí un momento, su corazón pesado. Sabía, en el fondo, cuánto le importaba Ignacio, pero la idea del matrimonio era demasiado para ella en ese momento. No estaba lista, especialmente no en su estado de embriaguez. No podía permitir que tomara una decisión tan seria estando borracho.

Terminó de secarse el cuello, sus pensamientos girando en espiral mientras salía del baño. Ignacio ya se había tirado en la cama, con los pies colgando del borde.

—Ignacio, muévete, por favor —murmuró, pero el profundo ronquido que siguió le

confirmó que ya estaba profundamente dormido.

Intentó acomodar sus piernas para que estuviera más cómodo, pero fue inútil. El peso del momento, de sus palabras, de todo lo que había entre ellos, la dejó más insegura que nunca.

Alondra abrió el armario con cuidado, sacó una manta y la colocó sobre Ignacio. Se arrodilló frente a él, observando cómo sus ojos permanecían cerrados y sus labios ligeramente entreabiertos mientras dormía. Una suave sonrisa se dibujó en sus labios al apartar un mechón rebelde de su frente, ese que siempre caía allí y que había aprendido a adorar.

—Eres tan tonta, Alondra —pensó amargamente—. Nunca conocí a alguien tan estúpida como yo.

Le dio un beso en la frente con ternura, y él gruñó suavemente al sentir el contacto, un sonido que hizo que su corazón se encogiera.

Acercó el sillón, se acurrucó en él y lo observó mientras dormía. El calor de la habitación y el ritmo tranquilo de su respiración la arrullaron, y no tardó en quedarse dormida, con su última imagen grabada de él clara en su mente.



Cuando despertó, Alondra inhaló profundamente, parpadeando para ajustarse a la tenue luz de la habitación. Algo se sentía diferente. No fue hasta que se movió ligeramente que notó el calor a su lado.

Parpadeó de nuevo, dejando que su mirada recorriera lentamente a Ignacio, cuyo pecho subía y bajaba con tranquilidad.

¿Cómo llegué a la cama? —se preguntó, la confusión mezclándose con la curiosidad.

No pudo evitar notar la fina línea de vello en su pecho, la curva sutil de sus músculos. Por un momento, se sintió tentada a tocarlo, pero se contuvo, abrumada por la idea.

Se giró hacia un lado, apoyando la cabeza con una mano, observándolo en silencio. Se preguntó qué estaría soñando, si alguna vez soñaba con ella. De repente, Ignacio se movió, girando el rostro hacia ella, su mano deslizándose perezosamente por su abdomen.

Una voz en su cabeza le susurró: *Él te ama, ¿y lo rechazas? ¿En serio?*

Era la misma voz que la había estado reprendiendo durante días, diciéndole que era una

idiota por alejarlo. Con un suspiro pesado, Alondra se incorporó en la cama, intentando no hacer ruido, y le dio un beso suave en la frente.

Cuando se apartó, los ojos de Ignacio se abrieron lentamente.

Su corazón dio un vuelco al encontrarse con sus ojos avellana. Estaba tan cerca... demasiado cerca, y sentía cada centímetro de su calor, su respiración mezclándose con la suya.

—Te vi en el sillón —dijo él, con la voz ronca, casi un susurro—. Te llevé a la cama. Espero que esté bien.

Alondra sintió un nudo en la garganta, pero logró responder con suavidad:

—Gracias.

La mano de Ignacio se movió lentamente, casi con timidez, acercándose a su cabello. Alondra sintió un revoloteo en el pecho, pero rápidamente giró la cabeza, el rubor extendiéndose por sus mejillas.

—Vuelve a dormir —susurró—. Necesitas descansar.

Sus ojos se oscurecieron con tristeza mientras bajaba la mano, el gesto cargado de anhelo no expresado. Se giró entonces, cubriéndose con la manta, dándole la espalda a Alondra. Su silencio era más elocuente que cualquier palabra.

Algo pesaba sobre el corazón de Alondra. Quería alcanzarlo, consolarlo. Su mano tembló sobre Ignacio, pero, en el último momento, la retiró.

Con un suspiro suave, salió de la cama, el clic silencioso de la puerta resonando al cerrarla tras de sí. Apoyó la frente contra la madera fría por un instante, cerrando los ojos.

¿Por qué no puedes simplemente admitir que él es todo lo que necesitas?

Bajando las escaleras, Alondra divisó a Ana recostada junto a la piscina, disfrutando del sol con una revista en una mano y un vaso de té helado en la otra. La escena le transmitió una sensación de normalidad, aunque su corazón aún latía con fuerza tras su encuentro con Ignacio. Se deslizó al baño, se lavó los dientes con el dedo y luego se dirigió a la cocina por un vaso de agua antes de salir a reunirse con Ana.

Ana la vio acercarse y, con una sonrisa traviesa, señaló la tumbona junto a ella.

—Buenos días —la saludó con un tono exageradamente juguetón.

Alondra no pudo evitar sonreír de vuelta. —Buenos días.

Ana cerró su revista, sus ojos brillando con curiosidad.

—Entonces... —comenzó, con una sonrisa burlona en los labios—, ¿qué pasó anoche?

Alondra entrecerró los ojos hacia su amiga rubia. —No pasó nada. Se quedó dormido, y yo también.

Ana soltó un bufido teatral. —Sí, claro, y yo soy la Reina de Inglaterra.

—¡Es en serio! —replicó Alondra con firmeza mientras daba un sorbo a su vaso de agua, inclinando la cabeza hacia atrás en la tumbona—. Créeme, si hubiera pasado algo, tú serías la primera en saberlo.

Ana alzó una ceja escéptica. —Por cómo estaban acurrucados los dos, diría lo contrario. —Bebió un sorbo lento de su té, disfrutando demasiado de la situación como para detenerse.

—¡Ana! —Las mejillas de Alondra se sonrojaron—. No, de verdad. No pasó nada. Además, tu papá estaba borracho. —Dejó el vaso en la pequeña mesa entre ellas, intentando quitarle importancia al momento incómodo—. Si voy a estar con alguien, quiero que esté consciente, no... ya sabes, vomitando encima de mí.

La sonrisa de Ana se ensanchó, pero antes de que pudiera replicar, Alondra soltó de golpe: —Incluso me pidió que me casara con él.

La mandíbula de Ana cayó. Se quitó las gafas de sol, mirando a Alondra con asombro.

Al notar su reacción, Alondra se apresuró a añadir: —¡No te preocupes! Estaba borracho. Dudo mucho que siquiera lo recuerde.

—¿Y qué le dijiste? —preguntó Ana, sus ojos ardiendo de curiosidad.

Alondra tragó saliva. —Por supuesto que le dije que no, Ana. Estaba borracho y vomitando las tripas.

Ana soltó una risita. —Oh, habría pagado miles por ver tu reacción. —Sacudió la cabeza divertida antes de añadir—: Bueno, querida amiga, me tomé la libertad de lavar tu ropa. Está en la secadora.

—Gracias —respondió Alondra, agradecida pero claramente distraída—. Creo que debería irme antes de que Ignacio despierte.

Ana asintió. —Claro. —Cuando Alondra se inclinó para abrazarla, Ana le recordó:— No olvides que tenemos estudio en grupo a las cuatro, y trae tu ensayo para terminarlo.

Alondra se dirigió al cuarto de lavado, abrió la secadora y sacó su ropa recién lavada. Se desabrochó la camisa de Ignacio, la dobló con cuidado y la dejó sobre la máquina, luego se vistió

rápidamente. Una vez lista, gritó: —Adiós, cariño.

—Adiós, preciosa. Nos vemos luego —respondió Ana, saludándola con una sonrisa.

Alondra se dirigía hacia la puerta cuando se detuvo al pie de las escaleras y miró hacia arriba. Ignacio seguía en la cama, fuera de su vista, pero no podía sacudirse la sensación de su presencia. Al salir, una urgencia la llevó a mirar atrás, específicamente hacia la ventana de él. Para su sorpresa, allí estaba, mirándola.

Se le cortó la respiración. Alondra jugueteó nerviosamente con sus dedos, sintiendo cómo la tensión le recorría la piel. Cada movimiento se sentía más pesado bajo su mirada. Reuniendo valor, levantó tímidamente la mano para saludarlo. Pero, tan rápido como lo hizo, Ignacio cerró las cortinas.

Esa pequeña acción se sintió como un golpe final. Su corazón se hundió, y una ola de desesperanza la envolvió. Con un nudo en la garganta, Alondra subió al Toyota que él le había dado y se fue.

El silencio de la biblioteca usualmente calmaba a Alondra, pero hoy, sus pensamientos eran implacables. Trataba de concentrarse en sus libros y en el ensayo, pero la pesada sensación en su pecho no la dejaba en paz.

De repente, la calma se rompió.

—¡Hola a todos! —la voz de Ana resonó mientras dejaba caer sus libros sobre la mesa con un fuerte golpe. Alondra dio un respingo en su asiento, mientras varias personas las miraban con desaprobación.

—¡Ana, por Dios! Me asustaste —exclamó Alondra, llevándose una mano al pecho—. Un día de estos me vas a matar de un susto, en serio.

Ana sonrió mientras abría su libro.

—No seas tan dramática, no te vas a morir.

Alondra puso los ojos en blanco.

—¿Y bien?

—¿Y bien qué? —preguntó Ana, sin levantar la mirada de las páginas frente a ella.

—¿Cómo está Ignacio? —inquirió Alondra con timidez, lanzándole una mirada de duda a su amiga.

Los labios de Ana se curvaron en una pequeña sonrisa, una que le dejó claro a Alondra que había más detrás de su respuesta.

—Bien, supongo.

—¿Supones? —insistió Alondra, inclinándose ligeramente hacia ella.

—Sí —Ana mantuvo la sonrisa burlona mientras finalmente levantaba sus ojos color avellana para encontrarse con los de Alondra. El destello de diversión dejaba claro que estaba disfrutando esto.

Alondra entornó los ojos, ladeando la cabeza.

—Está bien, está bien —cedió Ana con un suspiro juguetón—. Está bien... solo tiene un poco de dolor de cabeza, pero está bien.

—¿Dijo algo? —preguntó Alondra, apoyando los brazos sobre la mesa, su curiosidad asomando.

Ana fingió pensar, colocando su puño bajo la barbilla teatralmente.

—Mmm, quizá mencionó algo sobre una pregunta que te hizo, pero nada importante...

—¡Ana! —exclamó Alondra, agarrando su ensayo y golpeando ligeramente el brazo de Ana con él. Ana se rió, pero el sonido les valió varios chistidos de los estudiantes alrededor. Les lanzó un par de miradas molestas antes de volver su atención a su amiga.

—Me pidió que te diera las gracias por cuidarlo —dijo finalmente Ana. Pero tras una breve pausa, su expresión se suavizó. Miró a Alondra con intensidad—. Recuerda todo... y lo decía en serio cuando te lo pidió.

El corazón de Alondra se encogió, sus ojos se llenaron de lágrimas mientras miraba sus manos temblorosas. Antes de que pudiera decir algo, Ana colocó suavemente su mano sobre las de ella.

—Oye —dijo con suavidad—, todo va a estar bien.

—Me siento como la peor persona del mundo —murmuró Alondra, dejando escapar una lágrima que rápidamente limpió con la mano.

—No eres la peor nada —respondió Ana con ternura, su voz reconfortante—. Solo eres humana, y está bien si necesitas tiempo para resolver las cosas. Él te ama, y sé que tú lo amas. —Sonrió suavemente a su amiga—. Eso es lo que importa. Pero también tienes que amarte a ti misma, Alondra, y sé que él lo entiende.

Alondra permaneció en silencio por un momento, procesando las palabras de Ana, pero luego una leve sonrisa se asomó.

—Quería besarlo tan desesperadamente... Quería...

—¡No quiero saberlo! —la interrumpió Ana, levantando rápidamente la mano—. Sigue siendo mi papá, y eso es simplemente asqueroso. —Su repulsión exagerada hizo que Alondra riera a pesar de sí misma.

—Vamos —añadió Ana, sacudiendo el momento—, creo que no estás en el mejor estado mental para escribir ensayos ahora. Vamos por una dona, necesito azúcar.

—Está bien —accedió Alondra, levantándose y guardando sus libros en su bolso. Juntas salieron de la biblioteca, respirando el aire fresco de la pequeña plaza afuera. Mientras caminaban, Alondra vio a un grupo familiar cerca de la fuente: Jessica, Carlos y algunos otros con quienes solían pasar el rato.

Antes de que pudiera reaccionar, la voz fuerte de Carlos cortó el aire.

—¡Oh, miren quiénes son! ¡La zorra y la hija del papá que se tira a la zorra! —Señaló a ambas con exagerada alegría, desatando risas en el grupo.

Alondra apretó la mandíbula, sintiendo cómo la furia burbujeaba dentro de ella. Miró a Ana, cuyo rostro se había puesto pálido de rabia.

—¿Estás bien? —preguntó Alondra, su voz suave pero llena de preocupación.

Ana respiró hondo, con los ojos fijos en el grupo.

—No... pero lo estaré. —La risa altiva de Jessica resonó mientras Ana hablaba, pero ya había tenido suficiente. Sin decir una palabra más, Ana se dirigió hacia ellos con paso firme, lista para enfrentarse a las caras burlonas frente a ella.

13. CONFUSIÓN

Capítulo 13

Ana se echó su cabello dorado hacia atrás y de repente empezó a caminar hacia el grupo como si estuviera en una pasarela. Alondra no pudo evitar notar cómo Carlos se quedaba inmóvil, hipnotizado por el vaivén de sus caderas. Con solo ese andar, Ana silenció al grupo entero, excepto a Jessica, quien seguía riendo, ajena a lo que estaba a punto de ocurrir.

—¡Hola, chicos! ¿Cómo están? —saludó Ana, enrollando un mechón de cabello alrededor de su dedo. Su voz era dulcemente empalagosa. Luego, sin perder el ritmo, se giró hacia Jessica—. Jessica, lamento mucho lo de tu papá —dijo, adoptando una expresión de exagerada lástima.

La risa de Jessica se apagó, y su sonrisa se desvaneció.
—¿Mi papá? ¿De qué hablas? —preguntó, con una nota de incertidumbre en la voz.

El rostro de Ana permaneció inocente, fingiendo ignorancia.

—Oh, ¿no lo sabías? Tu papá está en un gran lío por fraude financiero. Su empresa está prácticamente en quiebra. Con suerte, tal vez consigan quedarse con la casa. ¡Me sorprende que no te hayan dicho! —Su tono era casual, pero el efecto fue inmediato: una bomba verbal estallando en medio del grupo. Las mandíbulas de todos cayeron mientras los ojos de Jessica se abrían de par en par.

—¿Es cierto? —preguntó una de las chicas del grupo, mirando a Jessica con una mezcla de asombro y preocupación.

—Yo… eh… mi papá… —balbuceó Jessica, incapaz de formar una frase coherente.

La fingida simpatía de Ana subió un nivel.

—De verdad lo siento, Jess. Si necesitas algo, estaría encantada de ayudar a organizar una recaudación de fondos para ti y tu familia. Quiero decir, los honorarios legales y los costos del juicio deben ser brutales, especialmente ahora que estás… bueno, prácticamente en la calle. —Las palabras de Ana goteaban con falsa compasión, pero el trasfondo era afilado, cortando profundamente. Alondra pudo ver el miedo en los ojos de Jessica y, por primera vez, vislumbró algo oscuro en Ana, un lado que nunca había visto antes. Quedaba claro: cuando la empujaban al límite, Ana podía liberar un demonio.

El rostro de Jessica palideció, y apresuradamente tomó su bolso.

—Creo que… debería irme —murmuró, prácticamente huyendo del grupo, sus tacones resonando con rapidez contra el pavimento.

Carlos soltó una risita, atrayendo la atención de todos hacia él.

—Dios, seguro que su cuenta de banco está en cero —dijo, riéndose de forma exagerada.

Uno de los chicos negó con la cabeza. —Amigo, eso no tiene gracia.

La mirada de Ana se clavó en Carlos, sus ojos estrechándose peligrosamente.

—Carlos —comenzó, con una voz helada—, lamento mucho haber terminado contigo el otro día… de la forma en que lo hice.

Carlos frunció el ceño, confundido. —No, no terminaste conmigo.

—Lo siento por ti, sé que no puedes superarme. Y tienes razón, debería haber una razón mejor para terminar contigo que solo… un pequeño detalle —dijo Ana casualmente, y fue como si otra bomba detonara en el grupo. La expresión presumida de Carlos desapareció al instante, reemplazada por una de pura conmoción, transformándolo de arrogante a humillado en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Amigo! ¡Dijo que la tienes pequeña! —gritó alguien del grupo, y pronto todos estallaron en carcajadas.

El rostro de Carlos se puso rojo. —¡No es cierto! ¡Puedo probarlo! —gritó, ya empezando a tocarse la cintura, como si estuviera a punto de hacer algo que nadie quería ver.

Ana, imperturbable, desvió la mirada hacia él y sonrió con suficiencia. —Asegúrate de rellenar tu traje de baño esta noche para la competencia, Carlos. No querrás que… tu deficiencia robe el espectáculo —dijo, agitando su dedo meñique para enfatizar. El grupo estalló de nuevo en risas, mientras Carlos parecía a punto de explotar o implosionar de vergüenza.

—¡Eso no lo hago! ¡¿Qué demonios?! —balbuceó, su voz subiendo en desesperación.

—¡Adiós, chicos! —Ana les lanzó un beso al grupo, su sonrisa nunca desvaneciéndose mientras giraba sobre sus talones. Alondra permaneció inmóvil, con la mandíbula prácticamente en el suelo.

—¿Quién eres? ¿Y qué hiciste con Ana? —preguntó Alondra, todavía en shock mientras comenzaban a caminar hacia el estacionamiento.

Ana se giró hacia ella con una sonrisa calmada y confiada. —Soy alguien que ya no tolera más mierda de nadie.

—Eres mi nueva heroína —declaró Alondra, con admiración escrita en todo su rostro mientras seguían caminando hacia los autos—. Entonces… lo de Jessica… ¿era verdad?

—No exactamente —respondió Ana, encogiéndose ligeramente de hombros—. Su papá sí tiene un historial de fraude, y hay una demanda en proceso, pero aún está bajo confidencialidad.

—¿Cómo es que sabes eso? —preguntó Alondra, frunciendo el ceño mientras llegaban a su auto.

—Nuestro abogado de la familia a veces trabaja en casos como este, y lo mencionó en casa el otro día —dijo Ana, mostrando una sonrisa como si no fuera gran cosa.

—¡Guau! Es un tema pesado. Me estás empezando a asustar, Ana Martínez, pero tengo que admitirlo… te admiro muchísimo —dijo Alondra mientras se subía al auto, sacudiendo la cabeza con asombro. Ana se deslizó en el asiento del copiloto, y cuando Alondra giró la llave, el motor rugió. Ana subió el volumen, llenando el auto con la música de Sabrina Carpenter.

Después de un momento, Ana se colocó tranquilamente sus gafas de sol y se recostó. —Honestamente, deberías tener más miedo de perder a la persona que amas.

Alondra bajó un poco el volumen, mirándola con confusión e intriga. Las palabras de Ana flotaron en el aire como una advertencia, y Alondra no pudo evitar sentir que había algo más profundo que no estaba viendo.

—No me mires así. Tú, más que nadie, sabes lo devastador que es perder a alguien que amas con todo tu corazón. Perdiste a papá una vez… ¿de verdad podrías soportar perderlo de nuevo? —La voz de Ana se suavizó, aunque su mirada permaneció firme—. Mira, lo entiendo. Necesitas amarte a ti misma, y eso es importante, pero no tienes que hacerlo sola. Te quiero, Alondra. Eres como una hermana para mí, y no soporto la idea de que estés pasando por todo esto tú sola.

—Pero te tengo a ti —dijo Alondra, con la voz ligeramente temblorosa.

—Siempre. Pero también tengo a mi papá, y por eso estoy cuidando de los dos —

respondió Ana, bajando la ventana para dejar que la brisa fresca entrara al auto—. Quiero que ambos sean felices. He visto cómo se miran; el amor que comparten es real, Alondra. No dejes que se escape.

Alondra tragó saliva, aferrándose con fuerza al volante.

—¿Te contó lo que pasó en la boda? —preguntó en voz baja, manteniendo la vista fija en la carretera.

—Sí, me lo dijo. Y lo siente, Alondra. De verdad lo siente —dijo Ana, apretando suavemente la mano de su amiga—. Conozco a mi papá, y sé cuándo realmente se arrepiente de algo. Y créeme, esta vez lo hace. Pero decidas lo que decidas, estoy aquí para ti. Siempre estaré de tu lado.

Una sonrisa agridulce se dibujó en el rostro de Alondra. Su corazón se debatía entre la incertidumbre dolorosa y el calor del apoyo incondicional de Ana.

—Gracias, de verdad.

Ana sonrió y subió el volumen de la radio. —Suficiente de esta montaña rusa emocional. Quiero mi maldito café.

Alondra soltó una risita, sintiendo que la tensión disminuía un poco.

—Aún tenemos que terminar nuestros ensayos, ¿recuerdas? —le recordó, dejando asomar su lado responsable.

—Ay, demonios —gruñó Ana con dramatismo—. Está bien, entonces serán tres galletas y un moka grande. Esta será una noche larga —dijo, dejándose caer en el asiento con un suspiro.

¿Cómo pude pedirle que se casara conmigo?, pensó Ignacio, mientras garabateaba su firma en otro documento que Valeria le entregaba. Su mente estaba a kilómetros de distancia de la pila de papeles frente a él. *Qué movida más estúpida…*, murmuró entre dientes, frustrado.

—¿Perdón? —La voz de Valeria lo sacó de sus pensamientos. Seguía de pie junto a la puerta, esperando pacientemente, como siempre—. ¿Está todo bien, señor? —preguntó, frunciendo el ceño con preocupación.

Ignacio parpadeó, dándose cuenta de que había hablado en voz alta sin querer.

—Ah… sí, estoy bien —respondió, forzando una sonrisa. Pero la pregunta seguía rondándole la mente, carcomiéndolo como un rompecabezas sin resolver.

Levantó la vista hacia Valeria y trató de tranquilizarla con otra sonrisa.

—Sí, mejor que nunca, Val —dijo, aunque el tono de su voz lo delataba. Tapó el bolígrafo y deslizó los papeles hacia ella—. Ya puedes llevártelos.

—¡Perfecto! Ya casi me voy, así que si necesita algo antes de que me marche, avíseme —dijo Valeria, con una sonrisa amable.

—No, está bien. Puedes irte cuando quieras —respondió Ignacio, volviendo su atención a la pantalla de su laptop.

—Muy bien, ¡que tenga un buen viaje! —se despidió, su voz desvaneciéndose cuando la puerta se cerró tras ella.

Al principio, apenas registró sus palabras, demasiado absorto en el flujo interminable de trabajo que lo aguardaba. Pero luego, su comentario resonó en su mente. *Espera, ¿qué? No voy a viajar*. Frunció el ceño, confundido. Quizás lo había confundido con alguien más, *¿Tomás, tal vez?* Recordó vagamente que Tomás había mencionado un viaje con Amanda. *Debió confundirme,* pensó, descartando el asunto.

Se encogió de hombros y se sumergió nuevamente en su trabajo, desplazándose sin pensar por un mar interminable de correos electrónicos del consejo de investigación médica, estados de cuenta bancarios y el spam habitual. Pero su mente vagaba, agotada por la monotonía.

—Quizás debería tomarme un descanso... irme de viaje. Estoy tan harto de esto —murmuró, mirando con desdén la interminable lista de mensajes sin leer.

Sus pensamientos comenzaron a divagar, y pronto se imaginó en una playa, con el sol calentando su piel y una piña colada helada en la mano. Alondra estaba a su lado, sonriendo, su piel brillando mientras se aplicaba aceite en los brazos. La imagen era tan vívida, tan real, que por un momento se permitió creer en ella. *Ella ya no está, amigo. Ya no es parte de tu vida*, lo devolvió su mente a la realidad.

Y con ese pensamiento, todo regresó de golpe: la frustración, el arrepentimiento de haberla dejado ir, de no haber luchado más para arreglar las cosas. Podría haberle dicho que podían solucionarlo, que estaría a su lado sin importar qué. Pero en cambio, se había hecho el tonto completo, proponiéndole matrimonio mientras estaba borracho y vomitando. *Muy bien hecho, imbécil,* pensó con amargura.

Sacudiendo la cabeza, cerró de golpe la laptop y la guardó en su maletín con un suspiro. Tomó algunos archivos del escritorio, se colgó el maletín al hombro y salió de la oficina. El escritorio de Valeria estaba vacío; ya se había ido.

Bajó al primer piso, subió a su auto y se dirigió a casa. Pero mientras conducía, su mente volvía una y otra vez a Alondra. Casi podía sentirla de nuevo: su piel suave bajo sus dedos, lisa como terciopelo. *Cómo la extraño,* pensó, aferrándose un poco más fuerte al volante. La idea de regresar a su dormitorio y hablar con ella se cruzó por su mente, imaginándola sorprendida, conversando, arreglando las cosas y luego teniéndola de nuevo.

Ella no quiere hablar contigo, Ignacio. Dale el tiempo que necesita, se dijo a sí mismo. Pero otro pensamiento, uno más frustrante, se coló en su cabeza. *¿Cuánto tiempo más necesita?*

—Deja de pensar en eso, Ignacio —se regañó mientras aparcaba frente a su casa. Apagó el motor y notó el Toyota rojo, el que le había dado a Alondra, en la entrada. Frunció el ceño.

—Quizás solo están estudiando —murmuró, aunque su estómago se retorció con inquietud.

Al caminar hacia la puerta principal, una ola de pánico lo golpeó. *Alondra está aquí.* Todavía se sentía vulnerable por su último encuentro, el embarazoso recuerdo ardiendo fresco en su mente. *Relájate,* pensó. *Entra, deja el maletín, sube las escaleras y enciérrate en tu habitación.*

Pero entonces su estómago gruñó ruidosamente, recordándole que no había comido. *Maldita sea. ¿Y si me da hambre?* Dudó, debatiéndose mentalmente. *Keto. Estamos a dieta cetogénica ahora. Nada de sándwiches para ti esta noche, hombre.* Con un profundo suspiro, Ignacio abrió la puerta lo más silenciosamente que pudo, con el pulso acelerado.

De inmediato escuchó la voz de Ana proveniente de la cocina y, enseguida, la suave y dulce risa de Alondra. Su piel se erizó; el sonido lo inundó de recuerdos. Colocó la maleta con cuidado, dejando las llaves en la mesa de la entrada con el menor ruido posible.

—¿Henry lo sabe? —oyó preguntar a Ana desde la cocina.

¿Henry? ¿Qué demonios? La mente de Ignacio comenzó a acelerarse.

—No, aún no —respondió Alondra tras una breve pausa—. ¿Crees que le guste? Quiero decir, dejar todo tan de repente para un viaje puede ser abrumador.

¿Henry viene aquí? pensó Ignacio, con el pánico subiendo en su pecho.

—Claro que le gustará. Tú lo conoces, Alondra. Tiene ese lado aventurero. Estoy segura de que Cecilia estará feliz cuando los vea tomarse en serio esto —dijo Ana.

¿Henry y Alondra están juntos otra vez? La mente de Ignacio giró en espiral, y un vacío se formó en su estómago. Su imaginación descontrolada llenó los huecos con celos y arrepentimiento. La idea de Alondra con Henry, alguien que él creía fuera de la ecuación, era demasiado. Sintió que podría vomitar; su estómago se revolvió como en una escena de *El*

exorcista.

—No estoy segura de que sea felicidad, pero creo que lo apreciará. La conozco demasiado bien —dijo Alondra, seguida de otra risa compartida. Ignacio apenas podía soportarlo. Subió corriendo las escaleras, con la mente hecha un caos. *¿Henry y Alondra están juntos de nuevo? Y ni siquiera tuvo la decencia de decírmelo.* La realización lo golpeó con fuerza. *Ni siquiera tuvo la cortesía de terminar las cosas adecuadamente.*

Ignacio se arrancó la corbata con frustración, sintiendo cómo la ira crecía como una ola que no podía controlar. *¿Cómo pudo hacerme esto? ¿Después de todo lo que hemos pasado?* Sus manos temblaban, y sus ojos comenzaron a picar con lágrimas. Su garganta se cerró como si alguien la hubiera anudado. Respirar se volvió difícil, cada inhalación era un esfuerzo. Se dejó caer pesadamente al borde de la cama, agarrándose el cabello, sintiendo su corazón partirse en mil pedazos. *¿Por qué?*

De repente, una oleada de adrenalina recorrió su cuerpo. Se levantó de un salto, impulsado por una necesidad abrumadora de respuestas, de claridad. Sus pies se movieron por cuenta propia, llevándolo hacia las escaleras. No podía simplemente dejarlo pasar, no así.

Al llegar al pie de las escaleras, los vio: Ana y Alondra, riendo y cargando cajas llenas de comida y ropa.

—Espera, esas son las llaves de mi papá y su maleta —dijo Ana, notando las cosas de Ignacio.

—¿Ya está aquí? Se supone que sale del trabajo a las seis —comentó Alondra, ajena a la situación.

—¡Yo salgo de mi maldita oficina cuando me da la gana! —ladró Ignacio, con la ira cruda en su voz cortando el aire. Su dolor alimentaba su rabia; cada palabra estaba cargada de amargura y traición.

—¡Papá! Cuida tu lenguaje —replicó Ana, con el rostro torcido en desaprobación.

—Cuida tus valores, Ana —contestó Ignacio, fulminándola con la mirada—. ¿De qué lado estás? —Sus palabras destilaban acusación, con sus ojos fijos en los de ella. Ana parecía completamente desconcertada, sorprendida por su repentino arrebato.

—¿Estás borracho otra vez? —preguntó Alondra, con un tono cortante pero una expresión incierta.

—Ah, ¿así que ahora cada vez que me ves estoy borracho? ¿Es así como va a ser esto, Alondra? —escupió él, con la voz temblando de rabia y dolor. La tensión en la habitación se hizo palpable, y Alondra también parecía tan confundida como Ana.

—Alondra... —intentó intervenir Ana, su voz una súplica silenciosa por calma.

—No, Ana. Si él va a usar palabras fuertes conmigo, recibirá lo mismo de mi parte —dijo Alondra firmemente, su voz rebosante de frustración. Se giró hacia Ignacio, con los ojos encendidos—. Ahora, escúpelo de una maldita vez.

El pecho de Ignacio subía y bajaba con fuerza, con el pulso martillándole en los oídos.

—Está bien, ¿por qué no? Estoy listo para una maldita discusión acalorada —replicó, su temperamento subiendo.

—¡Deja de decir esa palabra! Lo estás empeorando —intervino Ana, pero su voz apenas cortaba la tensión.

—¿Por qué no me dijiste que estás con Henry y que van a hacer un maldito viaje juntos? —El rostro de Ignacio estaba encendido de ira, y las palabras salieron, calientes y acusadoras.

Alondra parpadeó, su confusión rápidamente transformándose en incredulidad.

—¿Qué? ¿Henry? ¿Estás de maldita broma? —Dejó caer la caja que sostenía, claramente irritada.

—¡Papá, no! Estás completamente equivocado —intentó explicar Ana, negando con la cabeza con exasperación—. ¿Y puedes dejar de decir esa palabra?

—¿Equivocado? ¿Así que ahora estoy maldito loco, eh? Llego a mi propia casa, los escucho hablar de Henry y de algún maldito viaje, ¿y yo soy el loco? —espetó Ignacio, dejando que su frustración lo consumiera.

—¿Estabas escuchando nuestra conversación? ¡Eso es malditamente privado, papá! —La paciencia de Ana se agotó, y su tono se volvió afilado.

—¡No me importa! —replicó Ignacio, señalando las cajas con una mirada furiosa—. ¿Y esto? ¿Comida de mi propia despensa? ¿Destruir mi vida no fue suficiente, ahora también te llevas mi maldita comida?

—¡Sí, imbécil, tu comida y tu maldita ropa también! —gritó Alondra, su voz cortando el aire con dureza. Luego, mirando a Ana, añadió—. Lo siento, Ana, pero ya no pienso aguantar esta mierda. Estoy harta.

Alondra pasó junto a ellos como un huracán, dirigiéndose hacia la puerta.

—¿Así que ni siquiera vas a admitirlo? ¡Al menos ten la decencia de decirme en la cara que tienes algo con Henry! —gritó Ignacio, desesperado, mientras ella cerraba la puerta con un golpe seco.

Ana se quedó inmóvil por un momento, con el rostro dividido entre la incredulidad y la furia. Finalmente, dejó caer la caja que sostenía con un estruendo.

—¡Muy bien, papá! No puedo creer lo que acabas de hacer —dijo, temblando de frustración, mientras se dirigía enfurecida hacia la cocina.

—¿Ah, sí? ¿Hice mal en exponer sus mentiras? —vociferó Ignacio detrás de ella—. No puedo creer que supieras sobre Henry y no me apoyaras... ¡mi propia hija!

La siguió hasta la cocina, aún consumido por la ira.

—¿Qué te pasa, papá? ¿En serio crees que Alondra podría tener algo con un imbécil como Henry? ¿Cómo se te ocurre semejante tontería? —espetó Ana, agotada, con los brazos cruzados.

Ignacio, todavía a la defensiva, replicó:

—¡Los escuché hablando de eso! De si Henry sabía sobre ese maldito viaje y si le gustaría.

Ana puso los ojos en blanco, soltando un suspiro pesado.

—Por el amor de Dios, ¡por eso no se debe escuchar conversaciones ajenas! ¡Escuchaste todo fuera de contexto y ahora lo entendiste mal! Ese maldito viaje era para ti.

Ignacio se congeló, la confusión asomándose en su rostro.

—¿La comida, mi ropa...? —balbuceó mientras las palabras de Ana comenzaban a calar en él—. ¿Qué? ¿Para mí? Espera un momento...

De repente recordó cómo Valeria le había deseado un buen viaje. El estómago se le encogió.

—De verdad, papá, eres un experto en cagarla —murmuró Ana, sacando una cerveza no dietética del refrigerador—. Ahora sí voy a romper mi maldita dieta por tu culpa.

Destapó la botella y tomó un largo trago.

—Solo los carbohidratos y el alcohol pueden sacarme de este desastre —dijo, con resignación.

—¿Ella iba a llevarme de viaje? —preguntó Ignacio, con la voz más suave, la incertidumbre grabada en cada palabra.

Ana le lanzó una mirada fulminante.

—Sí, papá. A ti. ¿A dónde crees? A Las Colinas. Quería empezar de nuevo, hablar con su mamá y arreglar las cosas para que ustedes pudieran retomar su relación.

—Maldita sea... —murmuró Ignacio, dejándose caer en la mesa de la cocina y enterrando el rostro entre las manos mientras el peso de lo que había hecho lo golpeaba de lleno.

—Incluso hizo que Valeria reorganizara todas tus citas de la semana para que estuvieras libre —añadió Ana, sentándose frente a él con la cerveza en la mano.

—¿Lo hizo? —preguntó Ignacio, sorprendido y avergonzado.

—Claro que sí. Movió cielo y tierra para que esto sucediera. ¿Y qué hiciste tú? El clásico movimiento de Nacho: lo arruinaste todo.

—Oh, mierda... —susurró Ignacio, casi inaudible—. La cagué, la cagué de verdad.

—Sí, y en grande —afirmó Ana, cruzándose de brazos. Sus miradas se encontraron en un silencio cargado, lleno de reproche. No hizo falta que dijera más; su expresión lo decía todo, como si lo estuviera regañando telepáticamente.

Finalmente, Ana rompió el silencio:

—De verdad no sé qué demonios estás esperando. ¡Ve! —gritó de repente—. ¡Ve y encuéntrala! Pídele perdón de rodillas, cómprale flores, chocolates, lo que sea necesario, porque vas a necesitar toda la ayuda del mundo. Pero déjame dejar algo claro, Ignacio Martínez: no quiero verte de vuelta en esta casa hasta que recuperes a esa mujer. ¿Entendido?

Ignacio la miró, sin palabras por un momento, antes de asentir.

—Tan claro como el agua —respondió, con la voz apenas un susurro.

Ignacio comenzó a deambular por la cocina, nervioso.

—¡Solo vete! —urgió Ana, visiblemente agotada por el drama.

—No sé dónde están mis llaves —dijo, mirando a su alrededor con pánico.

—¡Están en la mesa de la entrada, como siempre! —exclamó Ana, exasperada.

—¡Ah, cierto! —Ignacio se dio una palmada en la frente, dándose cuenta. En su apuro, corrió hacia Ana y le plantó un beso rápido en la frente—. ¡Deséame suerte!

—Suerte. La vas a necesitar toda —replicó, sacudiendo la cabeza—. Adiós, papá.

Ignacio salió disparado hacia la puerta, agarrando las llaves del auto de la mesa de la entrada.

—¡Y no olvides los malditos chocolates, o serás hombre muerto! —gritó Ana mientras él cerraba la puerta detrás de sí.

La advertencia de Ana resonó en su mente mientras se metía al auto y arrancaba el motor en un solo movimiento. Aceleró por el bulevar, con el corazón latiendo con fuerza.

—¿Chocolates? —murmuró Ignacio mientras escaneaba la calle en busca de alguna tienda abierta—. ¿Dónde demonios voy a conseguir chocolates a estas horas?

Pasando frente a una heladería, una idea lo golpeó.

—El helado cuenta, ¿no? —se respondió a sí mismo, girando el volante con decisión y estacionándose sin dudarlo. Entró a toda prisa y compró un galón del helado más indulgente de chocolate con trozos extra. Le costó una pequeña fortuna, pero no le importó.

De vuelta en el auto, Ignacio aceleró hacia el Instituto de Artes. El helado sudaba en el asiento del copiloto mientras él sentía que cada segundo contaba. Al llegar a la Residencia, salió del auto con paso decidido hacia la entrada, solo para ser detenido por un fornido recepcionista detrás del mostrador.

—¡Oiga, señor! ¿A dónde cree que va sin identificación? —la voz grave del hombre lo obligó a girarse.

Ignacio lo enfrentó, consciente de lo ridículo que debía verse: un hombre de 43 años, entrando a un dormitorio lleno de estudiantes jóvenes, cargando un enorme galón de helado de chocolate. Intentó improvisar.

—Escuche, soy doctor —anunció, bajando un poco la voz para sonar más convincente—. Alguien en este edificio me llamó por una emergencia… una alergia grave. Necesito entrar ahora mismo.

El recepcionista arqueó una ceja, claramente escéptico. Su mirada pasaba de Ignacio al helado, cada vez más desconfiado.

—¿Alergias? ¿Y trae un producto lácteo a alguien alérgico? —preguntó, cruzándose de brazos.

Ignacio parpadeó, buscando una salida a ese embrollo.

—No, no, no es para la alergia. Es para el frío. Sí, el frío. —Levantó el helado, como si eso lo explicara todo—. Lo necesito como compresa fría… para la zona afectada.

El recepcionista no se movió ni un centímetro, aún más dudoso. Ignacio entró en pánico; tenía que llevar la mentira a otro nivel.

—Mire, si no entro ya mismo, ¡su piel podría caerse! Luego se infectará y… podría morir.

El hombre frunció el ceño, visiblemente horrorizado.

—Guau, eso suena… terrible. Está bien, Doc, pase. Yo llamo a una ambulancia.

—¡No, no hace falta! —respondió Ignacio apresurándose hacia el interior—. Yo me encargo. Soy un profesional.

Sus zapatos resonaban en el suelo mientras cruzaba el pasillo, con un grupo de estudiantes riéndose y susurrando al verlo pasar.

—¿Qué? ¿Nunca han visto a un hombre cargando un galón de helado? —gruñó, tratando de mantener algo de dignidad en esa escena absurda.

Llegó al elevador con el corazón en la garganta. Cuando las puertas se abrieron, salió disparado hacia la habitación de Alondra. Frente a la puerta, tocó tres veces, sosteniendo el helado como un ofrecimiento de paz.

La puerta se abrió, y allí estaba Alondra. Su expresión oscilaba entre sorpresa y molestia.

—Lo siento mucho —soltó Ignacio de inmediato, la desesperación evidente en su voz.

Alondra no dijo nada. Sus labios permanecieron apretados y su mirada era cortante, como un juicio silencioso.

—Traje, eh… helado de chocolate. Con trozos de chocolate —ofreció, levantando el galón que comenzaba a derretirse.

Ella no respondió. Solo inclinó la cabeza ligeramente, sus ojos reducidos a dos rendijas de reproche.

—¿Demasiado chocolate? —intentó bromear, sin obtener más que un profundo suspiro de parte de Alondra.

Era ese tipo de exhalación que precede a rendirse. Sin decir una palabra, cerró la puerta en su cara.

Ignacio se quedó inmóvil, solo en el pasillo silencioso, mientras el helado goteaba sobre la alfombra. El frío del corredor ahora parecía más gélido, como si reflejara el peso de su error.

Maldita sea, me odia, pensó, sintiendo que el suelo se deslizaba bajo sus pies, igual que el helado derritiéndose entre sus manos.

Capítulo 14

Ignacio miró la puerta con frustración, sintiendo cómo su enojo hervía en su interior. Golpeó de nuevo, más fuerte esta vez, sin importarle si parecía desesperado. Si ella no la abría, tal vez él mismo la tiraría abajo.

—¿Es por el helado? ¿Ese es el problema? ¿Porque no es una barra de chocolate? ¡Vamos, Alondra, solo abre la puerta y hablemos! —gritó, su voz resonando en el pasillo. De repente, la puerta de enfrente se abrió de golpe.

Un chico con gafas gruesas y ojeras profundas apareció, con una expresión de puro fastidio.

—¡Por el amor de Dios, tío! Si no quiere hablar contigo, no lo hará. ¡Ahora cállate! Algunos estamos intentando estudiar Messier 87 y la constelación de Virgo —espetó, con la voz cargada de agotamiento.

Ignacio se giró, desconcertado por la escena, mientras el chico lo observaba con más detenimiento.

—Ah... mi error —dijo de pronto, disculpándose rápidamente—. Pensé que eras algún desconocido, no su papá.

—¿Qué? No, no soy su... —Pero el chico ya había cerrado la puerta antes de que Ignacio terminara—. ...padre. —Ignacio suspiró, llevándose una mano a las sienes. Esto estaba llegando al colmo.

Golpeó la puerta de nuevo, esta vez con suavidad.

—Alondra, por favor. No es por el helado. Si no lo quieres, lo tiro, pero... hablemos, ¿sí?

Abre la puerta.

Tras un silencio que se hizo eterno, la puerta se entreabrió lentamente. Alondra estaba ahí, con el rostro marcado por el cansancio.

—Esto no tiene nada que ver con el maldito helado, Ignacio —dijo, con un tono fatigado.

Antes de que él pudiera responder, el chico de astrofísica abrió su puerta otra vez, con más irritación que antes.

—En serio, si siguen gritando, voy a llamar a la policía —amenazó.

Alondra, sin inmutarse, le lanzó una mirada rápida. Luego, en un movimiento fluido, le arrebató el helado de las manos a Ignacio y caminó hacia el chico.

—¿Astrofísica, eh? —le preguntó, evaluándolo con la mirada.

El chico parpadeó, sorprendido.

—¿Cómo... cómo lo sabes? —preguntó, claramente confundido.

—Una corazonada —respondió ella. Le extendió el bote de helado—. Toma, es todo tuyo.

El chico miró el helado como si fuera un cofre lleno de oro.

—¿Es en serio?

—Sí. Ahora cómetelo, acuéstate y duerme de verdad. Pareces no haber dormido en días. Solo... no llames a nadie, ¿vale?

Los ojos del chico se iluminaron mientras agarraba el bote como si fuera su salvavidas.

—Trato hecho. No llamaré a nadie, lo juro —dijo, antes de desaparecer nuevamente tras su puerta.

Cuando la puerta se cerró, Ignacio se quedó ahí, boquiabierto.

—¿Tienes idea de cuánto me costó ese bote? —murmuró, incrédulo.

—No lo sé, ni me importa —respondió Alondra secamente, agarrándolo del brazo y arrastrándolo dentro de su habitación antes de cerrar de golpe.

—Todavía no puedo creer que se lo hayas regalado —insistió Ignacio, aún atónito.

Alondra se encogió de hombros y se sentó en el borde de su cama, cruzando las piernas.

—¿De verdad odiabas tanto el helado?

—Ignacio, ¿qué parte de “esto no tiene nada que ver con el helado” no entiendes? —respondió ella, exasperada—. Esto tiene que ver con que siempre asumes cosas que no sabes y terminas arruinándolo todo.

Ignacio se quedó congelado en su lugar.

—Lo siento, de verdad. Sé que me equivoqué antes, en la casa, y...

—Escucha —lo interrumpió Alondra, con un tono firme—. No puedes andar escuchando conversaciones privadas, saltar a conclusiones y luego explotar por algo que ni siquiera entendiste bien. ¿Te das cuenta de que lastimaste tanto a Ana como a mí con esa tontería?

—¡Y ya dije que lo siento! No era mi intención —imploró él.

—Decir lo siento no deshace el daño —replicó Alondra—. No puedes romper una ventana y luego disculparte esperando que mágicamente se repare sola. —Se cruzó de brazos, claramente frustrada—. Sé que fui yo quien pidió algo de espacio, pero lo que pasó en la boda... es algo serio para mí. Y me pregunto si siquiera te importa.

—¡Claro que me importa! —dijo Ignacio, con la voz cargada de emoción—. Alondra, todo lo que tenga que ver contigo es importante para mí. Quiero arreglar esto.

—Entonces, ¿por qué me tratas como basura cuando intento hacer algo bueno por los dos? —espetó ella—. ¿Sabes cuánto esfuerzo me tomó, junto con Valeria, reorganizar toda tu semana para que pudiéramos pasar tiempo juntos? Y lo tiraste todo por la borda por un malentendido.

Ignacio suspiró, pasándose una mano por el cabello.

—No tenía idea de que habías planeado todo eso, y lo siento de verdad, lo siento mucho. Pero ponte en mi lugar por un segundo. Llego a casa y lo primero que escucho es el nombre de ese tipo. ¡¿No recuerdas cuánto lo odio?! Y más cuando nunca lo habías mencionado antes.

—Si nunca te hablé de Henry, es porque pensé que era irrelevante —respondió Alondra, su voz ahora cansada—. Y ya te expliqué quién es. Debería estar claro para ti: entre nosotros no hay nada. Eso terminó hace años, Ignacio.

—¡Pero él todavía tiene sentimientos por ti! —exclamó Ignacio, abriendo los brazos con frustración.

—¡Y esto no es por Henry! —gritó Alondra de vuelta—. ¡Es por nosotros, Ignacio, por

nosotros! Se trata de cómo nos tratamos, de cómo hablamos de nuestra relación con los demás, de cómo afectamos la vida de Ana... ¡Es sobre nosotros y lo que tenemos juntos! ¡No sobre Henry, ni mi madre, sino nosotros! —Se levantó, caminando de un lado a otro mientras intentaba calmarse, respirando profundamente.

—Está bien, tienes razón —dijo Ignacio, comenzando a moverse también, imitando su ritmo—. Esto es sobre nosotros. Entonces, ¿por qué mencionó Ana a Henry?

—¡Porque planeé un viaje a Las Colinas para nosotros, Ignacio! Y resulta que Henry vive allí también. Quería llevarte a Las Colinas para que pudiéramos empezar de nuevo —explicó, girándose para enfrentarlo—. Quería plantarle cara a mi madre y a Henry, decirles a ambos que estoy contigo, les guste o no. Quería mostrarte lo hermoso de Las Colinas, sin que intentaras montar un caballo salvaje y arriesgarte a romperte el cuello.

Alondra agarró una coleta de su escritorio y recogió su cabello en un moño desordenado, sus movimientos rápidos y tensos. Ignacio la observó en silencio antes de quitarse la chaqueta y sentarse en la cama.

—Lo siento, de verdad —dijo en voz baja, su tono cargado de culpa. No sabía qué más decir.

—Y en la boda... —comenzó Alondra, su tono más suave, pero todavía con un dejo de dolor—. Entiendo ahora lo emocionado que estabas de presentarme a tus amigos, de presumirme, pero no viste lo incómoda que estaba. Me hizo darme cuenta... estamos en páginas completamente diferentes.

—Sólo quiero hacerte feliz, Alondra. De verdad que sí —dijo Ignacio con sinceridad, mirándola.

Ella suspiró, sus hombros bajando un poco.

—En algún momento, quiero tener hijos, Ignacio. ¿Tú también?

Él se detuvo un momento antes de responder:

—Si eso te hace feliz, entonces sí.

—¡No! —La voz de Alondra se quebró con frustración mientras se sentaba junto a él—. ¿No entiendes? ¡Quiero que tú también lo desees! No quiero que me des algo que realmente no quieres para ti mismo. Sé que no quieres hijos ni casarte de nuevo; lo dejaste claro en la boda de Tomás.

—Pero te pedí que te casaras conmigo, Alondra, y dijiste que no —dijo Ignacio, con una mezcla de frustración y confusión.

—¡Me lo pediste después de beberte todo el bar y luego vomitar sobre mi ropa! ¡Arruinaste mis zapatos favoritos! —replicó Alondra, sacudiendo la cabeza, incrédula.

—¿Eso era lo que debía traerte en lugar del helado? —bromeó, intentando aliviar el ambiente.

—¡Sí, digo, no! —balbuceó Alondra, visiblemente nerviosa—. Lo que intento decir, Ignacio, es que no quiero que hagas cosas que no deseas realmente sólo para complacerme. Pero odiaría poner todo este esfuerzo en nosotros, trabajar en esto, y descubrir que fue una pérdida de tiempo porque simplemente no queremos las mismas cosas en el futuro.

Ignacio dejó escapar un profundo suspiro, pasándose una mano por el cabello.

—¿Qué puedo hacer para arreglar esto? Hablo en serio, Alondra. ¿Qué puedo hacer?

Alondra se quedó en silencio, pensando cuidadosamente.

—No creo que haya una sola cosa que puedas hacer. Creo que es algo en lo que ambos tenemos que decifrar. Sé que necesito defendernos más, ser más fuerte por nosotros... pero tú no puedes permitir que la gente me haga sentir como si fuera una basura, ¿sabes?

—Sabes que siempre haré lo mejor que pueda —respondió Ignacio, con sinceridad.

—Y nunca me vuelvas a pedir matrimonio cuando estés borracho. Eso realmente me hirió —dijo Alondra en voz baja.

—¿Por qué? A mí me dolió cuando dijiste que no —contestó Ignacio, su expresión seria.

—¡Estabas borracho, Ignacio! Se sintió como una broma para ti, como si no lo tomaras en serio. Además, sé que no lo deseas, y yo tampoco estoy lista para eso —explicó, con un tono firme pero cansado.

—Lo siento, Alondra. Por eso, por vomitar en tus zapatos, por actuar como un idiota... Lo siento por todo. Sólo quiero mejorar las cosas entre nosotros. Tal vez, con el tiempo, quiera lo mismo que tú, pero tienes que entenderme también. Tengo miedo. Ya pasé por todo lo de casarme y tener un hijo —admitió, su voz más suave ahora.

—Ahora lo entiendo, de verdad —dijo Alondra, su expresión suavizándose—. Vamos a tomar esto con calma, ¿de acuerdo? Y si surge algo, lo resolveremos. Sólo prométeme una cosa.

—¿Qué es? —preguntó, con un tono gentil, esperanzado.

—Que no me pedirás nada importante sobre nuestra relación, como matrimonio, hijos, mudarnos juntos, a menos que estés realmente listo para dar ese paso conmigo —dijo Alondra con firmeza.

—Está bien —respondió Ignacio, levantando la mano derecha—. Lo prometo, con el corazón en la mano —añadió, con una sonrisa tan encantadora que hizo que el corazón de Alondra se acelerara. No pudo evitar devolverle una pequeña sonrisa.

—¿Seguimos con nuestro viaje? —preguntó él, con un tono más ligero ahora.

—¿Quieres ir? —dijo Alondra, inclinando ligeramente la cabeza.

—¡Claro que sí! No puedo esperar a ver la cara de tu madre cuando le diga que te amo, de verdad, realmente te quiero en mi vida para siempre —dijo Ignacio, su voz rebosante de confianza. Notó los ojos de Alondra, brillando con una luz que no había visto en mucho tiempo.

—¿De verdad me quieres en tu vida para siempre? —preguntó Alondra suavemente, con una pequeña sonrisa esperanzada en los labios.

—Por supuesto que sí —respondió Ignacio, con una calidez que se sentía en cada palabra.

Por un instante, la habitación quedó envuelta en un encanto inexplicable. El amor y la tensión entre ambos flotaban en el aire, palpable y electrizante, como si diminutas luciérnagas danzaran en una noche silenciosa. Los ojos luminosos de Alondra lo mantenían cautivo, mientras que la sonrisa de él la desarmaba por completo. Ambos quedaron atrapados entre el deseo de acercarse y la incertidumbre de quién daría el primer paso.

Ignacio notó cómo los labios de Alondra se entreabrían ligeramente, como si fuera a hablar. Pero en lugar de eso, soltó un suave suspiro que acarició su brazo, enviando un escalofrío que recorrió su piel. Entonces, su sonrisa resplandeció, iluminando la habitación como un amanecer tranquilo.

—¿Puedo besarte? —preguntó Ignacio, su voz baja y sincera, guiada más por la emoción que por el pensamiento.

Las mejillas de Alondra se tiñeron de rosa, un delicado recordatorio de la inocencia que aún habitaba en ella. Su sonrisa se tornó tímida mientras bajaba la mirada hacia sus manos, que descansaban sobre su regazo.

Finalmente, levantó la vista, sus ojos encontrándose con los de Ignacio, y asintió levemente.

—Sí —susurró, con una voz tan suave que acarició sus oídos como una brisa cálida.

La sonrisa de Ignacio se ensanchó, y su corazón pareció hincharse. El mundo exterior se desvaneció; el tiempo mismo se detuvo. En ese instante, no había nadie más, solo Alondra e Ignacio, y las emociones que llenaban cada rincón del espacio entre ellos.

Se inclinó despacio, su mano encontrando la mejilla de Alondra con una calidez reconfortante y un toque firme. Alondra levantó instintivamente una mano, apoyándola en el hombro ancho de Ignacio. Sus dedos temblaban ligeramente, mientras sus ojos permanecían fijos en los de él.

Alondra se sintió ingrávida, suspendida en el vasto y reconfortante calor de su presencia. Cuando los dedos de Ignacio rozaron su piel, ella se rindió por completo al momento, permitiendo que los envolviera en algo infinitamente tierno y profundo.

Ignacio respiró hondo y, con cuidado, acercó sus labios a los de ella. El beso fue suave, sin prisa, cada movimiento deliberado, como si saboreara cada instante, cada sensación. Alondra exhaló cálidamente contra su rostro, inclinando la cabeza para profundizar el beso. Sus labios volvieron a encontrarse, esta vez con mayor intensidad, mientras ambos se perdían en una conexión que parecía trascender el tiempo y el espacio.

Sus labios se separaron y atrapó su labio inferior en un tierno abrazo que lo dejó con ganas de más. Eran suaves y tentadores, despertando un hambre en su interior. Su mano viajó hasta su nuca, sus dedos se enredaron en su cabello. Inclinándose más cerca, buscó la calidez de un beso más profundo, sus movimientos instintivos y anhelantes.

Cuando su mano apretó ligeramente, su cola de caballo se desenredó, las ondas oscuras cayeron en cascada sobre sus hombros. Ignacio se apartó por un momento, sus ojos se detuvieron en ella. Ella se pasó los dedos por el cabello, su expresión tímida pero radiante. Para él, se veía absolutamente hipnotizante, sus mechones negros enmarcando su rostro como la obra maestra de un artista.

Incapaz de resistirse a su encanto, sus labios encontraron los de ella nuevamente, esta vez más asertivos, explorando, buscando. Su lengua rozó la de ella, encendiendo una chispa que rápidamente se convirtió en una llama. Sus labios se movieron contra los de él, respondiendo a su pasión con los suyos, su mano deslizándose por su pecho en una lenta caricia.

El corazón de Ignacio se aceleró cuando los dedos de Alondra se deslizaron por debajo de su camisa, trazando el tenue rastro de vello en su pecho. Su toque era electrizante, una mezcla de ternura y deseo que encendió sus nervios. Se besaron profundamente, sus respiraciones se mezclaron, sus manos descubrieron el calor debajo de la tela que los separaba.

Sin romper su conexión, Ignacio se puso de pie, extendiendo su mano hacia ella. Ella la tomó, y se quedaron cerca, sus miradas se encontraron, la tensión entre ellos era palpable.

—Quiero verte —susurró, su voz cargada de deseo, sus ojos llenos de anhelo.

Ignacio asintió, su mirada fija en la de ella mientras comenzaba a desabrocharse la camisa. Se quitó los zapatos, uno por uno, y con cada botón desabrochado, vio que el rubor en las mejillas de Alondra se profundizaba. Ella estaba paralizada, sus ojos trazando las líneas de su cuerpo mientras la camisa se deslizaba de sus hombros y caía al suelo.

Para Ignacio, no se trataba solo de desvestirse. Se sentía vulnerable, como si le estuviera desnudando su alma. Y la forma en que lo miraba, adorándolo, cautivado, le dejaba saber que lo veía, que realmente lo veía y que amaba lo que veía.

Sus ojos recorrieron su torso con tranquila intensidad, su respiración se aceleró a medida que el calor en la habitación se intensificaba. Luego, con deliberada lentitud, Ignacio alcanzó su cinturón, lo desabrochó. Lo deslizó fuera de las presillas, el cuero susurró contra la tela, y lo dejó caer al lado de su camisa.

El aire parecía cargado de una energía que ninguno de los dos podía negar. A medida que aumentaba la tensión, la respiración de Alondra se hizo más pesada, su pecho subía y bajaba al ritmo de su corazón palpitante.

Luego, después de quitarse los calcetines, Ignacio desabrochó sus pantalones, deslizándolos por la bragueta y empujándolos hacia abajo por sus piernas, permaneciendo en su ropa interior. Alondra lo detalló, su nuez de Adán moviéndose hacia abajo mientras tragaba, la vena palpitante en su cuello, su pecho subiendo y bajando con su respiración, pensó que era una obra de arte. Ignacio la miró fijamente mientras agarraba lentamente la cintura de su ropa interior negra y la deslizaba por sus caderas, liberando su duro miembro ante sus brillantes ojos marrones.

Alondra se quedó sin aliento al ver su hombría. No esperaba que estuviera tan duro, y solo una palabra cruzó por su mente: perfección. Ignacio dio un paso adelante, mirando su lindo rostro sonrojado, y tomando una de sus delicadas manos, la colocó sobre sus labios y besó sus palmas, sintiendo la suavidad de su piel sedosa. Luego, volviendo a mirarla a los ojos, lentamente colocó su mano sobre su pecho, sobre su corazón.

Alondra sintió el calor de su piel, invitándola a explorarlo más, pero luego sintió su corazón latir debajo de su pecho y músculos, bombeando sangre al resto de su cuerpo. Nunca se sintió como se sintió en ese momento, era tan íntimo y sensual sentir su piel ansiosa por su tacto, pero también su corazón latiendo con fuerza por ella, mientras sus ojos se fijaban en los de ella.

—Soy todo tuyo, siempre he sido tuyo —dijo Ignacio, lo que provocó que Alondra se acercara a él y lo besara de inmediato. Sus labios se presionaron contra los de él, mientras sus dedos se aferraban al cabello de su nuca. Sus brazos la envolvieron instantáneamente, acercando su cuerpo a su piel desnuda. Su pene descansó contra su vientre mientras Alondra rápidamente se deshizo de su camisa, ansiosa por sentir su piel cálida sobre la de ella.

Por otra parte, Alondra cerró sus labios con Ignacio mientras él desabrochaba su sujetador, liberando su generoso pecho. Había algo en su pasión, combinado con la ternura de su tacto que lo seguía atrayendo, su miembro estaba tan duro como una roca. Pronto, Ignacio sintió como si se estuviera hundiendo en el suave océano de su amor, y estaba feliz de nadar en él.

Justo cuando su mano se arrastró hasta sostener sus pechos, Ignacio gruñó dentro de su

boca, lo que hizo que Alondra se excitara aún más. Escuchar su voz complacida la hizo sentir deseada, querida, lo que la hizo desearlo aún más, su núcleo ya estaba ardiendo y sus bragas estaban empapadas. Sus manos se arrastraron por sus caderas, deslizándose dentro de sus pantalones deportivos para agarrar su trasero. Alondra se las bajó y se las quitó. Mientras lo hacía, Ignacio la besó lentamente hasta el vientre, poniéndose de rodillas.

Mirándola, acarició la cintura de sus bragas, esperando su señal para seguir adelante. Los dedos de Alondra agarraron su cabello mientras ella se mordía el labio inferior. Eso fue todo lo que necesitó para deslizarle las bragas hacia abajo. Ignacio fijó sus ojos en su raja rosada y, mientras colocaba sus manos en sus nalgas, llevó a Alondra hacia su cama, haciéndola acostarse.

Tan pronto como levantó las piernas, exponiendo su lindo sexo, Ignacio lamió su raja. Su cuerpo se estremeció, la emoción recorrió sus dedos de los pies, haciendo que se curvaran, y un pequeño gemido salió de sus labios. Ignacio siguió lamiendo, mientras entrelazaba sus dedos con los de ella. Con su otra mano, frotó su clítoris mientras lamía alrededor de su entrada goteante, esparciendo su humedad alrededor.

Ignacio se tomó su tiempo para saborearla, quería comérsela bien. Su masculinidad palpitaba con cada gemido de placer que ella emitía, pero Ignacio no podía dejar de lamerla.

—Tienes un sabor delicioso —gruñó. Luego cerró los labios alrededor de su clítoris, chupándolo y pasando la lengua sobre él, no pudo evitar apretar su pene y acariciarla para aliviar la presión.

—Ignacio —gimió ella cuando él soltó su mano y hundió un par de dedos dentro de ella, frotando sus paredes superiores. La sensación circundante hizo que sus paredes se calentaran, se humedecieran y se hincharan un poco, sus gemidos aumentaron y Alondra estaba a punto de perderse alrededor de su boca. Ignacio nunca dejó de mover sus dedos, acercándola al borde de su clímax, continuó chupando su clítoris y lamiéndolo mientras su cuerpo comenzaba a temblar de placer.

Ella agarró su cabello con más fuerza, tratando de fijarlo en su lugar y mover sus caderas, pero Ignacio la empujó hacia abajo, impidiéndole moverse.

—¡Oh, mierda! —gimió en voz alta, cerrando los ojos. Entonces Ignacio sintió que sus paredes se apretaban sobre sus dedos, y su cuerpo liberaba la tensión. Sus piernas se volvieron suaves y su cuerpo estaba extremadamente cálido. Ignacio la lamió suavemente y movió sus dedos suavemente mientras Alondra liberaba su orgasmo, dejándola perder la cabeza en su placer.

Entonces Ignacio sacó lentamente sus dedos de ella, lamiendo sus jugos y chupando sus dedos limpios. Besó sus muslos y acarició sus caderas mientras ella se recuperaba de su intenso orgasmo. Entonces ella lo miró y sonrió, era la sonrisa más dulce que alguna vez le había dedicado. Alondra se veía hermosa, brillando por su orgasmo e Ignacio no pudo evitar perderse en sus ojos.

Él lentamente se arrastró sobre ella, Alondra abrió sus brazos, invitándolo, y abrazándolo con sus brazos y piernas, lo besó profunda y apasionadamente, saboreando sus propios jugos de su boca. Se enzarzaron en un beso infinito mientras sus cuerpos se curvaban y retorcían juntos, convirtiéndose en una masa de piernas, extremidades y manos. Entonces Alondra sintió su pene presionada contra su clítoris, y comenzó a mover sus caderas.

Ignacio notó sus movimientos, y cuando sintió su masculinidad presionada contra su entrada, movió sus caderas hacia ella, empujando dentro. La forma en que su húmedo canal se sentía alrededor de su pene era increíble, ninguna palabra podría describirlo, y mientras él se movía más profundo, ambos se miraron fijamente, jadeando de emoción y placer.

Alondra sintió cómo su miembro estiraba su interior, frotando contra cada parte de ella, provocando que empujara sus caderas hacia arriba en busca de más. Ignacio tuvo que luchar contra el orgasmo que ya estaba ahí, listo para explotar cuando él se moviera hacia atrás, pero sabía bien que no podría durar mucho, la vista de Alondra, su voz silbando y su cuerpo moviéndose debajo de él era demasiado.

Entonces comenzó a moverse más profundo y más rápido, mientras cerraba sus labios con los de ella y se tragaba sus gemidos. Alondra hundió sus uñas en su espalda mientras él se movía, no quería que se detuviera. Luego apoyó su frente contra ella, gimiendo fuerte mientras pasaba el punto de no retorno.

—Oh sí, Ignacio, no pares —gritó Alondra mientras agarraba sus nalgas y lo empujaba más adentro.

De repente, a pesar de que Ignacio intentaba contenerlo, comenzó a liberar su orgasmo, arrojando su carga cálida dentro de ella. La forma en que ella lo empujó lo llevó a su propio abismo de placer.

—¡Oh, mierda! ¡Alondra! —gruñó, apretando los dientes mientras sentía que sus paredes se apretaban a su alrededor.

La vista de él la hizo correrse bastante rápido, y sentir su semen inundando su interior la llevó al borde de nuevo. Balbuceó palabras sin sentido mientras el rostro de Ignacio se hundía entre sus pechos, todavía liberando su orgasmo dentro de ella.

—Ignacio —gritó mientras sus ojos se giraban hacia atrás y se perdió de nuevo, gimiendo su orgasmo con su nombre en sus labios.

Sin retirarse, y con la energía que aún le quedaba, Ignacio se dio la vuelta y la abrazó, quitándose su peso de encima. La miró, brillante y todavía suave por la intensa ola de energía que explotaba a su alrededor, pensó que era el hombre más afortunado de la tierra.

Mientras ella regresaba lentamente del cielo, él sonrió. Alondra lo besó de nuevo,

haciéndole saber lo bien que se sentía su orgasmo. Luego se miraron, todavía conectados a través de su sexo y sin romper la atmósfera íntima entre ellos.

No pudo evitar la sensación a punto de estallar en su pecho. —Te amo Alondra, te amo tanto —le dijo.

Ella sonrió tímidamente y luego fijó sus hermosos ojos marrones en los de él, de color avellana, envolviéndolo con sus brazos. La calidez que sus palabras le transmitieron solo aumentó sus propios sentimientos hacia él, se sintió completa.

—Te amo Ignacio, y te amaré siempre —le dijo Alondra, sabiendo que finalmente había encontrado su hogar.

Capítulo 15

Alondra miró nerviosa a su madre, esbozando una sonrisa vacilante, mientras Ignacio se recostaba en su silla con una calma absoluta. Frente a ellos, la mirada afilada de Cecilia se posó en las canas de Ignacio, mezclando escrutinio y desaprobación.

—La cosa es, mamá —comenzó Alondra, con un tono firme a pesar de sus nervios—, que realmente no tienes voz en esto. Ignacio es el hombre con quien quiero compartir mi vida, y esa es mi decisión.

Cecilia abrió la boca para protestar.

—Pero Ignacio es...

—¿Mayor que yo? ¿Un doctor? ¿Un hombre? ¿Un ser humano? —interrumpió Alondra con rapidez, desbaratando la objeción de su madre. Ignacio permaneció en silencio, su semblante relajado e inquebrantable, aunque sus ojos destellaban un sutil toque de diversión al mirar a Cecilia.

El rostro de Cecilia era un lienzo cambiante: preocupación, irritación, enojo y, de nuevo, inquietud. Alondra continuó, su voz firme.

—¿Qué es Ignacio entonces? Sí, es mayor. ¿Y qué? ¿Se supone que debo alejarme de alguien que me hace feliz solo por su edad? ¿Por lo que otros puedan pensar?

—Eso no es lo que yo... —balbuceó Cecilia, llevando la mano al pecho como si buscara calmarse.

—No voy a renunciar al hombre que amo por las opiniones de los demás —declaró Alondra, cruzando los brazos bajo el pecho en su típica postura decidida—. Ya tomé mi decisión.

Ignacio es la persona con quien quiero estar mientras la vida lo permita, y tienes dos opciones.

Se inclinó hacia adelante, fijando su mirada en la de su madre, con un tono firme e implacable.

—Puedes seguir con esta actitud y olvidarte de que tienes una hija, o puedes darle una oportunidad a Ignacio. Trátalo con respeto, porque es el hombre que elegí.

Con esas palabras finales, Alondra se recostó en su asiento, soltando los brazos y tomando la mano de Ignacio. Sus dedos se entrelazaron de forma natural, un símbolo silencioso pero firme de su unión. Los ojos de Cecilia bajaron a sus manos unidas antes de suspirar profundamente, devolviendo la atención hacia ella.

—Está bien —dijo al fin, con una voz más suave pero aún cargada de duda—. Tienes razón. Ya perdí a mi esposo, y no quiero perder a mi hija también.

Cecilia dirigió su mirada a Ignacio, su expresión dura, evaluándolo. Ignacio sostuvo su mirada con calma, su compostura intacta. Alondra no pudo evitar pensar que parecían dos oponentes midiéndose en un duelo silencioso. Por un momento, casi esperaba que Cecilia lo retara a un concurso de parpadeo.

Pero entonces, Cecilia levantó la mano, ofreciendo una tregua en forma de un apretón.

Ignacio esbozó una sonrisa mientras estrechaba la mano de Cecilia, pero su agarre se tensó de repente, acercándolo hasta quedar casi nariz con nariz.

—Esto no significa que tengas libertad para jugar con mi hija —advirtió Cecilia, su voz baja y cortante—. Si alguna vez me entero de que la lastimas, conocerás a Clementina.

Ignacio parpadeó, su sonrisa desvaneciéndose.

—¿Clementina? —repitió cauteloso, mirando de reojo a Alondra. Ella le devolvió una sonrisa tensa y nerviosa, sin lograr calmar la inquietud que se apoderaba de él.

—Mi escopeta Winchester M101 —aclaró Cecilia, con un tono tan casual como si hablara del clima—. Y, para que lo sepas, tengo dos más en mi caja fuerte.

Ignacio carraspeó, intentando mantener la compostura.

—Clementina debe ser... encantadora —dijo, soltando con cuidado su mano de la de Cecilia.

Cecilia arqueó una ceja mientras servía té en su taza con deliberada lentitud.

—Oh, lo es. Y no lo olvides, citadino. Más te vale comportarte, o los cañones de

Clementina encontrarán un nuevo hogar. Adiós, señor Ignacio Martínez.

Alondra sofocó una risa mientras Ignacio inhalaba profundamente.

—¿Podemos tener una conversación que no implique amenazas a mi anatomía, por favor? —pidió, con la voz tensa.

Alondra colocó una mano sobre su brazo.

—Tal vez deberíamos irnos —sugirió, volviéndose hacia su madre con una pequeña sonrisa de disculpa—. Perdón por cortar esta encantadora charla, pero tenemos reservaciones para cenar.

Cecilia entrecerró los ojos.

—¿No piensas invitar a tu mamá?

Alondra igualó el tono cortante de su madre sin vacilar.

—Le prometí a Ignacio mostrarle lo mejor de Las Colinas. Y amenazarlo con una escopeta no encabeza precisamente la lista. Relaja las amenazas, y tal vez te invite la próxima vez.

Ignacio observaba el intercambio como un espectador en una partida de esgrima, con los ojos yendo de una a otra. La tensión era palpable, pero antes de que pudiera procesarla, Cecilia se puso de pie, seguida por Alondra.

Para su sorpresa, ambas se abrazaron, sonriendo con calidez.

—Te quiero, Alondra —murmuró Cecilia, plantando un beso suave en la frente de su hija —. Avísame cuando lleguen, ¿de acuerdo?

—Lo haré, mamá —prometió Alondra, con un tono más suave—. Y guarda unas galletas de avena para mí. Las he estado anhelando desde que llegamos. Tal vez mañana podamos ir al sendero del embalse.

Ignacio permaneció inmóvil, luchando por reconciliar el drástico cambio de tono. Minutos atrás, había estado preparándose para conocer a Clementina, y ahora hablaban de galletas y caminatas.

—¡Oh, por supuesto! A Ignacio le encantará —dijo Cecilia a Alondra, con un entusiasmo cálido y genuino—. Hace años que no voy, pero será estupendo.

Ignacio parpadeó, todavía atónito por lo fácilmente que la tensión y las amenazas habían dado paso a una conversación amistosa.

Cecilia se giró hacia él, sus ojos brillando con humor. —Estaba bromeando sobre dispararte, ¿sabes? —dijo, sonriendo mientras abría los brazos para un abrazo. Ignacio vaciló un momento antes de dar un paso adelante, aliviado por el cambio de tono.

Pero al acercarse, Cecilia bajó la voz hasta convertirla en un susurro junto a su oído: —Clementina sí existe, por si tenías dudas.

El cuerpo de Ignacio se tensó, tragó saliva y la soltó rápidamente. —Anotado —murmuró, forzando una sonrisa educada. Luego, con una risa nerviosa, añadió—: Gracias por el té, la merienda increíble y... por no dispararme. Al menos, no esta noche.

Alondra rio suavemente mientras tomaba la mano de Ignacio y se aferraba a su brazo. Juntos caminaron hacia la puerta, donde Cecilia los siguió para despedirlos.

—Está ventoso y frío ahí afuera, así que abríguense bien —dijo Cecilia, observando cómo se envolvían en bufandas y chaquetas. Tiró de Alondra para un abrazo apretado, sosteniéndola por un momento más de lo habitual.

Cuando la soltó, sorprendió a Ignacio con otro abrazo, dejándolo desconcertado. —Gracias, Ignacio —dijo en voz baja—. Por cuidar a mi niña.

Ignacio sonrió, recuperando la calidez en su expresión. —No tienes idea de cuánto la amo —respondió con sinceridad.

Mientras Alondra salía y se dirigía hacia la Toyota, Ignacio la siguió, pero Cecilia lo llamó desde la puerta.

—¡Y dile a tu hija Ana que venga a visitarme algún día! ¡Mi casa es su casa!

Ignacio se dio la vuelta con una amplia sonrisa. —¡Se lo diré! ¡Le encantará la idea! —gritó antes de subirse a la camioneta.

—¡Rápido! ¡Cierra la puerta! ¡Hace un frío terrible! —dijo Alondra, temblando mientras encendía la calefacción.

Ignacio sonrió con picardía mientras se acomodaba en su asiento. —¿Ya extrañas el sol del Valle?

—Oh, absolutamente —respondió Alondra, su sonrisa iluminando la cabina. —Creo que me acostumbré a él desde el momento en que llegué.

Condujo la camioneta fuera de la propiedad de los Blanco, dirigiéndose hacia el animado bar de cervezas. Mientras el motor ronroneaba y el calor comenzaba a llenar el espacio, Ignacio se desabrochó la chaqueta, dejando que la comodidad del momento lo envolviera.

Alondra lo miró de reojo, su sonrisa persistiendo. Cualesquiera que hubieran sido los desafíos del día, los habían enfrentado juntos, y eso, pensó, era lo único que realmente importaba.

—¿Qué? —le preguntó, sabiendo que había algo detrás de su sonrisa.

—Nada, solo que te ves increíblemente sexy esta noche —dijo ella, mordiéndose el labio inferior.

—Mmm, también puedo calentarte —dijo Ignacio, con una sonrisa descarada.

—¿De verdad? ¿Cómo vas a hacer eso si yo conduzco? —le preguntó, tentándolo.

—Bueno, podría deslizar mi mano en algunos lugares —dijo, acercándose a su asiento y abriendo ligeramente su chaqueta, luego frotó ligeramente por encima de sus pezones, haciendo que se endurecieran.

Las mejillas de Alondra se pusieron rojas al instante, haciéndole saber a Ignacio que la estaba tocando de la manera correcta. Entonces hizo un movimiento audaz y apretó su pecho, pellizcando su pezón un poco. —Oh —gimió ella—, tu mano está tan caliente.

—¿Se siente bien? —le preguntó, burlonamente.

—Mm sí —respondió ella siseando—, creo que las cervezas pueden esperar un poco, ¿no crees? —Luego se alejó de la carretera principal y se dirigió hacia el lago. Allí, encontró un lugar distante entre los árboles, justo en frente del lago.

La luz de la luna se reflejaba en el agua y toda la vista era de ensueño. —Ha pasado tanto tiempo desde que estuve aquí en el lago, nunca se vio tan hermoso —dijo Alondra mientras estacionaba.

—¿Sabes qué más es hermoso? —le preguntó, y ella lo miró sonriendo—, tú.

Ignacio se inclinó hacia adelante, besándola profundamente mientras Alondra enredaba sus dedos en su cabello. Sus lenguas se retorcieron entre sus labios mientras Alondra gemía en su boca, Ignacio ya tenía su mano deslizándose debajo de su falda, frotando por encima de sus bragas.

—Oh, pero ¿qué es esto? —le preguntó en broma—, tu braguita está empapada.

Luego movió su braguita a un lado, encontrando hábilmente su clítoris entre sus pliegues. Comenzó a frotarla mientras Alondra bajaba por sus caderas para darle espacio.

—¿Esto es lo suficientemente cálido para ti? —le preguntó, pero Alondra puso sus ojos

de cachorrito, haciendo pucheros y moviendo la cabeza de un lado a otro—. ¿No? ¿Cómo puedo calentarte mejor? —preguntó en tono burlón.

Entonces Alondra pasó la mano por encima de su duro bulto, delineando la erección que tenía a través de sus pantalones. —Tengo muchas ganas de probarlo —dijo, mordiéndose el labio inferior de nuevo.

—Tus deseos son órdenes —dijo, recostándose en su asiento y bajando la bragueta de sus jeans. Alondra lo vio deslizar su mano dentro de sus pantalones y sacar su miembro. Se movió frente a sus ojos, haciéndole la boca agua. Alondra lentamente lo apretó en un puño, cerrando los dedos alrededor de él y moviendo su mano hacia arriba y hacia abajo lentamente mientras se inclinaba hacia Ignacio y lo besaba.

Él podía sentir su hambre a través de su beso, ella lo besó apasionadamente, con el deseo ardiendo en sus labios. Luego separó sus labios y, mirándolo fijamente, bajó la cabeza, envolviendo sus labios alrededor de su pene. Él sintió su lengua juguetona acariciar su cabeza, humedeciéndola y lamiendo la gota de pre-semen de la punta, haciendo que sus mandíbulas se apretaran de placer.

—Oh, sí —gimió Ignacio cuando Alondra comenzó a mover su cabeza hacia arriba y hacia abajo, succionando ligeramente. La vio tomarlo completamente dentro de su boca, envolviendo su lengua alrededor de ella mientras emitía un zumbido. Lo empujó varias muescas hacia adelante. Ignacio luego agarró su cabello, apartándolo de su rostro para que pudiera ver el espectáculo que le estaba dando.

Luego lo sacó, deslizando sus labios sobre el eje mientras sus manos asistían a su placentera tortura. Mientras movía una de sus manos hacia arriba y hacia abajo por su pene, su otra mano masajeaba sus testículos. Sus labios húmedos acariciaban la piel sedosa alrededor de sus testículos, haciéndole cosquillas.

—Chúpalos... —le instó Ignacio, ansioso por sentir sus testículos dentro de su boca. Con una sonrisa burlona, Alondra envolvió sus labios alrededor de ellas y succionó suavemente sus testículos, masajeándolas con su lengua al mismo tiempo. La sensación estaba más allá de las palabras, e Ignacio estaba empezando a perder la cabeza.

Entonces Alondra tomó con avidez su pene de nuevo en su boca, chupando más fuerte mientras movía su cabeza hacia arriba y hacia abajo más rápido. Movió sus manos junto con su boca, aplicando la presión justa para empujarlo hacia su orgasmo. Ignacio agarró su cabello y comenzó a mover sus caderas, aumentando la velocidad a la que ella movía la cabeza.

—Oh, mierda —gruñó—, tu boca es deliciosa —dijo con lujuria mientras inclinaba su cabeza hacia atrás y cerraba los ojos. Alondra luego comenzó a tomarlo más profundamente en su boca, casi alcanzando su área púbica con su nariz. Alondra notó cómo Ignacio comenzó a perder el control, su agarre en su cabello se aflojó y sus muslos comenzaron a temblar.

—Me voy a correr —dijo con un gruñido—. ¡Mierda, Alondra! —De repente, Alondra sintió que su miembro se contraía mientras soltaba su cálida carga dentro de su boca, disparándola con presión. A Alondra le encantaba el sabor de su semen, su dulzura la volvía adictiva. Sintió que su masculinidad se ablandaba dentro de su boca mientras rápidamente comenzaba a chupar hasta la última gota que quedaba de él.

—Oh, Dios… Alondra —gimió. El cuerpo de Ignacio estaba sin energía, sintió como si Alondra se lo chupara todo. Entonces comenzó a reír mientras Alondra lo sacaba lentamente de su boca y se tragaba su semen. Sintió la cálida carga deslizándose por su garganta y secándose las comisuras de la boca con el pulgar, le sonrió a Ignacio.

—¿De qué te ríes? —preguntó Alondra, captando a Ignacio con una sonrisa que se extendía de oreja a oreja.

—Oh, nada —respondió, recostándose en su asiento con los brazos cruzados detrás de la cabeza. —Sólo estaba pensando que esta es una forma genial de empezar una cita.

—¿Tú crees? —bromeó ella, con un brillo juguetón en los ojos—. Espera a que volvamos al hotel.

Ignacio arqueó una ceja y su sonrisa se hizo más amplia. —¿Podemos saltarnos la cena y avanzar rápidamente hasta esa parte? —preguntó, ajustándose los jeans con un movimiento casual.

Alondra rio, negando con la cabeza mientras volvía a encender el motor. —Es tentador, pero vas a necesitar fuerzas si planeas seguirme el ritmo esta noche —replicó con un guiño.

—Oh, ¿eso es una advertencia? —respondió él, esbozando una sonrisa mientras ella giraba el auto hacia la carretera principal.

—Más bien un desafío —contestó ella, con una sonrisa traviesa.

Durante el breve trayecto, se tomaron de la mano, el calor entre ellos contrastando con el aire fresco de la montaña que los rodeaba. Pronto, el reconfortante aroma de comida recién hecha inundó el auto mientras se acercaban a una encantadora casita con un techo rojo brillante. Un letrero luminoso que decía "D'Vine Table" bañaba el frente de la propiedad con una cálida luz acogedora.

Cuando Alondra estacionó, Ignacio no perdió tiempo en salir del auto y rodear rápidamente hasta su lado. Con un gesto galante, abrió la puerta y le ofreció la mano para ayudarla a bajar.

El ambiente dentro de la cervecería era animado pero íntimo. Risas y el tintineo de vasos llenaban el aire, mientras parejas y grupos de amigos charlaban entre cervezas artesanales y platos deliciosos. Los meseros se movían con eficiencia entre las mesas, sus sonrisas tan

acogedoras como los aromas que salían de la cocina.

—¡Hola! —saludó Alondra a un joven camarero cerca de la puerta. Él se giró, y su expresión cambió a una de emoción nerviosa al cruzar la mirada con ella.

—Tengo una reserva bajo el nombre de Alondra Blanco —dijo ella con una sonrisa educada.

—¿Ese es su nombre? —preguntó él, sonriendo con entusiasmo.

Alondra asintió, divertida.

—De acuerdo, déjeme confirmarlo —dijo rápidamente, retirándose hacia una computadora detrás del mostrador. Tras unos momentos, regresó con dos menús en la mano. —Bienvenidos a D'Vine Table. Permítanme guiarlos a su mesa.

Con destreza, el camarero los condujo a través del acogedor espacio hasta una mesa en una esquina que ofrecía la privacidad justa para sentirse especial. Tiró la silla de Alondra hacia atrás antes de colocar los menús sobre la mesa, su sonrisa permaneciendo un segundo más de lo necesario.

—Mi nombre es Lucas, y seré su mesero esta noche —dijo con calidez—. Tómense su tiempo con los menús. Regresaré en un par de minutos para tomar su orden.

Cuando Lucas se alejó, Ignacio se inclinó hacia adelante, apoyando el mentón en su mano. —Parece que tu encanto también funciona con los meseros —bromeó, con un tono ligero y divertido.

Alondra puso los ojos en blanco, sonriendo mientras tomaba el menú. —Más te vale dar lo mejor de ti, señor Martínez —respondió—, o Lucas podría robarme el corazón.

Ignacio soltó una carcajada, sacudiendo la cabeza mientras abría el menú, saboreando ya el confort de la velada que los esperaba.

Mientras el camarero desaparecía entre la multitud, Alondra se inclinó un poco más cerca, con una sonrisa astuta en los labios. —¿Qué pasaría si te dijera que no tengo mucha hambre porque ya comí... y estaba absolutamente delicioso?

Ignacio sonrió de medio lado, encontrándose con su mirada. —Entonces te diría que hay mucho más de donde vino eso, y ya me muero de hambre.

Ambos rieron mientras estudiaban sus menús, sus pies entrelazándose bajo la mesa en un juego que solo ellos entendían. Las miradas compartidas y las sonrisas cómplices entre ellos pintaban un cuadro de intimidad que apenas las palabras podían capturar.

Momentos después, el mesero regresó con un vaso alto lleno de una bebida de aspecto tropical. Lo colocó frente a Alondra con un gesto exagerado.

—Esto no lo pedimos —dijo Alondra, levantando una ceja.

—Lo sé —respondió el mesero, sonriendo un poco más de lo que a Ignacio le agradaba —. Esto es agua de coco para la bella dama. Es cortesía de la casa.

Alondra le dedicó una cálida sonrisa. —Oh, bueno, muchas gracias. Muy amable de tu parte.

El mesero pareció demorarse un segundo de más antes de aclararse la garganta. —Entonces, ¿ya decidieron qué ordenar?

Ignacio fue el primero en responder. —Sí, yo tomaré los tacos con frijoles, por favor —dijo, observando cómo el camarero lo anotaba.

—¿Y para su encantadora hija? —preguntó el mesero, mirando a Alondra.

El silencio que siguió fue electrizante. La sonrisa de Alondra se amplió mientras sus ojos marrones se mantenían fijos en Ignacio, el momento cargado de tensión divertida. Lentamente, se giró hacia el camarero, su sonrisa intacta.

—No soy su hija —dijo dulcemente, con un filo en su voz que hizo que las mejillas del mesero se sonrojaran—. Soy su novia.

Ignacio vio el momento exacto en que la confianza del camarero se desmoronó, su actitud coqueta convirtiéndose en una torpe vergüenza. —Oh, yo... lo siento mucho, señor —balbuceó el mesero, con la cara cada vez más roja—. No quise... quiero decir, no tenía idea...

—Está bien —dijo Ignacio, recostándose con aire casual, aunque su tono llevaba una pizca de satisfacción—. Es un error común, pero me alegra que ella lo haya aclarado. —Hizo una pausa, su sonrisa ampliándose—. Ah, y de paso, ¿podrías traerme una cerveza con los tacos?

—Por supuesto, señor —respondió el mesero, ansioso por escapar de la situación.

—Voy a pedir la ensalada de pollo, y gracias por la bebida de coco —dijo Alondra con una cálida sonrisa.

El joven mesero, aún claramente nervioso, esbozó una sonrisa titubeante.

—Volveré enseguida con su orden, y de verdad, lo siento muchísimo por mi error. En serio, señor —añadió, dirigiéndose directamente a Ignacio, con un tono casi suplicante de disculpa. Después de lo que pareció ser su enésimo “lo siento”, se escabulló hacia la cocina, perdiéndose entre la multitud.

Alondra soltó una risita suave mientras sorbía de su trago de coco, su pie rozaba la pierna de Ignacio por debajo de la mesa.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó él, arqueando una ceja.

—Me da pena por él —respondió ella, sus risas convirtiéndose en una sonrisa—, pero luego veo este vaso que me trajo... y ya está vacío. —Levantó el vaso vacío con gesto juguetón.

Ignacio rió.

—Me aseguraré de dejarle una buena propina. —Su sonrisa se volvió más profunda al inclinarse ligeramente hacia ella—. Pero... ¿podemos saltarnos el postre?

—Sí y no —respondió Alondra con un aire enigmático, su sonrisa provocadora avivando la curiosidad de Ignacio.

—¿Qué significa eso?

—Quiero mi pastel de red velvet —dijo ella, su voz bajando a un tono sensual—, pero quiero comérmelo sobre tu piel.

Ignacio sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo ante sus palabras, su mente creando la imagen de inmediato. La sonrisa pícara de Alondra selló el momento, sus ojos marrones brillando con picardía. La manera en que él la miraba—con una mezcla de amor y deseo—dejaba claro cuánto esperaba ese instante.

—Que la comida no tarde —murmuró él, con un tono bajo—, porque no puedo esperar para tenerte solo para mí esta noche. Y mañana. Y por el resto de mi vida. —Extendió la mano por encima de la mesa, tomando la de Alondra y entrelazando sus dedos.

La expresión de Alondra se suavizó mientras lo miraba.

—Te amo, Ignacio —dijo simplemente, su voz cargada de una sinceridad que hizo que el corazón de él se detuviera un instante.

—Te amo, Alondra —respondió él, sus palabras llenas de significado. Lo que ella le hacía sentir era extraordinario: una descarga eléctrica recorriendo sus nervios, pero a la vez tan suave que parecía una caricia. Ella no era solo su compañera; era una fuerza transformadora, una presencia que había cambiado su vida en formas que nunca imaginó posibles.

Esa chica, con solo 22 años y de un pequeño pueblo, había puesto su mundo patas arriba. A veces, el amor llega desde los lugares más inesperados, pero cuando es real, se siente natural, como si siempre hubiera estado destinado a suceder.

—Te amo, siempre —dijo Ignacio, sonriéndole.

Y allí estaban, con las manos entrelazadas, mirándose profundamente a los ojos. En medio de un pequeño restaurante abarrotado, entre el murmullo de charlas y risas de extraños, dos almas improbables compartían el mayor regalo que la vida podía ofrecer: el amor.

EPÍLOGO

2 años después

Había sido un día agitado en el Complejo Médico. Los pacientes entraban y salían del consultorio de Ignacio como un desfile interminable. A eso se sumaban sus crecientes responsabilidades. Ahora, como jefe del departamento de investigación y miembro pleno del consejo, sus días estaban consumidos entre investigaciones, trabajo administrativo y un flujo constante de consultas médicas.

Una torre de papeles se alzaba amenazante en el lado izquierdo de su escritorio, compitiendo por su atención con los innumerables archivos digitales en su computadora, todos esperando ser revisados y firmados. Su agenda apenas dejaba espacio para pasar tiempo de calidad con nadie, mucho menos con Ana y, especialmente, con su novia, Alondra.

Absorbido en su trabajo, no notó que su teléfono vibraba hasta que el zumbido se hizo insistente. Sin apartar la vista de la pantalla, lo tomó.

—¿Qué pasa, Val? —preguntó, reconociendo el número de su secretaria.

—Doc, lamento molestarlo, pero tiene un paciente nuevo, derivado de la lista de Tomás —respondió ella, con un tono profesional pero algo apologético.

—Ay, maldita sea... —murmuró instintivamente, y luego se corrigió con un suspiro—. Perdón por eso, Val. Está bien, lo atenderé. Espero que aún pueda llegar a casa para la cena.

—Está en camino, Doc. Perdón por avisarle con tan poco tiempo, pero ya sabe cómo es Tomás...

Ignacio pudo notar la sonrisa en su voz y rió entre dientes.

—Sí, es un completo idiota, pero lo adoro.

Val rió al otro lado de la línea antes de colgar, dejando a Ignacio sacudiendo la cabeza con una pequeña sonrisa.

Unos minutos después, completamente absorto en su trabajo, apenas registró el sonido de la puerta de su oficina al abrirse.

—Buenas tardes —lo saludó una voz suave y aterciopelada.

Ignacio se quedó congelado a mitad de una palabra. Conocía esa voz. Girando en su silla, la vio, y su corazón se detuvo por un instante.

Alondra estaba allí, con su cabello negro azabache cayendo en ondas perfectas mientras se lo echaba hacia atrás con naturalidad, fijando su mirada marrón en los ojos avellana de él. Su falda de mezclilla, que apenas llegaba dos pulgadas por encima de las rodillas, combinada con un top corto que acentuaba su figura tonificada, la hacía lucir espectacular sin esfuerzo. Sus tenis le daban un aire de confianza casual, pero para Ignacio, bien podría haber sido una diosa.

La miró, cautivado, como la primera vez que se conocieron. Dos años después, su presencia seguía dejándolo sin aliento. Era una visión de belleza y energía, y solo con verla, su corazón latía con fuerza, amenazando con salirse de su pecho.

—Parece que al doctor Tomás le encanta emparejarte conmigo —dijo Ignacio, levantándose mientras ella cerraba la puerta detrás de ella. Ignacio se acercó a ella, acorralándola contra la puerta mientras pasaba su mano por sus caderas, acariciando la parte superior de su trasero y alcanzando el pomo de la puerta para cerrarla.

—Una agradable coincidencia, supongo —sonrió Alondra. Ignacio sonrió ampliamente, envolviéndola con sus brazos. —Bueno, señorita Blanco, ¿está mostrando algún síntoma? —preguntó en broma mientras ella colocaba sus brazos alrededor de su cuello.

—Oh, sí —respondió ella, haciendo pucheros con sus rosados labios. —Verá, doctor, tengo una sensación de hormigueo alrededor de mi cuello —dijo, e Ignacio comenzó a dejar besos en su delicado cuello. Alondra sonrió mientras caminaban lentamente hacia la camilla de reconocimiento. —Tengo esa misma sensación de hormigueo alrededor de mi pecho —dijo, subiéndose a la cama.

—¿Ah, sí? —dijo, sosteniéndolos y masajeándolos suavemente. Alondra asintió, haciendo pucheros con los labios. —Entonces, tengo que examinarlos para asegurarme de que no sea una alergia —dijo Ignacio.

—¿Tengo que quitarme la camiseta? —preguntó Alondra mordiéndose el labio inferior y agarrando el dobladillo de la misma, mostrando su parte inferior del pecho. Cada vez que lo hacía, Ignacio sentía que su mienbro estaba a punto de rasgar la parte delantera de sus pantalones. A él le encantaba eso y Alondra lo sabía. Sonrió, agarrando su palpitante pene mientras asentía. La piel de Alondra estaba ardiendo, saber que ella le causaba tal reacción la tenía empapada. Se quitó la camiseta lentamente, tomándose el tiempo suficiente para crear anticipación. Sus tetas ahora estaban expuestas a los ojos de Ignacio, sus pezones estaban visiblemente endurecidos, doliendo por ser tocados.

Se inclinó hacia atrás, descansando sobre sus codos y abriendo lentamente las piernas. —También tengo una sensación de hormigueo alrededor de mis muslos —dijo, agarrando el dobladillo de su falda y subiéndola, exponiendo la cremosa carne de sus piernas. Ignacio tuvo que luchar contra el orgasmo que sintió justo ahí cuando Alondra le mostró que iba a salir sin ropa interior.

Sus lindos labios ya estaban humedecidos, y cuando abrió las piernas sus labios se separaron, dejándole ver la carne rosada de adentro, invitándolo a tomarla y devorarla. Por un momento, no tuvo idea de qué llevarse a la boca primero, su lado animal quería devorarla de una vez, pero quería tomarse su tiempo y disfrutar de tal delicadeza.

Jaló su silla y se sentó en ella, acercándose más a Alondra. Unieron sus labios, sus lenguas lucharon con pasión, cada vez que estaban juntos se sentía como la primera vez: ambos sentían la imperiosa necesidad de estar uno sobre el otro, de sentirse el uno al otro a la vez, de saber que pertenecían juntos.

Pero ya no había prisa, e Ignacio definitivamente se estaba tomando su tiempo, y no se resistía a lo que Alondra le ofrecía. La besó, envolviendo su mano alrededor de su cabello y tirando de él suavemente, recientemente descubrió que a Alondra le gustaba ese tipo de rudeza. Mientras le tiraba del pelo hacia atrás, su cuello quedó expuesto. Ignacio lo lamió lentamente, presionando todos los botones correctos en Alondra.

Su mano cayó sobre su muslo, arrastrándose lentamente hasta su tentador trasero redondo. Lo apretó mientras su cabeza viajaba por su cuello, hasta su pecho. Alondra agarró el pelo de su nuca mientras su mano soltaba su cabello y lo sostenía en la cama. Él tomó sus pezones, los lamió y pasó la lengua sobre ellos, Alondra rió y sonrió.

A él le encantaban esas reacciones inocentes que ella todavía tenía, Alondra seguía explorando su sexualidad e Ignacio estaba más que feliz de servirle. Ignacio las mordió suavemente, fijando sus ojos en los emocionantes ojos marrones de ella. —Oh, sí, realmente sabes cómo hacerme sentir desesperada, ¿no? —dijo ella, tratando de levantarlo, pero él la detuvo.

—Todavía no, déjame comerte bien primero —Su voz estaba llena de pasión, empujándola varios centímetros hacia adelante. Lamió su camino hacia abajo por su falda de mezclilla, y mientras mordía suavemente alrededor de su vientre, levantó la falda, exponiendo completamente su sexo desnudo.

Luego lo acarició con su mano. —Oh, pero ¿qué tenemos aquí? Mira lo mojada que ya estás —gruñó, pasando suavemente su dedo por su raja, haciendo que su respiración fuera más profunda. Su piel estaba sonrojada, y a él le encantaba ver eso. Luego empujó un dedo dentro, mientras su pulgar rodeaba su clítoris.

—Mmm —ronroneó ella, lamiéndose los labios mientras él movía lentamente su dedo dentro y fuera, frotando su caliente entrada. Ella acercó su rostro al suyo y lo besó con la misma

intensidad con la que él la tocaba. Luego se deshizo lentamente de su bata blanca mientras él movía su dedo dentro y fuera. Luego metió otro dedo, ella comenzó a mover sus caderas contra su mano, buscando más placer.

Verla ansiosa por más le hizo la boca agua, se bajó hasta su preciosos labios húmedos, y sin dudarlo, hundió su lengua entre sus pliegues y lamió hacia arriba hasta tocar su clítoris, movió sus dedos junto con su lengua, complaciéndola y sintiendo como sus entrañas se inundaban.

Ignacio no pudo resistirlo más, su pene se movía intensamente dentro de su pantalón, y necesitaba sentirla. Rápidamente, desabrochó sus pantalones mientras Alondra se adueñaba de su clítoris, la observó jugar consigo misma mientras rápidamente sacaba su pene y lo acariciaba frente a sus ojos hambrientos.

—Lo quiero ahora, nena —suplicó, deslizándose hacia adelante, hasta el borde de la cama y abriendo las piernas para él. Ese entusiasmo ya lo tenía al borde, y cuando alineó su miembro contra su cremoso sexo, sintió que estaba a punto de correrse. Pero entonces, el exquisito placer que sintieron cuando su miebro se deslizó hasta el fondo, estirándola para que se ajustara perfectamente a su tamaño, les hizo darse cuenta de que no iban a durar mucho.

Alondra gimió en voz alta, su voz silenciada por la mano de Ignacio sobre su boca; e Ignacio gruñó en su cuello, agarrando sus caderas y empujando su pelvis contra su entrepierna, manteniéndola apretada y profundamente adentro. Alondra abrió las piernas lo más que pudo y luego agarró su trasero y lo empujó más adentro. La sensación fue más allá de todo lo que experimentaron antes.

—Oh, mierda, estás tan jodidamente mojada, Alondra —gruñó Ignacio, mordiéndole el hombro mientras luchaba contra la necesidad de liberarse. Pero entonces Alondra comenzó a mover sus caderas contra él, gimiendo y rascándole la espalda. Ignacio no pudo evitarlo, se echó hacia atrás y volvió a empujar su pene hasta el fondo. Sus ojos se abrieron y su boca se abrió, él se echó hacia atrás otra vez y agarrándola de las nalgas, la empujó tan profundo como pudo.

—¡Sí! —gimió ella, luego él aceleró el ritmo, cada vez que se echaba hacia atrás, su pene salía completamente cubierta de sus jugos. Alondra nunca había tenido una reacción así antes, estaba extremadamente mojada y su piel se estaba poniendo roja, no había nada en ella que Ignacio no adorara, ella era la debilidad de Ignacio y también su fortaleza.

Él comenzó a moverse sin descanso dentro de ella, entrando y saliendo tan profundo como podía, luego ella se sostuvo sobre su cuello, respirándolo mientras gemidos y gruñidos escapaban de sus sensuales labios. Una, dos, tres embestidas y Alondra ya temblaba alrededor de su miemrbo. —Sí, Ignacio —gimió, su sexo se apretó contra él e Ignacio no pudo evitarlo más, empujó su miembro profundamente dentro y comenzó a chorrear su semen.

—Alondra —gimió mientras liberaba su intenso orgasmo.

Las paredes de su vagina palpitaron cuando Alondra perdió la conciencia, su orgasmo se apoderó de ella por completo, llevándola a un estado de nirvana que nunca antes había experimentado. Siguieron conectados a través de sus partes íntimas, mientras ambos se recuperaban del éxtasis de sus orgasmos.

Ignacio recibió a Alondra con una sonrisa tan pronto como ella abrió los ojos. —Te amo —dijo, abrazándola cerca de él y besando su cuello. Alondra se sentía en el cielo, flotando con Ignacio, todo lo que habían pasado, todo lo que eran ahora era todo lo que ella siempre había deseado.

—Y yo te amo, Ignacio, tanto —dijo, jugando con el pelo de su nuca. Luego lo besó, profundamente, demostrándole cuánto amaba cada parte de él. Entonces sintió que se endurecía de nuevo dentro de ella, Ignacio se retiró antes de que no pudiera sacar su masculinidad. Estar dentro de Alondra era indescriptible. —Ya me estaba excitando —dijo Alondra, e Ignacio se sonrojó un poco.

—Lo sé, cariño, yo también, obviamente —respondió—, pero se está haciendo tarde, Ana nos está esperando en casa, nos preparó la cena.

—¿En serio? —preguntó Alondra, saltando de la cama.

—Sí, espero que no sea su famosa lasaña —se rió Ignacio y Alondra sonrió mientras ambos se vestían y se preparaban para irse.

Una vez dentro de la propiedad de Ignacio, estacionó el auto en el garaje. Sin dudarlo, apagó el motor y salió para abrir la puerta de Alondra. Ella sonrió ante el gesto simple pero considerado. Momentos como ese la hacían sentirse apreciada, como una reina en su propia historia. Ignacio tomó su mano, entrelazando sus dedos de manera natural mientras caminaban hacia la casa.

Ignacio abrió la puerta y reveló un vestíbulo tenuemente iluminado. El espacio estaba a oscuras, excepto por el suave resplandor de unas velas y un rastro de pétalos de rosa adornando una mesa junto a la entrada. Dos copas de vino los esperaban junto a una nota escrita a mano:

Tómenlas y disfruten.

Alondra se giró hacia Ignacio, que sonreía ampliamente. Él se encogió de hombros con aire juguetón antes de tomar una copa. Tan pronto como Alondra recogió la suya, música

romántica comenzó a sonar suavemente desde la radio en la sala. Las luces se encendieron gradualmente, revelando una habitación decorada con rosas, velas y un aroma tentador que provenía de la cocina.

Intrigada, Alondra se dirigió hacia la sala.

—¿Dónde está Ana? —preguntó con curiosidad en la voz.

Ana emergió de la cocina, sosteniendo una botella de vino. Se veía radiante en un vestido rojo sin tirantes con una falda asimétrica que resaltaba su elegancia. Llevaba el cabello recogido en un moño refinado, y su presencia exudaba confianza. Ignacio la miró y, al atraparla guiñándole un ojo, respondió con una sonrisa cómplice.

—Vaya, Ana, te ves espectacular —dijo Alondra, admirando genuinamente la belleza de su amiga.

—Gracias, Ali. Tú también te verás espectacular… una vez que subas y te cambies —respondió Ana con una sonrisa traviesa.

Alondra ladeó la cabeza, confundida.

—No entiendo. ¿Estamos celebrando algo?

Ignacio dejó su copa en la mesa.

—Sí, pero lo descubrirás cuando bajes.

Una mezcla de emoción y nerviosismo burbujeó en el interior de Alondra. Subió apresuradamente a la habitación de Ignacio, que se había convertido en su segundo hogar en los últimos meses. Aunque oficialmente aún vivía en su dormitorio, su relación con Ignacio había florecido, y pasaba más tiempo en su casa que en su residencia. Algunos de sus objetos personales, como libros y ropa, ya tenían un lugar allí.

Sobre la cama había tres cajas elegantemente envueltas, acompañadas de otra nota:

Ponte esto. Sé que te quedará perfecto.

Abrió la caja más grande primero y se quedó sin aliento. Dentro había un impresionante vestido color champán. La falda en línea A tenía un profundo escote en V y una abertura hasta el muslo, complementada con mangas largas y delicadas. Era diferente a cualquier cosa que hubiera tenido antes. Se lo puso con cuidado, admirando su reflejo en el espejo.

Luego abrió la caja más pequeña, encontrando unos aretes largos y brillantes que combinaban perfectamente con el vestido. Después de intentar hacerse un recogido improvisado en el cabello, abrió la última caja. Un par de tacones de tiras la esperaban, junto con una nota:

No estaba segura de la talla, pero espero que te queden.

Para su deleite, los zapatos le quedaron a la perfección. Tras un último vistazo en el espejo, bajó las escaleras.

En cuanto apareció, la mandíbula de Ana cayó.

—Vaya… —susurró.

Ignacio se giró y contuvo el aliento. Vestía un elegante esmoquin perfectamente ajustado, con un saco que resaltaba sus anchos hombros. Su cabello estaba peinado hacia atrás, haciéndolo lucir increíblemente apuesto.

Por un momento, se quedaron simplemente mirándose, admiración y asombro reflejados en sus ojos. Ignacio se movió hacia el pie de las escaleras, extendiendo su mano para ayudarla a bajar. La besó suavemente antes de unirse a Ana en la sala.

—Ahora estamos listos para la ocasión —dijo Ana con entusiasmo evidente.

—Pero sigo sin entender. ¿Qué estamos celebrando? —preguntó Alondra, con la curiosidad creciendo.

Ignacio sonrió cálidamente. Ana le lanzó una mirada, compartiendo un momento de entendimiento tácito.

—Estamos celebrándote a ti —dijo Ignacio, poniéndose al lado de Ana—. Hace tiempo que quería hacerte una pregunta —continuó él.

—Y cuando me lo dijo, supe que tenía que ser parte de esto —añadió Ana con una voz tierna—. Porque, Ali, eres increíblemente especial para mí también.

Ignacio asintió.

—Así que trabajamos juntos para hacer esta noche perfecta. Para celebrar cuánto has alegrado nuestras vidas.

Los ojos de Alondra se llenaron de lágrimas, conmovida por sus palabras.

Ana dio un paso adelante y tomó su mano.

—Alondra Blanco —comenzó, su voz firme pero cargada de emoción—, con mi consentimiento, mi papá quiere preguntarte algo…

Ignacio sacó una pequeña caja de su bolsillo y se arrodilló. La respiración de Alondra se

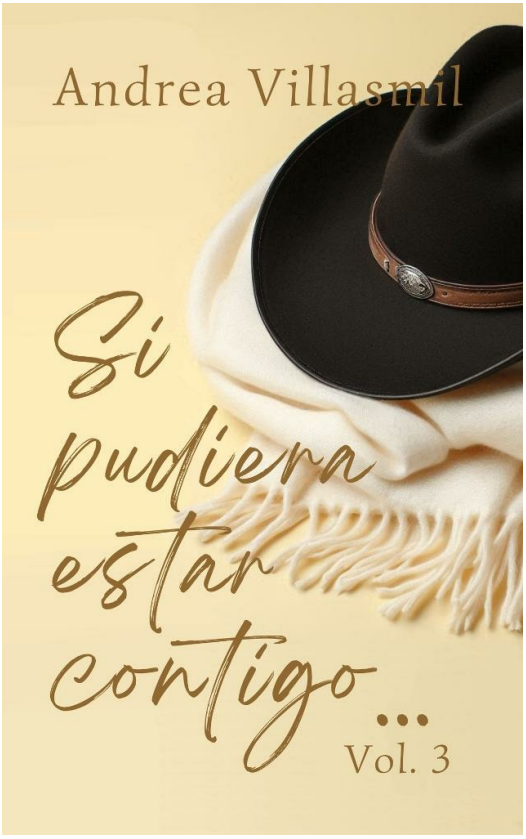
detuvo mientras su corazón se aceleraba.

—Alondra Blanco —dijo Ignacio, con sus ojos avellana fijos en los de ella—, ¿Quieres venir a vivir conmigo... y con Ana también? ¿Te gustaría ser parte de mi vida, así como yo quiero estar en tu vida, por el resto de nuestros días? Y, quizás, algún día… ¿llevar también mi apellido... como mi esposa?

Las lágrimas corrían por su rostro mientras se cubría la boca, asombrada. Ignacio abrió la caja revelando una llave dorada. Mirando a Ignacio y a Ana, vio nada más que amor y sinceridad en sus ojos. Lentamente, retiró su mano y acarició la mejilla de Ignacio.

—Sí.





Ana Martínez ya no quiere fingir. Rodeada por la superficialidad de las redes sociales y las relaciones falsas que fomenta, está desesperada por algo real. En busca de consuelo, viaja a Las Colinas para reconectarse consigo misma. Pero la paz es lo último que encuentra cuando se encuentra cara a cara con Henry Santiago, el exasperante vaquero que siempre ha sabido sacarla de quicio.

El orgulloso y confiado campeón del rodeo, que se ha vuelto mucho más salvaje, genera más hostilidad que nunca, y ambos juran evitarse a toda costa.

Pero el destino tiene otros planes.

Fecha de lanzamiento: 14 de Febrero de 2025

SOBRE LA AUTORA

Andrea Villasmil



Ileana Andrea Villasmil es licenciada en música, traductora, y una apasionada de los videojuegos de origen venezolano, pero con México en su corazón. Vive con su esposo y su perrita en Ciudad de México.

Desde siempre le han gustado las buenas historias, se ha desarrollado desde 2016 como ghostwriter para clientes de todo el mundo. Nunca había tenido la oportunidad de lanzar una novela propia que finalmente llevara su nombre, hasta que finalmente tomo valor y decidió lanzar su trilogía: Si Pudiera Estar Contigo.

¡Ponte en contacto!

AGRADECIMIENTO

A mis lectores,

Quiero agradecerles profundamente por el apoyo que le brindaron a mi primera novela, Si Pudiera Estar Contigo Vol. 1. Su cariño y entusiasmo solo me inspira a continuar esta travesía que ha sido escribir, y espero de todo corazón que hayan disfrutado cada página de esta continuación de la historia de Alondra e Ignacio.

Cada lectura, cada comentario y cada muestra de apoyo significan el mundo para mí. Si mi historia ha logrado emocionarlos, hacerlos reflexionar o simplemente acompañarlos en un momento especial, entonces mi misión como autora está cumplida, y no me queda más que seguir creando para que las historias que llevo en mi imaginación finalmente las tengan en sus manos y los acompañen.

Les invito a dejar una reseña sobre este segundo volumen. Sus opiniones no solo me ayudan a crecer como escritora, sino que también permiten que esta novela, que es parte de una trilogía, llegue a nuevos lectores y sea descubierta por más personas que podrían disfrutarla tanto como ustedes.

Gracias por ser parte de este viaje literario conmigo. ¡Espero seguir contando historias que lleguen a sus corazones!

Con cariño,

Andrea Villasmil